Biblioteca Popular de Cultura Colombiana

Jules Mancini

BOLIVAR

I

BIOGRAFIA — VOLUMEN I

Publicación del Ministeri
de Educación de Colombia

Impreso en la Editoral A B C.—Bogotá, 1944.

JULES MANCINI

BOLIVAR

Y

LA EMANCIPACION DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS DESDE LOS ORIGENES HASTA 1815

TOMO I

Traducción de Carlos Docteur

Obra premiada (el texto francés) por la Academia Francèsa con el premio Marcellin Guérin.

BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA

PROLOGO

Por sus efectos sobre la vida política y social de los pueblos, la Emancipación de las Colonias españolas es un acontecimiento de importancia tan considerable como el descubrimiento del continente en que fueron establecidas.

La lucha entablada por los criollos contra España, a raíz de la Revolución francesa y proseguida durante un cuarto de siglo con idéntica saña por parte de ambos contendientes, fue la prolongación, sobre un nuevo teatro, del conflicto secular entre las dos ideas cuyos alternativos éxitos y derrotas dominan la Historia: el Tradicionalismo y la Libertad. En efecto, a los resultados de la Independencia sudamericana debió el gran movimiento de 1789, a punto de ceder bajo el empuje restaurador de 1815, el cobrar nuevos ánimos en Europa y el triunfar en 1830. Los pueblos despertaron a la vida y a la conciencia nacionales. El mundo moderno evolucionó hacia el ideal republicano.

Bolívar es, para América, el imperecedero símbolo de este ideal. Si algún hombre ha podido resumir en sí los elementos, las tendencias de una época, y personificar una idea, ese hombre es verdaderamente aquel a quien sus conciudadanos saludan con el insigne título de *Libertador*. La vida de Bolívar es el adecuado marco de la Revolución de que fue principal protagonista. Su nombre es inseparable de la obra sostenida por él con maravilloso ardor.

Inmenso es el campo de acción que él mismo se asignó: la América española desde México a la Tierra de Fuego. Aunque su vasto genio la abrazara de continuo y por entero, iniciativas aisladas, que agrupaban sus esfuerzos en torno del de Bolívar, fueron ne-

cesarias. Una pléyade de héroes secundó al Libertador. Y, entre sus colaboradores, el gran argentino San Martín comparte con él, durante la fase decisiva de la guerra, el mérito eminente de haber fundado la Independencia.

No obstante, San Martín se retiró, abandonando a su competidor la gloria de completar la obra emprendida, y la amargura de registrar los inevitables desengaños inherentes a toda empresa magna.

Pero no fue perdido el esfuerzo del Libertador. Aunque tardos en madurar, con mayor brillo aparecen los frutos de su energía y de su voluntad. El espectáculo que presenta hoy día la América del Sur, en la que veinte Repúblicas crecen bajo las miradas por fin seducidas, del universo, tiene esplendores de apoteosis.

Más prestigioso aún parece presentarse el porvenir. Después de haber asegurado en el mundo la victoria de la democracia y de la nacionalidad, la América latina tiene sin duda en reserva la solución de los problemas nacidos del nuevo orden social cuyo advenimiento ha sido determinado por ella.

La epopeya de donde habían de proceder estas lejanas y magníficas consecuencias: tal es el cuadro que nos hemos propuesto trazar (1).

(1) A más de las obras publicadas hasta la fecha acerca de la Emancipación de las Colonias españolas, nos hemos impuesto el deber de consultar los archivos de los principales Estados Suramericanos, los de Londres, de París y de España; de donde resulta que las fuentes oficiales citadas en nuestro trabajo son casi todas inéditas.

Hemos tenido también a nuestra disposición archivos de familia cuyo estudio nos ha permitido completar la documentación de la presente obra.

En fin, hemos recorrido o visitado los países en que se desarrollaron los acontecimientos que relatamos, intentando reconstituirlos en su marco original.

LIBRO PRIMERO

ORIGENES DE LA REVOLUCION SUDAMERICANA

CAPITULO PRIMERO

LAS INDIAS OCCIDENTALES

I

Los últimos años del siglo quince y los primeros años del dieciséis señalaron el apogeo de la grandeza de España. Una lucha épica, sostenida por espacio de ochocientos años en cuatro mil campos de batalla, había consagrado la unidad definitiva de la Península y justificado la fama de heroísmo del pueblo español, que resultaba ser la nación militar por excelencia. El Turco obligado a retroceder; Italia y Portugal conquistados; un rey de Francia, un papa hechos prisioneros; Inglaterra humillada; los corsarios de Barbarroja sometidos en Africa; asegurada en Asia la fundación de establecimientos prósperos: tales son algunas de las proezas de los ejércitos españoles. El *Despacho Universal* de Madrid oprimía a todas las cortes en sus inevitables tramas; su política irresistible iba a apoderarse de la Corona de Carlomagno. El Renacimiento, que, según creencia general, iba a resucitar la Edad de oro, parecía hallar, en la Iberia reconquistada, otra tierra escogida: en ningún otro sitio el reciente invento de Gutenberg, cuyas maravillosas consecuencias podían entreverse ya desde entonces, tuvo mejor acogida que en las numerosas y florecientes universidades de Castilla. En todas partes, las letras, las ciencias, las artes, las costumbres, se alimentaban en las fuentes del genio español. Y la Fortuna

misma, al hacer brotar un nuevo mundo de los abismos del Océano, parecía sierva sumisa de la gloria de los reyes de España, quienes midieron por el curso del sol la prodigiosa extensión de sus dominios.

Los soberanos que desde Isabel a Felipe II se habían sucedido, capaces, prudentes y fieles al espíritu de los primeros reyes de Aragón que con tanta altivez se diera en otro tiempo el pueblo, personificaban esa grandeza misma y ese esplendor. Su poder, templado por las extensas prerrogativas de las Cortes, se ejercía con rectitud, dando, además, pruebas de un liberalismo único entre todos los Gobiernos de la época (1).

Pero las seguridades que la nación hallaba bajo tal régimen, la inclinaron insensiblemente a descuidar la institución mejor combinada para salvaguardia de sus franquicias. Las ciudades, al ver firmes sus privilegios y respetados sus derechos, cesaron poco a poco de enviar sus diputados a las Cortes. Y el rey, investido de mayor confianza, llegó a sufrir con impaciencia las trabas que, no obstante, tenía derecho a oponer a sus voluntades la Asamblea. Nada, por cierto, fijaba límites a dichas voluntades; y, cuando la prescripción le permitió declarar las Cortes en estado de incapacidad perpetua, se apresuró a valerse de este pretexto (2). El despotismo, al pronto benévolo y paternal que lo había invocado, tomó, con los soberanos que ocuparon después el trono, la forma de un peligroso absolutismo.

Por otra parte, el tradicional ascendiente del clero sobre la piadosa nación española se había impuesto a la realeza como un excelente medio de gobierno y de dominación (3). Se esforzó, pues, por ganarlo. No

(1) V. Chateaubriand, *Congrès de Vérone*, cap. III.

(2) V. A. Thierry, *Dix ans d'études historiques*, lib. XX.

(3) "La autoridad de los religiosos no tenía por única base la fe de los pueblos: procedía, además, de una causa política. Ya desde el año 852, los mártires de Córdoba: Aurelio, Juan Félix, Jorge, Marcial, Rogelio, decapitados o arrojados al Betis, se sacrificaron tanto por la libertad nacional como por el triunfo de la religión Cristiana. Los frailes combatieron con el Cid y habían entrado con Fernando en Granada." Chateaubriand, *Congrès de Vérone*, cap. II, t. XII de las *Obras completas*.

tardó el clero en ocupar el primer puesto en los Consejos en que la nobleza, que lo esperaba todo del rey, posponía cada vez más los intereses públicos a sus propios intereses. El Tribunal del Santo Oficio, instituído en sus comienzos para que por la persuasión volvieran a las "sanas creencias" los disidentes, no tardó en agravar las atribuciones de sus inquisidores y recurrió al terrorismo que desde entonces lo ha caracterizado. La Inquisición se convirtió en institución de Estado (4); la Iglesia adquirió formidable influencia en España. La corte misma se convirtió en un claustro; los conventos, multiplicados, se poblaron. La extremada indigencia intelectual del bajo clero, al hacer el vacío en torno de ella, atrofió los cerebros, ahogó toda iniciativa. El fanatismo, la intolerancia, la dureza de corazón, desarrollados ya en la lucha secular contra los herejes dueños del territorio, celebraron las hecatombes que, con pretexto de unificación de las creencias religiosas, puso en auge la Inquisición. El Santo Oficio depravó a España al mismo tiempo que la aterrorizaba (5): por todas partes se insinuaron la hipocresía y la delación, convirtiéndose en otras tantas virtudes. Un velo sangriento y tenebroso se extendió sobre este país, y no parecía sino que un genio perverso se había empeñado en ir precipitándolo a la ruina.

Un cúmulo de acontecimientos acentuó el rápido descenso de España. Los Moros, que constituían una cuarta parte del conjunto de la población, dispersos, aniquilados, vieron perecer con ellos la industria y la agricultura, a las que particularmente se dedicaban y cuya prosperidad habían asegurado. Los judíos, perseguidos, acosados, huyeron en masa (6), llevándose la casi totalidad de los capitales que alimentaban el comercio. La despoblación se aceleró por el monarquismo y por las pérdidas de hombres ocasionadas por

(4) V. Guizot. *Civilisation en Europe*, lección XI.

(5) P. de Saint-Víctor, *Hommes et Dieux. La Cour d'Espagne sous Charles* II.

(6) 800.000 salieron de España. Duruy, *Histoire générale*, Paris, 1891.

las guerras, la emigración, el sostenimiento de importantes guarniciones en Italia, en los Países Bajos, en Africa y en las Indias. A partir de Felipe III, una serie de soberanos degenerados acabó la decadencia de España, decadencia tan sorprendente como lo había sido su grandeza, y que se acentuó hasta convertirse en tema favorito de los sabios y de los moralistas al disertar acerca de la inestabilidad de las cosas humanas (7).

La pobreza que desde hacía tiempo arreciaba sobre España, y de la que, según se dice, no se eximió Carlos Quinto mismo, tomó, con los sucesores de este monarca, proporciones increíbles en todas las clases sociales. Las cargas a que, a pesar de todo, no conseguía hacer frente la corte, bastaban por sí solas para absorber los impuestos que un espantoso régimen fiscal arrancaba a las provincias. Tal agotamiento de recursos conocieron éstas, que en Castilla habían vuelto, como en la infancia de las sociedades, al trueque, es decir, a cambiar objeto por objeto, mercancía por mercancía (8). Hubo años de carestía en que no le quedó al pueblo más recurso que hacerse bandido o mendigo. La nobleza, cuya pobreza era proverbial, apresuraba inútilmente al campesino, o iba a la corte a engrosar el número de cortesanos que con avidez solicitaban alguna merced. *Pobre:* tal era el epíteto que requería infaliblemente el nombre de español, y los largos ayunos del *Caballero de la Triste Figura*, o el harapiento ropaje de Lazarillo de Tormes son más simbólicos que novelescos.

Pero esta miseria, en los comienzos del período histórico llamado de los Tiempos Modernos, no arreciaba sólo sobre España. Cierto que se manifestaba más en este país con el carácter sombrío y fiero que su constitución y la naturaleza de sus pueblos le comu-

(7) V. Buckle, *Histoire de la Civilisation en Angleterre*, t. IV, cap. XV. — Véase también Lafuente, *Historia General de España*, t. X a XIV.

(8) V. Sainte-Beuve, *Mémoires de la Cour d'Espagne par le Maréchal de Villars. Nouveaux lundis*, t. II, p. 46.

nicaban; mas no se hallaban en mejor situación las demás naciones. El Antiguo Mundo sufría una "crisis económica", como diríamos hoy, crisis que parecía insoluble en los días mismos en que las carabelas de Colón, obtenidas, por cierto, al cabo de grandes dificultades, navegaban oscuramente hacia sus inmensos destinos. El Mediterráneo, encrucijada de los grandes derroteros comerciales, se iba cerrando cada vez más, a medida que Turcos, Moros y Árabes ocupaban sus ribazos en Africa, en Asia y hasta en Europa: la toma de Constantinopla, al entregar la llave del Oriente a los peores enemigos de la civilización, planteaba de nuevo el problema del porvenir del comercio occidental, y se convertía en infranqueable valla en el único camino abierto hacia ese *El Dorado* oriental que, desde la más remota antigüedad, la humanidad toda había anhelado (9). La Liga Hanseática se debilitaba; el incierto tráfico que por largo tiempo habían permitido los estrechos mares del Norte, no ofrecía ya esperanzas, y el Océano parecía una eterna frontera.

En medio de tales amenazas, de tal aislamiento, las Indias Occidentales, cuyo primer reconocimiento terminaban los *Descubridores* hacia mediados del siglo dieciséis, aparecieron como providencial y suprema solución: el Atlántico se convertía en un inmenso camino abierto a todas las empresas solicitadas esta vez por un magnífico y seguro *Dorado*. El famoso *Thesaurus,* buscado por todos los hombres de todas las edades, según dice Michelet (10), parecía encontrado por fin y abierto para siempre. A las miradas de Europa se ofrecían las deslumbrantes promesas de un nuevo continente. *El Oro,* buscado sin descanso por reyes y pueblos, y a cuya producción renunciaban ya los alquimistas desesperados, se hallaba a profusión en el mundo nuevo. No había sido necesario que Colón, atormentado por el deseo de completar su obra, celebrara, a su regreso, las ventajas de la "cosa excelente con la que se forman los tesoros, se consigue cuanto se

(9) Octave Noel, *Histoire du Commerce du Monde,* t. I, p. 306.
(10) *Histoire de France. Le Moyen âge.*

desea, y hasta se hacen llegar las almas al paraíso (11)", para que un arranque de unánime entusiasmo aunara bajo el estandarte del genovés y de sus sucesores, codicias que desde hacía tanto tiempo exasperaba el hambre.

La Iglesia, después de haber tachado de impiedad a quienes pretendían ir a aquel continente cuya existencia era, según ella, contraria a los dogmas, descubrió de repente, al cabo de más detenido examen de las Escrituras, serias razones para alentar la conquista de aquellas lejanas tierras. Ningún escrúpulo habían tenido los Reyes Católicos en favorecer ostensiblemente los proyectos de su Gran Almirante, puesto que a su vez iba a beneficiar de ellos la cristiandad, por la conversión de los habitantes del Nuevo Mundo. Y, finalmente, el pueblo español, más aventurero que otro cualquiera, y más azotado por la miseria universal, se puso en movimiento, haciendo caso omiso de las desalentadoras angustias de una empresa que por tantas dichas iba a ser sin duda recompensada.

Porqueros, como Pizarro; niños abandonados, como Almagro; monjes guerreros, como Fernando de Luque; Balboa, Orellana, nobles desconsiderados; Bastidas, escribano en un humilde arrabal de Sevilla; Quesada, abogado famélico; Hernán Cortés y Bernal Díaz, Heredia y Colmenares, únicos, o casi, cuyos blasones fueran ilustres, toda la baraúnda de aquellos aventureros desharrapados y sublimes, inmortalizados por la historia con el magnífico nombre de *Conquistadores,* fue la primera en arrojarse, ávida de pelea, de estocadas, de toisones de oro que conquistar, de cruzadas que predicar. Los relatos que los que regresaban hacían de fabulosas comarcas en donde, entre selvas llenas de cantos de aves y de perfumes, entre manantiales de leche pura y de miel, se alzaban los resplandecientes palacios del *Rey Dorado* y jardines que recordaban los de las Hespérides, mecían los encantados ensueños del pueblo de España, exaltando la

(11) Citado por Michelet, ibid.

fiebre que le arrastraba, más ebrio de día en día de gloria y de fortuna, hacia las Islas Nuevas (12).

La Gesta de los Conquistadores es la epopeya sin ejemplo de la energía humana. Ningún poema podrá nunca cantar debidamente su excelsitud, ninguna descripción podría pintarnos su heroísmo. Es preciso conocer las altísimas montañas, los desiertos infinitos, las exuberantes selvas, las costas peligrosas y los climas mortíferos de aquel mundo, en donde todo es colosal, para comprender, "por los formidables obstáculos *de hoy* lo que *entonces* hicieron los Conquistadores (13)". Alentaba en ellos un alma de hierro como su armadura. Indiferentes a peligros siempre renacientes, a las terroríficas sorpresas de la naturaleza tropical, escalando los inasequibles Andes y tomando posesión de los Océanos, todo ello con idéntica serenidad, seguían avanzando...

Tres grandes imperios, poblados y relativamente adelantados en civilización, se rindieron a aquel puñado de hombres. Abominables ingratitudes pagaron la amedrentada y confiada debilidad de los indígenas: el valor guerrero de los que no quisieron entregarse tuvo que buscar asilo en las selvas.

Ni la miseria, ni el cansancio, ni el hambre, ni las enfermedades, ni la muerte que de continuo amenazaba, entibiaron nunca el ardor de los Conquistadores. Sostenidos por el fanatismo, la codicia y el valor que la época aquélla —representada por dichos hombres, cosa que no hay que olvidar— había llevado al paroxismos, los españoles de los siglos quince y dieciséis imprimieron de esta suerte, en la conquista de América, el sello de sus virtudes y de sus vicios (14).

En menos de quince años, su obra, a la vez devastadora y fecunda, resultaba terminada, y a la corona de España quedaba agregado el imperio colonial más

(12) V. la descripción de El Dorado en *Candido*, de Voltaire, inspirada por las *Crónicas*, de Orellana; las chispeantes páginas de J. M. de Heredia al comentar Bernal Díaz del Castillo, etc.

(13) J. M. Samper, *Ensayo sobre las Revoluciones políticas y la condición social de las Repúblicas Colombianas*, cap. I.

(14) Cf. Samper, op. cit., ibid.

admirable de que pueblo alguno haya podido enorgullecerse en el transcurso de los siglos. Mas no había de sacar provecho España de las magníficas hazañas de los Conquistadores. En efecto, las condiciones en que se efectuó la conquista facilitaron la extensión de la decadencia que minaba la metrópoli, hasta los lejanos países sometidos a su régimen. En la vasta transformación económica que para el mundo cristiano había de resultar de aquella nueva cruzada, y, sobre todo, en las ventajas que recogió, a España no le cupo sino una parte precaria cuya fingida grandeza le sirvió sólo para deplorar más hondamente la extensión de sus desgracias.

II

Desde la primera mitad del siglo dieciséis, los contornos de América fueron visitados casi por completo. Por entonces, la geografía del Nuevo Mundo había sido determinada también con bastante exactitud; pero la noción que de ella se tenía en Europa quedó bastante imprecisa hasta los célebres viajes de Humboldt, a fines del siglo dieciocho.

Cierto que se sabía que dicho territorio se extendía desde el 74º grado del polo ártico hasta el 56º del polo antártico, formando la tercera parte del globo habitable. Los exploradores habían mencionado la fertilidad del suelo y la variedad de los climas. Habían comparado el sistema montañoso del continente con una especie de enorme "espina dorsal" cuyos cimientos están bañados al oeste por el mar Pacífico por espacio de quince mil millas de longitud; habían hablado de los ramales que proyecta al este la cordillera, llegando algunos de ellos hasta el Atlántico. Los navegantes habían quedado desconcertados ante el colosal volumen de los ríos alimentados por innumerables torrentes salidos de la Cordillera y que recorren soledades inmensas y extensas llanuras cubiertas de selvas y de pastos. No obstante, los nuevos dueños de aquel prodigioso dominio distaban mucho de imaginar con exactitud sus particularidades físicas.

Cifras y nomenclaturas, descripciones pintorescas, no eran suficientes para expresar la realidad.

Habría sido menester multiplicar diez veces los Alpes por los Pirineos y los Apeninos para llegar a una aproximada concepción de los Andes; suponer sólido el Mediterráneo, surcado por ríos anchos como el canal de Gibraltar, azotado por indecibles huracanes, cubierto hasta lo infinito de gramíneas, de bosques de bambúes, de palmeras y de plantas gigantescas, para representarse uno las *pampas* de La Plata o los *llanos* del Orinoco; imaginar el Vesubio o el Etna sobre un pedestal de hielo dos o tres veces más elevado que el Monte Blanco, para valuar el Chimborazo, el Cotopaxi, el Antisana, los *nevados* y los volcanes de América. Las sierras de Guadarrama, la Nevada y la Morena, de España, son grupitos de colinas, comparadas con las Cordilleras. Y todo, en aquel mundo, hervidero de fuerzas y de vida, alcanza semejantes proporciones... La tierra fermenta día y noche con tal potencia creadora, que le parece a uno percibir los resoplidos de su respiración y las pulsaciones de su fiebre. Casi puede decirse que la huella de cada paso que uno va dando queda en seguida borrada bajo una vegetación frondosa, que nace, crece y muere, para renacer centuplicada, en un perpetuo estremecimiento de vehemencia y de amor; en el camino abierto hoy, no veremos, mañana, si intentamos pasar de nuevo por él, más que intrincada maleza. Edifíquese una casa en el llano; y, si no lucha uno de continuo contra las invasoras vitalidades del suelo y del espacio, no tardará en ser despedido de un asilo que creía seguro. Construid un puerto, un dique, un puente confiando en la aparente mansedumbre de las aguas, y, algunos días más tarde, si la obra no ha sido reforzada de formidable manera, el torrente convertido en río, la cascada vuelta catarata, y el río cambiado de repente en mar, harán desaparecer en un instante vuestra obra (15).

Las nociones del Viejo Mundo en materia de co-

(15) Según J. M. Samper, op. cit., cap. I.

lonización eran, en la época de la Conquista, de naturaleza a la vez harto simplista y harto absoluta para adaptarse útilmente a las complejísimas necesidades de la explotación de semejante territorio. Cualquiera de los vastos imperios hallados por los españoles habría suministrado un campo, demasiado vasto a la nación —entre todas las demás naciones europeas— cuyo espíritu era más rebelde a los escrúpulos y a la incansable paciencia que, por rudimentarios que fuesen entonces sus preceptos, exigía ya la colonización. Así, pues, ni siquiera pensó España en modificar dichos preceptos: dotó rigurosamente el conjunto, de día en día más extenso, de su *dominio,* de la organización menos adecuada para que resultara próspero.

Un *dominio,* en efecto, en el sentido más absoluto de la palabra, era el que se habían apropiado los reyes de Castilla y de León. "En nombre del Rey nuestro Señor, y ante notario" —según consta en las *Noticias Historiales*— Descubridores y Conquistadores "habían tomado posesión de las que llamamos Occidentales Indias (16)". El papa, dispensador supremo de todos los bienes terrenales, había confirmado este principio, desde el segundo viaje de Colón, "confiriendo a la Corona de Castilla la plena propiedad de los países habitados por los paganos de Occidente", al mismo tiempo que reconocía a los portugueses "el señorío de todas las tierras del Este aquende las Azores y el Cabo Verde (17)".

Quienes han censurado el sistema colonial tal como lo comprendieron y lo aplicaron los soberanos de España, no han tenido en cuenta este dato esecial: sin género de duda, de tal sistema resultaron odiosos

(16) Ver la fórmula consagrada de toma de posesión de las tierras descubiertas en Antonio de Herrera: *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano.* Madrid, 1601, década I, lib. VII, cap. XVI. — Ver también Fr. Bartolomé de las Casas. *Historia de las Indias,* lib. I. — Fr. Pedro Simón, *Noticias historiales de la Conquista de Tierra Firme, passim, etc.*

(17) Bula dada en Roma por Alejandro VI el 4 de mayo de 1493, reproducida en Solórzano, *Política Indiana,* 1565, lib. 1, cap. X, fos. 45-48.

abusos, males sin cuento; pero es indispensable no olvidar que, en aquella época, en toda Europa eran consideradas las colonias como dependencias del Estado que el Estado había de explotar en única ventaja suya, sacando de ellas cuantos recursos fuera posible (18).

El gobierno de las nuevas provincias de la Monarquía en las Indias Occidentales iba pues a ser, como en España, entregado, en su conjunto, a los miembros de la aristocracia y del clero, sostenes tradicionales de la Corona. Era natural también que el rey buscara medidas capaces de paliar los inevitables abusos de poder de la administración, tan lejana, de su nobleza y de la Iglesia. De ahí, las complicaciones del sistema de intervención que instituyó para atenuar los inconvenientes de una temible colaboración, y los privilegios excesivos que tuvo, además, que conceder a dicha administración, a fin de asegurarse él, personalmente, la parte a que creía tener derecho.

El pueblo español estaba representado en las Indias por los Conquistadores, cuya avidez, cuya crueldad y cuyo espíritu caballeresco habían sido exaltados aún al ascender, casi todos ellos, a la categoría de señores feudales; después, funcionarios de ínfimo orden, y sacerdotes y frailes de todas las órdenes, acudieron a América, formando así el complemento de la sociedad española; de esta suerte, toda ella se transportó al nuevo continente, con las cualidades y los defectos inherentes a cada uno de sus elementos.

Sufrieron éstos en el Nuevo Mundo, en el transcurso de los tres siglos que duró la Dominación, una evolución paralela a la que los caracterizaba en la Península. Las Colonias periclitaron en la medida misma en que periclitaba la metrópoli. Al mismo tiempo, constituíase una sociedad propiamente americana, cuyas naturaleza, pasiones y necesidades acusaban a su vez un genio propio y profundamente

(18) V. P. Leroy-Beaulieu. *De la Colonisation chez les peuples modernes.* Prefacio de la 1ª edición. — V. también Seeley. L. Expansion de l'Angleterre. Primera serie, lectura IV, y Seignobos, *Histoire de la Civilisation,* cap. II.

opuesto al de las clases españolas. Por su formación etnológica, sus condiciones de existencia y las aspiraciones de que se sentía capaz, esta nueva sociedad se fue adaptando cada vez menos, a medida que se desarrollaba, a los anticuados moldes en que la *madre patria,* haciendo tan penosos como inútiles esfuerzos, se empeñaba en sujetarla. Este estado de cosas preparó la ruina del sistema colonial aplicado por España, y cuyo conjunto y cuya constitución vamos ahora a bosquejar.

Nueva España —el México actual— y el Perú tenían fama de ser las comarcas más ricas de América. Los Aztecas, los Incas habían fundado en ellas grandes imperios cuyo grado de civilización sorprendió a los Conquistadores, y que ha sido objeto de crónicas memorables (19). En España conservábase recuerdo de los tesoros enviados por Hernán Cortés y sus compañeros, o traídos por ellos. Hacíanse cálculos acerca del valor de las minas de Tasco, de Cananjas, de Guanajuato; el descubrimiento de la veta principal de esta última, la *veta madre,* en 1560, inflamaba las imaginaciones (20). En cuanto al reino de Atahualpa, tan considerables eran las riquezas que se le atribuían, que, desde fines del siglo dieciséis, "para expresar que un hombre posee grandísima cantidad de oro y plata, —escribe un contemporáneo (21)— se dice proverbialmente que *tiene un Perú*".

México y Lima, fundada por Pizarro, fueron pues desde luego asignados como residencia a los dos *Virreyes* en quienes delegaba el rey de España su autoridad sobre las nuevas tierras. Si se considera que, durante más de dos siglos, la jurisdicción de México comprendió toda la parte septentrional del Nuevo Mundo, desde el mar Bermejo hasta la Florida, y desde Nueva

(19) La más célebre es la de Bernal Díaz del Castillo. *Historia verídica de la Conquista de Nueva España.* La admirable traducción que de ella ha hecho J. M. de Heredia es una obra maestra.

(20) Alexandre de Humboldt, *Essai sur la Nouvelle-Espagne.*

(21) El P. Anello Oliva, *Historia del Perú,* publicada en 1631, traducida *(Histoire du Pérou)* del manuscrito original por Terneaux-Compans, Paris, Jeannet, 1857.

Navarra hasta Panamá; y, la de Lima, todo el continente meridional, será fácil imaginar cuál podría ser el poderío de aquellos virreyes, verdaderos sátrapas, que gozaban de sueldos enormes y de provechos ilícitos más considerables aún, rodeados de guardias de corps, de pajes, de numerosa corte, investidos de omnímodos poderes civiles, militares, y hasta judiciales. Las *Audiencias,* instituídas sobre el modelo de los tribunales de España, fueron, no obstante, encargadas de administrar justicia, al mismo tiempo que constituían una de las trabas con que la metrópoli se proponía templar los excesos del poder de sus representantes. Más tarde, Nueva Granada y la Plata fueron erigidas en virreinatos, cuando se hicieron intolerables los inconvenientes que resultaban de las demasiado extensas jurisdicciones primitivas; y, en cuanto a Buenos Aires, también como desconfianza respecto de Portugal, por temor a que pudieran extenderse sus establecimientos del Brasil. Mas, no menos lucrativos fueron los nuevos empleos creados así a favor de la nobleza. En Guatemala, después en Chile, en Caracas, mucho más tarde en Quito y en Charcas, los *Capitanes Generales* y los *Presidentes* dependían directamente del rey de España, y sólo en tiempo de guerra se hallaban bajo la inmediata autoridad de los virreyes.

Para administrar las provincias secundarias, el soberano nombraba *Gobernadores, Corregidores,* con funciones por cierto mal determinadas, y sometidos a la dirección del virrey. Los municipios, *Cabildos,* elegían *Alcaldes,* cuyas funciones se ejercían durante un año.

En fin, el *Consejo Supremo de Indias,* instituído desde 1511, reclutado en su mayoría entre los altos funcionarios de América, igual en honores y poderes al Consejo de Castilla, tenía su asiento en Madrid. Revisaba, sin apelación, los fallos de las *Audiencias,* con las cuales correspondía directamente, y promulgaba Leyes y Reglamentos en materia civil, militar y religiosa, que el rey sancionaba como Emperador de las Indias, y que regían especialmente a las Colonias, sin perjuicio de quedar éstas sometidas, en principio, a

la legislación en vigor en la metrópoli. La autoridad del *Consejo* superaba a la de todos los demás representantes de la Corona en las provincias de ultramar, y completaba el conjunto del sistema colonial (22).

Cuatro y cinco años duraba, en el Nuevo Mundo, el cargo de los altos funcionarios; a su expiración, casi todos regresaban ricos a España.

La corriente de emigración de la metrópoli, relativamente poco considerable durante el siglo que siguió al descubrimiento de América, acabó no obstante por acentuarse, a pesar de las prescripciones que, más o menos, la estorbaron siempre. Así pues, las Indias no sirvieron de asilo únicamente a aventureros o a empleados sin escrúpulos sobre los medios de enriquecerse: andaluces, entusiastas y curiosos; aragoneses, tenaces; castellanos, de espíritu sutil y reflexivo; catalanes, vascos, gallegos, laboriosos y calculadores, suministraron a América numeroso y honrado contingente; formaron éstos el elemento más sano de la sociedad colonial, contribuyendo poderosamente a legarle las preciosas cualidades de la raza española, y trasmitiéndole, en su pureza casi integral, la lengua que la América latina, merced a ellos, ha conservado.

Pero los primeros emigrantes se reclutaron entre la milicia y la nobleza pobre. Los que no eran agentes directos de la Corona tuvieron que comprometerse, de todos modos, a asegurarle los beneficios que esperaba ella de sus nuevos territorios. Les fueron éstos distribuídos en lotes, divididos en *encomiendas,* a modo de concesiones momentáneas. En realidad, los titulares de dichas encomiendas las consideraron siempre como bien propio. Además, era más fácil conceder gratuitamente, o ceder a bajo precio, como más tarde

(22) Con motivo del *Consejo Supremo,* Seeley, en apoyo de la tesis según la cual los Estados Europeos que poseían colonias separadas de ellos por el mar las consideraban como partes inherentes de su territorio, estima "que sería posible probar que el Consejo español de las Indias fue guiado, en la época de su creación, por los precedentes que ofrecía la República de Venecia en sus relaciones con Candia y con sus dependencias en el Adriático". *Expansion de l'Angleterre,* op. cit., p. 79.

imaginó Felipe II, tierras a los segundones pobres, que decidirles a sacar partido de ellas. La lenta y penosa carrera de la agricultura no tentaba mucho a hombres que no pensaban en atravesar el Océano sino empujados por la esperanza de rápida fortuna.

Por otra parte, con tan cabal exactitud habían descrito las regiones mineras del Nuevo Mundo los historiógrafos de la Conquista (23), y con tanta predilección reglamentaba su explotación en Consejo de Indias, que forzoso era considerar las minas como única ocupación estimable y posible. Por tal motivo, éstas, y sobre todo las minas de oro y de plata, fueron, en los comienzos, la única industria apetecida por los colonos. Cierto que crecidos impuestos se llevaban la mayor parte de los beneficios; pero, aun así, eran éstos considerables. Los cultivos eran severamente limitados. La imprevisora avidez de la metrópoli no admitía que sus súbditos se dedicaran a explotaciones de orden menos remunerador para el tesoro. Sólo a fines del siglo diecisiete se pensó en los recursos que podía ofrecer la agricultura.

III

En los primeros tiempos los indígenas fueron quienes suministraron el contingente de trabajadores. De sus antepasados: altivos *Aztecas,* nobles *Incas, Chibchas* (24) industriosos y prudentes, los *indios* —como más tarde fueron llamados, sin más distinción de origen— habían conservado sólo el egoísmo, la desidia y la astucia, trasmitidos en el fondo de una sangre que terribles hecatombes empobrecieron cada vez más. A las sistemáticas matanzas de los primeros tiempos de la Conquista había sucedido una servidumbre más

(23) V. principalmente, en las *Noticias Historiales* de Fr. Pedro Simón (1620), la nomenclatura y la minuciosa valuación de casi todas las minas de oro o de plata del Nuevo Reino de Granada.

(24) Los *Chibchas* ocupaban las altas mesetas de Nueva Granada. Después de los habitantes de México y los del Perú, constituían la más importante y más adelantada de las razas aborígenes.

mortífera aún. El sistema del *tributo* o de la *mita* (25), al obligar a los indios a un continuo y extenuante trabajo en las minas; las epidemias que de esto resultaron; las torturas; la deportación a las Antillas, en donde eran vendidos como esclavos aquellos desgraciados, acabaron por provocar una espantosa despoblación. En menos de un siglo, los quince a veinte millones de autóctonos que contaba el Nuevo Mundo quedaron reducidos a la tercera parte (26). A consecuencia de las generosas protestas del célebre fraile dominico Las Casas (27), el Consejo de Indias, que desde la primera mitad del siglo dieciséis, se había alarmado ante las consecuencias de la posible desaparición de los antiguos habitantes de la América española, tomó en favor de ellos medidas de protección. Pero los *Estatutos,* así promulgados, no mejoraron mucho la situación de aquellos desgraciados.

Cercados en sitios a que se dio el nombre de *resguardos,* especies de comunidades agrarias en las que gozaban de un remedo de administración autónoma, los múltiples censos a que, no obstante, quedaban sometidos, y el desprecio de que eran objeto condenaban a los indios a una servidumbre tan degradante como la primera. Algunas tribus irreducibles se refugiaron en los llanos. Otras fueron cayendo en la ignorancia y la abyección, aunque animadas de una resignación cargada de odio hacia sus opresores. La insurrección llamada de Tupac Amaru, cuyos orígenes determinaremos más lejos, y que reunió bajo la ban-

(25) Nombre que daban en México al trabajo obligatorio en las minas.

(26) L. José Acosta, *Historia natural y moral de los indios.* Sevilla, 1596, 1 vol., in-4º.

(27) Las Casas (Bartolomé de), nacido en Sevilla en 1474, fallecido en Madrid en 1566. En 1502 fue a Santo Domingo, donde recibió las órdenes sacerdotales en 1510. A partir de 1515, hizo varios viajes a Europa con objeto de tomar la defensa de los indios. Obispo de Chiapas en 1544, se desistió en 1550. En 1547 había vuelto a España, de donde no salió más.

Sus dos principales obras son: *Historia de las Indias,* que se extiende de 1492 a 1520, y que no fue publicada hasta 1875-1876, e *Historia Apologética de las Indias,* cuya mayor parte ha quedado inédita.

dera de un inca mestizo los irresueltos restos de los pueblos peruanos, fue el supremo esfuerzo de una raza llegada al término final de su papel histórico y destinada a fundirse definitivamente en el amplio molde de la que había de sucederle en la tierra natal.

Cuando la despoblación se hubo acentuado hasta dejar entrever la inminente ruina de las obras emprendidas, los españoles recurrieron cada vez más a la importación de los negros de la costa del Dahomey, efectuada ya por los primeros colonos. Y, con el tiempo, portugueses, franceses e ingleses se convirtieron en proveedores de los nuevos esclavos exigidos por las minas y los cultivos.

Los *criollos*, es decir los españoles establecidos en América para siempre, formaron así la sola raza superior que dominaba a las otras dos y que, poco a poco, se las iba asimilando.

Tanto más enorgullecidos de su origen cuanto que quedaban como indiscutibles dueños de serviles humanidades, los criollos fueron, no obstante, por espacio de mucho tiempo, celosos de la pureza de su sangre, hasta el punto de considerar como infamante su mezcla con cualquiera de las razas establecidas junto a ellos. Tardó, pues, en efectuarse la fusión; y, si aún en nuestros días no está del todo terminada, podía ya observarse, desde mediados del siglo dieciocho, la existencia, en el continente americano, de una nueva raza que, independientemente de los cruces, comenzaba a ser constituída por las influencias climatéricas y regionales (28).

Sus elementos etnológicos son de una diversidad casi infinita. Los pueblos aborígenes habían sido for-

(28) La teoría de la formación de las razas humanas bajo la influencia del *suelo*, del *clima* y de la presión atmosférica, que se ha vuelto uno de los lugares comunes de la etnología y de la filosofía contemporáneas, fue enunciada por vez primera en 1808, en Santa Fe, por el admirable sabio sudamericano Francisco José de Caldas. Es probable que hallara los elementos de su teoría en Montesquieu, Cabanis, Condillac, Helvetius y Destutt de Tracy; pero supo, mucho antes que Stendhal o Taine, extraer de ellos la síntesis definitiva y luminosa. V. José María Vergara y Vergara. *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, 1867, 1ª parte, p. 393.

mados de esencias finesas, mongolas, malayas, y hasta islandesas y escandinavas (29), y, cuando los blancos de Europa y los negros africanos se instalaron en América, pudo decirse, con justo motivo, que el Nuevo Mundo era "el Valle de Josafat de los vivos (30)". En efecto, allí se daban cita todas las razas del globo, y sólo por necesitarlo así la síntesis histórica ha sido reducido a las tres grandes familias: *indígena*, *blanca* y *negra* el conjunto de los factores étnicos de la raza sudamericana.

Al lado de los indios propiamente dichos, en vías de desaparición, y de los negros, cuyas particularidades resistieron más a la asimilación, se puede pues, desde 1750, considerar el conjunto de la población de las Colonias españolas como formando un grupo homogéneo en que se elabora con certeza la conciencia de un común porvenir. Los criollos representan la aristocracia del cuerpo social; los mestizos, de innumerables matices, fruto de la mezcla de las tres razas, y, en fin, los negros y los indios componen sus capas inferiores y diferenciadas.

Quédanos el determinar aún los caracteres distintos de cada una de estas clases. Su examen es necesario para comprender el desarrollo y los efectos de la revolución hacia la cual se encaminan.

Las facilidades que los criollos —sobre todo en los comienzos de la Conquista— tenían para enriquecerse, la ausencia de vigilancia efectiva, la abundancia de todo, generalizaron en ellos la afición al lujo y a los placeres, la prodigalidad, el valor, facultades inherentes al carácter español, a los que imprimió su sello particular el ambiente americano. En la Plata y en Chile, en donde las fortunas eran mucho menos considerables por la ausencia de explotaciones mineras y por las restricciones impuestas a la agricultura, la aristocracia colonial acusó, desde el principio, tendencias más utilitarias y más ordenadas (31).

(29) V. Gobineau. Essai sur l'Inegalité des *Races humaines*, t. IV, cap. VII.

(30) Samper, op. cit., cap. v, p. 78.

(31) Vicente J. Quesada, *La sociedad hispano-americana bajo la dominación española*. Madrid, 1893, p. 7.

De todas las clases hispanoamericanas, el mulato es la más interesante y la más característica por sus cualidades y sus defectos. Del negro tiene la aptitud a los trabajos penosos y la fidelidad; tiene el orgullo quisquilloso y la hidalguía del catellano; es jactancioso, expansivo y sentimental, sensual, y, como el indio, extremado en sus atenciones y alabanzas, y muy palabrero y engatusador (32). La clase de los mestizos, escribe Robertson (33) en 1778 (34), "posee una constitución muy robusta; ejerce todas las artes mecánicas y todos los empleos de la sociedad que requieren actividad, pero que por pereza y por orgullo son desdeñados por los ciudadanos de las clases superiores."

No obstante, aquellas clases superiores acabaron por dedicarse a los oficios tan despreciados, a medida que se veían apartadas de los empleos públicos por los *chapetones,* como en casi toda América eran llamados los españoles que salían de la Península y se volvían a ella, una vez terminada su misión: era muy natural que la metrópoli reservara sus favores a aquellos de sus súbditos cuyos verdaderos intereses quedaban en Europa.

La viveza, el don de rápida asimilación que, a su vez, aportaron los criollos a la agricultura, al comercio y a las industrias, eran, después de todo, cualidades comunes a todos los americanos. Añádanse a esto los entusiasmos versátiles, cierta falta de iniciativa, y, al mismo tiempo, facultades innatas para la elocuencia a veces declamatoria. Esta "manía de discursear y de perorar (35)" la habían padecido también sus antepasados indígenas, a quienes caracterizaba igualmente el espíritu de independencia y el "republicanismo extremado" propios de todas las razas muy mezcladas (36). Estos rasgos se señalaron profundamente

(32) V. Samper, op. cit., cap. v.

(33) Robertson (William), historiador inglés, nacido en Escocia en 1721, fallecido en 1793. Sus principales obras son: *History of Scotland during the reigns of Mary and of King James* VI, 1759; *History of Charles V,* 1769, e *History of America,* 1777, 2 vol., in-4º.

(34) *Histoire de l'Amérique,* 1ª edición francesa, t. II, lib. VIII.

(35) Gobineau, op. cit., p. 273.

(36) Gobineau, op. cit., p. 273.

en la nueva sociedad sudamericana. A más de esto, el carácter individual de sus representantes se modificaba, según las regiones, con los contrastes que ofrece la naturaleza física. Los habitantes de las alta mesetas se distinguían por una amenidad más refinada, sangre fría, reserva, inclinación al escepticismo, y, también, a la superstición; en *tierra templada*, en las vertientes ocidentales de los Andes, la dulzura, la indolencia eran más acusadas; en los valles bajos y en las costas, el predominio de los negros había dado a los temperamentos ardores más impulsivos y apasionados. En fin, ciertas regiones en que los cruces eran más complejos, y especialísimas las condiciones de existencia, produjeron poblaciones de facultades singulares: los *llaneros* de las llanuras de Venezuela, jinetes impetuosos, que cazan con lanza el tigre y el caimán, y que ignoran el miedo hasta el punto de que no existe tal palabra en su vocabulario, ingobernables y feroces, cancioneros chistosos y zumbones, y notables en el cuento de leyendas; los *cholos* de las montañas peruanas, insensibles a las más duras fatigas; los *gauchos* de las pampas argentinas; los *rotos* de Chile, reyes del lazo, indisciplinados y valientes hasta la extravagancia, verdaderos centauros que han sido comparados con los árabes y con los cosacos, pues son como éstos, en efecto, fatalistas y valientes.

Mirándolo bien, estas diversidades de carácter no eran sino particularidades, en la expresión, de intereses y de instintos por todas partes semejantes en su principio, o que no diferían esencialmente sino a grandísimas distancias geográficas (37). Bastaban, sin embargo, para suscitar entre los americanos oposiciones tanto más vivas cuanto que de continuo se aplicaba en sostenerlos la metrópoli. La discordia así azuzada por España era una de las bases de su sistema administrativo. El alejamiento de sus provincias de ultramar, las dificultades que desde los comienzos tuvo para imponer en ellas su autoridad, le parecían

(37) V. Doctor Jourdannet, *Le Mexique et l'Amérique tropicale*, cap. I.

justificar, más que en otro sitio cualquiera, la aplicación del "divide ut imperes", considerado por los gobiernos europeos como la máxima primordial de toda buena política. La minuciosa subdivisión de los mestizos en castas más o menos despreciadas según su color; las diferencias de trato general adoptadas por la administración colonial respecto de los mulatos propiamente dichos, de los *tercerones*, de los *cuarterones*, de los *zambos* (38), habían creado celos violentos en los que tomaban parte los criollos por el irreducible desdén que manifestaban por todas las demás categorías sociales. Cada uno evidiaba la casta superior a la suya, y todas se odiaban entre ellas. Hasta los orígenes regionales se habían convertido en motivo de riñas. El habitante de las altas mesetas, al llamar *costeño* al individuo de las costas, pronunciaba este epíteto con insolencia tan desdeñosa como la empleada por el costeño al calificar al otro de *montañés*.

Nada como este estado de espíritu podía prestarse mejor a la sumisión absoluta que la Corona anhelaba imponer a sus súbditos de América, y en la cual trataba de mantenerlos el clero. Desde los primeros tiempos se había pensado que el mejor medio de asegurar la obediencia de los indígenas era hacerlos cristianos. Una vez convertidos —y harto abominables fueron, con sobrada frecuencia, los medios empleados por los frailes de la Conquista para enviar al cielo a los recalcitrantes (39)— importaba que los supervivientes, y más tarde sus descendientes, quedaran penetrados de "que la autoridad de los reyes venía del Cielo (40)" y no intentaran profundizar su condición de súbditos sometidos a leyes indiscutibles. El sostenimiento sistemático de la ignorancia era el natural resultado de esta política. Los sacerdotes la fomentaron con tanto

(38) Nacidos de indio y de negra.

(39) Los frailes bautizaban a un tiempo a numerosos indígenas, exterminándolos, quemándolos vivos después, con la mayor serenidad. V. los relatos de Garcilaso de la Vega, de Bernal Díaz del Castillo, etc.

(40) J. M. Restrepo, *Revolución dé la República de Colombia*. Introducción, p. XXXIV.

más fervor cuanto que favorecía su interés personal al mismo tiempo que el de la metrópoli.

No obstante, sería injusto condenar en conjunto el papel del clero en la colonización española. Repetidas veces, los primeros misioneros protegieron a los indios contra los abusos y las matanzas. La abolición de la *mita* fue, en gran parte, obra de ellos, y la noble y heroica caridad de los Sahagunes (41) y de los Acostas (42) basta para mitigar muchas faltas y muchas flaquezas. Sabido es también qué inteligente apóstol fue el admirable Las Casas, cuyas ideas inspiraron a los Jesuítas para el establecimiento de sus famosas *Reducciones* del Paraguay, de California y de Nueva Granada. Hubo, en este último país, un ensayo social que merecería por sí solo un largo estudio. En un territorio igual, como extensión, a la mitad de Francia, algunos religiosos, de espíritu singularmente independiente, fundaron una especie de Estado comunista, esencialmente agrícola, que prosperó por espacio de dos siglos. Aplicaron a su constitución las doctrinas del socialismo más avanzado, y fundaron una república ideal y afortunada (43).

Mas, cualquiera que fuera la felicidad, muy negativa por cierto, de que gozaban las gentes así administradas por ellos, tanto los Jesuítas como los Carmelitas, como los Dominicos, como los Franciscanos,

(41) Sahagún (Bernardino de), monje franciscano, nacido en España, fallecido en México en 1590. Partió como misionero para México en 1529. Fue profesor en el colegio de Santa Cruz en México, aprendió la lengua de los indios y fue siempre su defensor. Hay de él entre otras obras, *Historia General de las cosas de Nueva España, México*, 1829, 1830, 3 vol., in-4º.

(42) Acosta (José de), jesuíta español; nació hacia 1539, murió en Salamanca en 1600. Segundo provincial de la orden de los Jesuítas en el Perú. Trabajó con ardor en la conversión de los indios, y regresó a España en 1588. Publicó *Historia Natural y Moral de los Indios*. Sevilla, 1590.

(43) V. P. D'Espagnat, *Souvenirs de la Nouvelle-Grenade*. — V. también Cassani, *Historia de la provincia de Santa Fe, de la Compañía de Jesús, y vida de sus varones ilustres*, 1 vol., in-5º, Madrid, 1741. — J. M. Rivas Groot, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, t. II, cap. XXVII. — Juan Rivero, *Historia de las misiones de los Llanos de Casanare*, Bogotá, Silvestre y Cía., 1884.

atendieron, en definitiva, en el Nuevo Mundo, mucho más a lo temporal que a lo espiritual. Trabajaban ante todo para la Corona y no olvidaban lo bastante las prácticas de la caridad bien ordenada. Además, la constitución de la iglesia americana confería a ésta una independencia mucho más extensa que en la Península. El papa, que quedaba siendo, en Europa, jefe absoluto del clero, sólo un poder nominal tenía sobre el clero del Nuevo Mundo. Las prerrogativas concedidas por la Santa Sede a los monarcas españoles hacían de éstos, en las Indias, verdaderos jefes de Iglesia nacional. Su patronato era ilimitado. Disponían de todos los beneficios y de todos los empleos; ninguna bula era recibida sin previos examen y aprobación del Consejo de Indias. No obstante, con la administración eclesiástica ocurrió lo que sucedía con la administración civil: se sustraía a toda intervención de los soberanos; y, a pesar del complicado sistema de vigilancia mutua instituído por ellos en su dominio colonial, eran de continuo engañados por agentes siempre infieles.

De España llegaban los obispos acompañados de numeroso séquito de parientes, de aliados, de ahijados, a quienes distribuían, violando así las prescripciones reales, los empleos mejor remunerados, los más productivos curatos. Los Jesuítas pagaban, a modo de censo, un peso por cabeza de catecúmeno; pero, en cambio, reservaban a la Compañía casi todo el producto del trabajo de los neófitos (44). A más de esto, ocultaban con especial cuidado los detalles de su gestión. Por ejemplo, pintaban la California, en donde su poderío era todavía más considerable que en el Paraguay, como siendo un país tan malsano y tan estéril, que únicamente el celo de la conversión de los indios había podido determinar a sus misioneros a establecerse en tal país (45), y las Reducciones de la cuenca del Plata estaban rodeadas de fosos y de defen-

(44) V. J. Cretineau-Joly, *Histoire Religieuse et politique de la Compagnie de Jésus*, Paris, 1851, t. III.

(45) V. Venegas, *Historia de la California*, 2 vol., in-8º, t. I, cap. XXVI.

sas a los que nadie, ni siquiera los gobernadores y los obispos, se acercaban sin permiso (46). En fin, a pesar de los crecidos diezmos que el clero, autorizado por la Corona, cobraba de continuo, todavía solicitaba, sin descanso, de los fieles, donativos de todo género. Había conseguido inculcarles la idea de que no era buen cristiano quien no dejaba, por testamento, parte de sus bienes a las iglesias. De esta manera, una importante parte de la riqueza pública pasó a manos de las congregaciones, las cuales pulularon en México, en el Perú y en Nueva Granada (47).

Por su parte estaba atenta la Inquisición a que en ningún sitio de América penetraran las ideas subversivas. En Sevilla, antes de salir, y a su llegada a las Indias, los libros eran sometidos a una implacable censura. Cada año se efectuaban registros en las librerías y en las bibliotecas de los particulares, y la única lectura que favorecía el clero era la de obras como: *El Año cristiano* o *El ejercicio cotidiano* (48).

Pocos eran, en los primeros tiempos de la dominación española, los criollos que tenían afán por instruirse; sin gran trabajo se sometieron a estas prohibiciones que sólo más tarde fueron para ellos una molestia; en cuanto al resto de la población, ni siquiera se daba cuenta de tales exigencias. Con mucha menos facilidad soportaban todas las clases sociales las trabas que el régimen comercial e industrial oponía al desarrollo económico del Nuevo Mundo.

Los impuestos, opresivos en sumo grado, y percibidos con despiadado rigor, hacían que la agricultura

(46) Cf. Deberle, *Histoire de l'Amérique du Sud*, Paris, 1876, cap. III. — Schoell, *Cours d'histoire des Etats Européens*, t. XXXIX. — De Moussy, *Mémoire historique sur la décadence et la ruine des Missions des Jésuites dans le bassin de la Plata*, Paris, 1864.

(47) En vano se quejaba Felipe III, por carta escrita en 1620 al virrey de Lima, de que los conventos ocuparan más sitio en ésta que el resto de la ciudad; y, en 1644, el cabildo de México solicitaba del rey que no se fundaran nuevos monasterios, y que fuesen limitados sus beneficios, "por miedo a que las comunidades ya existentes se incautaran de toda la comarca". Leroy-Beaulieu, op. cit., p. 22.

(48) Restrepo, op. cit., t. I, introducción.

no resultara lo bastante remuneradora, y la condenaban a perecer. Ordenanzas, originadas tanto por las intrigas de los colonos, celosos unos de otros, como por las nefastas tendencias de la metrópoli a fomentar aquellas rivalidades, llegaban hasta reglamentar los cultivos en contradicción con las necesidades verdaderas o las facultades productoras de las distintas colonias (49). No mejor entendidas ni reglamentadas estaban las condiciones de la industria. Se toleraba, a lo sumo, la fabricación de algunas telas burdas. Las provincias de España en que se cultivaban las artes mecánicas no habrían permitido competencia alguna: todos los objetos de utilidad y de lujo habían de proceder de ellas. "La inercia y la pobreza parecían haber sido impuestas a la tierra, como a los habitantes la sumisión y la ignorancia (50)".

Las transacciones con los países extranjeros estaban severamente prohibidas. Tampoco podían comerciar entre ellas las Colonias. La *Casa de Contratación,* de Sevilla, vigilaba el tráfico con América. Esta autoridad administrativa y judicial, instituída desde el siglo quince, e incorporada después al Consejo de las Indias, reglamentaba la salida de los navíos que llevaban las expediciones de la Península. Salían dos veces al año, escoltados por las escuadras, para arribar: unos, la *flota,* a Veracruz; los otros, los *galeones,* a Puerto Bello. Sólo estas dos puertas de entrada y de salida tenía el comercio español con el conjunto del continente americano. Al principio, Sevilla fue su solo punto de salida, y sólo en 1720 compartió con Cádiz este privilegio.

De este sistema resultaron las consecuencias más deplorables, así para la metrópoli, que, a pesar de una vigilancia tan molesta como costosa, tuvo que contar con el desenfrenado contrabando de las demás nacio-

(49) Por ejemplo, la viña, autorizada en el Perú, estaba prohibida en Quito. En Chile, los magníficos resultados que aquella había de alcanzar más tarde, y cuya posibilidad se veía ya, eran fomentados, adrede, de manera mezquina e insuficiente. V. Robertson, op. cit., lib. VIII.

(50) Robertson, op. cit., lib. VIII.

nes, como para los colonos, obligados a veces a pagar hasta quinientas o seiscientas veces el valor de los productos (51) que penosamente les llevaban las caravanas, pasando por inmensos y peligrosos territorios. La represión en que incurrían los americanos, inclinados por naturaleza a transgredir medidas tan restrictivas, era aplicada con todo rigor. Acerca de este delito, el código colonial solía prever la confiscación y hasta la muerte.

IV

Pero, ni las prohibiciones y las severidades del régimen comercial; ni la autoridad suspicaz que se extendía desde el alcalde hasta las audiencias, y desde el comendador hasta el virrey; ni la esclavitud y la credulidad, fomentados por el clero en una población en la que los demás delegados de la Corona se habían propuesto excitar celos y odios, consiguieron destruir, ni siquiera neutralizar, en América, el espíritu de libertad y de independencia.

Bastara, para avivar ese primordial y dominante instinto del carácter sudamericano, bastara con el insoportable yugo que se esforzaba por contener sus más normales aspiraciones; pero hubo, para excitarlo aún y empujarlo hasta el paroxismo, si así puede decirse un estimulante tanto más incoercible cuanto que resultaba del ambiente mismo de la tierra natal.

Bajo aquel sol que todo lo abulta, las pasiones se exaltan, hierven con vértigo parecido al que hace estremecerse la naturaleza. Su solo contagio bastó para exagerar los furores de la Conquista. Los antecedentes de sus protagonistas hacían presagiar, desde luego, atrocidades como en la época más violenta de la historia; pero nunca se habría supuesto que un frenesí criminal no conocido hasta entonces. o las terribles privaciones que sufrieron, empujaran a los Conquistadores a matarse unos a otros, y hasta a mancharse con

(51) V. G. Juan y Antonio de Ulloa, *Viaje histórico por la América meridional*, 2 vol., in-4º, 1752, t. I, lib. V, cap. VII.

brutalidades que se resiste uno a nombrar (52). El trágico destino de los Pizarros, de los Almagros, de Balboa, Dávila, Robledo, Benalcázar, y tantos otros, muriendo a manos de sus compañeros de armas; los soldados asesinando a sus capitanes; las rebeliones de éstos contra la autoridad del soberano, y los espantosos tormentos con que fueron castigados, componen un cuadro palpitante de horror cuyos orígenes resultan más hondos que las viciadas costumbres de la época o el *simple* desencadenamiento de aptitudes para la crueldad.

Tales ejemplos en los albores de la sociedad americana la predispusieron más a las sediciones, la dotaron de volcánica impetuosidad, y el poder real tuvo que reprimir de continuo perpetuas insurrecciones.

La mayoría de éstas, sofocadas en el silencio de comarcas aisladas, no han dejado rastros. Se manifestaban cual repentinas llamaradas de la inmensa hoguera revolucionaria que, en todos los tiempos, fueron las Colonias españolas.

Sin embargo, no habría que creer que tales rebeliones no obedecían a más motivo que la vehemencia de los caracteres o el deseo de sacudir una dominación

(52) Júzguese de ello por este extracto de uno de los más fidedignos cronistas de la Conquista. "En el curso de su segunda expedición, hallándose Alfinger por las orillas del Magdalena, decidió remitir a Coro la cantidad de oro que había recogido, calculada en 30.000 pesos, y la confió a veinticuatro hombres mandados por un capitán Bascona, Vasconia o Vascoña. Extraviáronse a poco y acabados los bastimentos que llevaban, ya medio muertos de hambre enterraron el oro al pie de un árbol, para volver a buscarlo en mejor ocasión. Mas como sus fuerzas del todo les iban faltando, acordaron, y de hecho lo hicieron, de ir matando de los pocos indios e indias que les habían quedado de servicio, e írselos comiendo cada día el suyo... sin dejar cosa de ellos, tripas ni lo demás. porque nada les sabía mal; y aun sucedió que matando al postrer indio y arrojando cuando lo hacían cuartos el miembro genital... era tanta la hambre rabiosa de un soldado llamado Francisco Martín (relator del suceso) que como un perro arremetió y lo cogió y se lo engulló crudo diciendo: "Pues esto arrojáis en estas ocasiones?..." Dividiéronse luego unos de otros, por temor de que el hambre los obligara a matarse entre sí." Fray Pedro Simón, op. cit. Segunda noticia, cap. V y VI. Citado por José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, t. I, cap. I, p. 6.

dolorosa, y que se manifestaban de una manera alocada. Una idea sin fórmula fija durante largo tiempo, una idea fugaz, pero esencial, gobierna las energías en ebullición: la de que podrían constituirse Estados que fuesen independientes de la metrópoli. Esta idea, que late en el cerebro de la mayor parte de los habitantes del Nuevo Mundo, sólo en el espíritu de algunos adquiere cabal precisión. Que se pronuncien éstos, que enarbolen una bandera, y verán siempre agruparse en torno de ellos el pueblo. Las generaciones sucesivas reproducirán este fenómeno con las variantes del tiempo y de los personajes; pero su desarrollo presentará caracteres idénticos.

Tan pronto como un *hombre* se rebela, encarnando en él, si así puede decirse, la idea de independencia, se ve rodeado por el grupo de aquellos a quienes anima más particularmente el mismo pensamiento; prodúcese un incidente, fútil las más veces, pero que pone en evidencia el profundo antagonismo del español y del americano, y, en seguida, la muchedumbre, sin dirección aparente y sin haber recibido órdenes de nadie, llena tumultuosamente las calles y las plazas públicas. Allí está el *hombre.* Del grupo que le rodea, sale una voz pidiendo que se reúna el *Cabildo.* Este es el que, sin duda alguna, dará con el remedio, con la solución deseados. El cabildo se pronuncia, designa al *hombre* cuyo nombre, sin que se sepa por qué, se halla ahora en todas las bocas: a él toca entrar en acción.

Tal es, hasta la fecha magna de 1810, el proceso habitual de los pronunciamientos coloniales. Si toman, en esta época, una extensión más considerable y casi universal, es porque la Idea, más vigorosa, se ha insinuado también con más fuerza y en mayor número de cerebros. Entonces, habrá dado España el ejemplo de sus *Juntas.* El cabildo propondrá, pues, la constitución de una asamblea de este género, más capaz de resolver el problema, y a la cual el prestigio del papel que se la ve desempeñar en la metrópoli conferirá más autoridad para entrar en discusión con el virrey, con el presidente o con el capitán general. Se procede-

rá sin demora a la elección de diputados. Estos representarán seguramente las aspiraciones generales; pero, en realidad, obrarán a impulsos del *hombre* que, desde aquel día, les dirigirá abiertamente (53).

Pero, las posibilidades de éxito de las revoluciones que así comienzan, dependerán del valor moral del que las haya instigado. Cuanto más sincero sea, cuanto más desinteresado y consciente de la idea cuyo triunfo pretende asegurar, más poderoso será el movimiento desencadenado, más difícil de ser reprimido por el adversario.

He ahí por qué, personificada en tres ocasiones distintas la noción de independencia nacional, durante el período colonial anterior a 1810, y de una manera más acentuada cada vez, tres grandes levantamientos se han producido; y es tanto más importante anotar su encadenamiento y sus similitudes, cuanto aparecen como otros tantos ensayos de la revolución definitiva.

Ya hemos visto que la institución de los *Ayuntamientos* o *Cabildos* formó parte de la organización primitiva del régimen colonial. Al igual de los antiguos cabildos de España, fueron investidos por el rey de franquicias y de privilegios muy extensos a veces. Por ejemplo, los municipios del Paraguay tenían, en caso de quedar vacante el cargo de gobernador, derecho a elegir ellos directamente otro gobernador. Se veía en esto el espíritu democrático e igualitario que, en otros tiempos, fue gloria de las *Comunidades* de Asturias y de León. Poco a poco, la autoridad real fue reduciendo las prerrogativas de los cabildos; pero distaba mucho, sobre todo a comienzos del siglo dieciocho, de que los pueblos paraguayos, cuyas clases bajas estaban dominadas en absoluto por los Jesuitas, aceptaran sin murmurar la sujeción a que, a su vez, trataban de someterlas los misioneros. La raza nacida del cruce de los españoles con indígenas manifestaban en aquella región de la cuenca del Plata, un carácter tan independiente y tan belicoso, que, desde 1579, el tesorero don Hernando de Montalvo creyó deber seña-

(53) Cf. Samper, op. cit., cap. IX.

larlo a las autoridades de la metrópoli. "Hay, escribía dicho señor (54), hijos de la tierra, que, de las cinco partes de la gente española, las cuatro son de ellos, y cada día va en aumento, teniendo muy poco respeto a la justicia, a sus padres y mayores, muy curiosos en las armas, diestros a pie y a caballo, fuertes en los trabajos, amigos de la guerra y muy amigos de novedades."

En efecto, en pleno siglo dieciséis, el Paraguay era una diminuta república turbulenta y celosa de libertad, cuyos colonos derribaban los agentes del rey al grito de "¡Mueran los tiranos!", elegían mandatarios por mayoría de votos, consiguiendo conservar por largo tiempo intactos sus fueros (55).

D. Diego de los Reyes Balmaseda, que administraba el Paraguay en 1720, habiendo querido un día oponerse a la reunión del cabildo de La Asunción, prodújose un motín. El pueblo, abrumado de impuestos, pareció tan resuelto a sostener las reivindicaciones de su ayuntamiento, que tuvo que someterse el gobernador. Los concejales eligieron en seguida un gobernador paraguayo, Josef Antequera (56), muy popular en La Asunción, y sobre cuyas capacidades fundaban grandes esperanzas sus compatriotas para mejoramiento de su suerte.

Antequera distaba mucho de ser un ambicioso vulgar. A despecho de las acusaciones de tiranía con que le abruman los historiadores españoles, obligados, en más de una ocasión, a mostrarse menos severos, para no ser tachados de parcialidad (57), no puede ponerse en duda su desinterés. Las violencias que ejerció

(54) Informe del Tesorero D. Hernando de Montalvo; manuscrito del *Archivo de Indias*, en Buenos Aires, citado por Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín*, t. I, p. 35.

(55) V. Mitre, op. cit., t. I, cap. I.

(56) V. para la historia de la rebelión de Antequera y de los *Comuneros* paraguayos el P. Charlevoix, *Histoire du Paraguay*, 1757, J. Miguel Lobo, *Historia general de las antiguas colonias hispanoamericanas*, 3 vol., in-8º, Madrid, 1875, t. I, pp. 86 a 216.

(57) "En el corazón de cuyo autor no tuvieron abrigo la codicia ni ninguna otra pasión de las que constituyen al hombre en ser despreciable". Lobo, op. cit., p. 193.

para conservar el poder que le había sido confiado, son excusadas por las persecuciones que arreciaban sobre sus partidarios. Durante los cuatro años que duró su administración (1721 a 1725), se dedicó a poner en práctica los principios libertarios proclamados por él. Arrestado por fin, conducido a Lima, y supliciado en presencia del virrey, pudo Antequera, antes de morir confiar a uno de sus compañeros, Fernando de Mompox, el encargo de continuar su obra.

Bajo la conducta de este nuevo jefe, empuñaron de nuevo las armas los insurrectos, tomando esta vez el característico nombre de *Comuneros,* que doscientos años antes había inmortalizado el célebre Juan de Padilla, en España, en el campo de batalla de Villalar. Durante algunos meses más, los Comuneros del Paraguay pusieron en peligro las autoridades reales, y fueles muy difícil a los Jesuítas, de continuo expuestos a sus ataques, recuperar su prestigio. "El 17 de febrero de 1732, refiere el P. Charlevoix (58), aquellos furiosos, en número de dos mil jinetes, entraron, a eso de mediodía, en la ciudad de La Asunción, se fueron derecho al colegio arrojando desaforados gritos, y, con tal precipitación hicieron salir a los Padres, que ni siquiera tuvieron éstos tiempo para coger sus breviarios. . ." Por fin sucumbieron a la represión los Comuneros, y, por algún tiempo aún, reinó en el Paraguay el orden, siempre amenazado, de la vida colonial.

En efecto, no había tranquilidad para los agentes de la corona de España. No edificaban sus fortunas sino entre perpetuas alarmas. En la época misma en que la insurrección de los Comuneros le obligaba a movilizar sus fuerzas (1730), el virrey de Lima tenía que reprimir un levantamiento en Cochabamba; y, apenas reprimido el movimiento de Fernando de Mompox, el capitán general de Venezuela tropezaba, en el establecimiento de los monopolios concedidos a la Compañía de Guipúzcoa (59), con la resistencia de los habitantes de Caracas. En Quito, en 1765, los co-

(58) Op. cit., t. V, lib. XIX, p. 112.
(59) V. *infra,* cap. III.

lonos se insubordinan también con motivo de la aplicación del impuesto de las *alcabalas,* o derechos sobre las ventas.

Asimismo, la pretensión de los gobernadores de los distritos de Chayanta y de Tinta, en el Perú, de someter a sus administrados a nuevos *repartimientos,* sirvió de pretexto a la gran insurrección de Tupac-Amaru, en 1780. Dábase el nombre de *repartimiento* a un privilegio concedido a principios de la Conquista a los corregidores, y que les investía del derecho de suministrar a los indios todos los objetos necesarios para el consumo. Cierto que las leyes reglamentaban y limitaban este privilegio; pero no tardó en convertirse, en manos de los funcionarios coloniales, en fuentes de abusos y de exacciones. La *mita,* aunque suprimida oficialmente desde fines del siglo dieciséis, seguía, también, siendo aplicada en el Perú, y pesaba cruelmente sobre los indios, relativamente numerosos aún en el país.

Exasperados por este doble régimen, entraron éstos en relación con los mestizos, los cuales componían la reducida población de los campos, y que padecían igualmente de la codicia de los agentes coloniales. Indios y mestizos no tardaron en percibir, en las ambiciones del cacique del *Resguardo* de Tungasuca, el eco personificado de sus veleidades de independencia. Dicho cacique, José Gabriel Condorcanqui, había tomado el nombre del último emperador de los Incas, Tupac-Amaru, decapitado en 1572 por el virrey D. Francisco de Toledo. Condorcanqui descendía, en efecto, por su madre, de una de las hijas del Inca. Inteligentísimo, ilustrado, de noble apostura, y poseyendo todas las cualidades de un conductor de hombres, había ganado por completo la confianza de los pueblos peruanos por haber decidido a dos de sus parientes a que fueran a pedirle al rey Carlos III la supresión definitiva de la mita y de los repartimientos. Dichos enviados recibieron buena acogida en Madrid, pero fallecieron, acaso envenenados, poco tiempo después de su llegada a la corte, y Tupac-Amaru, comprometido, expuesto a la venganza del corregidor

de su distrito, tuvo que declararse abiertamente en rebelión.

En realidad, no había esperado más que un pretexto. Al cabo de algunos días, todos los caciques de pueblos situados en un circuito de cien leguas hicieron causa común con él. Engrosada, a poco, por las clases populares de los virreinatos del Perú y de Buenos Aires, la insurrección tomó proporciones aterradoras. Persuadido Tupac de que el número de sus partidarios inmediatos sería suficiente para lograr el éxito apetecido, había descuidado el asegurarse el concurso, indispensable, de las clases elevadas. Además, los orígenes puramente indios de que se enorgullecía con ostentación chocaban los prejuicios de la mayoría de los criollos, quienes no habrían consentido en confiar sus destinos en manos de un *indio,* por excelsa que fuera su alcurnia. Hicieron, pues, causa común con las autoridades. Tupac, que se presentó ante Cuzco con más de 40.000 hombres, debió el inesperado pánico que de repente los dispersó, al terror que hábiles intrigas habían suscitado entre sus soldados y hasta entre sus íntimos. La escasa guarnición y las improvisadas milicias de la ciudad no tuvieron casi que hacer uso de sus armas.

El cacique de Tungasuca pagó su intentona con un espantoso suplicio al que fueron sometidos también, en presencia suya, su mujer, su hijo, niño de corta edad, y seis de sus allegados. Estos desgraciados, llevados el 18 de mayo de 1781 a la plaza mayor de Cuzco, fueron despedazados vivos por los verdugos. En tal peligro había puesto a la dominación metropolitana el levantamiento de Tupac-Amaru, que tan horrible escena, que nos causa hoy día estremecimientos (60), pareció apenas ejemplar a los españoles de entonces. No podían dejar de convenir en que una acción mejor concertada y una política más hábil habrían evitado a Tupac el enajenarse a los criollos. Estos acecha-

(60) "...acompañando a aquellos suplicios circunstancias atroces, cuya relación hace erizar los cabellos, y no puede ni copiarse sin repugnancia, ni leerse con ánimo sereno y sin estremecerse de horror." Lafuente, op. cit., t. XVIII, cap. IX.

ban ya una ocasión para realizar una independencia a la que deseaban únicamente mayor alcance, y, si Tupac, víctima de la fatalidad que perseguía las últimas hazañas de su raza, no pudo sentar las bases de una nacionalidad, no fueron inútiles sus esfuerzos: es más, hasta hay que considerarlo como una especie de precursor.

La facilidad con que se había propagado la rebelión abría a los criollos perspectivas no sospechadas por ellos para el éxito de futuras empresas. Además, las relaciones que existían entre el levantamiento de Tupac-Amaru y la independencia de las Colonias españolas han sido consignadas en una carta memorable que, cuarenta y cinco años más tarde, el propio hermano de José Gabriel dirigió a Bolívar. Escapado por milagro de la carnicería de Cuzco, y libertado por José Bonaparte de un cautiverio de más de un cuarto de siglo en las cárceles de Madrid, escribía, en efecto: "Si ha sido un deber de los amigos de la Patria de los Incas, cuya memoria me es la más tierna y respetuosa, felicitar al Héroe de Colombia y Libertador de los vastos países de la América del Sur, a mí me obliga un doble motivo a manifestar mi corazón lleno del más alto júbilo..., cuando he sido conservado hasta la edad de 86 años, en medio de los mayores trabajos y peligros de perder mi existencia, para ver consumada la obra grande y siempre justa que nos pondría en el goce de nuestros derechos y nuestra libertad; a ella propendió D. José Gabriel Tupamaro, mi tierno y venerado hermano, mártir del Imperio peruano, cuya sangre fue el riego que había preparado aquella tierra para fructificar los mejores frutos que el gran Bolívar había de recoger con su mano valerosa y llena de la mayor generosidad (61)."

(61) Juan Bautista Tupac-Amaru a Bolívar, 15 de mayo de 1825, en O'Leary, *Memorias*, parte documentaria, t. X, p. 5.

V

Tanto más herido se sentía el gobierno español por los progresos que en sus colonias parecía realizar el espíritu de insurrección, cuanto que, arrastrado por la política de Choiseul y de sus sucesores, érale preciso por entonces (1779) asociarse a la guerra de desquite que Francia proseguía contra Inglaterra, y proceder a armamentos considerables.

Las tesorerías reales de América, que era a las que acudía sobre todo el gabinete de Madrid para hacer frente a los gastos de la guerra, acusaban no obstante importantes déficits. El sistema fiscal impuesto a las Colonias había tenido que dar, fatalmente, este resultado. Apenas llegada al primer término de su formación, y sometida al régimen económico más funesto a su desarrollo, la sociedad sudamericana carecía del vigor necesario para subvenir a los innumerables censos con que despiadadamente la abrumaba la metrópoli. Por cierto que ésta no hacía sino aplicar, así en esto como en materia de colonización, los principios observados en aquella época por todos los gobiernos. Era opinión corriente en Europa que el *Estado* constituía una entidad distinta de la *Nación:* ésta tenía que subvenir a todas las necesidades de aquél; y, si semejante verdad pudiera implicar algunas salvedades, jamás se habría pretendido hacerlas extensivas a las Colonias, consideradas por definición y por excelencia como sumisas en absoluto a todas las imposiciones de la "real gana".

Así, pues, sin preocuparse por las necesidades inherentes a las particularísimas condiciones de existencia de sus dominios, el gobierno español había instituído en ellos un régimen fiscal que comprendía un número casi incalculable de impuestos, a cual más abrumadores, que de continuo eran aumentados y que gravaban, sin excepción, todas las manifesaciones de la vida económica y social. Las complicadas modalidades exigidas por tal régimen lo hacían, en resumidas cuentas, del todo perjudicial a los intereses de la metrópoli. Así, por ejemplo, mientras el gobierno regía

por sí mismo las distintas administraciones, las aduanas y todas las fuentes de ingresos fijos, arrendaba o sacaba a pública subasta, los impuestos de valor variable, cuyos adjudicatarios, casi siempre gente sin escrúpulos, eran los únicos en sacar provecho de dichos impuestos (62). A lo sumo, cuando resultaban demasiado escandalosos los abusos, designaba la Corona ciertos mandatarios, los *Visitadores*, encargados de poner coto a la gestión de los prevaricadores..., y de dar pruebas de su capacidad sacando más dinero a la colonia en que se ejercía su acción.

Por ejemplo, en 1779, D. Juan Gutiérrez de Piñeres fue enviado al Nuevo Reino de Granada, en donde el déficit anual ascendía a 170.000 pesos (63). A su llegada tomó Piñeres algunas felices medidas; pero, deseoso de proporcionar a la tesorería de Madrid los recursos de que tan necesitada la sabía, puso de nuevo en vigor el antiguo impuesto, llamado de *barlovento*, abolido desde hacía largo tiempo, y que obligaba a los colonos a pagar un censo personal relativamente considerable. Fue más lejos aún, y aumentó sensiblemente la odiada cuota de la *alcabala*. La población granadina del norte, a la que la fabricación de las telas de algodón había asegurado hasta entonces una existencia casi soportable, se sintió, desde aquel momento, amenazada de una miseria inevitable. No tardaron en producirse motines. El 16 de marzo de 1781, una mujer del pueblo arrancó el edicto del visitador, pegado a la pared de la casa municipal de Socorro y lo pisoteó. En el acto se subleva la población, se arma, como puede, de escopetas y picas, y, bajo el mando de criollos, entre ellos Juan Francisco Berbeo y José Antonio Galán, más de ochenta pueblos de la región se insurreccionan en pocos días.

Emisarios, que se suponía enviados del Perú, esparcían la noticia del levantamiento de Tupac. Aquello fue como un reguero de pólvora: tal incremento tomó la insurrección, que parecía preparada desde

(62) V. Samper, op. cit., cap. VI.
(63) Restrepo, op. cit., t. I, cap. I, p. 15.

larga fecha. Todo el norte de Nueva Granada hasta Maracaibo, y aun hasta Panamá, se declaró en rebelión. Algunos pueblos aclamaron a Tupac-Amaru. Los habitantes de las cercanías de Tunja persuadieron a un tendero del arrabal de Nemocón, Ambrosio Pisco, quien pretendía ser el último superviviente de los antiguos *Zipas*, soberanos de Cundinamarca (64), a que los capitaneara. No obstante, Berbeo y Galán conservaban la dirección general del movimiento.

El 11 de mayo, los *Comuneros* —tal es el nombre que se daban los insurrectos— avanzaron, en número de veinte mil, hasta Zipaquirá, a diez leguas escasas de la capital. Un destacamento de milicianos enviado a su encuentro renunció a hacer uso de sus armas; el virrey, Flórez, había salido para Cartagena con objeto de vigilar las obras de defensa marítima contra Inglaterra; no quedaba guarnición en Santa Fe; el cabildo, del que formaban parte los principales representantes de la aristocracia colonial, entre ellos el influentísimo D. José Lozano de Peralta, marqués de San Jorge, se mostraba favorable a los *Comuneros*. La situación parecía perdida. Piñeres, que desempeñaba el cargo de virrey interino, consiguió no obstante enardecer el ánimo de algunos de los miembros del cabildo. Les intimidó por el anuncio de la próxima llegada de un importante contingente de tropas que Flórez acababa de enviar desde la costa: la rebelión sería castigada severamente. El cabildo se dejó persuadir a entablar negociaciones con los insurrectos. El arzobispo Caballero y Góngora prometió tratar de que renunciaran los Comuneros a sitiar la capital.

Las negociaciones fueron laboriosas: las imponentes fuerzas de que disponían Berbeo y Galán les permitían mostrase exigentes. Piñeres tuvo que acceder, en nombre del rey, a cuantas satisfacciones le imponían, y autorizó al arzobispo a firmar (8 de junio de 1781) las "Capitulaciones de Zipaquirá". A cambio de

(64) Antiguo nombre de la meseta de Bogotá. Significaba, en la lengua de los Chibchas: "Región elevada en donde se halla el cóndor." V. Pereira, *Estados Unidos de Colombia*, 1 vol., Bogotá, s. d.

la dispersión de la liga, concedíase solemnemente la amnistía general, la supresión de las *alcabalas,* la disminución de algunos otros impuestos. A más de esto, el visitador se comprometía a salir del país.

Tranquilizados, los insurrectos se desbandaron. Pero, a su regreso de Cartagena, algunas semanas después, desgarró el virrey el tratado y mandó arrestar a los promotores de la insurrección. Berbeo desapareció. Galán, al tener noticia de la violación del pacto de Zipaquirá, intentó fomentar de nuevo la rebelión; pero cayó casi en seguida en una emboscada, y fue ejecutado en Santa Fe con tres de sus compañeros (diciembre de 1782). Entonces, el pueblo se sublevó de nuevo; pero el arzobispo Caballero, que no tardó en suceder a Flórez en el cargo de virrey (65), tuvo la suerte de pacificar el país.

A pesar de la facilidad con que fue apaciguada, la sublevación de los Comuneros de Nueva Granada queda como la expresión más característica del sentimiento que hemos creído descubrir en las tendencias de los sudamericanos de antes de 1810, y cuyas manifestaciones sucesivas hemos indicado. El nombre de Comuneros, adoptado por los insurrectos granadinos como años antes por los del Paraguay, es aquí más significativo aún. En efecto, la intentona del Socorro presenta impresionantes analogías con la de los comuneros de Castilla bajo Carlos Quinto (66). En ambas hay idéntico deseo de formar una nación igualitaria,

(65) En realidad, el sucesor de D. Manuel Antonio Flórez fue D. Juan de Torresal Díaz Pimienta, mariscal de campo de los Reales Ejércitos; pero falleció dos días después de la toma de posesión de su cargo; y el arzobispo, que había asumido por interim las funciones de virrey, fue nombrado definitivamente.

(66) El historiador colombiano E. Posada ha apuntado algunas muy singulares. Las exacciones contra las cuales se habían sublevado los *Comuneros* de 1628 procedían también, observa el historiador, de los arruinadores gastos que en aquella época ocasionaban a España las guerras del Santo Imperio. El rey se hallaba ausente, como aquí el virrey, y el cardenal Jiménez ejercía en su nombre los mismo poderes de que estaba investido el visitador Piñeres. La corte pareció ceder a las pretensiones de los rebeldes; por eso, muchos de ellos abandonaron la causa después de los arre-

el ancestral instinto de independencia (67), existente asimismo en los partidarios de Padilla, y que empujaba, de manera más confusa, sin duda, pero con igual entusiasmo, a los habitantes de las ciudades y de los pueblos colombianos a unirse bajo la bandera de los Galanes, de los Berbeos, hasta de los Piscos, campeones de la libertad nacional.

Los colombianos, al poner a su cabeza al degenerado heredero del Zipa; los peruanos, al dejarse arrastrar por el descendiente de los Incas, seguían también en esto la tradición de los Comuneros españoles, quienes propusieron a Juana la Loca que levantara el cetro del reino, el mismo precisamente que se proponían destruir. Los criollos que dirigían el movimiento no habían suscitado la candidatura de Ambrosio Pisco sino para ganar más directamente a su causa a los pueblos indios. El estado mayor de la revolución del Socorro contaba jefes muy distinguidos cuyas tendencias políticas, sin ser puramente *republicanas,* cosa que sería absurdo pretender, se inspiraban no obstante en sentimientos netamente igualitarios: al menos, no desperdiciaban ocasión de proclamarlos en las arengas o los llamamientos que dirigían al pueblo. Si la vacilante resolución de los jefes, y sobre todo su inexperiencia, no los hubiesen paralizado en los comienzos de la empresa, hay motivos para suponer que habrían tratado de organizar un gobierno tan liberal

---

glos que intervinieron, y Padilla y sus dos compañeros sirvieron de víctimas expiatorias, como en Nueva Granada Galán y sus tres fieles tenientes. Posada e Ibáñez. Los *Comuneros,* 1 vol., in-8º, Bogotá, 1905. Prólogo, p. 6. — V. también acerca de los Comuneros: M. Briceño, *Historia de la insurrección de 1781,* 1 vol., Bogotá, 1880. — C. Franco, *Los Comuneros,* 1 vol. 1888. — A. M. Galán. *Los Comuneros,* 1 vol., 1906.

(67) "La independencia, es cosa antigua; lo que es moderno es el despotismo", ha dicho enérgicamente Mme de Staël; y, con esta sola palabra, pinta toda nuestra historia y la historia de toda Europa. No hay para qué separar el destino de España de este destino común... Si las cosas de este mundo tuvieran un curso igual y uniforme, España, en cuestión de libertad civil, se habría adelantado mucho a Francia". A. Thierry, *Dix ans d'études historiques*, 1886, p. 218.

como posible en sus principios, cualquiera que fuera la forma aparente que las circunstancias les hubiesen obligado a darle.

Por otra parte, los proyectos de los jefes de los Comuneros granadinos parecen haber tenido mucha más amplitud de lo que al pronto pudiera creerse. Berbeo, cuyo papel había sido preponderante en el transcurso del período activo de la revolución, desapareció, es verdad, cuando los bríos de los Comuneros cedieron, harto inopinadamente, quizás, a sus ojos, ante las concesiones de la autoridad real. Pero el historiador más documentado del levantamiento de 1781 (68) asegura, según tradiciones locales, fidedignas, dice él, que Berbeo, refugiado en Curaçao bajo el nombre de Vicente Aguiar, siguió trabajando por la causa de la independencia granadina. Parece haber tenido por colaborador a José Lozano de Peralta, marqués de San Jorge, quien, haciéndose llamar Dionisio de Contreras, fue a reunirse con él en las Antillas. Cierto que, por entonces, Lozano estuvo ausente de Santa Fe por espacio de mucho tiempo; a su regreso, en 1780, fue arrestado y encarcelado en Cartagena, en donde falleció algún tiempo después. Lo muy probable es que el hecho de haber sido, en el seno del cabildo de la capital, el abogado decidido de los Comuneros, no justificó por sí solo una medida tan tardía como rigurosa. Parece ser que las autoridades coloniales descubrieron (69) que Lozano había sido uno de los más ardientes cómplices de los promotores de la insurrección. El era quien les aconsejaba, quien hacía llegar a ellos las proclamas de Tupac-Amaru, y les enviaba, reproducido por millares de ejemplares, una especie de himno, cuyos versos eran, en verdad, detestables, pero cuyas palabras de "libertad" y de "patria" exaltaban los improvisados soldados de Galán y de Berbeo, hasta el punto de que muchos de ellos llevaban dicho himno cosido a su escapulario, a modo de fetiche.

(68) M. Briceño, op. cit., cap. VII, p. 492.
(69) Posada, op. cit., Prólogo, p. XI, y Documentos, pp. 425-430.

De todas maneras, lo cierto es que, en mayo de 1784, tres misteriosos personajes: un italiano (?) Luis Vidalle, Antonio Pita y Juan Bautista Morales, desembarcaron en Londres. Iban a solicitar recursos para una revolución decisiva en Nueva Granada, y, bajo el amparo del general Dalling, antiguo gobernador de la Jamaica, pidieron una audiencia al ministro de Gobernación, lord Sydney. Decíanse "Comisionados de los Comuneros del Nuevo Reino de Granada, enviados por D. Vicente de Aguiar, rico criollo de 30 años de edad, nacido en La Grita, e instalado después en Santa Fe, y D. Dionisio de Contreras, rico también, con una fortuna de dos millones de pesos, doctor en leyes y abogado (70)".

No parece haberse apresurado mucho lord Sydney a recibir a aquellos embajadores cuyos manejos sospechosos habían inquietado la vigilancia del ministro de España ante la corte de Londres, y que en favor de sus solicitaciones hacían valer argumentos tan comprometedores como inesperados. "Don Vicente Aguiar y Don Dionisio de Contreras, decían los comisionados, están de acuerdo con Don José Gabriel Tupac-Amaru, Inca, descendiente de los reyes de las Indias en el Reino del Perú. Los correos recorren en sesenta días, ida y vuelta, el trayecto entre el Reino de Lima y el de Santa Fe, rápidos como las aves en los aires, o como los peces en el mar..." Los comisionados hablaron también de la adhesión de la población granadina al pueblo inglés, recordando que, en aquel momento, España protegía la emancipación de las colonias británicas, y añadiendo que, a su vez, no debía tener escrúpulos la Gran Bretaña en favorecer "la independencia de Sudamérica". A cambio de los socorros que les fueran concedidos, los comisionados aseguran que sus mandantes se hallan en situación de hacer declarar la libertad de comercio y la libertad de cultos, y

(70) Memorándum del Comisario Luis Vidalle al Gobierno británico. Londres, 12 de mayo de 1784. Doc. cit. por Briceño, op. cit., p. 234.

que, "si menester fuera, se proclamarían súbditos británicos (71)".

En fin, la interpretación que Vidalle, Pita y Morales daban de las Capitulaciones de Zipaquirá, aceptadas como medio de ganar tiempo para asegurar mejor el éxito de la lucha, era sin duda ingeniosa, pero no tenía ya su razón de ser, por el hecho de que, tanto Nueva Granada como el Perú parecían haberse apaciguado desde hacía tiempo. Por todos estos motivos, el ministro inglés se negó a atender a los deseos de los comisionados. Acosado por la policía secreta de la legación de España, Vidalle se refugió en Francia; pero el conde de Aranda, embajador de Su Majestad Católica, hizo que lo arrestaran en París y lo envió a España con buena escolta. Murió probablemente en las prisiones de Cádiz. Pita desapareció. Morales sufrió más tarde la misma suerte que Vidalle. Antes, había tratado de ponerse en relación con los agentes sudamericanos que posteriormente fueron a Inglaterra en busca de socorros.

El paso dado en Londres por aquellos tres desgraciados había de ser repetido por los principales de entre los futuros libertadores, lo cual constituye una razón más para conceder a la insurrección del Socorro importancia excepcional en el examen de los prodromos de la Revolución de 1810. No obstante, el resultado más apreciable de esta insurrección fue el inspirar a aquellos a quienes animaba a tomar de nuevo la dirección de los movimientos emancipadores, la certidumbre de que las clases populares se hallaban determinadas a seguirles.

Sin embargo, pretender que, ya desde entonces, tuviese el sentimiento nacional raíces inflexibles en el alma apenas balbuciente de los pueblos del Nuevo Mundo, sería una afirmación inconsistente Por no haber tenido en cuenta estas incertidumbres verán los libertadores alejarse, por espacio de tanto tiempo, el horizonte de las tierras prometidas. Menester serán muchos sinsabores y muchos reveses antes de que la

(71) Op. cit.

noción verdaderamente patriótica de la Independencia se imponga a todos los espíritus. De ahí su maleabilidad, si así puede decirse, sus sobresalsos, sus aberraciones a veces desconcertantes. Más no por eso deja de existir, y, aunque prolongando, en el transcurso de los períodos ulteriores, los desbordamientos de su inexperiencia, tiene demasiado vigor nativo para no triunfar, al fin y al cabo, de todos los obstáculos.

A raíz de los acontecimientos que acaban de producirse, vemos, mientras tanto, reanimarse en todas partes las fuerzas revolucionarias. En las provincias venezolanas, en Quito, las autoridades españolas son de nuevo amenazadas. Cuéstales mucho trabajo a los virreyes de Lima y de Buenos Aires reprimir la efervescencia que amenaza; en todas partes se traman conspiraciones (72), estallan sediciones. El Centroamérica se halla en continuo trastorno por sangrientas riñas entre criollos y mestizos. En México, las reformas con que inauguró su reinado Carlos III incitaban a incesantes exigencias a los colonos. El descontento crecía con la prosperidad, la cual no bastaba para calmarlo.

Para mantener el orden así alterado, los españoles, al mismo tiempo que recurrían a mejoras tardías, habrían debido tratar de perfeccionar, o, cuando menos, de extender su poderío militar en las colonias. Los regimientos que enviaban de España, a más de ser poco numerosos, estaban diseminados, separados por distancias enormes, mal mandados, casi siempre, por oficiales sometidos a la dirección de las autoridades civiles, y cuya menor iniciativa era contrariada por ellas, sitemáticamente. Más tarde se formaron algunos batallones de indios, mezclados entre tropas españolas; pero estos soldados, reclutados por fuerza y sin método, sólo odio sentían por un oficio que les había sido impuesto, a ninguna de cuyas ventajas podían preten-

(72) En Chile, en enero de 1781, dos franceses: Antoine Gramuset y Alexandre Bernay, se pusieron a la cabeza de una conspiración que la traición de un afiliado hizo fracasar a último momento y "encaminada a la emancipación de aquel país". V. M. Lobo, op. cit., t. I, p. 300.

der, y que se acostumbraron a mirar como la menos envidiable de las servidumbres. Aisladas en fortalezas que, siquiera, estaban admirablemente construídas, si no bien provistas, las guarniciones se convertían con harta frecuencia en centros de vagancia y de brutalidad. Unicamente las milicias criollas que los virreyes y los capitanes generales instituyeron en la segunda mitad del siglo dieciocho, y en cuyo estado mayor tenían a gala servir los cadetes de las buenas familias establecidas en Sudamérica, prestaron a veces algunos servicios. Pero los criollos eran de continuo blanco de los insultos y desprecios de los *chapetones*, y, cuando, con el tiempo, adquirieron más instrucción, no fue casi posible contar con las milicias coloniales. Ya, cuando los últimos levantamientos de Quito y de Venezuela, las autoridades habían juzgado más prudente pedir refuerzo a los regimientos de La Habana. No obstante, la organización militar era menos defectuosa en México. La metrópoli reservaba a esta región lo mejor de sus contingentes coloniales; la mayor proximidad permitía, así como la vecindad de Cuba, renovar con más frecuencia los efectivos.

Así, pues, en el período a que hemos llegado, en el histórico del Nuevo Mundo, aparece ya que, tolerando con creciente impaciencia las restricciones, las torpezas y los rigores del régimen, y trabajados sordamente también por su vocación de independencia y su instinto nacionalista, los pueblos sudamericanos no se hallan muy lejos de una evolución decisiva. De uno a otro extremo del continente, aquellas Indias Occidentales, sobre las cuales los reyes de España habían fundado tantas esperanzas, aquellas admirables joyas de su corona, se desprenden sensiblemente de las gastadas garras que, ya, no las sujetan. Los grandes acontecimientos que se preparan en Europa y que van a trastornar la humanidad toda, repercutirán en el continuo empuje de las Colonias españolas hacia la independencia, y cuyos períodos dolorosos, desgarradores, en el transcurso de los siglos, acabamos de presentar.

CAPITULO II

LA AURORA DE LA LIBERTAD

I

Incalculables consecuencias sobre los destinos mundiales habían de tener las modificaciones esenciales que el descubrimiento del Nuevo Continente introdujo en los principios económicos de la Europa del siglo dieciséis. El régimen conocido con el nombre de *mercantilismo,* preconizado, en el siglo quince, por los hombres de Estado de Venecia y de Florencia, y en el cual seguían inspirándose los *sistemas prohibitivos,* comunmente observados por los gobiernos, cesó de ser aplicable tan pronto como la abundancia del oro y de la plata sacados de América hubo demostrado que la producción de las riquezas tenía fuentes más complejas de lo que se había creído: la *economía política* había nacido. Su estudio conduce lógicamente a las doctrinas sociales y religiosas de los *filósofos ingleses* del siglo dieciocho. La revolución de 1688, al dejar subsistir en Inglaterra una sociedad cuya vitalidad no parecía más desquiciada por la destrucción del despotismo real que por el establecimiento de la tolerancia religiosa, había suministrado un argumento tangible a las atrevidas doctrinas de los Locke, de los Shaftesbury, de los Bolingbroke (1).

Acogidas por los franceses, en quienes "el afán de pensamiento libre corría desde los romances de la Edad Media, pasando por Rabelais, Montaigne, Molière y Bayle (2)", esas doctrinas adquirieron una for-

(1) Cf. Seignobos, *Histoire de la Civilisation contemporaine,* cap. III.

(2) S. Reinach, *Orpheus,* p. 498.

ma prestigiosa. El ingenio de Voltaire y la sensatez de Montesquieu las hicieron asequibles y seductoras. Hicieron éstos brotar las primeras chispas de la gran antorcha cuyos resplandores iban a esparcirse sobre el universo, y lo más distinguido de la intelectualidad francesa, con d'Alembert y Diderot, pareció fijar, en la *Enciclopedia,* un término definitivo a los largos tanteos del conocimiento.

Fue aquel el tiempo en que, como dice Michelet "el alma humana ganaba algunos grados más de calor". Francia se convirtió en foco de las "luces" impacientemente deseadas por la sociedad europea. Catalina, Federico II, los príncipes de Maguncia, de Baden y de Weymar, Gustavo de Suecia, José de Austria, y los ministros que gobernaban en nombre de su soberano en Nápoles, en Portugal o en España, sintieron entusiasta admiración por las ideas francesas y las propagaron por todas partes (3).

Merecer, por una reforma digna de la "razón" —como entonces se decía— la aprobación de los "filósofos" era, para los hombres de Estado, y hasta para los príncipes, excitados por la emulación, la más envidiada de las recompensas.

En primera fila de los ministros convencidos de la bondad de las nuevas máximas, y deseosos de ponerlas en práctica, se distinguía, en España, el conde de Aranda (4). Su sincero patriotismo padecía por el rebajamiento intelectual y material de su país, y anhelaba ponerla de nuevo "al tono de Europa (5)" Imitado en esto por sus colegas Campomanes y Florida Blanca, había aconsejado al rey Carlos III las más sabias medidas para levantar a España y rejuvenecerla. No había tardado Aranda en convencerse del peligro que

(3) Sorel, *L'Europe et la Révolution française,* t. I. cap. III.

(4) Aranda (Pedro Pablo Abarca y Bolea, conde de), nació en 1718, falleció en 1799. Presidente del Consejo de Castilla en 1765, expulsó a los jesuitas en 1767. Alejado del poder en 1773, fue nombrado embajador en París, y con tal calidad, firmó el tratado de París en 1783. Llamado de nuevo al ministerio en 1792, estuvo poco tiempo en el poder.

(5) Sorel, Ibid., p. 369.

el aferramiento a principios anticuados hacía correr a la política colonial del reino, y había puesto especial empeño en imprimirle más sanas direcciones. A instancias suyas, importantes reformas estaban en vías de aplicación en Sudamérica; Aranda meditaba el extenderlas aún.

Le pareció que el mejor medio para lograr sus deseos era revelar resueltamente a Europa la situación de las Colonias españolas, y estimular el celo de su soberano haciéndole pedir, por el más autorizado de los filósofos de entonces, el complemento de las mejoras que había que introducir. Así fue como uno de los últimos colaboradores de la *Enciclopedia*, el abate Raynal, escribió, con documentos comunicados por Aranda, su *Histoire philosophique des deux Indes* (6), cuya repercusión fue enorme y cuya influencia fue considerable en el movimiento que precedió a la revolución de las Colonias españolas, y aun a la Revolución francesa. En dicha obra, el fogoso "Defensor de la Libertad, de la Verdad y de la Humanidad" —tales eran los títulos que daban a Raynal—, abusando quizá de los impulsos de su inspirador, trazaba un cuadro propiamente desastroso de la política colonial de España, aplaudía a los cambios que acababan de introducirse en ella, y con grandilocuentes apóstrofes, exhortaba a la Corona a que diera feliz cumplimiento a la obra emprendida: "Monarcas españoles, exclamaba, tenéis a vuestro cargo la felicidad de las más hermosas regiones de los dos hemisferios. Mostraos dignos de tan altos destinos. Al cumplir con este deber augusto y sagrado, repararéis el crimen de vuestros predecesores y de vuestros súbditos (7)."

Apasionadamente deseoso de realzar el prestigio de su imperio, y según intentaban todos los soberanos de aquella época, anhelando borrar en sus Estados los "rastros de la barbarie", Carlos III no pedía sino dejarse convencer. Las reformas llevadas a cabo por él

(6) *Histoire philosophique et politique des Etablissements et du Commerce des Européens dans les Deux Indes*, par Guillaume Thomas Raynal, Amsterdam, 1770, 4 vol., in-8º.

(7) Raynal, op. cit., Ed. de 1780 Ginebra, t. IV, p. 293.

eran segura garantía de las que su "esclarecido despotismo" estaba dispuesto a aceptar. Desde 1764, comunicaciones mensuales habían sido establecidas con la mayor parte de los puertos de ultramar; el Consejo de Indias autorizó progresivamente, en el transcurso de los años siguientes, el libre tráfico de los almacenes de depósito marítimos de la metrópoli con todos los de las Colonias. Quedó abrogada la antigua real orden que prohibía, salvo raras excepciones, que los extranjeros penetraran en las Indias Occidentales y se establecieran en ellas. Las *encomiendas* fueron anuladas; los recaudadores recibieron orden de tener más miramientos para con los contribuyentes. Las restricciones que hacían tan penosas las relaciones comerciales entre las distintas provincias del interior fueron abolidas en parte.

Este régimen más liberal señaló para las Colonias una era de sorprendente prosperidad. El comercio de España con las Indias de Occidente, que en 1778 había ascendido a la cifra de 148 millones y medio de reales, llegó, diez años más tarde, a 1.104 millones (8). Todo el antiguo estado de cosas resultó modificado; fue aquella la época magna de la vida colonial. Libre de sus más pesadas trabas, la América española despertaba de una pesadilla que sus habitantes pudieron creer que había de durar eternamente.

En México, la administración de Revillagigedo (9) sobresalía por obras útiles y sabios reglamentos. Se abrieron caminos, la agricultura progresó, la industria de las minas suministró mayores rendimientos. Las provincias de Sonora, de Sinaloa, la California y la Nueva Navarra, en donde acababan de ser descubiertos importantes yacimientos auríferos, recibieron un gobierno especial. Así mismo fue reducida la jurisdicción de los virreyes de Lima, de Santa Fe y de Buenos Aires, lo cual dio, entre otros resultados, el de mejorar la suerte de los distritos aislados en los extre-

(8) Gervinus, *Histoire du XIX^{e} siècle,* París 1865, t. VI, p. 38, según Roscher, *Colonien,* p. 188.

(9) Revillagigedo (Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, conde de), virrey de México desde 1789 a 1794.

mos de aquellas, hasta entonces, demasiado extensas divisiones administrativas. Plantaciones enriquecieron las costas de Nueva Granada, los valles del Perú y de Chile. Aumentó la población en las capitales, embellecidas por hermosos monumentos y por jardines. En México, en Santa Fe, en Lima edificábanse establecimientos científicos; Caracas se rodeaba de fértiles campiñas; Quito, Guayaquil, y sobre todo Buenos Aires, en donde iban tomando gran incremento la cría del ganado y el comercio de pieles, esperaban florecientes destinos.

La esclavitud perdió mucho de su rudeza. Estableciéronse costumbres patriarcales. Organizose una existencia laboriosa y apacible en las *haciendas*, en donde los cultivos, mejor dirigidos, enriquecían rápidamente a los colonos. En las ciudades, el amplio bienestar de la nobleza criolla y su fastuosa generosidad habían casi suprimido el pauperismo. Se supo, en fin, lo que podía ser "la dulzura de vivir".

En las azoteas y en los patios, adornados a veces con saltaderos de agua y pajareras, alrededor de las cuales se abrían las altas y frescas habitaciones de la casa, reuníase de noche la brillante y alegre sociedad de las ciudades tropicales, y se organizaban bailes o fiestas, aunque sin prolongarlos demasiado, pues la escrupulosa devoción de los criollos no les permitía exponerse a faltar a misa, al día siguiente por la mañana. En las regiones templadas o frías, las habitaciones, más bajas, con historiadas tapicerías, adornadas de retratos de familia y de imágenes de devoción, con pesadas mesas de caoba, sillones altos y estrechos y tapizados de cuero, y con ventanas guarnecidas de cortinas adamascadas, invitaban a más tranquilas intimidades. Cierto que el ambiente claustral del México, del Lima o del Santa Fe de entonces, las preocupaciones religiosas, sostenidas y avivadas por la presencia de demasiados conventos, trazaban una existencia algo lenta que se desarrollaba en el inmutable y preciso círculo de las cuatro témporas y de las vigilias; pero, ¿no tenían, bajo su rutinaria monotonía, una seducción delicada, aquellas tertulias, por ejemplo, en las que

los jóvenes de ambos sexos cambiaban frases ingenuamente apasionadas, bajo las vigilantes miradas de las personas de edad, quienes hablaban de teología y de moral, mientras saboreaban chocolate aromatizado con canela?...

La vajilla de plata, que toda casa bien ordenada ponía empeño en presentar en la mesa, revelaba un bienestar que solía verse hasta en las ciudades pequeñas. Los virreyes iban a su cargo acompañados de buenos obreros, a veces de verdaderos artistas, de España, de Francia o de Italia, no tardando los sudamericanos en asimilarse la manera de trabajar de dichos artífices, y su gusto. Todavía hoy se ven. en las antiguas familias, papeleras incrustadas de nácar, de marfil y de mosaicos, suntuosos trabajos de orfebrería. ostentando enormes blasones, miniaturas con marcos de oro y de concha, en las que la amable sonrisa, la afabilidad aristocrática y sana de los antepasados empelucados dan testimonio de la campechanía y de los refinamientos de una época muy simpática.

A su vez, se elevaba el espíritu. Por las brechas abiertas en la muralla que desde hacía tanto tiempo tenía separadas del mundo a las Colonias, se abría camino la ciencia. Los franceses Bouguer (10), Godin (11), y La Condamine (12) inauguraron, en 1734, una

(10) Bouguer (Pierre), nació en Le Croisic, en 1698, falleció en París en 1758. En 1735, fue enviado al Perú con La Condamine y Godin. De regreso a Francia, publicó el resultado de sus observaciones en una obra titulada *Théorie de la figure de la Terre* (1749).

(11) Godin (Louis), nacido en París en 1704, fallecido en Cádiz en 1760. Miembro de la Academia de Ciencias en 1725. Formó parte de la misión enviada en 1735 para medir, con Bouguer y La Condamine, el grado del meridiano. Terminadas las operaciones de la misión, el virrey del Perú le obligó a quedarse para profesar matemáticas en Lima, en donde residió hasta 1751. De regreso a Francia, viéndose sin situación fija, tuvo que aceptar el puesto de director de la Escuela de Guardias Marinas, en Cádiz.

(12) La Condamine (Charles-Marie de), nació en París en 1701, y falleció en la misma ciudad en 1774. Se dedicó primero a la milicia, y asistió al sitio de Rosas, en 1719. Mas, pareciéndole harto lento el ascenso, se volvió hacia las ciencias, siendo admitido, en 1730, por la Academia de Ciencias como químico suplente. En 1731, se embarcó con la escuadra de Duguay-Trouin, que visitó el Levante. A su regreso solicitó, —y lo obtuvo, merced a la protección de Maurepas

serie de magníficas exploraciones que, en todo el transcurso del siglo, había de enriquecer la geografía, la astronomía y la física. Como ellos, Félix de Azara (13), después Jorge Juan (14) y Antonio Ulloa (15), pasaron largo tiempo en las regiones andinas. Sus *Relaciones oficiales y secretas*, publicadas por las academias de Europa, enunciaban principios científicos y políticos nuevos, y los colaboradores improvisados de que se habían rodeado en el transcurso de su viaje fueron los primeros en recibir las sugestivas confidencias de dichos ilustres sabios.

La afición al estudio, favorecida por la llegada sucesiva, en casi todas las comarcas americanas, de excelentes profesores, no tardó en convertirse en verda-

— formar parte de una misión que se disponía a salir para el Perú, con objeto de medir la longitud, en el Ecuador, de un grado del meridiano. Salió La Condamine del puerto de La Rochelle, en compañía de Bouguer y Godin, el 6 de mayo de 1735, llegando a Quito en junio de 1736. La medición del grado duró cuatro años, de 1736 a 1740. Durante todo aquel tiempo reinó de continuo completo desacuerdo entre La Condamine y Bouguer. Superaba éste al otro como ciencia, pero La Condamine era más activo y más hábil, y, merced a él, pudo la misión cumplir cuanto se había propuesto. Dichas disensiones retuvieron a la misión en Quito hasta 1742. En esta época, Bouguer regresó a Francia directamente; pero La Condamine prefirió abrir un camino nuevo: atravesó el Perú, bajó el río de las Amazonas, y llegó a Cayena. De regreso a Francia en 1744, su disputa con Bouguer se prolongó. En 1760 fue recibido miembro de la Academia Francesa.

(13) Azara (Félix de), nacido en Aragón en 1746, fallecido en 1811. Uno de los comisarios encargados, en 1781, de deslindar las posesiones de España y de Portugal en América. Emprendió el trazado del mapa de esta región, y no regresó a Europa hasta 1801. El resultado de sus trabajos fue publicado en la obra: *Voyage dans l'Amérique Méridionale depuis 1781 jusqu'en 1801*, París, 1809, 4 vol., in-8º, con atlas.

(14) Juan y Santacilla (Jorge), oficial de marina y matemático español, nacido en 1712, falecido en 1774. Fue enviado por su gobierno, así como Antonio de Ulloa, con la misión de La Condamine, Bouguer y Godin. De regreso a Europa en 1744, fue nombrado, en 1753, comandante de las Guardias Marinas.

(15) Ulloa (Antonio de), oficial de marina y sabio español, nacido en 1716, fallecido en 1795. Fue designado, en 1734, con Jorge Juan, para tomar parte en la misión de La Condamine. Regresó a Europa en 1744. Fue, más tarde, jefe de escuadra y gobernador de la Luisiana, 1766-1768.

dera pasión en los jóvenes criollos, entregándose a él con toda la vehemencia de su naturaleza. Rompiendo con las tradiciones del peripatetismo confuso enseñado hasta entonces por frailes incapaces, los Jesuítas, que se habían convertido en educadores universales, daban, al mismo tiempo, una dirección seductora a los estudios. No tardó en tomar extraordinario desarrollo la cultura de los sudamericanos. Ya desde mediados del siglo dieciocho, los establecimientos científicos del Perú llamaban la atención del mundo sabio, Pedro Maldonado y Sotomayor (16) recorrió en todos sentidos la región de Quito, y describió sus particularidades geográficas en monografías tan perfectas, que sus estudios le valieron el título, sin precedente entre los criollos, de miembro corresponsal de la Academia de Ciencias de París.

Hacia 1762, José Mutis (17), llamado a Nueva Granada por el virrey Messia de La Cerda (18), abre un curso de cosmografía en el colegio del Rosario de Santa Fe y revela a su asombrado auditorio que la tierra gira alrededor del sol. Algún tiempo después, el más célebre de los discípulos de Mutis (19) escribía: "Ya han dejado de pasar por herejes Copérnico y Galileo, y la "filosofía nueva" hace cada día nuevos prosélitos (20)." Menos de diez años más tarde, la Universidad de Santa Fe resultó ser la más brillante de las que habían sido creadas en todas las capitales coloniales. Contaba tres facultades, colegios mayores, en que, bajo la dirección de maestros eminentes, los estudios estaban mucho más adelantados y eran más seguidos que en la metrópoli. La famosa *Expedición*

(16) Maldonado y Sotomayor (Pedro Vicente), sabio geógrafo y naturalista, nacido en Riobamba (Ecuador), hacia 1689, fallecido en Londres en 1746.

(17) Mutis (José Celestino), nacido en Cádiz en 1732, doctor en medicina de las facultades de Sevilla y de Madrid, uno de los sabios más notables que ha tenido España. Falleció en Santa Fe el 11 de septiembre de 1808.

(18) La Cerda (Pedro Messia de), marqués de la Vega de Armijo, virrey de Nueva Granada, de 1761 a 1773.

(19) Caldas, V. infra.

(20) Vergara y Vergara, op. cit., cap. IX.

botánica, comenzada el 1º de abril de 1783, bajo la dirección de Mutis, ha quedado como el más hermoso monumento de la ciencia sudamericana en aquella época. Humboldt se extasiaba ante las admirables colecciones reunidas y clasificadas por Mutis y sus discípulos; constaban de más de veinte mil especies de plantas secas, de dos mil reproducciones "maravillosas como precisión, y cuyos colores procedían, en su mayoría, de tintes indígenas desconocidos en Europa", de muestras de esencias, en número casi infinito. "Mucho antes de que tuviéramos conocimiento de tales tesoros, añade Humboldt (21), era célebre en Europa el nombre de Mutis, debido a la correspondencia que sostuvo con Linneo. Al sabio botánico de Santa Fe se debe el descubrimiento de casi todos los géneros de quinas enumerados en el *Suplemento,* y pudo decir Linneo, al hablar de la especie *mutisia: "nomen inmortale quod nulla ætas unquam delebit."*

Más tarde, la universidad de México sobrepujó a la de Santa Fe: de todos los países de América enviaban a ella sus hijos las familias acomodadas. Lima, Quito, Buenos Aires poseyeron también excelentes facultades, y hasta ciudades de segundo orden: Cuzco y Arequipa en el Perú, o Córdoba en la Plata, se convirtieron en notables centros de cultura literaria o científica.

Así, pues, el renacimiento "borbónico", fugaz en España y mal acogido por la nación, cuyas aptitudes eran contrariadas por las reformas de Carlos III, se había extendido ampliamente en las provincias de ultramar, en donde todo parecía, al contrario, presagiarle un fecundo porvenir. Aunque haciendo algunas salvedades acerca de los vicios que entrañaban aún las instituciones coloniales, los historiadores de la época eran unánimes en reconocer las felices mejoras que debían a los esfuerzos de la metrópoli. Terminaba Robertson (22) su importante y substancial *His-*

(21) *Voyage aux Régions Equinoxiales du Nouveau Continent.* Paris, 1816-1831, t. V.
(22) Op. cit., lib. VIII.

toria de América con un reconfortante cuadro de la situación comercial y política del Nuevo Mundo.

Cierto que trastornos y sediciones imprimían con frecuencia conmociones profundas a aquella sociedad compleja y abigarrada, a la cual los progresos de la civilización acababan de dar un carácter cuyas tendencias habría sido, más que nunca, prudente observar. Pero, sólo más tarde, y cuando ya era muy difícil atajar las ambiciones subversivas de los sudamericanos, sintió dicha necesidad el generoso ardor de los jefes de Estado y de los ministros reformadores. Lejos de destruir en ellos el odio al opresor o el deseo de liberación, la política de Carlos III no sirvió sino para avivarlos. Los colonos se mostraron tanto más insaciables cuanta más benevolencia se les demostraba. Al abolir parte de las instituciones de otra edad, hacíase cien veces más odioso lo que de ellas subsistía. Esta observación de Tocqueville (23), con motivo del estado de ánimo que se manifestaba en Europa, en la que, precisamente entonces, estaba a punto de determinar un trastorno general la obra de las reformas, resulta más verídica aún tratándose de las Colonias españolas.

Menos preparadas para un tan brusco cambio de régimen, éstas, o, cuando menos, las clases a quienes más inaguantable resulta el yugo desde que pesa menos sobre ellas, hallarán, en la repentina prosperidad por medio de la cual ha creído el gobierno ganar su gratitud, un elemento más para el éxito de las empresas que meditaban contra él: el primer empleo, que de sus riquezas harán los sudamericanos será el ponerlas al servicio de la Revolución.

II

De todas las medidas que la "filosofía" había inspirado al conde de Aranda, ninguna iba a tener más extensos efectos en el Nuevo Mundo como la expulsión de los Jesuítas.

Aranda profesaba, respecto de ellos, la íntima ani-

(23) *L'Ancien Régime et la Revolution*, lib. II, cap. I, p. 47.

mosidad que la mayor parte de los hombres de Estado sentían hacia las harto invasoras ambiciones de la célebre Compañía.

Después de haber prestado señaladísimos servicios a las reales casas de España y Portugal, los Jesuítas habían adquirido absoluto dominio sobre ellas. Tal era su poder sobre el gobierno, que no les costó mucho trabajo a sus enemigos alarmar contra ellos el absolutismo real (24). Y, aunque Carlos III y su ministro no tenían que invocar sobre este punto tan serias razones como José I° de Portugal, o Carvalho, futuro marqués de Pombal, su consejero, eran demasiado adictos a la corte de Francia para vacilar ante una medida que el duque de Choiseul había creído deber tomar en 1761.

A estas consideraciones de política general se añadían otras más apremiantes: los considerables recursos que de América sacaba la Compañía eran una presa tentadora para un gobierno cuya hacienda estaba siempre empeñada, y tantos menos escrúpulos sentía el rey al despojar a los Jesuítas cuanto que podía imputarles el haberse enriquecido a expensas suyas.

Por otra parte, la avidez de los funcionarios coloniales, a quienes arrancaban los Padres notable parte de sus provechos, se hermanaba con los celos de los Dominicos y de los Franciscanos, cuya situación era muchísimo más modesta, y unos y otros acumulaban feroces acusaciones contra aquellos competidores más afortunados: la más frecuente era la de usura. Verdad que la suntuosidad de los edificios de la Compañía y de las ceremonias que en ellos celebraba constituía un argumento incontestable. En todas las fiestas se podían ver: "en el templo ricamente adornado", iluminado por "el brillo de mil luces" que resplandecían sobre "preciosas arañas de cristal y candelabros de exquisita plata labrada" a los sacerdotes "revestidos con magníficos ornamentos bordados de oro y perlas finas" ante el altar, en que brillaba "un cáliz de finí-

(24) V. Rousseau, *Le Règne de Charles III d'Espagne*, 2 vol., in-8°, Paris, 1907.

simo oro, esmaltado de piedras preciosas, y en la misma proporción eran las demás cosas que servían para el servicio del culto (25)..." En México, las minas de plata más productivas pertenecían a los Jesuítas, quieeran fuente de beneficios incalculables, según opinión nes poseían, además, en aquel país, inmensas propiedades, refinerías de azucar, rebaños. Las Misiones general, y los 170.000 neófitos del Paraguay trabajaban casi únicamente en provecho de los Padres. "Los Jesuítas buscan un acrecimiento de fortuna y de poder —escribe el autor de la *Historia filosófica* (Histoire philosophique)— allí donde no deberían ver más que la gloria del cristianismo y el bien de la humanidad, y es gran crimen el de robar a los pueblos en América para comprar crédito en Europa y para aumentar sobre todo el globo una influencia que ya desde ahora constituye un grave peligro (26)". Esta observación revela abiertamente el motivo principal que determinó a Carlos III a arrojar de su reino a los Jesuítas.

La dispersión de esta orden, que se efectuó en España en medio de la indiferencia casi unánime, produjo, en cambio, en América, una impresión cuya profundidad y cuya importancia no sospechara el conde de Aranda.

El real decreto de 27 de febrero de 1767, que decretaba "la expulsión general de los miembros de la Compañía de Jesús de los dominios de España, de las Indias, de las Islas Filipinas y demás sitios", había sido trasmitido a las autoridades coloniales, quienes, según las instrucciones precisas del primer ministro, habían de reservar para sí la noticia hasta el 1º de agosto. En esta fecha, en cada sitio y a la misma hora, se anunciaría a los superiores que, en compañía de todos los miembros de la comunidad o de la Misión, salieran de sus casas en el término de dos días, y, del territorio, en el más breve plazo posible.

(25) José Caicedo Rojas, *Repertorio Colombiano*, t. IV, p. 142. — V. también J. M. Rivas Groot, *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*, cap. XXVII.

(26) Raynal, op. cit., t. IV, p. 265.

Y así se ejecutó la medida. Una catástrofe no habría impresionado más a la población de las Colonias que aquella repentina expulsión a la que nadie se esperaba. El estupor, y luego la ira, se apoderaron de los espíritus. En las ciudades, llegó a su colmo la exaltación. Hubo levantamientos armados en Guanajuato, en Pázcuaro, en San Luis, en México. En Lima el virrey don Manuel Amat y Junient (27) tuvo que reprimir un motín formal; y, en Buenos Aires, don Francisco Bucareli (28) tuvo que movilizar todas las tropas de la guarnición para asegurar la rigurosa ejecución de las prescripciones reales.

Una anécdota, recogida de la boca misma de un contemporáneo de dichos acontecimientos (29), pinta cumplidamente el estado de ánimo de las clases superiores frente al decreto de expulsión. Merece, además, ser retenida, porque deja entrever sentimientos que, desde aquel momento, comenzaron a imponerse a todos. Un joven criollo, perteneciente a una de las familias más distinguidas de la capital granadina, había, el 31 de julio de 1767, celebrado matrimonio con una joven a quien él adoraba. La ceremonia se había efectuado al anochecer, según costumbre de Santa Fe, y, en compañía de la feliz pareja, padres, parientes y amigos habían cenado alegremente. Después, formando cortejo, y alumbrados por faroles, todos habían ido a acompañar hasta su casa a los nuevos esposos. Y cada cual regresó luego a la suya, pidiendo al cielo que derramara sus dones sobre la feliz pareja. "Pero muchas veces, observa nuestro autor, los que se prometen ser más felices, apenas llevan la copa a los labios, cuando huye de ellos la dicha como sombra impalpable... En la misma noche de aquel día... se preparaba en las tinieblas y se consumaba sigilosamente el acto más tiránico que registran los anales del reinado del buen rey Carlos III. Así que, a los plácemes y ví-

(27) Amat Junient Planella Aimeriç y Santa Pau, virrey del Perú, de 1761 a 1776, antes gobernador de Chile, de 1755 a 1761.

(28) Bucareli y Ursua (Francisco de Paula), gobernador de Buenos Aires, de 1766 a 1770.

(29) José Caicedo Rojas, op. cit., p. 149.

tores de la parentela, sucedieron la tristeza, el dolor, la agonía y desconsuelo, y el pan de la boda se convirtió en pan de lágrimas. "Cuando al día siguiente por la mañana oyeron los novios los sollozos y lamentos de las gentes de la casa, saltaron presurosos del lecho, y sin saber lo que hacía, el recién casado tomó el mismo vestido de boda que había dejado la noche anterior: el rico casacón de terciopelo morado, forrado en tafetán blanco, con botones de resplandeciente acero, el calzón de lo mismo, chaleco de raso blanco bordado de seda de colores, con botonaduras de esmeraldas, que le bajaba hasta los cuadriles, largas chorreras en el cuello y mangas de encajes flamencos, y zapatos escarpines con enormes hebillas, que hacían juego con los botones del casacón." Enterado del caso, se le olvida la peluca y sale precipitadamente a la calle "con el objeto de informarse más por menor de todo lo ocurrido. Habló con varios sujetos que, en medio de su aflicción, no podían menos de mirar con extrañeza el traje en que iba nuestro amigo, que no era de costumbre en hora tan temprana de la mañana..."

Llega el joven al palacio del virrey. Allí ve, guardando antesala, a otras varias personas de distinción; reina suma impaciencia, y los coloquios tienen ruidosa animación. Por fin llega Don Pedro Messia de la Cerda; un oidor y otros empleados de categoría le acompañan. Se adelanta en medio de los dignos señores que le rodean, y que, en su agitación, descuidan las habituales fórmulas de cortesía: sin esperar, y sin venia, toman con vehemencia la palabra, pidiendo merced en favor de los Padres jesuítas, por ser inexplicable el rigor con que son tratados, y porque su salida va a sumir en la angustia a toda una población. "El virrey, después de haberlos oído a todos, les contestó con dignidad, pero con tono benévolo, que la orden o decreto de expulsión no era obra suya, sino que había venido por real cédula, y sin apelación, no sólo para expulsar a la compañía del Nuevo Reino, sino de todos los dominios españoles en Europa, América y Filipinas; que por más que lamentase él mismo esta

inesperada medida, cuyos verdaderos motivos ignoraba, y por más doloroso que le fuese su cumplimiento, no podía excusarse de ello sin hacerse traidor al Rey y a sus deberes. Fundamentos muy poderosos habrá *tenido S. M. para hacerlo, agregó el virrey, y a nosotros* no nos toca sino callar y obedecer, como fieles vasallos."

"Al oir estas palabras, que el señor Cerda acentuó un poco, termina el cronista, nuestro elegante novio se sintió indignado, se le subió la sangre al rostro, y, por primera vez en su vida le ocurrió preguntarse a sí mismo: ¿cómo es posible que un hombre solo, que si bien puede ser un ángel, puede ser también un demonio, disponga a su voluntad de la suerte de pueblos enteros hollando los más santos y caros intereses?"

Tal fue, en efecto, la primera consecuencia de la expulsión de los Jesuítas. No tardaremos en ver cuántas zozobras y cuántas angustias valió a la Corona este acto de violencia contra agentes suyos de quienes, en toda justicia, tenía menos que quejarse, y de quienes, en cambio, podía temer serios peligros para el mantenimiento de su dominación.

Para decir verdad, la obra de los Jesuitas en el Nuevo Mundo, y las tradiciones introducidas por ellos fueron los solos resultados fecundos de la política colonial. Aunque los Padres atendieran ante todo a aventajar a su orden, y aunque, como proclamaban sus detractores, "se señalaran en las Indias Occidentales como una sociedad de comerciantes que, bajo el velo de la religión, sólo de un sórdido interés se ocupaban (30) ", no es menos cierto que a favor de ellos queda una importantísima suma de sacrificios meritorios y de notables éxitos para bien de la civilización en Sudamérica.

En las Misiones, cuyos difíciles comienzos conviene no olvidar, y cuya prosperidad, pagada con la sangre de numerosos mártires, no fue obtenida sino a costa de luchas admirables de valor y de paciente sagaci-

(30) Raynal, op. cit., t. IV, p. 204.

dad (31), sostenidas de continuo contra una naturaleza a veces más temible y más rebelde que la barbarie de los salvajes, en aquellas vastas regiones, incultas y desiertas al principio, en las que con rapidez se habían levantado numerosas ciudades rodeadas de granjas y de plantaciones florecientes, los indios se habían iniciado al cultivo del mate, de la quina, del cacao, de la viña, del algodón, de la miel y de la cera. Si no siempre conseguían los *directores* inspirar a cada uno de sus neófitos el amor al trabajo, cuando menos los habían vuelto capaces de apreciar sus beneficios. Para realizar esta obra, la asombrosa aptitud psicológica de los Jesuítas recurrió a medios cuyo delicado ingenio es de todo punto admirable. Por ejemplo, imponían a los indios trabajos que requerían tiempo y mucha habilidad, con objeto de desarrollar en ellos ese noble orgullo del trabajo cumplido, tan necesario para que se le tenga cariño. Los encajes que parecen tejidos por arañas, o las joyas minuciosamente cinceladas, que los indios del Paraguay o de México fabrican aún hoy día, no sin orgullo, subsisten cual testimonio de la destreza y de la emulación que los misioneros supieron despertar en otro tiempo en el alma oscura de los *guaranis* (32) o de las hordas aborígenes de Nueva España.

Maestros en la ciencia de las facultades humanas y en el arte de dirigirlas, los Jesuítas, que casi siempre habían logrado atraerse la profunda veneración de los indios, no fueron menos afortunados con las demás clases de la sociedad sudamericana. Ellos fueron los únicos en comprender la delicadeza quisqui-

(31) Los Jesuítas habían comenzado por aprender las lenguas o los dialectos de las gentes a quienes se proponían evangelizar y someter. Desde fines del siglo dieciséis había en México, en Santa Fe y en Buenos Aires cursos de *quichua*, de *muysca* y de *guarani*, seguidos escrupulosamente por los misioneros antes de ir al puesto que les era designado. — V. F. de P. Barrera, *los Jesuítas Misioneros y la expulsión de los Dominios españoles, Boletín de Historia*. Bogotá, año I, p. 83.

(32) Nombre que llevaban los indios del Paraguay y de ciertas regiones de la Bolivia actual y del Brasil. También los llamaban *tupis*.

llosa y las tendencias de insubordinación que las caracterizaban. Su flexible intuición sacó partido de aquella mentalidad especial, adaptándose en todas partes a las costumbres y a las pasiones de los habitantes del Nuevo Mundo. Para complacer a la afición de los mestizos por todo lo que brillaba y era aparatoso, inventaron una serie de fiestas suntuosas y teatrales, y supieron tender al escepticismo inquieto de los criollos el famoso "camino de terciopelo (33)" que exigían sus escrúpulos prontos a exasperarse ante las brutales asperezas de una fe más rigorista. Así los hicieron adictos suyos por las fibras más secretas, no costándoles ya trabajo alguno gobernar su conciencia y su voluntad.

Como se ve, la prosperidad material y moral de las Colonias a fines del siglo dieciocho había sido preparada muy de antemano por los Jesuítas. La imprenta, que en 1535 introdujeron en México, y cincuenta años más tarde en el Perú y en Nueva Granada; las bibliotecas, relativamente ricas, instaladas en sus colegios; los estudios locales que emprendieron desde los primeros tiempos y que salvaron del olvido la historia y la lengua de las razas autóctonas, sirvieron de base al despertar de la curiosidad científica, favorecida en sumo grado por los Jesuítas, cuando llegó el momento oportuno. Casi todos los nombres ilustres de la época colonial les pertenecen: Maldonado y Sotomayor Mutis, José Domingo Duquesne, que encontró en Nueva Granada los rastros de la casi abolida civilización muysca. En sus seminarios se habían formado Moreno y Escandón (34), Luna Pizarro (35), renovadores del método filosófico en las universidades de Santa Fe y

(33) Rémy de Gourmont.

(34) Moreno y Escandón (Francisco Antonio), jurisconsulto colombiano, nacido en Mariquita en 1736, muerto en Santiago el 24 de febrero de 1792. Ocupó varios puestos judiciales en Santa Fe, en Lima y en Chile. Autor de una *Historia del Nuevo Reino de Granada.*

(35) Luna Pizarro (Francisco Javier), sacerdote peruano, jurisconsulto y filósofo, decano de Arequipa, obispo de Alalia, arzobispo de Lima.

de Arequipa; Martínez de Rosas (36), que profesó derecho natural en las de Chile; Manuel Salas (37), fundador de la primera cátedra de matemáticas en la universidad de Santiago; Deán Funes (38), cuyas doctrinas morales y políticas, tan avanzadas como atrevidas, predispusieron sin duda a la juventud de Córdoba a los próximos contagios revolucionarios (39).

La transformación que así se efectuaba en las ideas de la joven América bajo el impulso de la enseñanza progresiva de los Jesuítas no tenía probabilidades de seguir desarrollándose sin peligros para la conservación del imperio colonial sino bajo la expresa condición de interesar a aquellos mismos de quienes dependía orientar, a su antojo, los movimientos del espíritu público. En este sentido, la expulsión de los Jesuítas fue una de las faltas más graves que la metrópoli había de cometer respecto de sus colonias.

Mientras, y tan pronto como se hubieron marchado los Padres, las Misiones comenzaron a periclitar. Los Dominicos y los Franciscanos las administraron de una manera deplorable. En el Paraguay, los indios se dispersaron rápidamente, y las *Reducciones* cayeron en decadencia. El gobernador Morphi (40) creyó deber dar parte a Madrid de lo que ocurría. Recibió la orden de poner en venta los bienes confiscados a la Compañía; pero se presentaron pocos compradores:

(36) Martínez de Rosas (Juan), nacido en Mendoza, que formaba entonces parte de Chile, en 1759, y allí falleció en 1813. V. infra, lib. III, cap. I.

(37) Salas (Manuel de), nacido en Santiago el 4 de junio de 1755, muerto el 28 de noviembre de 1841; filósofo y filántropo chileno, miembro del primer Congreso de 1811. Deportado a Juan Fernández desde 1814 a 1817. Creó en Chile gran número de establecimientos de educación y de caridad, introdujo el cultivo de varias plantas, etc.

(38) Funes (Gregorio), apodado *El Deán Funes*, literato argentino; nació en Córdoba en 1749, falleció en Buenos Aires en 1840. Recibió las órdenes en 1773, y llegó a ser rector de la Universidad de su ciudad natal. Uno de los oradores sagrados más eminentes de la América del Sur. Autor del *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay*, Buenos Aires, 1816, 3 vol.

(39) Cf. Becerra, *Ensayo histórico documentado de la vida de Don Francisco de Miranda. Discurso preliminar*, cap. IX.

(40) Morphi (Carlos), gobernador del Paraguay, de 1766 a 1772.

aquello fue una ruina completa (41). No más feliz suerte tuvieron las Misiones de California. Los establecimientos tan prósperos, en los que los Jesuítas gobernaban a todo un pueblo de indios hostiles, en quienes habían conseguido borrar su odio al nombre español, periclitaron y acabaron por desaparecer.

Lo mismo ocurrió en Casanare y en los llanos del Orinoco. Fue menester substituir, en estos sitios, la nefasta gestión de los Dominicos por la de los Agustinos y de los Capuchinos, que no dio mejores resultados. Estos religiosos aplicaron, en cada uno de los pueblos que administraban, sistemas distintos y caprichosos, aprobados a ciegas por la inexperiencia y la apatía de sus superiores. Al cabo de algunos años, la "Viña de predilección", cuya abundancia y prosperidad verdaderamente milagrosas eran celebradas por uno de sus fundadores, el P. Cassani (42), desapareció en medio de una anarquía completa. Los indios huyeron a los bosques, olvidando el uso de sus instrumentos de trabajo, en tanto que los rebaños de bueyes y de caballos, dispersos, volvían, como ellos, al estado salvaje. En los sitios mismos en que centenares de aldeas habían vivido felices, no hubo, a fines del siglo, más que la selva virgen o el desierto.

Así, pues, las bajas clases sudamericanas recayeron, casi en todas partes, en el embrutecimiento del que, a cierto momento, pareció que iban a salir, y para siempre. En las ciudades mismas, las escuelas indias desaparecieron. El pueblo se volvió de nuevo, más que nunca, una masa inerte, estúpida y disoluta, pronta a sufrir todas las influencias. Y, singular regreso de las cosas, de toda aquella gente inferior, fue precisamente la que había estado más directamente sometida a los Jesuítas: los *gauchos* de las antiguas misiones de Buenos Aires, y los *llaneros* de los establecimientos

(41) V. Arcos, *La Plata, Estudio histórico*, p. 168.

(42) Cassani (José), jesuíta español, nacido en Madrid en 1673, donde falleció en 1750. Profesó las matemáticas en Madrid, siendo después provincial de Nueva Granada. De él tenemos: *Historia de la provincia de Santa Fe, de la Compañía de Jesús, y vida de sus varones ilustres*, 1 vol., in-4º, Madrid, 1741.

de Nueva Granada, la que constituyó, más tarde, el elemento decisivo de la victoria de los independientes, después de haber sido, durante el primer período de la guerra, bajo el mando de jefes realistas, los peores adversarios de la Revolución. Este suceso permitió al gobierno español medir el alcance de uno de los efectos más angustiosos del error cometido por él al dejar que volvieran a la barbarie pueblos que, con una educación más adelantada, habrían podido ser encarrilados hacia la defensa de la causa del absolutismo.

Esta particularidad se hizo sentir más netamente aún respecto a los criollos. Mientras que los indios y el bajo pueblo se hundían, por largo tiempo, en una oscuridad tan preñada de incógnitas, el desarrollo intelectual de las altas clases, entregadas a su propio instinto, rebasó peligrosamente los límites que sus iniciadores cesaban de señalarles. Los frailes, que después de 1767 pretendieron asumir la tarea, peligrosa por demás, del destino de las inteligencias, se entregaron a ella con celo brutal y fanático que pareció insoportable a los criollos, irritándolos sin conseguir sujetarlos.

En fin, los poderosos lazos que hasta entonces habían unido la corona de España y la Iglesia quedaron rotos bruscamente. La violencia arbitraria de que el rey, quien, como recordarán nuestros lectores, disponía de un patronato absoluto sobre el clero de Sudamérica, acababa de dar pruebas respecto del "miembro más poderoso de la jerarquía", despertó la inquietud de las órdenes mismas cuyos clamores habían influído tanto sobre la decisión soberana (43). El gobierno español tuvo que consentir las más costosas concesiones para calmar sus aprensiones y asegurarse su apoyo, torpe e ilusorio, por cierto. El bajo clero, que se reclutaba ya casi exclusivamente entre los sudamericanos, y que había perdido mucho de su valor desde que la dirección de los seminarios había sido quitada a los Jesuítas, vio, por la misma causa, rebajado su prestigio. Su lealismo se entibió. Los curas de

(43) Cf. Gervinus, *Histoire du XIXe siècle*, Paris, 1865, p. 42.

aldea se volvieron comúnmente partidarios de la independencia, y, en México, hasta tuvieron la iniciativa de los levantamientos, y los capitanearon.

La expulsión de los Jesuítas ejerció una influencia todavía más directa en la Revolución sudamericana. Los ocho o diez mil religiosos de la Compañía que habían sido desterrados del Nuevo Mundo, y de los cuales muchos habían nacido en Sudamérica, se refugiaron en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Rusia, en Alemania y en los Estados Pontificios. Las privaciones, la pobreza que allí conocieron les hicieron echar de menos con más amargura la amable y amplia existencia de otros tiempos, la veneración que les demostraban poblaciones sumisas o del todo adictas: todo aquello que hacía de las Colonias, aun para aquellos que no eran originarios de ellas, una verdadera patria. Al cariño que sentían por aquel hogar perdido se mezclaba, en el alma de los antiguos Jesuítas, un rencor profundo contra el gobierno que los había arrojado de él, llegando, a poco, su encono hasta desear ardientemente que la corona de España quedará desposeída de aquellos dominios, y se convirtieron, en Europa, en decididos propagandistas de la Revolución. Desde entonces, en todas las conspiraciones que se traman contra la dominación colonial, se ve la instigación de los Jesuítas. Se han afiliado a los emisarios de los Comuneros, y el ministro de España en Londres, al informar al gobierno de los manejos de Vidalle, declara que "este perturbador esta de acuerdo con algunos antiguos Jesuítas, no caracterizados, sin duda alguna, impulsados únicamente por los provechos que pudieran sacar (44)".

Otros no vacilan en predicar abiertamente la rebelión. De éstos es el P. Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, nacido en Arequipa, fallecido en Londres en 1798, y que, en 1791, publicó un folleto de propaganda en

(44) Informe de D. Bernardo del Campo, ministro de S. M. C. en Londres, al conde de Floridablanca, julio de 1784, Briceño op cit., doc. 33, p. 218.

varias lenguas, folleto leído ávidamente por los primeros "patriotas". El epígrafe *"Vincet amor patria"*, que se ve en la primera página del libro (45), revela el sentimiento en que se inspira, y acerca del cual insiste muy particularmente el autor en el transcurso de su obra. "El Nuevo Mundo, dice él, es nuestra patria. Su historia es la nuestra. Puede resumirse en cuatro palabras: ingratitud, injusticia, esclavitud, desolación. Tal es, en efecto, la suerte de los Jesuítas. La muerte ha librado ya, a la mayoría de aquellos desterrados, de los padecimientos de todo género que les han acompañado hasta la tumba. Los demás, arrastran una vida miserable, y son una prueba más de esa crueldad de carácter que tantas veces ha sido reprochada a la nación española, aunque, en realidad, tal reproche no debe recaer sino en el despotismo de su gobierno." Después de hacer el elogio de los "generales americanos de Nueva Granada en la insurrección de los Comuneros", examina Guzmán los argumentos que militan en favor de la liberación de las provincias de ultramar, y afirma: "Bajo cualquier aspecto que se considere nuestra dependencia de España, se verá que todos nuestros deberes nos obligan a terminarla"; y, tomando ejemplo de lo que acaban de hacer los habitantes de las colonias inglesas, anuncia a sus compatriotas que, también para ellos "ha llegado el momento de ser libres (46)".

III

A pesar del liberalismo de su espíritu nacional, Inglaterra, desde la segunda mitad del siglo dieciocho, no lograba ya mantener en la obediencia sus posesiones de la América del Norte. La organizacion profundamente democrática de los emigrantes o como se llamaban a sí mismos, de los *peregrinos* de la Nueva Inglaterra, rompía el demasiado estrecho molde de las

(45) *Lettre aux Espagnols américains par un de leurs compatriotes*, Edic. francesa, Filadelfia, 1799.

(46) Ibid., pp. 21-29.

antiguas tradiciones coloniales. La historia de *Robinson*, que hacía ya las delicias de los lectores de ambos mundos, y cuyo modelo había sido precisamente hallado por el genial Daniel de Foe entre aquellos colonos ingleses, "que conquistaban un imperio sobre el mar y lo organizaban siempre para resultados positivos(47)", da la clave de la formación política y social de aquel pueblo nuevo cuya audacia y cuyo positivismo resultaban ser las cualidades dominantes. Las pedantes empresas de los ministros de Jorge III, al acentuar más las impropiedades del sistema colonial, acabaron, en 1775, por empujar a la rebelión a los descontentos de Virginia y de Massachusetts

Sin duda que no imaginaban éstos con qué simpatía fraternal los futuros caudillos de la Independencia sudamericana seguían, en lo recóndito de su corazón, las peripecias de la lucha entablada contra una metrópoli europea. A pesar de la extremada lentitud con que a las Colonias españolas llegaban las noticias del extranjero, y a pesar de la vigilancia de los familiares del Santo Oficio, los criollos de Caracas, de Buenos Aires, de Quito, de Santa Fe, de Lima, minuciosamente informados de los acontecimientos de Norteamérica, aplaudían la Declaración del Congreso de Filadelfia de 4 de julio de 1776, y se regocijaban cual si se tratara de un éxito personal. Hasta tal punto conservaron su recuerdo, que, cuando a su vez entablaron la lucha, su primer cuidado fue el de repetir los términos de aquella famosa proclama, reproduciendo de ella hasta la fecha misma (48). Cierto que las resoluciones y la táctica del plantador Jorge Washington, en la que se veía el sello de la reflexión, desconcertaban un tanto la exuberancia con que los criollos habrían manifestado su propio valor; pero se estremecían de placer cuando a sus oídos llegaban los ecos de los éxitos alcanzados por los *insurgents*, los insurrectos, y las derrotas de éstos los conmovían profundamente...

(47) Vogüe, *Robinson Crusoé*, en *Histoire et Poésie*.
(48) V. lib. II, cap. II, § 4.

Por fin, el tratado de París de 1783 garantizó la soberanía de los Estados Unidos, y España, de quien había conseguido Francia que concurriera a su liberación, tuvo que celebrar este éxito, no obstante tan contrario a los intereses de su política. Mas, preciso es reconocer que no tardó en alarmarse el conde de Aranda ante las consecuencias que la victoria de los norteamericanos iba a tener para la seguridad de los dominios españoles. No sin suma inquietud había visto a España tomar parte en tan escabrosa aventura. El éxito de los colonos ingleses en su lucha por la independencia había, fatalmente, de alentar las aspiraciones siempre en acecho de los criollos, y, tanto más difícil iba a resultar el predicarles la obediencia, cuanto que de manera tan manifiesta acababa España de sostener la rebelión. Comprendía Aranda que era inminente un levantamiento en las colonias sudamericanas. Tenía aviso de las tormentas que en ellas se preparaban; había profundizado las causas de dichas tormentas. Entonces, su patriotismo le dictó el deber de exponerlas directamente al rey, y, al día siguiente al de la firma del tratado, entregó a su señor una importante memoria acerca de la independencia de los Estados Unidos, y sus probables consecuencias.

"No he de detenerme aquí, —comenzaba diciendo el conde de Aranda—, en examinar la opinión de algunos hombres de Estado, así nacionales como extranjeros, que comparto con ellos, acerca de la dificultad de conservar nuestra dominación en América. Nunca posesiones tan extensas, situadas a tan larga distancia de las metrópolis, han sido largo tiempo conservadas. A esta causa general para todas las colonias, hay que añadir otras, especiales para las posesiones españolas que son: la dificultad de socorrerlas cuando puedan necesitarlo; las vejaciones de los gobernadores para con aquellos desgraciados habitantes; el alejamiento de la autoridad suprema, a la que necesitan recurrir para que sean escuchados y corregidos sus agravios, lo cual hace que transcurran años antes de que sean oídas sus quejas; las venganzas a que quedan expuestos, mientras tanto, por parte de las autorida-

des locales; la dificultad de conocer cumplidamente la verdad, a distancia tan considerable; en fin, los medios que a virreyes y a gobernadores no pueden faltar, en su calidad de españoles, para obtener declaraciones favorables en España: todas estas circunstancias habrán de descontentar, infaliblemente, a los habitantes de América, y les moverán a intentar esfuerzos para obtener la independencia tan pronto como se les presente una ocasión propicia"...

"Sin entrar tampoco en ninguna de estas consideraciones, me limitaré ahora —proseguía el ministro— a la que nos ocupa respecto del temor a vernos expuestos a peligros por parte de la nueva potencia que acabamos de reconocer, en un país en que no existe otra alguna capaz de atajar sus progresos. Esta república federal ha nacido pigmea, por decirlo así; ha necesitado, para llegar a la independencia, el apoyo y la fuerza de dos Estados tan poderosos como Francia y España. Llegará un día en que sea gigante, hasta coloso, temible en esas comarcas. Entonces olvidará los beneficios recibidos por las dos potencias, y no pensará más que en agrandarse. La libertad de conciencia, la facilidad de establecer una nueva población en inmensos terrenos, así como las ventajas del nuevo gobierno, llamarán allí a agricultores y a artesanos de todas las naciones, pues los hombres corren siempre tras la fortuna, y, dentro de algunos años, veremos, con verdadero dolor, la existencia tiránica de ese mismo coloso de que hablo."

"El primer paso que dé esa potencia, cuando haya llegado a agrandarse, será el apoderarse de las Floridas para dominar el golfo de México. Después de habernos dificultado de la suerte el comercio con Nueva España, aspirará a la conquista de ese vasto imperio que no nos será posible defender contra una potencia formidable, establecida sobre el mismo continente y en su vecindad. Estos temores son, Señor, demasiado fundados y habrán de realizarse dentro de pocos años, si antes no ocurriesen otros más funestos en nuestras Américas."

Reivindicando entonces la paternidad de un proyecto indicado por Raynal (49), proponía Aranda una organización nueva que, al mismo tiempo que asegurara la felicidad de América, permitiría además salvar lo que a España le quedaba como prestigio y como poderío: el rey tenía que "desprenderse de todas sus posesiones del continente americano, conservando solamente las islas de Cuba y Puerto Rico en la parte septentrional, y alguna otra que pueda convenir en la meridional, con el objeto de que nos sirva como de escalas o factorías para el comercio español. A fin de ejecutar este gran pensamiento de una manera que convenga a la España, deberán colocarse tres infantes en América: uno, rey de México; otro, rey del Perú, y, el tercero, de Costa Firme (50). Vuestra Majestad tomará el título de Emperador...

"En cuanto al comercio habría de hacerse en el concepto de la mayor reciprocidad: las cuatro naciones deberían mirarse como unidas por la alianza más estrecha, ofensiva y defensiva, para su conservación y prosperidad. No estando nuestras fábricas en estado de proveer a América de cuantos objetos manufacturados pudiera necesitar, sería menester que Francia, nuestra aliada, le suministrara todos los artículos que nos fuera imposible enviar, con exclusión absoluta de Inglaterra. A este efecto, los tres soberanos, al tomar posesión del trono, firmarían tratados formales de comercio con España y Francia descartando siempre a los ingleses (51)."

Para dar a este proyecto alguna probabilidad de realización, habría sido menester, a más del consentimiento de Europa, una amplitud de ideas poco común en un soberano absoluto. Por generoso que se le supusiera, no podía Carlos III, sin gran detrimento para

(49) Op. cit., t. IV, p. 294.

(50) Dábase el nombre de Costa Firme a toda la parte comprendida entre el istmo de Panamá, y las bocas del Orinoco, y, por extensión, a Nueva Granada y a Venezuela.

(51) Manuscrito de la Colección del duque de San Fernando. En Coxe, *L'Espagne sous les Rois de la Maison de Bourbon*, Paris, 1827, 6 vol., in-8º, t. III, p. 45.

su dignidad real, consentir en una especie de abjuración que, bien mirado, le habría valido beneficios aleatorios y discutibles. Desechó el proyecto y despidió al ministro.

Aun suponiendo que se hubiese intentado aplicarlo, el proyecto del conde de Aranda no habría sido fácilmente aceptado en América. En efecto, el desgraciado ensayo de reforma administrativa que, veinte años antes, había emprendido el Consejo de Indias en parte del imperio colonial, era de naturaleza a dejar entrever a cuánta paciencia y habilidad fuera menester recurrir para hacer admitir por los colonos un cambio de régimen, si no había de aportarles las más extensas libertades. Obedeciendo a indicaciones del duque de Choiseul, el comisionado Gálvez Villalba, al que acompañaba, por lo que pudiera ocurrir, una expedición de 200 hombres de tropa buena, llegó, en 1763, a México, provisto de instrucciones para una reorganización completa y perfeccionada de la administración fiscal: los pueblos, alarmados, se creyeron amenazados de nuevos impuestos, siendo así que, al contrario, se trataba de mejorar su suerte; los trastornadores, en acecho de todo pretexto plausible, excitaron un levantamiento, y Villalba tuvo que renunciar a llevar a cabo su misión. Lo mismo ocurrió en Quito. El menor cambio en las tradiciones del gobierno colonial determinaba perturbaciones que se convertían en motivos de rebelión.

La nueva forma de vasallaje implicada en el plan del conde de Aranda no podía seducir a los criollos, en quienes la independencia de la América del Norte hacía concebir ilimitadas esperanzas. Tenían la seguridad de que las nacionalidades, con cuyo próximo establecimiento soñaban, hallarían en los Estados Unidos solícitos protectores. E Inglaterra, debilitada por la defección de las más ricas provincias de su imperio, no podría resistir, creían ellos, al cebo de las ventajas comerciales que habrían de proponerle, a cambio de un apoyo decisivo.

Los nuevos motivos de "trastornos" de que hablaba Aranda no iban a tardar en manifestarse. A Car-

los III, fallecido en 1788, había sucedido un príncipe tan débil como atrasado. Su advenimiento paralizó en seguida el impulso reformador: la reacción que se introdujo en España ganó las Colonias, y la opresión tradicional recuperó en ellas sus derechos, con más dureza que nunca.

En aquel momento estallaba la Revolución Francesa. Todos los hombres de América capaces de seguir su asombroso desarrollo sintieron brotar en su corazón indecibles emociones. La abrasadora elocuencia de nuestros tribunos; sus ademanes, impelidos por amplísima audacia; el heroísmo de los soldados de la República; las escenas del prodigioso drama representado en el otro lado del Océano, comunicaban a las almas americanas una exaltación que siguió vibrando en ellas. El genio latino que trastornaba al mundo hablaba, esta vez, un lenguaje comprendido de todos, y los ecos de los colosales Andes repetían en tumulto las mágicas palabras de *Libertad*, de *Igualdad* y de *Fraternidad*.

La generación que en Sudamérica se preparaba a la revolución veía, en tan fulgurantes ejemplos, el término evidente de sus propias aspiraciones. Salida de cuerpo entero de la Revolución Francesa, de la que tomará los procedimientos, las máximas, y hasta los símbolos, la revolución sudamericana iba a tener tanto más derecho a ponerse bajo la bandera de su primogénita cuanto que el parentesco espiritual común de los precursores fue tan íntimo como era posible serlo. Había en el Nuevo Mundo, a la cabeza de las masas, menos ilustradas ciertamente, en su conjunto, que las de Europa, una élite semejante, cuyos ardores eran tan nobles y tan bellos, cuyos entusiasmos eran tan vibrantes y tan firmes. Los legisladores, los hombres de Estado, los generales de la Independencia perfeccionaban su formación con las lecciones mismas que, en las asambleas o en los campos de batalla, ponían tan soberbiamente en práctica, en aquel momento, los actores de la Revolución Francesa.

Muchos jóvenes de México, de Nueva Granada o de la Plata habían ido a Europa, a Francia sobre todo,

para impregnarse de la atmósfera intelectual que tantos extranjeros anhelaban respirar en París; los criollos que se quedaban en América aprendían el francés y se iniciaban en la literatura francesa, con celo más ferviente que el que mostraba la juventud europea. En ningún sitio del globo fue más comentado *l'Esprit des lois,* y en ningún otro sitio fue Montesquieu, inspirador de la constitución de los Estados Unidos, más admirado que en los centros intelectuales de las Colonias españolas. En la *Histoire philosophique de Raynal* era donde aprendían historia los jóvenes sudamericanos. Rousseau suscitaba fogosos discípulos. En las "Sociedades literarias" que se fundaban en todas las ciudades coloniales, leíanse, declamábanse con pasión las tragedias clásicas francesas. Las réplicas de los personajes de Corneille enardecían los ánimos; entusiasmaban las alusiones de *Tancrède:*

L'injustice à la fin produit l'Indépendance,

el frenesí de las heroínas de Racine, que las admirables amazonas de la revolución americana se disponían a hacer revivir. Así, pues, el "Mundo" era más "francés" aún de lo que imaginaba Rivarol (52).

Y no obstante, ¡qué de precauciones eran menester para aprovisionarse de todos esos libros, y qué gozo cuando por fin llegaban a manos de sus aficionados, a despecho de la Inquisición y de sus rigores! Acaso hubiesen costado la vida semejantes atrevimientos. Y, sin embargo, según lo atestigua un párrafo de carta, el fino y elegante descuido de los criollos, y la complicidad de una simple mujer, solían reirse de todos aquellos obstáculos. En 1787, el célebre patriota chileno Antonio Rojas (53) escribía desde París

(52) *Discours sur l'Universalité de la langue française.*

(53) Rojas (José Antonio), nacido en 1743, muerto hacia 1816. Uno de los mayorazgos de la colonia. En su juventud fue capitán de caballería en las milicias de Santiago. Viajó por Europa y, de vuelta a su país, tomó parte en la conspiración de Gramuset y Berney. Sin embargo, por política, Rojas no fue molestado. Fue uno de los promotores de la Revolución de 1810. Cuando el país cayó de nuevo bajo la dominación española en 1814, Rojas fue transportado a la isla de Juan Fernández. Por razón de salud, fue llevado de nuevo a Santiago, donde murió poco después.

a una joven dama de Santiago: "Tengo la nota de los perversísimos libros que encierran los consabidos cajones, y porque no la he podido encontrar no la incluyo. Pero, ¿para qué la necesita usted? ¿No es usted dueña de los cajones y del dueño de los cajones? Pues, ¿para qué notas y preguntas? Mas, si éstas se reducen a saber lo que contenían, para no abrirlos si no agradaban, diré algo, según me acuerdo. Encontrara usted unos 56 tomitos en folio, que son dos ejemplares del malísimo y pestífero diccionario enciclopédico que dicen es peor que un tabardillo. Item, las obras de un viejo que vive en Ginebra, cuya opinión está tan en duda, que unos dicen es apóstol y otros anticristo. Item, las de otro chisgarabís que nos ha quebrado la cabeza con su Julia. Item, la bella historia natural de M. Buffon. Y no se qué otros, que, según malicio y conjeturo por el depravado gusto del majadero que los pidió, deben de ser también malos, como dicen en la tierra de usted (54).

Con aquella fogosa impetuosidad que hacía madurar, en América, los productos del ingenio al igual de los de la naturaleza, el pensamiento, puesto en movimiento a principios de la segunda mitad del siglo, había alcanzado, en el espacio de algunos años, su pleno florecimiento. Por todas partes se fundaron "centros humanistas", "clubs", periódicos. En Lima, el *Mercurio Peruano,* que el sabio Unanúe (55) hizo salir a luz hacia 1792, y que, según expresión del célebre Vicuña Mackena (56), peruano también, fue el

(54) Citado por Becerra, op. cit., t. I, p. LVI.

(55) Unanué (José Hipólito), sabio peruano, nacido en Arica en 1758, muerto en 1833. Cuando la llegada de San Martín al Perú y de la instalación del gobierno independiente, Unanué fue nombrado ministro de Hacienda. Después fue presidente del primer Congreso Constituyente. Bolívar le nombró más tarde presidente del consejo de ministros y lo encargó de gobernar el país durante su ausencia. Unanué se retiró luego de la vida política. Ha dejado varias obras científicas y las *Guías del Perú,* publicadas desde 1793 a 1797.

(56) Vicuña Mackena (Benjamín), historiador chileno nacido en Santiago en 1831, fallecido en 1886. Sus principales obras son: El *Sitio del Chillán en 1813, 1860. Revolución del Perú, 1861,* etc. Ha publicado además tres tomos de la *Historia de Chile.*

"Silabario de la literatura nacional del Perú, y la escuela en que se preparó la Revolución". Otro tanto hay que decir de la *Gaceta de Buenos Aires,* dirigida más tarde por Mariano Moreno (57), uno de los precursores de la independencia argentina, quien contribuyó poderosamente a la difusión de las nuevas ideas entre los habitantes de la Plata; el *Papel Periódico* de Santa Fe, que se publicó desde 1791; en fin, el *Nuevo Luciano,* de Quito, fundado y redactado por José Espejo (58), y cuyo subtítulo: *El Despertador de los Ingenios* resume la obra de incitación y de propaganda revolucionarias a la que en todas partes se había dedicado lo más selecto de la juventud intelectual sudamericana.

IV

En la antigua Santa Fe, que en 1538 fue declarada capital del Nuevo Reino de Granada, por el conquistador Jiménez de Quesada (59), era donde la idea republicana había hallado más ferviente asilo entre los hombres mejor organizados para comprenderla y acogerla. Los dogmas igualitarios de la Revolución Francesa, a pesar de lo poco compatibles que eran con las tradiciones de la sociedad colonial, predispuesta manifiestamente a poderosos antagonismos por sus innumerables distinciones de clases, habían penetrado, desde los comienzos, entre los "ciudadanos" de la *Atenas de Sudamérica.* Ya desde fines del siglo dieciocho ponía empeño Santa Fe en merecer este hermo-

(57) Moreno (Mariano), nacido en Buenos Aires en 1778, fallecido en mar en 1811. V. infra, lib. II, cap. III.

(58) Espejo (José Eugenio de la Cruz y), nació en Quito en 1755, de una muy humilde familia del país. Partidario entusiasta de las ideas republicanas; publicó, al mismo tiempo que el *Luciano,* una hoja satírica: el *Golilla,* cuyos artículos incendiarios le valieron ser encarcelado varias veces. En 1793, el gobernador le mandó ir a Santa Fe. Allí trabó Espejo amistad con Nariño y Zea. Falleció en Quito en 1796.

(59) Quesada (Gonzalo Jiménez de), nació en Córdoba hacia 1499; falleció en 1579, el 16 de febrero, en Mariquita (Nueva Granada). Fundó Santa Fe de Bogotá, el 6 de agosto, de 1538.

so calificativo que le dio Humboldt algunos años después. Era entonces, cuando menos respecto de las letras y del ingenio, la ciudad más brillante del Nuevo Mundo.

El arzobispo virrey Caballero (60) había sabido dar al comercio y a la agricultura un impulso tan favorable como a la instrucción pública del país. Su administración, de un humanitarismo sorprendente para la época (61), fue continuada, de 1789 a 1797 por D José de Ezpeleta (62), el más progresista y el más prudente de los funcionarios coloniales en un tiempo en que los Revillagigedo en México, y los O'Higgins (63) en Chile se hacían notar por su sensatez y su liberalismo. De Europa acudieron artistas, profesores, ingenieros, entre ellos un francés, d'Elhuyart (64) quien dio nuevo impulso a la industria minera de Nueva Granada. Hospitales, hospicios, fueron establecidos en las grandes ciudades. Ezpeleta autorizó en Santa Fe la creación de un colegio superior para doncellas, el primero que de este género se fundara en la colonia, y cuya organización fue dirigida por una mujer "tan ilustre por su nacimiento como por la nobleza de sus sentimientos", como la calificaba el virrey mismo:

(60) Caballero y Góngora (Antonio), arzobispo y virrey de Nueva Granada, de 1782 a 1789.

(61) Por primera vez en el Nuevo Mundo, organizó Caballero una Asistencia pública obligatoria.

(62) Ezpeleta y Veire de Galdeano (José de), nació en Pamplona en 1741; gobernador de Cuba desde 1785 a 1789. Virrey de Nueva Granada desde 1789 a 1797. De regreso a España, fue nombrado, al año siguiente, virrey de Cataluña. Hecho prisionero por los franceses en 1809, no volvió a su patria hasta en 1815. Fernando VII lo nombró capitán general de Navarra. Falleció en 1823.

(63) O'Higgins (Ambrosio), marqués de Osorno, gobernador y capitán general de Chile desde 1788 hasta 1796; después, virrey del Perú, 1796-1801.

(64) Elhuyart o Elhuyar (José d'), químico de origen francés; estudió, como su hermano Fausto, en Freiberg, hacia 1780. Fausto estudió también química en Upsala, bajo Bergmann. Llevó a Nueva España, en donde llegó a ser director general de las minas de México, mineros de Sajonia, mientras José, su hermano, era director de las minas de Santa Fe. Allí falleció este último hacia 1802. Su hijo, Luciano d'Elhuyart, fue uno de los héroes de la guerra de la Independencia.

Doña Clemencia de Caicedo. Se abrieron escuelas públicas en todas las parroquias importantes. La facultad de medicina de la capital tuvo un gabinete de física de los más completos, y varios laboratorios.

La universidad de Santa Fe llegó por entonces a su apogeo. Mutis era el decano de un cuerpo docente que contaba juristas como Camilo Torres (65), Joaquín Camacho (66); filósofos como Félix Restrepo (67), humanistas como Zea (68), igualmente notables por la perfección, la originalidad y el atrevimiento de su enseñanza. Los estudiantes, que a menudo tenían poca menos edad que sus maestros, componían una pléyade admirable de ardor y de inteligencia, que se disponía a añadir, a la aureola del saber, resplandeciente ya, por ejemplo, en Francisco José de Caldas (69), la del martirio patriótico. La historia se ha encargado de grabar la lista inmortal de aquella juventud en cuyas filas se reclutaron la mayoría de los Próceres de la Independencia.

No iba a tardar Antonio Nariño en encabezar la gloriosa lista. Su vida, en la que las más felices casualidades alternan con increíbles reveses, puede ser considerada como una especie de cuadro simbólico del destino que acechaba a los hombres que llevaron a cabo la Revolución sudamericana. A la vez hombre de pensamiento y de acción, literato, periodista, diplomático, tribuno, conspirador, guerrero, táctico y dictador, aporta a estas múltiples actividades, exigidas sin duda por la complejidad de la obra colosal que pretendieron realizar los Próceres, el valor, la perseverancia, y, también, esa maña, cuyas inesperadas candideces desconciertan, pero que es general en todos,

(65) V. infra, lib. II, cap. III.

(66) Id.

(67) Félix Restrepo, nació en Envigado (Nueva Granada) en 1760. Profesor de filosofía en las Universidades de Santa Fe y de Popayán. En 1811 contribuyó a la defensa de esta plaza. Murió en 1832.

(68) V. infra, lib. II, cap. I.

(69) Caldas (Francisco José de), apodado *El Sabio Caldas*. Nació en Popayán, en 1771; fusilado en Santa Fe el 29 de octubre de 1816. V. infra.

aunque, desde luego, en grados distintos. En Nariño, esta flexibilidad va acompañada de aticismo, de caballerosidad, de humoradas, que son las características de su raza y de los habitantes de su ciudad natal (70).

Había venido al mundo en Santa Fe, el 14 de abril de 1765, de una familia patricia originaria de Andalucía, y establecida desde hacía tiempo en Nueva Granada. Después de notables estudios en el colegio de San Bartolomé, que, con el del Rosario, compartía el privilegio de recibir a los jóvenes de la aristocracia, Nariño fue nombrado por el virrey Ezpeleta, de quien era visita su familia, al importante cargo de "tesorero de diezmos". Algún tiempo después, y a pesar de su poca edad, sus compatriotas le eligieron para teniente alcalde de Santa Fe. La vigilancia de vastos cultivos de tabaco, de cacao, y, sobre todo, de quina, a que luego se dedicó, no le impidió completar sus estudios, siendo éstos tan extensos que no tardó en adquirir la justificada reputación de sabio sin igual entre tantos otros sabios. Tenía Nariño, lo cual no era raro en el medio en que vivía, nociones literarias y científicas sumamente extensas y variadas, pero dominándolas a fondo; y naturalista de primer orden, teólogo consumado, sabía además, en cuestión de medicina, cuanto de esto podía conocerse entonces en las mejores facultades europeas.

Ponderábase la biblioteca de cerca de 6.000 tomos que el joven santafereño había logrado reunir en su casa solariega de la *plazuela de San Francisco* (71), extensa, algo baja, y achatada además bajo su techumde tejas grises; de un solo piso, con portal dominado por un escudo de piedra, y cuyas piezas, alumbradas por anchas ventanas con rejas labradas, daban, por dentro, a un amplio patio embaldosado de mosaicos. Allí, en los atenienses crepúsculos de los hermosos días de la Sabana, tendida cual mantel inmenso, sembrada de ricos cultivos y de jardines, a los pies de la

(70) Cf. C. A. Torres, *La Estatua del Precursor*, § II, p. 6.
(71) Arturo Quijano, casas históricas de Bogotá, en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, t. III, p. 367.

capital granadina, allí, en su "librería", recibía Nariño a toda la juventud apasionada por saber, aficionada a preguntar y a discutir, y que comulgaba toda en la confianza y el gozo que inspiran las convicciones entusiastas y los juveniles ideales. Un retrato de Franklin, en un marco de ébano con adornos de concha y de marfil, se destacaba en sitio preferente, sobre el papel pintado de la pared, entre mapas, figuras de silueta, de moda desde hacía poco, grabados representando escenas de la historia de Grecia y de Roma, por encima de los estantes que se combaban bajo el peso de libros y de manuscritos. Sofás y butacas de caoba tendidos de damasco de color amarillo pálido; dos globos con armaduras de cobre, una máquina eléctrica, rodeaban la vasta pieza cuyo centro estaba ocupado por grandes mesas cubiertas con tapetes verdes, sobre las cuales no tardaban en ponerse candeleros de plata con velas encendidas (72)...

La lectura en alta voz, el comentario de los literatos y de los filósofos franceses, cuya lengua poseía cabalmente Nariño y por quienes era apasionado, componían el habitual programa de aquellas veladas. En los momentos de descanso, Nariño llevaba a sus amigos al "laboratorio", o a la imprentita, organizados por él en dos piezas contiguas a la biblioteca. Ejercía sobre su auditorio, cada vez más numeroso, al que con frecuencia acudía algún forastero de paso por la capital, Espejo, por ejemplo, el joven redactor del *Luciano* de Quito (73), un ascendiente, un prestigio extraordinarios. De estatura mediana y bien proporcionada, tez clara, cabellera rubia cuyos bucles rodeaban el óvalo alargado de un rostro cuyos ojos azules ligeramente saltones, cuyos labios voluptuosos y cuya barbilla un tanto maciza habrían dado a la fisonomía demasiada molicie, sin el contraste de una frente ancha,

(72) Según el inventario de confiscación de los bienes de D. Antonio Nariño, efectuado en Santa Fe en 29 de agosto de 1794 por el Alguacil Mayor del Juzgado, publicado en Posada e Ibáñez: *El Precursor*, pp. 161 y sig.

(73) V. Villavicencio, *Geografía de la República del Ecuador*. Nueva York, 1858, p. 186.

huesuda, y una nariz arqueada y abultada, señal de voluntad firme y decisiva (74), Nariño se expresaba con elocuencia cuya seducción es proverbial.

Sus biógrafos, poco numerosos (75), aseguran que en aquellas reuniones fue donde los futuros tribunos de la revolución se iniciaron en las fórmulas, exhumadas por entonces de un clasicismo a veces discutible, por las asambleas francesas, y de las que con tanta abundancia se hizo, después, uso en Sudamérica. A pesar de su afinada cultura, complacíase en ellas Nariño con supersticioso ardor, por toda la virtud secreta que le parecían contener: si se quería derribar "la hidra de la tiranía" y hacer valer "los derechos sagrados de un pueblo libre", ¿no parecía eficaz aclimatar, en aquel lado del Atlántico, tales metáforas jacobinas cuyo empleo consagraba, en Francia, las victorias de la revolución? Cuanto podía recordar los orígenes y la génesis de tales victorias pareciale a Nariño de preciosa oportunidad. Así, por ejemplo, proyectaba fundar una "Sociedad literaria" de la que habrían formado parte los más conspicuos ingenios de Santa Fe, y para la cual deseaba preparar una sala cuyos únicos ornatos fueran frases tomadas de Rousseau, Voltaire y Montesquieu.

Un encuentro, fortuito al parecer, como suelen serlo aquellos de donde resultan los más formidables acontecimientos, al mismo tiempo que suministrara a Nariño una ocasión para continuar la prueba de su táctica favorita, iba a dar toda la medida del poder germinador de las manifestaciones del pensamiento

(74) Retrato de Nariño por Espinosa, pintor colombiano de la época, en el Museo Nacional de Bogotá.

(75) Vergara, *Vida y escritos del General Antonio Nariño,* Bogotá, 1859 (la obra había de constar de dos tomos, pero el tomo II no fue publicado). L. S. Scarpetta y Vergara, *Diccionario biográfico de los Campeones de la Libertad,* Bogotá, 1879, artículo Nariño. Vergara y Vergara, *Historia de la Literatura,* etc., cap. XI — V. también Becerra, *Vida de Miranda,* t. I, pp. III y sig. Posada e Ibáñez. *El Precursor* (Biblioteca de Historia Nacional), Bogotá, 1903, importante colección de documentos sobre la vida de Nariño, precedida de un elocuente prefacio de Posada. — Vergara y Velasco, *Historia Patria,* Bogotá, 1910, pp. 19, 243-248, 274, etc.

francés, y a justificar la profecía que acababa de formular André Chénier: "La revolución que toca a su fin en nuestro país lleva en su seno los destinos del mundo (76)."

Una noche de los primeros meses de 1794, estaba Nariño trabajando en su biblioteca, cuando entraron a decirle que el capitán de la guardia, Rodríguez de Arellano, con quien estaba en relaciones, pedía verle. Recibió Nariño su visita, y el oficial, que conocía la afición de su amigo por los libros franceses, le entregó una obra que el virrey acababa de recibir, obra que sin duda le interesaría, pidiéndole que no la enseñara a nadie, por si acaso; pues, aunque la Inquisición había mitigado mucho sus antiguos rigores, quizás se le ocurriera enojarse... Era, en tres tomos, la *Histoire de l'Assemblée Constituante,* de Salart de Montjoie. Ya que se hubo marchado Arellano, abrió Nariño el tomo tercero. contenía el texto *in extenso* de la *Déclaration des Droits de l'Homme,* texto que no le había sido posible procurarse hasta entonces, y que le parecía ser el nuevo *Decálogo* en el que se resumían los sublimes principios de la "Sociedad regenerada". Además, todos aquellos que seguían por entonces los acontecimientos que se habían desarrollado en Francia y en Europa participaban más o menos de este sentimiento, y muchos habían sido atraídos por el "torbellino eléctrico" de que habló Mirabeau. Desde aquel momento, sufrió Nariño la influencia de aquel "torbellino". En un arrebato de místico entusiasmo, presintió el prodigioso efecto que en sus compatriotas había de producir la difusión de aquellas Tablas de la Ley de la Revolución, y resolvió publicarlas.

La prensa instalada por él estaba lista. Cerró Nariño su puerta a todo el mundo, "no creyendo obrar mal al encerrarse así en su casa" —había él de decir, con maliciosa zumba, algunas semanas más tarde, en su defensa— "puesto que hacía otro tanto para leer la

(76) *Avis aux Français,* 28 de agosto de 1790.

Sagrada Biblia (77)"; tradujo sin parar los diecisiete artículos de la Declaración, y en seguida se puso a tipografiarlos. Pocos días después, el folleto impreso "en un papel grande, grueso, y prieto, en cuarto y con mucho margen; todo de letra bastardilla (78)", era tirado a miles de ejemplares, distribuido, copiado, reproducido a profusión en la ciudad, en la provincia, y, poco después, esparcido en todas las capitanías vecinas, y hasta en los confines de México y de la Tierra de Fuego.

Inmenso fue el alcance de tal publicación. Señala claramente en el Nuevo Mundo el punto de partida de una nueva era. De la aparición de aquellas hojas impresas con caracteres mal sentados y casi imprecisos, data la confirmación o el nacimiento definitivos de la noción de independencia en el alma de todos los protagonistas de la insurrección que se aproximaba. Parecen haber tomado, en las virtudes de aquella carta, que condensaba en algunos renglones, con la aureola del prestigio de la Revolución Francesa y con

(77) Defensa de Nariño ante el Tribunal Supremo de la Audiencia de Santa Fe, septiembre de 1794, en *El Precursor*, p. 96.

(78) Circular del capitán general de Venezuela a los prelados y gobernadores de provincias, mandando que sean recogidos todos los ejemplares en circulación de un pasquín sedicioso capaz de trastornar a las gentes de poco entendimiento, y titulado: *Los Derechos del Hombre.* Caracas 1º de noviembre de 1794, *Documentos para la historia de la Vida Pública del Libertador*, t. I, 192.

Los Documentos, etc., que comprenden 14 tomos en 4º, han sido publicados en Caracas, de 1875 a 1877, por José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, por orden del general Guzmán Blanco, presidente de los Estados Unidos de Venezuela. Es una reedición, considerablemente aumentada, de la colección similar en 22 tomos en 12 menor, que, de 1826 a 1830, publicaron, igualmente en Caracas, los venezolanos Mendoza, Yáñez y Guzmán. Bolívar había autorizado a sus compatriotas a sacar copia, en el archivo colombiano, de todos los documentos oficiales relativos a su vida pública. José Blanco y Ramón Azpurúa, al añadir a esta obra extractos de gran número de documentos y de obras inéditas concernientes al Libertador y a la América del Sur, han hecho de su colección una publicación particularmente preciosa para la historia de la Emancipación de las Colonias Españolas.

En el transcurso de la presente obra, las llamadas a los *Documentos* serán designadas por la inicial D seguida de la mención del tomo y del número de orden del documento citado.

la hechicera voluptuosidad de la fruta prohibida, todas las aspiraciones de los tiempos modernos, la fuerza y la fe necesarias para su magna empresa. Brotada del instinto mismo de la raza que utilizaba la iniciativa del más convencido de sus hijos para juntar las voluntades indispensables, era aquélla la voz de las angustias pasadas y presentes de los pueblos de América, de sus aspiraciones infinitas hacia la felicidad; voz que, sacudiendo de su letargo la tierra de los Andes, la despertaba a la aurora de la Libertad...

Desde aquel momento la vida de Nariño se convierte, según escribió más tarde el capitán inglés Stuart Cochrane, en "una verdadera novela, y sus padecimientos rebasan la medida común (79)" La "divulgación de los diecisiete artículos de la Declaración", le valió, según sus propias palabras, otros tantos años de prisión y de trabajos (80)".

Ante la tormenta desencadenada por el "pasquín sedicioso", la indulgencia del virrey se tornó en rigor. Mandó que arrestaran a Nariño, y, con él, a unos diez amigos suyos, entre ellos a Zea y a dos franceses: Louis de Rieux y Emmanuel de Froës (81), uno y otro doctores en medicina de la Facultad de Montpellier, "relacionados con Nariño, dice el requisitorio (82), familiares de las reuniones de la plaza de San Francisco y partidarios decididos del sistema de la Francia, y de establecer aquí una república independiente, a ejemplo de la de Filadelfia". El tribunal de la Audiencia pronunció contra los acusados la pena de deportación en los presidios de Africa. Nariño fue, naturalmente, tratado con mayor rigor: sus bienes fueron confiscados y vendidos en pública subasta; su familia fue des-

(79) *Journal of a residence and Paralels in Colombia during the Years 1823 and 1824* by Capt. St Cochrane of the Royal Navy, Londón, 1825.

(80) *El Precursor*, prefacio, p. 13.

(81) Froës (Emmanuel de), nació en Santo Domingo en 1779, volvió a Nueva Granada en 1810. Abrazó con ardor la causa de la Revolución, siguió a Nariño durante la campaña de 1813, estuvo luego preso en Puerto Cabello, y, después de 1820, fue elegido senador de Colombia. Falleció en Bogotá en 1840.

(82) *El Precursor*, pp. 119-121.

terrada, y él se oyó condenar a diez años de presidio.
Pero, aprovechando un momento en que era escasa la vigilancia, a la llegada a Cádiz del navío en que había sido embarcado, logró Nariño escaparse. Llega a Madrid, en donde parientes suyos influyentes solicitan su indulto y lo obtienen. Se hace presentar a Godoy, aboga ante él, con sobrado calor, por la causa de América, y comprendiendo que está poco seguro en la corte, gana la frontera, llega a Francia, es recibido por Tallien, que sólo buenas palabras pudo darle, y pasa a Inglaterra, en donde Pitt trata de convencerle por la insidiosa seducción de su política. Desesperando de encontrar apoyo en los gobiernos europeos, Nariño se decide a regresar a su país.

Al cabo de un viaje interminable, durante el cual sufre privaciones de todo género y padecimientos increíbles, llega a Santa Fe en 1797. Descubierto, arrestado de nuevo, enviado a Madrid, pero con buena escolta esta vez, pasa allí algunos años en la cárcel. Es indultado, o quizá se evade —no se sabe—, pero se le ve en Santa Fe en 1809. Al día siguiente de su llegada, es denunciado al virrey Amar y Borbón (83), quien le envía a España. Pero, en el Magdalena, consigue escaparse aún. Vuelven a prenderle en Santa Marta. Conducido a Cartagena, pasa cerca de un año, con grillos en los pies y sujeta la cintura por una cadena de seis metros, en las terribles *bóvedas,* siniestros calabozos, abiertos bajo las murallas al ras del Océano, ya célebres por entonces, y que lo fueron más con la guerra de la Independencia.

El levantamiento de 1810 devuelve por cierto tiempo la libertad a Nariño. Arrastrado por la tormenta revolucionaria, sucesivamente redactor cáustico y elocuente del periódico *La Bagatela,* cuyos artículos exaltan el civismo desfalleciente de los granadinos, presidente del nuevo Estado de Cundinamarca, empujado a la guerra civil, en fin brillante general, a pesar de las inevitables faltas debidas a su harto prematura

(83) Amar y Borbón (Antonio), virrey de Nueva Granada, de 1803 a 1810.

experiencia militar, héroe de la célebre campaña del Sur, que con un poco más de suerte habría sido decisiva, Nariño entonces muestra un alma digna de los héroes de la antigüedad. Llevado en triunfo por el pueblo, instalado en el palacio mismo de los virreyes que años antes le habían hecho encarcelar, se ve, algunos meses más tarde, burlado, vituperado de todos, amenazado; al sicario a quien descubre, una noche, escondido en su casa, entrega tranquilamente las llaves de la puerta, "para que pueda huir después de cometido el delito". —"No, yo no mataré a Nariño", exclama el miserable, desarmado por tanta serenidad. —"Sentaos entonces, dícele aquél, y hablemos de estas cosas de la patria". Y, cuando, vencido delante de Pasto, el 12 de mayo de 1814, disperso su ejército, busca él su salvación en la huída, y, al cabo de tres días de andar errante por la montaña, cae en manos de sus enemigos, oyendo, durante el trayecto hasta la ciudad, vociferaciones homicidas de la plebe realista; también en esta ocasión acude a sus labios una frase a lo Mario, que paraliza a sus asesinos: "Aquí tenéis al general Nariño."

El cautiverio sufrido entonces por el Prócer fue el más abominable de cuantos hasta entonces había padecido. Por espacio de tres años fue llevado, de los fétidos calabozos de Pasto a las malsanas prisiones de Quito y del Callao; en este último punto fue embarcado en un malísimo navío velero que tardó casi diez meses en llegar a las costas de España; encadenado, abarasado por la fiebre, apenas mantenido, el desgraciado estuvo muchas veces a punto de expirar. En Cádiz, pasa otros terribles cuatro años en un calabozo de la *Cárcel Real,* "desnudo, y comiendo el rancho de la enfermería, sin que se le permitiese saber de su familia (84). En 1820, la insurrección española lo saca por fin de la cárcel. Menos de dos meses después, Nariño, que conservaba íntegra su energía, presidía, en la isla de León, un club revolucionario del que formaban

(84) Defensa de Nariño ante el Senado de la República de Colombia, el 14 de mayo de 1823, en *El Precursor,* p. 551.

parte Quiroga (85), Riego (86) y Alcalá Galiano (87) y en violentos artículos denunciaba las "crueldades del general Morillo (88)", quien, por entonces, agotaba sus fuerzas en la reconquista de la Costa Firme.

No obstante, vigilado de continuo por la policía, Nariño se refugia en Gibraltar, y es elegido, por mediación del gobierno de España, para las funciones de representante provisional en las Cortes para Nueva Granada. "¿Qué te parece esta monserga? dice él a uno de sus corresponsales (89). Por un lado andan las requisitorias para reducirme a mi antiguo domicilio de la cárcel, y por otro soy fracción de la soberanía española..."

Veremos de nuevo a Nariño, Vicepresidente de la República de Colombia, en 1823, obligado a defenderse, ante el Congreso de Cúcuta, contra calumniosos y pérfidos ataques, y hallando, para confundir a sus acusadores, la vibrante elocuencia de sus días más gloriosos; y en fin, falleciendo, aquel mismo año, en Leiva, en la soledad y el abandono, legando a la posteridad estas supremas palabras: "Amé a mi Patria. Cuánto fue ese amor, lo dirá algún día la historia (90)".

V

En las "Defensas" que en 1797 y en 1809 tuvo que presentar al Tribunal de la Audiencia, y, en 1823, ante los miembros del Congreso colombiano, alude Na-

(85) Quiroga (Antonio), general español, uno de los jefes del levantamiento de 1820; nació en 1784, falleció en 1841.

(86) Riego (Rafael del), general español, uno de los jefes del levantamiento de 1820; nació en 1785, fue ahorcado en Madrid el 7 de nov. de 1823.

(87) Galiano (Antonio Alcalá), literato y hombre político español; nació en 1789, falleció en 1865. Tomó parte, con Riego y con Quiroga, en la insurrección de 1820. Fue ministro de la Instrucción Pública en 1864.

(88) A estas "Cartas", firmadas con el seudónimo: Enrique Somoyar, responden las *Memorias del General Morillo*. V. infra.

(89) Carta a Zea, Gibraltar 1º de junio de 1820, en *El Precursor*, p. 481.

(90) Testamento de Nariño, en Vergara, *Vida y escritos, etc.*

riño con frecuencia a las negociaciones que intentó entablar en Europa para obtener socorros en favor de los habitantes de Nueva Granada. Es interesante ver en estas palabras el testimonio de lo mucho que esperaban los sudamericanos del apoyo del extranjero.

Los colonos que soñaban con libertad para su país, y a quienes su mayor cultura separaba de la masa, sin que por esto desconocieran las aspiraciones y las energías latentes del pueblo, se habían, temprano, convencido de las ventajas que el socorro europeo podría reservar a la causa de la Independencia. El ejemplo de los Estados Unidos acababa de confirmar la exactitud de tales previsiones. Las Colonias españolas, en las que las divisiones y los celos originales facilitaban en tan alto grado a la metrópoli el mantenimiento de su dominación y en las que distaba mucho de que el conjunto mismo de los criollos se hallara dispuesto a desear un cambio de régimen, carecían por esto mismo, infinitamente más que la América del Norte, "de la fuerza que da la unión en la extensión territorial, y de la unánime resolución del pueblo (91)". Así, pues, los campeones de la Independencia sudamericana se habían decidido a suplir, por medio de socorros del extranjero, a este estado de cosas. Los Comuneros habían abierto el camino, y Nariño, tan pronto como las circunstancias se lo permitieron, no dejó de renovar la tentativa de 1784.

Ya porque un cariño íntimo le inclinara con preferencia hacia la patria de los *Derechos del Hombre,* ya porque se sintiera dotado del suficiente don de persuasión para ganar en dicha patria partidarios a una causa que respondía esencialmente a los principios de la República francesa, a París fue donde resolvió Nariño acudir en primer lugar. Corría entonces el otoño de 1794, y parece ser que sus amigos de Madrid le habían dado cartas de introducción para la hermosa Teresa Cabarrús, con la que, meses antes, se había casado Tallien. El célebre convencional recibió a Nariño, quien le confió sus proyectos y le pidió que los

(91) Gervinus, op. cit., t. VI, lib. IV, cap. I.

apoyara ante el Directorio; pero la amistad con España sellada recientemente por la paz de Basilea (14 de julio de 1795), los peligros que seguían amenazando a Francia, eran obstáculos insuperables que se oponían a los deseos del joven sudamericano. A más de esto, Tallien había perdido todo prestigio, estaba ya casi gastado y no desempeñaba ningún papel político. No insistió Nariño, y se fue a Londres, en donde se ofrecían más halagüeñas esperanzas.

Siempre le habían interesado a Inglaterra las Colonias españolas, y, desde los tiempos más remotos, los acontecimientos habían inclinado a los habitantes de éstas a ver en la Gran Bretaña la única potencia extranjera de la que podrían esperar algún cambio a su condición. Por otra parte, desde el establecimiento del imperio español en el Nuevo Mundo, el sostenimiento de relaciones comerciales seguidas con los mercados sudamericanos se había impuesto a la "gran isla mercante" que es Inglaterra, como uno de los axiomas fundamentales de su política exterior. Y, un siglo tras otro, a pesar de todos los obstáculos, y aun de todas las consideraciones que, más de una vez, pudieron aconsejarle la retirada, dedicó su prudencia calculadora y su tan perseverante como ingeniosa voluntad en hacer que prevaleciera dicho sostenimiento de relaciones comerciales.

El secuestro en que Portugal y España mantenían sus establecimientos determinó a Inglaterra a favorecer la institución, en el mar Caribe y en el golfo de México, de un sistema de contrabando al que la toma de Jamaica, en 1655, permitió dar una verdadera organización. Pero, las flotas de España, y, sobre todo, los corsarios franceses, que tantas veces habían estorbado el funcionamiento de aquel tráfico ilícito, cesaron de oponerles serias trabas durante el largo período de las guerras de sucesión.

También en aquel momento se espaciaron las comunicaciones entre España y las Colonias, acabando por interrumpirse. Los ingleses aprovecharon esta circunstancia para apoderarse de todo el comercio de América y granjearse en ella una utilísima populari-

dad. Agentes secretos se dedicaron con celo a esta empresa, y los colonos llegaron a convencerse de la necesidad de sostener relaciones amistosas con la poderosa Inglaterra. Esta noción penetró hasta en los indios del Perú, persuadidos, según lo afirmaba una tradición hábilmente resucitada, de que "los Incas serían restablecidos por el pueblo de Inglaterra (92)". Al mismo tiempo, la diplomacia británica se dedicaba a hacer consagrar estos éxitos por las metrópolis europeas. El convenio de Methuen (1703), al abrir a los buques ingleses todos los puertos de Portugal, había convertido al Brasil en una verdadera colonia para la Gran Bretaña (93). Mientras tanto, la corte de Madrid se dejaba arrancar interesantes concesiones, tales como la explotación del campeche en la bahía de Honduras y en el Yucatán. En fin, en la paz de Utrecht, en 1713, Inglaterra adquirió derechos de considerable alcance.

Al mismo tiempo que obtenía ésta la autorización de enviar una vez al año, sus buques a Veracruz y a Porto Bello, lo cual la colocaba en excelente situación para hacer a sus rivales una desastrosa competencia, el tratado llamado del *Asiento* le confería el privilegio exclusivo de introducir en la América del Sur los negros necesarios para las plantaciones y las minas, privilegio que se convertía en oportuno pretexto para el establecimiento de factorías en las costas de la Plata y de Nueva Granada. Verdad que España se había reservado un tanto en el tráfico de esclavos, y derechos de registro en los "barcos de permiso"; pero estos convenios se prestaban a equívocos, y, en más de una ocasión, no tuvo reparo Inglaterra en interpretar las cláusulas de los tratados en el sentido aconsejado por su codicia.

La profunda tensión que se manifestó en las relaciones angloespañolas a consecuencia de repetidísimas disensiones suscitadas por esta conducta, contribuyó a

(92) Gervinus, ibid., p. 63.
(93) V. Bourgeois, *Manuel historique de Politique étrangère*, t. I, cap. XI.

un choque entre ambas potencias a la muerte del emperador Carlos VI. Los ingleses sufrieron serios reveses en el mar de las Antillas. Un ataque imprudente de su escuadra contra los galeones refugiados en la rada de la Guayra fue rechazada con vigor, y los españoles vengaron después el bombardeo de Porto Bello causando, durante la heroica defensa de Cartagena (13 de marzo-5 de mayo de 1740), pérdidas muy sensibles a la flota del almirante Vernon (94). Hasta dejó éste en poder del enemigo una serie de medallas que los comerciantes de la ciudad habían hecho grabar de antemano para conmemorar la rendición de la plaza (95)...

El tratado de Aquisgrán, en 1748, puso término a las hostilidades, y las tendencias pacíficas de Fernando VI permitieron a Inglaterra reanudar relaciones con las Colonias españolas; comenzó de nuevo el contrabando en el mar de las Antillas, y hubo considerable aumento de importaciones en la Plata y el Perú. Los notables éxitos del poder naval británico durante la guerra de los Siete Años (1756-1763) parecieron asegurarle el imperio marítimo; el "Pacto de Familia" mediante el cual el rey de España hacía de nuevo causa común con los más decididos enemigos de Inglaterra, eximía al gabinete de Londres de todo escrúpulo respecto de su política americana. Si bien las vías comerciales del continente español no le quedaban tan anchamente abiertas como lo habría deseado, cuando menos podía entrever con confianza su próxima conquista.

La insurrección de la América del Norte y su éxito final en 1783 comprometieron por cierto tiempo tan halagüeñas esperanzas. Muy resentida por la larga lucha que acababa de sostener, Inglaterra volvió, no obstante, con tanta obstinación como energía, a sus tradicionales planes de acaparamiento económico de las Colonias españolas. Más que nunca necesitaba el

(94) Vernon (Edward), marino inglés; nacido en 1684, falleció en 1757. Vicealmirante en 1739.

(95) Becerra, op. cit., p. 61, y B. Mitre, *Monetario argentino-americano.*

comercio británico mercados donde pudiera expender sus mercancías. Los ingleses emprendieron de nuevo, y con ahinco, su obra de propaganda. La rebelión de Tupac-Amaru le suministró oportuna ocasión para recordar a los indios las tradiciones de relaciones antiguas con los Incas (96). Cada vez más, los criollos dirigieron miradas confiadas hacia Inglaterra. Londres se convirtió en su centro de atracción. Después de la tentativa realizada a fines de 1785 por los Comuneros, tres de los miembros más importantes de la aristocracia sudamericana: el conde de la Torre-Cossío, el conde de Santiago y el marqués de Guardiola, quienes decían obrar "en nombre de la ciudad de México y del reino de México", enviaron un emisario a Londres. Este, Francisco de Mendiola, estaba encargado de solicitar cesiones de municiones y de armas, a cambio de un ventajosísimo tratado de comerció (97).

De este modo, las ilusiones de la joven diplomacia sudamericana ofrecían nuevas posibilidades al ladino realismo de los negociados del Foreing Office. En Madrid, los embajadores ingleses recibieron orden de solicitar sin descanso del primer ministro concesiones en favor de los negociantes de la Gran Bretaña.

Precisamente en el momento en que ante Nariño se abrían las puertas del palacio de Godoy, acababa éste de ser "duramente solicitado" por el representante de la corte de Inglaterra, quien deseaba concluir cuanto antes un tratado de comercio (98). Tal impaciencia podía favorecer los proyectos de Nariño, quien salió entonces para Londres, donde, desde su llegada, trató de ser puesto en relaciones con los ministros. Dos comerciantes de la Ciudad le presentaron a lord

(96) Por ejemplo, los peruanos transformaban su primer Inca Manco-Capac en un "Incasman Copacac", así como en el Brasil los indios de Loluculo decían que un inglés llamado Camaruru (hombre de fuego) había sido su primer rey y legislador. Gervinus op. cit., p. 63.

(97) Carta credencial de D. Francisco de Mendiola. México, 10 de nov. de 1875. Record Office. *Chatham Correspondence*, nº 345.

(98) Sorel, *L'Europe et la Révolution française*, t. IV, cap. VI.

Liverpool. El rompimiento con España era inminente, y el joven sudamericano recibió atenta acogida. "No pude prescindir, refiere Nariño (99), de manifestarles un estado de las fuerzas del Reino, de su población y de sus frutos; lo primero para hacerles ver que procedía, con conocimiento, y que mi plan no era aventurado; y lo segundo para moverlos con el interés de las grandes ventajas que se ofrecían a su comercio, a que accedieran a mi solicitud." Algunos días después, lord Liverpool hizo contestar a Nariño que, "siempre que redujera su solicitud a entregar el Reino a la Gran Bretaña tendría todos los auxilios necesarios; que propusiera por escrito todo cuanto contemplara conducente a este efecto... y se aprontaría una fragata de cuarenta cañones para que lo transportara con seguridad, que en caso de un mal éxito tendría un asilo en la Inglaterra, y si la cosa salía bien podía prometerle una fortuna brillante." "Neguéme enteramente a esta propuesta, añade Nariño, porque jamás fue mi ánimo solicitar una dominación extranjera, y reduje mi solicitud a sólo saber si en caso de una ruptura con la metrópoli nos auxiliaría la Inglaterra, con armas y municiones y una escuadra que cruzase en nuestros mares para impedir el que entrasen socorros de España, a condición de algunas ventajas particulares que se les ofreciesen sobre nuestro comercio (100)."

La política sudamericana de Inglaterra, que se revelaba así con tanta decisión, entra, desde aquel moadquisición del comercio de las Colonias españolas, mento, en una fase distinta. Ya no persigue sólo la sino el atrevido proyecto de apoderarse de sus territorios. Seguro de la adhesión de los colonos, el gabinete de Londres está tan convencido de su debilidad como de la de su metrópoli. En efecto, los jesuítas, quienes, después de su expulsión, habían hallado refugio en Inglaterra, y a quienes suministraba subsidios Pitt, se mostraban dispuestos a servir a los ingleses de dóciles instrumentos en un ataque contra Mé-

(99) Súplica al virrey de Nueva Granada, *El Precursor*, p. 225.
(100) *El Precursor*, p. 225.

xico, y, desde hacía algún tiempo, le pintaban como empresa fácil la conquista de las provincias de América (101).

Mientras se presentaba la ocasión de dar un alcance efectivo a esta nueva orientación, preparaba Inglaterra su advenimiento apoderándose de Trinidad (17 de febrero de 1797). La posesión de esta isla, situada frente al delta del Orinoco y a quince millas de las costas de Venezuela, facilitó más el contrabando con Costa Firme, y dio a esta institución una amplitud no conocida hasta entonces. Más de 400 navíos se dedicaban al fraude. Por su sola parte, Puerto Cabello contribuía con 100 goletas al tráfico, siendo así que, hasta entonces, no había habido arriba de 5 barcos españoles, por año, en dicho puerto (102). Salían aquellos barcos con pretexto de tener que transportar mercancías a las colonias francesas o neutrales, y regresaban a sus puertos con papeles falsificados en las islas inglesas, y que el descuido de las autoridades españolas no sometían a muy riguroso examen (103). Al mismo tiempo que desviaba así, en provecho de sus almacenes de depósito de las Antillas, todo el comercio de España con aquella parte del Nuevo Mundo, Inglaterra podía vigilar de cerca Nueva Granada y Venezuela, y asegurarse también la posibilidad de dirigir en ellas, hasta cierto punto, los acontecimientos.

Esto es lo que el secretario de Estado, lord Melville, hizo comprender, desde el momento en que las autoridades inglesas fueron instaladas en Trinidad, al gobernador de la isla, sir Thomas Picton. El 26 de junio de 1797, este último dirigía a "todos los cabildos y habitantes de la Costa Firme", una proclama en que se les aseguraba el concurso de la Gran Bretaña "sea en fuerzas, o en armas o municiones", para el caso en que se resolvieran "a resistir a la autoridad opresiva de su gobierno". Terminaba la proclama con esta seduc-

(101) Cf. Castleragh, *Correspondence*, t. V, II, pp. 260 y sig.
(102) Gervinus, op. cit., p. 66.
(103) Gervinus, op. cit., p. 66.

tora frase: "¡Dios guarde a VV. EE. y les abra los ojos! (104)"

No tardaron en hacerse sentir las consecuencias de estas excitaciones. Las constantes comunicaciones que se establecían entre los diferentes puertos de la Costa Firme y las Antillas, sobre todo las inglesas, regidas por principios mucho menos estrechos que los de la política española, introdujeron entre los colonos ilustrados nociones que acabaron de fortalecer en ellos el deseo de independencia (105). Por otra parte, en caso de persecución, las Antillas inglesas resultaban un asilo evidente desde donde con toda seguridad podrían los caudillos seguir fomentando las tentativas insurreccionales.

Así, pues, a pesar de su egoísmo, de sus variaciones o de sus equívocos, la política inglesa ha de ser considerada como uno de los factores originales de la revolución sudamericana.

Esta, era ya inevitable. La nueva era de represión que Carlos IV había pretendido inaugurar contra la mayor parte de las reformas de su predecesor extremó la amargura y el odio de los criollos. Con más severidad que nunca perseguía la Inquisición toda veleidad intelectual. De esta época data la famosa declaración pronunciada por algún harto celoso gobernador, y que, desde entonces, tanto se ha reprochado a España: "Para nada necesita saber leer un americano. Bástele con reverenciar a Dios y a su representante, el rey de España." Cada vez más eran apartados de todos los empleos los indígenas, y el ministerio de las Indias llegó hasta nombrar desde Madrid los funcionarios, hasta para los puestos más ínfimos.

(104) Proclama de Sir Th. Picton, gobenador de la isla de la Trinidad, a los cabildos y habitantes de la Costa Firme. Puerto España, junio 26 de 1797, D., t. I, 205.

(105) Desde mediados del siglo dieciocho, sucursales de la Gran Logia de Inglaterra se establecieron en las Antillas inglesas. V. Rebold, *Histoire Générale de la Franc-Maçonnerie,* Paris, 1851, p. 157. Contribuyeron en mucho a la importación de las doctrinas filosóficas y de la idea enciclopedista, de la que, como hemos visto, fueron rápidamente, fervientes adeptos los jóvenes sudamericanos.

A fuerza de ver llegar, a lo que consideraban ya como "patria" suya, a españoles necesitados e ignorantes, los criollos se pusieron a despreciar a aquellos de quienes, en otro tiempo, envidiaban el nacimiento y la calidad. Prodújose profunda división entre los indígenas y los *peninsulares* e *isleños* —los canarios— numerosos principalmente en las colonias septentrionales. El inglés Stevenson (106) observaba ya, cuando desembarcó en América, hacia 1794, "la jactancia" con que renegaban de sus orígenes los criollos y se proclamaban "americanos". A este desdén respondían con mayor desdén aún los españoles. Con frecuencia les oyó decir Stevenson "que querrían más a sus hijos si no hubiesen nacido en América". Algún tiempo después, cuando se hubieron precisado los primeros síntomas de la revolución, "solían decir los americanos que de buena gana matarían a sus hijos si pudieran creer que hubiesen de tomar parte en la insurrección". Así se precisaba el carácter inexorable de la próxima lucha.

En todas partes, la cohorte de los próceres tiene ansia por lanzarse a la conquista de su ideal. Para todos, sin embargo, "la acción será la hermana del ensueño", y sólo a costa de incansables esfuerzos habrán de obtener aquella independencia por la cual tantos héroes y tantos mártires están prontos a sacrificarse.

El más grande de todos, así por el genio como por el prestigio, Simón Bolívar, no espera, para presentarse en el gran escenario de la historia, sino el descalabro que al poderío español iba a hacer sufrir la conquistadora ambición de Napoleón.

(106) Stevenson, *Relation d'un séjour de vingt annés dans l'Amérique du Sud*, Paris, 1826.

CAPITULO III

EL JURAMENTO DEL MONTE SACRO

I

Cuando Alonso de Ojeda (1), acompañado de Amérigo Vespucio (2), llegó, en noviembre de 1499, a las costas, llamadas de Maracapana, visitadas ya el año antes por Cristóbal Colón, halló en ellas una mísera y reducida ciudad lacustre, compuesta de algunas chozas asentadas sobre estacas por encima de las aguas estancadas de lo que fue más tarde la laguna de Maracaibo (3). Lo probable es que fuera al florentino Vespucio a quien primero llamara la atención el parecido de aquella pequeña Venecia tan inesperada, humilde y lejana, con la reina del Adríatico. No obstante, Ojeda dio a la nueva tierra el nombre, tiernamente despreciativo, de Venezuela: "pobre Venecia chica".

Prosiguiendo hacia el oeste su exploración, que se anunciaba bajo tan poco brillantes auspicios, los *descubridores* no encontraron sino aldeas perdidas en

(1) Nació en Cuenca hacia 1465, acompañó a Colón en su segundo viaje, 1493; hizo, en 1499 y 1501, dos viajes por las costas de la América del Sur. En 1508, a la cabeza de una nueva expedición, fundó San Sebastián en el golfo del Darién, y falleció poco después en Santo Domingo.

(2) Vespucci (Amérigo), navegante italiano al servicio de Portugal y de España. Nació en Florencia en 1454, murió en Sevilla en 1512. El relato de parte de sus viajes fue publicado en 1507 en Saint-Dié a continuación de una *Cosmographiae Introductio* de Martín Waldseemüller, quien propuso dar al nuevo continente el nombre de *América*, pues parece ser que Amérigo Vespucci desembarcó en el continente antes de Colón mismo.

(3) V. Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de Venezuela*, en fol., Madrid, 1723, pp. 2 y sig.

medio de selvas frecuentadas por fieras, y cuyos hostiles habitantes no poseían ninguno de los objetos de oro o de plata en cuya busca habían efectuado el viaje. El resultado de éste fue deplorable: los cincuenta y cinco aventureros no pudieron repartirse más que quinientos ducados (4).

Así, pues, la colonización de Venezuela parecía ser tan ingrata como improductiva, y, sin embargo, en los constantes esfuerzos que hicieron los soberanos españoles para establecerla puede verse una prueba elocuente de las buenas intenciones que les animaban. No es, como por largo tiempo se ha dicho, repitiendo lo adelantado por los primeros historiadores, no es como compensación de las crecidas cantidades que debía a los Welser, que Carlos Quinto arrendó Venezuela, en 1528, a aquellos poderosos banqueros de Ausburgo. Al contrario, fueron éstos quienes ofrecieron sus servicios a la corona; y la confianza que se tenía en la habilidad de los mineros de Alemania "para el descubrimiento de las vetas de oro, de plata y de otros metales que pudieran hallarse en las tierras y las islas" determinó a la reina Juana, entonces regente del reino, a establecer con Enrique Ehinguer y Jerónimo Sayler mandatarios de los Welser, convenios en virtud de los cuales, y mediante ciertos títulos y ventajas, se comprometían éstos a entregar al tesoro la mayor parte de los beneficios que se esperaba verles sacar de la colonia (5).

Cuando este privilegio les fue retirado definitivamente en 1556, gobernadores capaces, entre ellos Villegas, Pimentel, Osorio, en los siglos dieciséis y dieciocho, dedicaron sus esfuerzos a hacer que progresara Venezuela. En 1728 y hasta en 1785, la administración de la *Real Compañía Guipuzcoana* consiguió, a pesar de los excesos y de las torpezas de sus agentes, desarrollar en el país los elementos de una prosperidad a la

(4) V. para este período de la historia de Venezuela, la obra tan ricamente documentada y tan concienzuda de Jules Humbert, *Les Origines Vénézueliennes*, París 1905.

(5) Carta del 27 de marzo de 1528. V. Humbret, *L'ocupation allemande du Vénézuela au XVI siècle, 1905*.

que dio precisión el renacimiento borbónico. En fin, las misiones de los padres capuchinos, fundadas en virtud de cédulas reales, desde fines del siglo diecisiete, en los llanos de la Guayana, y que reunieron hasta 25.000 indios, no tuvieron, casi siempre, en vista más que "el bienestar de los indígenas y la grandeza de España". (6)

Sin embargo, la penuria de las explotaciones mineras hizo que se descuidara a Venezuela para acudir a colonias más ricas. Al mismo tiempo que los ingleses y los holandeses establecían, sobre todo en la Guayana, un contrabando al cual estaban duramente sometidos los habitantes, los gobernadores alemanes y los capitanes españoles, incitados por idéntico furor de enriquecimiento, se entregaban a abominables crueldades sobre los indios, cuya pacificación no fue obtenida, y no del todo, sino hacia mediados del siglo dieciocho. La primera parte de la historia de Venezuela es mucho más rica que la de las demás regiones de las Indias Occidentales en exploraciones de loca audacia, en atrevimientos magníficos y en terribles aventuras. Por espacio de ciento cincuenta años, las proezas de los Alfinger (7), de los Lope de Aguirre, de Hohermuth (8), a quien, dice Herrera (9), "la fiebre del

(6) Humbert, *Les Origines Venézuéliennes,* op. cit., p. 335.

(7) O, según la *Allgemeine Deutsche Biographie, Dalfinger* (Ambrosio), aventurero alemán; recibió encargos de los Welser de Ausburgo de ir a ocupar, con el título de gobernador, la costa de Venezuela. Salió de Sevilla en 1528, llegó a Coro, y efectuó, en 1530 y 1532, expediciones en el interior; durante la última, llegó al Magdalena, y, herido en un combate con los indígenas, regresó a Coro, donde falleció.

(8) Hohermuth (Jorge), conocido también con el nombre de Jorge de Spire, falleció en 1540. Aventurero alemán, enviado por los Welser para sustituir como gobernador a Juan Alemán, muerto en 1533; salió de Sanlúcar en 1534, llegó a Coro al año siguiente, y en seguida se puso en camino para una importante expedición en el sur, la cual duró hasta en 1538, en el transcurso de la cual llegó a los afluentes de izquierda del Orinoco. Murió al ir a salir para una nueva expedición.

(9) Antonio de Herrera, *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano,* 4 vol. en fº, Madrid 1601-1615. Citado por Humbert *L'occupation allemande,* etc., op.cit., p. 56.

oro atormentaba de tal manera, que se volvió loco furioso"; Federman (10) y de tantos otros, llenan las páginas de la sangrienta y maravillosa crónica de la Conquista.

Este tal Federman fue, con Jiménez de Quesada y Sebastián de Belalcázar (11), el héroe de la coincidencia, sin duda más extraordinaria que pueda citar la historia. Impulsado por el deseo de apoderase de El Dorado, salió Quesada de Santa Marta el 6 de agosto de 1536, con 800 hombres y un centenar de caballos; en la misma época, Belalcázar, quien, más afortunado que sus compañeros, había efectuado ricas presas en el Perú, decidió emprender el descubrimiento del prestigioso país, y, a su vez, salió en busca suya; Federman, atravesando los interminables llanos de Casanare y la inasequible barrera de los Andes orientales, se encaminaba también hacia la misma empresa. A fines de julio de 1538, las tres partidas, compuestas exactamente del mismo número de supervivientes, 160, un sacerdote y un fraile, desembocaron del norte, del oeste y del este, en el mismo sitio de la Sabana de Bogotá. Vestidos con telas de algodón tejidas por los indios, los de Santa Marta observaban con extrañeza a los venezolanos cubiertos de pieles de animales, y a los peruanos vestidos de seda, con casco adornado de plumas. Fue aque un momento de indecible estupor... Los tres campamentos, establecidos en triángulo en la llanura, parecían amenazarse "como fieras dispuestas a devorarse". (12) Por fin los frailes gritan que aquello es un milagro, y, abrazándose, renuncian los competidores a la fratricida matanza. Quedó convenido, me-

(10) Federmann (Nicolás), aventurero alemán enviado a Venezuela en 1530. Salió el mismo año para un viaje a la cuenca norte del Orinoco, y regresó a Coro en 1531. Volvió a Augsburgo, y, en 1535, estaba de nuevo en Venezuela, marchando en seguida para la expedición que le condujo a la meseta de Santa Fe. Se ignora la fecha de su muerte. Ha escrito el relato de su primer viaje, el cual relato fue impreso en 1577.

(11) Belalcázar o Benalcázar (Sebastián), conquistador español, hijo de un leñador. Acompañó a los Pizarros en la conquista del Perú, tomó posesión de Quito y sometió a Popayán. Murio en 1541.

(12) *Id.*, según Topf, *Deutsche Statthalter*.

diante considerable rescate, el dejar a Quesada el gobierno del territorio...

El conquistador Diego de Losada (13), después de haber sometido la belicosa tribu de los Caracas, fundó, en 1567, con el nombre de *Santiago de León de Caracas,* la ciudad que había de ser la capital de Venezuela. Sus comienzos, contrariados por las luchas que de continuo provocaban los gobernadores con los indios del interior, por los ataques de los corsarios ingleses, y por la ausencia de toda vida económica, fueron muy lentos. En 1580, apenas había 2.000 habitantes en Caracas; y en 1696 el historiador Oviedo y Baños le da a lo sumo 6.000. Interesados únicamente por los recuerdos de las heroicas atrocidades de sus antepasados, ocupados en distracciones religiosas que la sombría imaginación de las cofradías se ingeniaba menos en variar que en multiplicar, aislados del mundo, indolentes e ignorantes, los caraqueños, según expresión de un escritor venezolano (14), "hacían una vida que podría resumirse en estas simples palabras: comer, dormir, rezar y pasear; pero, añade el mismo autor, estos cuatro verbos eran conjugados en todos sus tiempos."

Al conceder, en 1728, a imitación de lo que hacían los ingleses para sus colonias de las Indias Orientales, a un cuerpo de comerciantes de las provincias vascongadas de Guipúzcoa, el monopolio exclusivo del comercio en Caracas y Cumaná, bajo la condición de armar a expensas suyas un número suficiente de barcos para purgar la costa de gente sospechosa (15), Felipe V iba, por fin, a poner término a aquel letargo, favorecido, por cierto, en todo el país por la casi nulidad de comercio con la metrópoli. Para dar una idea de tal situación, bastará con decir que la *Casa de Contratación* de Sevilla no menciona, en sus *Noticias,* la sali-

(13) Falleció en Tocuyo en 1569.

(14) A. Rojas, *Leyendas históricas,* citado por Humbert, op. cit., p. 149.

(15) V. Soraluce y Zubizarreta, *Historia de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas,* Madrid, 1876.—Rojas, *Estudios Históricos.* Caracas, 1891.—Humbert, op. cit.

da de ningún barco de los puertos de Venezuela para España, de 1706 a 1724 (16). La creación de las primeras factorías de la Compañía de Guipúzcoa hería gravemente el contrabando extranjero, lo cual motivó trastorios populares cuyos instigadores fueron, según toda probabilidad, los holandeses de Curazao; pero el gobierno de la colonia, erigido desde 1733 en capitanía general, consiguió no obstante sofocarlos.

Ya desde 1739, y hasta 1749, a pesar de los servicios que la compañía hubo de prestar durante ese mismo período a España, entonces en guerra con Inglaterra (17), la atinada administración de sus directores y de sus agentes modificó por completo las condiciones económicas de la provincia de Caracas y de las comarcas circunvecinas. Las selvas peligrosas, los pantanos, las áridas sabanas, fueron sustituídos por campos esmeradamente labrados y regados. En las haciendas hubo sabios cultivos. El café, el tabaco, el añil, y sobre todo el cacao dieron fructuosas cosechas. Casas bien edificadas, almacenes espaciosos, sustituyeron a las guaridas de piratas y a las cabañas de pescadores de Coro y de Puerto Cabello, que, desde entonces, rivalizó con los mejores puertos de Costa Firme. Pronto iba a enorgullecerse Caracas con el título de *Cádiz occidental* (18).

No obstante, la compañía se hacía odiosa a aquellos cuya prosperidad había ella asegurado. Sus representantes se conducían como déspotas. Por otra parte, el bienestar hacía a los venezolanos más sensibles al opresivo trato de los funcionarios coloniales. Los factores de la compañía se negaban a toda concesión. Se tramaron conspiraciones. En 1749 los colonos, a cuyos ojos la compañía, al extender hasta su límite extremo las prerrogativas que les habían sido concedidas por la corona, personificaba cada vez más una dominación execrada, se sublevaron bajo el mando de don Juan

(16) Robertson, *Histoire de l'Amérique*, t. II, lib. VII, nota XCVI.

(17) El primer director de la Compañía en Caracas, Iturriaga, dirigió la defensa de La Guayra, cuando fue ésta atacada por la flota inglesa mandada por Knowles, el 3 de marzo de 1743.

(18) Cf. Rojas, *Estudios históricos*, pp. 145 y sig.

Francisco de León, "teniente de justicia" de la población del valle de Caucagua, al este de Caracas.

Los propietarios y los campesinos, a cuya cabeza consintió ponerse el "capitán León", formaron una tropa de 9.000 hombres, la cual, "a son de tambor y con banderas desplegadas", se puso en marcha hacia Caracas. Los insurrectos, que cedieron al pronto ante las promesas del gobernador, empuñaron de nuevo las armas al ver que habían sido engañados. Entonces recurrió a medidas violentas el capitán general Ricardos (19), pero sólo en 1751 fue cuando consigió dominar la rebelión (20). Restablecida en sus privilegios, después de un ruidoso proceso, la compañía subsistió durante veinticinco años más, y, a pesar de haber perdido la adhesión de los habitantes de Venezuela, no por esto dejó de seguir desempeñando un papel eminentemente civilizador.

La institución de la compañía guipuzcoana había acrecido mucho, durante el largo período de su funcionamiento, la importancia del elemento vascongado, cuyas primeras emigraciones, en esta región del Nuevo Mundo, remontaban a los primeros días de la Conquista. En efecto, numerosos vascos acompañaban a Colón y a Ojeda. Las cualidades de la "raza milenaria, falta de expansión en sus gargantas de los Pirineos (21)", su índole aventurera, su intrepidez, su espíritu práctico y su constancia, se armonizaban esencialmente con los peligros remuneradores de las nuevas invasiones. La conquista tuvo en los vascos a sus más fieros y brillantes capitanes, al mismo tiempo que suministraban a la colonización sus más hábiles agrónomos.

Les veremos figurar también, así en Chile, en la

(19) Ricardos (Felipe), gobernador y capitán general de Venezuela, de 1752 a 1760.

(20) León, declarado "rebelde y traidor a la Corona", fue encarcelado en España, adonde había sido deportado con sus dos hijos. Rescató su pena aceptando más tarde el servir en las tropas enviadas para reprimir la rebelión de las colonias africanas. León se distinguió por su valor, y murió después de su regreso a la Península.

(21) Michelet, *Notre France.*

Plata, en México y en el Alto Perú como en Venezuela, en la primera fila de los próceres de la independencia, y a la raza de los "gigantes de la montaña (22)" pertenece también Bolívar.

El primer representante en América de la familia del Libertador lleva su mismo nombre de pila. En 1587, Simón de Bolívar (23), señor de la *Rementeria* de la "villa" de Bolívar en Vizcaya, cuyos antepasados se habían ilustrado, en el siglo once, en las luchas contra los obispos de Armentia combatiendo con energía por el mantenimiento de las libertades del pueblo vasco (24), llegó a Venezuela con el gobernador don Diego de Osorio y Villegas, su pariente (25). Las relevantes aptitudes de Simón de Bolívar le valieron, en 1590, ser enviado, en calidad de "procurador y comisionado regio", cerca de Felipe II, y obtener de este soberano la concesión de medidas juzgadas necesarias para el mejoramiento moral y material de la colonia. Los primeros historiadores de Venezuela hablan ya con elogio (26) de este antepasado que compartiendo a su regreso la magistratura suprema con Osorio, fundó ciudades y pueblos, distribuyó tierras, fomentó la agricultura y el comercio cuanto era posible en aquellas épocas trágicas. Es más, Simón de Bolívar pensó

(22) Michelet, *Notre France.*

(23) O mejor dicho *Bolibar* — originariamente *Bolibarjáurregui* (prado del molino), Antonio de Trueba, *Venezuela y los Vascos* (en la *Ilustración española y Americana,* 1876, estudio reproducido por Rojas, *Orígenes Venezolanos,* pp. 127 y sig. — "El molino, dice Humbert, había existido realmente en el alegre prado que costea el modesto río de Ondarroa, al pie del monte Oiz." El solar, la "casa infanzona" de los Bolíbar se alzaba en el burgo de este nombre, en donde habían edificado la iglesia de Santo Tomás. Compuesto de casas dispersas en las orillas del Ondarroa, y habitado por unas seiscientas almas, el pueblo actual de Bolíbar, a siete leguas de Bilbao, forma parte de la *anteiglesia* de Cenarruiza, una de las ciento veinticinco pequeñas repúblicas que constituían, antes de la abolición de los "fueros", el Señorío de Vizcaya." *Origines Vénézuéliennes,* op. cit., p. 57.

(24) *Id.*

(25) *Id.* V. también Flórez de Ocariz, *Libro primero de las Genealogías del Nuevo Reino de Granada,* Madrid, 1664, t. I, p. 262.

(26) Oviedo y Baños, op. cit.

hacer de Caracas, que por cierto le debió sus armas y escudo (una venera que sostenía un león rampante coronado en la cual figuraba la cruz de Santiago) (27), un centro intelectual capaz de rivalizar con los que comenzaban a formarse en otras partes, más favorecidas, de las Indias Occidentales (28).

Emparentados con las más nobles casas de Navarra, de Galicia y de Andalucía que se establecieron en Venezuela, tales como los Villegas, los Andrades, los Pontes, los Narváez, los descendientes del "Procurador" no desmerecieron de su ilustre origen. Hicieron construir a expensas suyas el puerto de La Guayra, los caminos principales, y fundaron las hermosas colonias agrícolas de los valles de Aragua y de Tuy, en donde en gran número se habían reunido las principales familias vascas de la capitanía en la época de la dispersión de la compañía guipuzcoana. Desmontada y cultivada bajo su dirección, desde comienzos del siglo dieciocho, aquella vasta región que se extiende desde el lago de Valencia hasta orillas del Portuguesa y del Apure, se cubrió de las plantaciones y de los pastos más ricos de Venezuela. En 1722, Juan de Bolívar y Villegas puso allí los cimientos de la ciudad de San Luis de Cura (29). Varias "reales cédulas" confirmaron a sus herederos el "señorío" de las comarcas circunvecinas en donde no tardaron en establecer florecientes haciendas.

El nieto de Juan, don Juan Vicente, marqués de Bolívar y Ponte, poseía, a más del dominio de Cura, el señorío igualmente patrimonial de Aroa. También

(27) Rojas, *Estudios históricos*, p. 138.

(28) Humbert, *Orig. Vénéz.*, p. 63.

(29) Una memoria redactada con este motivo, en loor de Juan de Bolívar y Villegas, enumera los títulos de gloria, no sólo del fundador de Cura, sino de sus antepasados paternos y maternos, remontando hasta los primeros de ellos que vivieron en Venezuela. Es mencionada por primera vez por Humbert, *Origines Vénézueliennes*, p. 34, quien la consultó en el *Archivo Nacional histórico* de Madrid, y tiene el título siguiente: *Relación de los méritos y servicios de D. Juan de Bolívar Villegas, Poblador y Fundador de la villa de San Luis de Cura, en la provincia de Venezuela, en obsequio de Su Majestad, y los de su padre y demás ascendientes por ambas líneas.* Madrid Arch. Nac., legajo 848.

tenía el título de vizconde de Caporete. Casado en 1773 con doña Concepción de Palacios Blanco, dama noble asimismo, y de notable hermosura (30), tuvo de ella cuatro hijos (31), de los cuales el último, Simón, vino al mundo en Caracas, en la noche del 24 al 25 de julio de 1783 (32).

Así en Venezuela como en las demás colonias, sentíanse los felices efectos de las reformas de Carlos III. Era general el bienestar. El comercio prosperaba. Las aduanas hacían ingresar importantes recursos en las arcas del tesoro; habían sido disminuídos los impuestos; el cacao, el café enrquecían a los *hacenderos;* los llanos producían vigoroso ganado, exportado por los colonos, en gran cantidad a las Antillas (33).

El conde Felipe de Ségur (34), que en uno de los

(30) O'Leary, *Memorias,* t. I, cap. I, p. 3.

(31) 1º Juan Vicente, nacido en 1788 en Caracas, muerto en mar en agosto o septiembre de 1810 (V. infra), tuvo tres hijos: Juana, Felicia, que casó con el general Laurencio Silva, y Fernando, que falleció sin posteridad.

2º María Antonia, que casó con Pablo Clemente y Palacios.

3º Juana, casada con Dionisio Palacios.

(32) Partida de bautismo de Bolívar. "En la ciudad Mariana de Caracas, en 30 de julio de 1783 años, el Doctor Don Juan Félix Jeres y Aristeguieta, presbítero, con licencia que yo el infrascrito Teniente Cura de esta Santa Yglesia Catedral le concedí, bautizó, puso óleo y Crisma y dio bendiciones a Simón, José, Antonio, de la Santísima Trinidad, párvulo, que nació el 24 del corriente, hijo legítimo de D. Juan Vicente Bolívar y de Doña María Concepción Palacio y Sojo, naturales y vecinos de esta Ciudad. Fue su padrino D. Feliciano Palacio y Sojo, a quien se advirtió el parentesco espiritual y obligación. Para que conste lo firmo. Fecha *ut supra*" Bachiller Manuel Antonio Fajardo. (Rúbrica) *Sacado de los libros parroquiales de la Iglesia Metropolitana de Caracas,* año 1783.

(33) Humboldt, *Voyage aux Régions equinoxiales,* lib. IV, cap. VII, habla de unas 30.000 cabezas anualmente.

(34) Ségur (Louis-Philippe, conde de), nació y falleció en París, (1753-1830). Voluntario en la expedición mandada por Rochambeau, y enviada en socorro de los Nortemericanos, embajador en San Petesburgo, Roma y Berlín, gran maestro de ceremonias en la corte imperial, etc. El mismo ha resumido, en un pasaje de sus *Memorias* los distintos puestos que ocupó durante su aventurera vida. "El azar ha querido que fuese, sucesivamente: coronel, oficial general, viajero, navegante, cortesano, hijo de ministro, embajador, negociador, prisionero, cultivador, soldado, elector, poeta, autor dramático, colaborador de periódicos, publicista, historiador, diputado, consejero de Estado, senador, académico y par de Francia."

buques de la flota de M. de Vaudreuil (35) regresaba de los Estados Unidos, con dirección hacia Francia, y a quien los azares de la navegación condujeron hacia la Costa Firme apunta, en una amenísima página de sus *Memorias,* la impresión que conservaba de su estancia en la capital de Venezuela, y de los valles cercanos. Dice: "La existencia (36) parece tomar aquí, actividades nuevas para hacernos gozar de las más suaves sensaciones de la vida. Si no fuera por los frailes inquisidores, por los adustos alguaciles, por algunos tigres, y por los empleados de un intendente general ávido; casi habría pensado que el valle de Caracas era un rincón del paraíso terrenal..." Con sus lindas casas claras, de tejas rojas, rodeadas de jardines siempre floridos, sus ruidosas plazas, sus calles estrechas y tranquilas, sus iglesias y sus puentes, muellemente tendida sobre las suavizadas pendientes del monte Avila cuyas grisáceas cumbres se pierden en las nubes, Caracas ofrecía seguramente a la vista un panorama lleno de frescura y de gracia. La ciudad parecía formar parte del campo, en donde las límpidas aguas del Guaire corren entre céspedes a los pies de copudos árboles vibrantes de cantos de pájaros. Era entonces, después de México y Lima, la tercera, como importancia, de las capitales de Sudamérica, y su población ascendía a cerca de 45.000 almas (37).

No obstante, las familias de alta alcurnia, como la familia Bolívar, cuya fortuna estaba constituída sobre todo por bienes raíces, preferían, a la existencia, a pesar de todo algo monótona y sin vida, de Caracas, la existencia más amplia y señoril de sus dominios.

Consistía ésta: durante el día, en detenidas visitas

(35) Vaudreuil (Louis-Philippe Rigaud, marqués de), marino francés; nació en 1725, falleció en 1802. Jefe de escuadra en 1777, tomó gran parte en las campañas navales de la guerra de la independencia americana. Diputado en los Estados Generales (Francia) en 1789.

(36) Ségur, *Mémoires et souvenirs ou anecdotes.* París, 1827, t I, p. 446.

(37) V. de Pons, *Voyage à la partie orientale de la Terre-Ferme de l'Amérique Méridionale, contenant la description de la Capitainerie Générale de Caracas,* 3 vol., in-8º, París, 1806. t. I.

por los cultivos, en compañía de los administradores, alternando con las cacerías los paseos a caballo o las giras campestres. Al anochecer, después de tocar la campana la *oración,* comenzaba, bajo la galería de la imponente morada central, el largo desfile de los esclavos que acudían a solicitar del amo que autorizara un casamiento, que aceptara el padrinazgo de un recién nacido, que curara a un enfermo, que zanjara una contienda. Tratados con dulzura, aquellos hombres querían a su señor, a su *amo,* como decían ellos con intención de afectuoso agradecimiento. En San Mateo, en Cura, haciendas de la familia Bolívar, llevaban filialmente, según la moda de entonces, el nombre patronímico de don Juan Vicente, quien, cual reyezuelo patriarcal, reinaba sobre aquel sumiso pueblecito (38).

A veces, después de la cena, la familia se sentaba en un lado del vasto patio, sin más techo que el cielo, atenta a las historias o leyendas que contaba algún viejo negro. Casi siempre se trataba de las inagotables hazañas del *Tirano Aguirre* (39), figura legendaria de los primeros tiempos de la Conquista, cuya alma, manchada de horribles maldades, y ahora, lucecita azotada por el viento de la noche, aparece en forma de fuegos

(38) V. Briceño, *Caracas,* en el *Papel Periódico Ilustrado* de Bogotá, año III, p. 74.

(39) El "tirano Aguirre", originario de Oñate en la provincia de Guipúzcoa, cuyas aventuras habían quedado, hasta estos últimos años, en el dominio de la leyenda, ha sido estudiado por Rojas *(Estudios históricos, 1891)* y, sobre todo por Humbert *(Origines Vénézueliennes,* 1905, pp. 38 a 50). Las pacientes investigaciones de nuestro compatriota han dado publicidad a un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid (Mss. I, 136), que precisa los puntos de la vida de Aguirre que habían quedado en la oscuridad. "Feo, flaco, cojo y manco", López de Aguirre, que desembarcó hacia 1550 en las Indias Occidentales, recibió encargo, en 1557, al mismo tiempo que Pedro de Ursúa, del virrey del Perú, marqués de Cañete, de conquistar el reino de los Omaguas, que se suponía entre el Amazonas y el Orinoco, en la Guayana venezolana, y en el que situaban El Dorado los peruanos. Aguirre se rebeló durante el viaje, asesinó a su compañero, se declaró él mismo "traidor hasta la muerte". Durante cuatro años, a la cabeza de una banda de forajidos, a quienes incitaba a "robar, matar y a hacerse moros, gentiles o judíos, con tal que quedaran sometidos a él", sembró el terror en todo Ve-

fatuos en las llanuras de Barquisimeto y de la costa de Burburata, o, a veces aún, sobre el "Samán", especie de cedro colosal y centenario, orgullo de la selva vecina, y cuya cumbre, que tse veía desde la casa misma de Bolívar, despedía a veces tenues resplandores fosforescentes (40). Bajo las miradas sonrientes de los padres, a quienes divertían aquellos relatos, la negra Matea, encargada de tener en brazos al *amito Simón* (41), sentada en la primera fila del auditorio, se extasiaba al oír todo aquello, en tanto que el niño, alelado, fijaba sus grandes ojos negros sobre el narrador.

II

Después del fallecimiento de su marido, que sobrevino en 1786, doña Concepción de Bolívar no volvió casi a sus haciendas sino en los meses de verano. Retenida en Caracas por la mala salud de su padre, que tenía ya mucha edad, habitaba, el resto del año, la casa solariega de la plaza de San Jacinto (42), de fachada clara y sencilla, semejante a la mayor parte de las construcciones de los tiempos coloniales; paredes espesas,

---

nezuela. Su estancia en la isla Margarita fue señalada por crímenes atroces. Mató al gobernador, a su mujer, a sus hijos, saqueó todas las ciudades, y exterminó a la mayoría de sus habitantes. Los "Pobladores" Guevara y Paredes tuvieron que movilizar todas las tropas disponibles de la región de Barquisimeto para apoderarse del "traidor". Le cercaron en una casa de dicho pueblo el 27 de octubre de 1561. Aguirre mató a su propia hija, "que había sido testigo de todos sus crímenes y el consuelo de todas sus penas", se negó a entregarse, y fue asesinado por sus soldados, que temían verse vendidos por su antiguo jefe. Sus restos fueron conducidos a las ciudades de Venezuela y desparramados por los caminos públicos.

(40) Amunátegui, *Vida de D. Andrés Bello*, Santiago de Chile, 1882, in-8º, p. 22.

(41) V. *Papel Periódico*, etc., t. III, p. 74. Notas de Briceño, quien, en 1883, vio a aquella antigua esclava, que entonces tenía 110 años, y habló con ella. Matea Bolívar no falleció hasta en 1886, y sus exequias fueron celebradas a expensas del municipio de Caracas.

(42) Más tarde "plaza de El Venezolano". Hoy día, calle Sud 1. El terremoto de 1812 hizo desmoronarse el piso superior de la casa, que fue reparada después, y que sigue en pie.

altas ventanas con reja, y adornadas por sencilla moldura. Por encima de la pesada puerta claveteada de cobre, que se abría sobre un zaguán con piso de mosaicos de forma de tabas, ostentábase, rodeado de lambrequines, el escudo "en campo azul, una torre blanca con guirnalda de cinco almenas y tres gradas al pie, sostenida por dos leones de oro empinantes a la torre, con el un pie en la primera grada", que son las armas de la familia Bolívar (43).

Esta silenciosa morada no se animaba, como todas sus semejantes, sino con motivo de las fiestas del Jueves Santo, del Corpus Cristi, de Santiago, que desencadenaban en Caracas un verdadero vértigo (44). Las calles, tranquilas habitualmente, se cubrían de flores; se abrían las ventanas, aderezábanse las señoras de pies a cabeza, ostentando las más ricas joyas para ver pasar al Santísimo, llevado bajo magnífico palio a la cabeza de la procesión, seguida por los milicianos con traje de gala, las corporaciones de la ciudad, y la mayoría de la población (45). La venta de la "bula de la santa cruzada (46)", el día de San Juan, y, también, el nacimiento o el cumpleaños de los reyes y de los infantes de España, los besamanos de la capitanía general, eran también motivo de ceremonias después de las cuales había regocijos populares.

Los criollos aprovechaban aquellos días de fiesta para visitarse ceremoniosamente. Entonces hacía abrir doña Concepción los "salones de gala", vastas piezas adornadas de hermosos tapices, cortinones, colgaduras, amuebladas de sillas y sofás con asientos de cuero, y pesadas mesas con pies dorados. Una hilera de altas butacas llamadas los "asientos de honor", daba cara a la "cama de adorno", de madera esculpida, recargada

(43) Flórez de Ocáriz, op. cit., p. 262.
(44) Humbert, *Orig. Vénéz.*, op. cit., p. 158.
(45) V. Rojas, *Leyendas históricas, II, passim.*
(46) Bula concedida por el Papa, en la época de las Cruzadas, a los que iban a Tierra Santa, extendida luego a los que combatían contra los Moros, y a los *Adelantados,* que se dedicaban a la civilización de los "gentiles" en las Indias Occidentales. La bula constituía un gran comercio en el Nuevo Mundo.

de dorados y cubierta de una colcha enriquecida de bordados y encajes (47). En una de las piezas abiertas en los dos extremos del salón, los hombres, que a de Ségur le habían parecido "demasiado graves y taciturnos", jugaban al tresillo; en cambio, las señoras "tan notables por la belleza de sus facciones, por la riqueza de sus tocados, por la elegancia de sus modales como por la viveza de una coquetería que sabía muy bien hermanar la alegría con la decencia (48)", ejecutaban trozos de canto.

Un tío de doña Concepción, el padre Sojo, había sido el introductor de la música clásica en Venezuela, y la lectura de las partituras de Mozart, de Pleyel y de Haydn, que acababan de enviarle los dos naturalistas alemanes Bredmeyer y Schultz, con quienes había estado en excelentes relaciones en el transcurso del reciente viaje de éstos a Venezuela (49), formaban el atractivo principal de aquellas reuniones. Los convidados eran personas escogidas y distinguidas: don Francisco Carlos y don Feliciano Palacios, tíos maternos de Bolívar; Bartolomé Blandin, hijo de un francés (50), muy aficionado a música, discípulo del padre Sojo, como también sus hermanas: María de Jesús y Manuela, quienes a sus virtudes domésticas, unían una educación superior (51)"; José Miguel Sanz (52),

(47) V. de Pons, *Voyage*, etc., op. cit., III, pp. 63 y sig.

(48) Ségur, *Mémoires*, etc., op. loc. cit.

(49) Rojas, *Ley hist.* I, p. 15.—V. también Plaza, *Ensayo sobre el arte en Venezuela*, in-4º, 1883, p. 95.

(50) Pierre Blandin; llegó a Caracas en 1740, y, al año siguiente, fundó allí la primera farmacia.

(51) Rojas, *Ley. hist.*, I, p. 15.

(52) Sanz (José Miguel), nació en Valencia (Venezuela), en 1754. Jurisconsulto, escritor de talento y orador notable, fue uno de los que firmaron en Acta de Independencia de Venezuela. Perseguido cuando capituló el general Miranda, estuvo preso en La Guayra y en Puerto Cabello. Recibió encargo de Bolívar, al mismo tiempo que Francisco Javier Ustáritz, de redactar el proyecto de Constitución de 1813. Después del desastre de la Puerta, tuvo Sanz que emigrar a la isla Margarita, y, en el transcurso del viaje, perdió los manuscritos de una importante *Historia de Venezuela*, casi terminada. En 1814 se reunió con el general Rivas, y pereció en el combate de Urica, el 5 de diciembre de aquel mismo año. Sanz ejerció, de 1786 a 1788, las funciones de administrador *ad litem* del mayorazgo de Bolívar.

jurisconsulto de talento; los hermanos Ustáritz, cuya casa era una especie de academia literaria particular; el físico Rafael de Escalona; el caballero de Aristiguieta y sus hijas, una de las cuales, Ermenejilda, dice también de Ségur, "parecía el vivo retrato de la condesa Jules de Polignac (53)".

Simoncito, como le llamaban en tonces, era festejado, mimado por todos. Las travesuras, la gracia, las reflexiones del niño despierto y precoz que fue en edad muy temprana, su voluntad ya muy acusada, hacían de él un personaje en miniatura al que daban importancia, y el niño sabía sacar partido de tantos halagos. Cuando cumplió siete años, el obispo de Caracas, según la costumbre colonial, le administró la confirmación, y, muchos años después, hablaba el Libertador de los innumerables regalos que recibió aquel día.

Aquellos continuos mimos no tardaron en hacer que resultara incorregible Simoncito. Mostrábase entusiasta, fogoso, indómito, se enfurecía con facilidad, sin hacer caso de las reprensiones. No obedecía a casi nadie más que a don Miguel Sanz, a quien la audiencia de Santo Domingo, en cuya jurisdicción especial se hallaba la capital venezolana, había nombrado administrador *ad litem* de un mayorazgo legado al hijo menor de don Juan Vicente por su pariente don José Félix Aristeguieta.

Propuso Sanz a doña Concepción llevarse al niño por algún tiempo, y la buena señora, que no conseguía hacer carrera del terrible Simoncito, consintió gustosa. Pasó el niño cerca de dos años en la casa de los Sanz (54), compartiendo el tiempo entre las vagas lecciones que le daba un capuchino, el padre Andújar (55), y paseos con su tutor por los alrededores de la

(53) Ségur, *Mémoires,* op. loc. cit.

(54) Todavía existe en Caracas, en la Calle Sud 5, nº 9, la casa de J. M. Sanz.

(55) Algunos años más tarde, en 1800, el P. Andújar acompañó a Humboldt y a Bompland en la expedición que efectuaron éstos de Caracas a Barinas, a la Sierra de Mérida y a Angostura de Guyana, después de haber bajado el Orinoco. V. *Lettres Américaines d'Alexandre de Humboldt,* par Hamy. Carta al barón de Forell, de Caracas, 3 de febrero de 1800, p. 66.

ciudad. El grave don Miguel aprovechaba aquellos paseos para ilustrar a su pupilo, quien de continuo le hacía preguntas y que tenía mucha retentiva. Con frecuencia salían a caballo; montaba Sanz un soberbio alazán que Simón, instalado prudentemente sobre un borriquillo negro, miraba con envidia. Un día en que el niño excitaba a su harto sosegada montura, empeñado en dejar atrás al hermoso caballo de su compañero, le dijo éste: "No hay que agitarse de esa manera, Simón. Usted no será jamás hombre de a caballo... —¿Qué quiere decir hombre de a caballo?" preguntó en el acto el rapaz. Y, ya que don Miguel le hubo dicho que, el hombre de a caballo es aquel que sabe montar y manejar bien un caballo, replicó el niño con su acostumbrada viveza: "¿Y, cómo podré yo ser hombre de a caballo montando en un burro que no sirve para cargar leña? (56)."

Pero, ya iba creciendo Simón, y había llegado el momento de pensar en su educación. A pesar de que la enseñanza superior estaba, en aquella época, bastante adelantada en los colegios y en las universidades de Sudamérica, siendo hasta notable en ciertas capitales, la instrucción primaria estaba, en general, muy descuidada. Los jóvenes criollos aprendían a leer en su familia; un fraile, las más veces, les inculcaba rudimentos bastante ineptos de historia sagrada, de gramática, y, si acaso, de aritmética, con lo cual quedaban preparados para entrar en el colegio, y sólo entonces comenzaban a recibir lecciones más útiles y mejor concertadas. La universidad de Caracas, única por cierto que existía en Venezuela, estaba menos adelantada que las de las demás grandes ciudades coloniales (57). El fondo de su enseñanza se reducía al latín, porque era necesario para el estado eclesiástico, a la jurisprudencia civil y canónica enseñada según métodos tan huecos como intolerantes, y, en fin, a una me-

(56) Rojas, *Leyendas históricas*, II, p. 255. Esta anécdota le fue contada a Rojas por los propios hijos de J. M. Sanz.

(57) V. García del Río, *La Instrucción en la América colonial a principios del siglo XIX*. Caracas, 1886.

dicina en la que casi todo era teoría (58). Razón por la cual los padres acomodados solían enviar a sus hijos a México, a Santa Fe, y, sobre todo, a Europa.

Tal había sido el proyecto de don Juan Vicente para sus hijos; pero la madre, y, sobre todo, el abuelo de Simón, antiguo aristócrata de ideas medioevales, distaba mucho de adherirse a tales planes. Les repugnaba también el separarse de un hijo tan querido; y, desde que le vieron adelantar en edad, se preocuparon por encontrarle un preceptor en Caracas. Andrés Bello (59), de poca más edad que Simón Bolívar, le fue dado a éste, mientras tanto, como profesor. Bello era, en efecto, un verdadero pequeño sabio. Sus éxitos escolares, dice uno de sus biógrafos (60), le habían valido tal reputación en toda la ciudad, que las familias le pedían que diera instrucción a sus hijos. Enseñó a Bolívar, cuya inteligencia ya notable rescataba los defectos del mal colegial que seguía siendo, un poco de geografía y de aritmética. Mientras tanto, Andújar, a quien, a falta de alguien mejor, había sido agregado el P. Negrete, capuchino, le enseñaba gramática, y un amigo de la familia, Guillermo Pelgrón (61), le daba las primeras lecciones de latín.

Un joven caraqueño, cuya palabra elegante y fácil,

(58) Humbert, *Orig. Vénéz.*, op. cit., p. 184.

(59) Bello (Andrés). Nació en Caracas, el 30 de noviembre de 1780; falleció en Santiago de Chile el 15 de octubre de 1865. Uno de los sabios y literatos más notables de la América española. Empleado en la Capitanía general de Venezuela, en 1808, formó parte, en 1810, de la Delegación venezolana a Londres (V. infra. lib. III, cap. III, § 5). En 1822, entró al servicio de la República de Chile, fue secretario de la legación chilena en Londres (1822-1824). Senador, director del mininsterio de relaciones exteriores, y, después, rector de la universidad de Santiago, desde 1843 hasta su muerte. La Academia Española le nombró, en 1851, miembro honorario. Bello ha dejado numerosísimos escritos. Sus poemas cuentan entre las más hermosas producciones de la lengua española. Redactó el *Código civil chileno*, y publicó muchas obras, entre las cuales hay que citar: *Lecciones de Ontología y métrica* (1835), *Principios de Derecho Internacional* (1844), y *Gramática de la lengua castellana* (1847).

(60) Amunátegui, *Vida de D. Andrés Bello*, op. cit., p. 26.

(61) Pelgrón (Guillermo), fue uno de los actores principales de la jornada del 19 de abril de 1810, en Caracas. Cf. lib. II, cap. II, §3.

—6

cuya erudición, y, sobre todo, cuyas teorías políticas fijaban, desde hacía algunas semanas, la atención de los familiares de la "academia" de los Ustáritz: Simón Rodríguez, acababa de llegar muy oportunamente, de un largo viaje al extranjero, para sacar de apuros a la familia de Bolívar. Seducido también don Miguel Sanz por las cualidades de aquel joven, dio su consentimiento, y desde aquel momento y para largo tiempo, tuvo el joven Bolívar un maestro y un amigo.

Singular figura, la de Simón Rodríguez (62). El único retrato que de él conocemos lo muestra ya de edad y algo encorvado, pero conservando aún, en la mirada recta bajo las gafas, toda la viveza sana de esos ojos oscuros que se ven en los pasteles de La Tour; labios delgados, nariz larga y descarnada; barbilla pronunciada y cuadrada; en conjunto tiene cierto aire de Francia, y, a no ser por la deplorable factura del retrato en cuestión, compensada, dice la tradición, por el gran parecido con el modelo, darían ganas de creer que ha sido tomado de alguna galería de los filósofos franceses del siglo dieciocho (63).

Nacido hacia 1771, de don Cayetano Carreño y de doña Rosalía Rodríguez, y quedado huérfano en edad temprana, tal disputa tuvo, a los catorce años, con su hermano mayor (64), que, para no tener, en lo sucesivo, nada de común con él, tomó el nombre de su madre, sentó plaza de grumete en un navío que estaba a punto de hacerse a la vela, y llegó a Europa, vi-

(62) Amunátegui, *Biografía de Simón Rodríguez*, Santiago de Chile, 1876. *Libro de el Centenario*, Bogotá, 1884, p. 73.—O'Leary, *Memorias*, cap. I y *Correspondencia*, etc., t. I, pp. 350 y sig., y t. IV, p. 362; t. IX, p. 511; t. XXIX, p. 341; t. XVV, p. 108.— J.Gil p. 362; t. IX, p. 511; t. VVIV, p. 341; t. XXX, p. 108.— J. Gil Fortoul. Prefacio para la obra de Schryver, *Esquisse de la vie de Bolívar*, Bruselas, 1899.—Rojas, *Leyendas históricas*, t. II, pp. 262 y sig.. — Eloy G. González, *Al Margen de la Epopeya*, p. 25.— Mitre, *Historia de San Martín*, t. III, cap. XXXVI, etc.

(63) En el Museo Nacional de Bogotá (nº 161 del Catálogo). Es, probablemente, de 1825.

(64) Cayetano Carreño nació en Caracas, el 7 de agosto de 1766. Discípulo del P. Sojo, uno de los mejores músicos de Venezuela. Es, sobre todo, autor de un oratorio: La *Oración del Huerto*, de elevada inspiración y de irreprochable técnica.

viendo, sucesivamente, en España, Alemania y Francia.

Extraña en verdad debió de ser la odisea de aquel adolescente recorriendo a pie los caminos del antiguo mundo, y es de lamentar que sólo vagas alusiones haya dedicado a aquella época, en las pocas cartas que de él se conocen. Por cierto que hubo de renovar, y más de una vez, aquella odisea, dando, de su temperamento inquieto que le movió a repetidos viajes, esta ingeniosa excusa: "Yo no quiero parecerme a los árboles, que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol, y a todas esas cosas que marchan sin cesar (65)." No obstante, en 1790 volvió a su ciudad natal para recoger un modesto patrimonio, y allí se casó con doña María Ronco, de quien tuvo, cinco y seis años más tarde, dos hijos, a quienes, por su afición a la Revolución Francesa y ateniéndose al calendario de Fabre d'Englantine, puso, resueltamente, nombres de legumbres (66).

Entre tanto, y desde su llegada a Caracas, Rodríguez había buscado lecciones que le ayudaran a vivir, y, al mismo tiempo, le permitieran dedicarse a la pedagogía, objeto de su inclinación favorita. La lectura del *Emile* le había revelado su vocación. En espera de que algún feliz acontecimiento le permitiera experimentar por sí mismo los métodos de Rousseau, trataba de popularizarlos, y estaba escribiendo una importante memoria que, poco después, presentó el a la municipalidad de Caracas, con este título: *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento* (67).

(65) Rojas, *Ley. hist.*, op. cit., p. 265.

(66) Plaza, *Historia del Arte*, etc., al citar este rasgo, no explica su origen, atribuyéndolo a la manía de singularizarse que, según él, caracterizaba a su compatriota.

(67) El manuscrito, dice Humbert *(Orig. Vénéz.*, op. cit., p. 185) fue estudiado seriamente por todos los concejales, y, el 25 de junio de 1795, votaron el aumento del número de escuelas, decretando que se establecería una en cada parroquia. Además, concedían a Rodríguez un testimonio escrito de la estima que les merecían sus servicios y su intervención en favor de la juventud caraqueña.

Si bien el influjo de Rousseau sobre la juventud que llevó a cabo la influencia sudamericana fue tan efectivo y duradero como el que ejerció sobre los hombres de la Revolución Francesa, en ninguno de los discípulos del prodigioso ginebrino se nota más singularmente —y más sugestivamente— esa influencia, que en Simón Rodríguez. En este sentido hay que considerar sobre todo al preceptor de Bolívar, único hombre entre cuantos han tratado al Libertador, que haya ejercido alguna acción sobre su espíritu. Nunca se dirá lo bastante hasta qué punto ha tenido consecuencias sobre la formación del mundo moderno el "fenómeno histórico (68)" que fue Rousseau, y, acerca de esto, la instauración de las nacionalidades del nuevo mundo ofrecería un campo de observación tan nuevo como fértil.

Las ideas subversivas de Juan Jacobo Rousseau, su sentimentalismo, y, también, la seducción, el énfasis declamatorio y no obstante magnánimo de su estilo, habían, por fuerza, de llegar al corazón mismo de la juventud liberal del Nuevo Mundo, y de arrebatar deliciosamente su imaginación, entusiasta y fogosa como ninguna. A estas cualidades, arraigadas en él como en sus compatriotas y por los mismos motivos, añadía Rodríguez disposiciones particulares que hicieron de él, durante toda su existencia, una especie de caricatura de Juan Jacobo. Las excentricidades, las debilidades o las manías del angustiado escritor de las *Confesiones* reviven incorporadas en el *dromomano* (69) impenitente, en el preceptor sistemático, en el sofista, y, en fin, en el visionario hipocondríaco, que, al renunciar, en 1840, a la pedagogía por el comercio de velas en Valparaíso, decía a un visitante: "Yo que desearía hacer de la tierra un paraíso para todos, la convierto en un infierno para mí (70)."

No tardó Simón Rodríguez en tener mucho imperio sobre el joven Bolívar, cuya dirección exclusiva le

(68) La expresión es de Melchior de Vogüé.

(69) Doctor Regis, *La Dromomanie de Jean-Jaques Rousseau*, Burdeos, 1909.

(70) Rojas, *Ley. hist.*, II, p. 295.

iba siendo abandonada cada vez más. En efecto, doña Concepción falleció en julio de 1792, y, a los pocos meses, murió también su padre. Don Esteban, y luego don Carlos Palacios, fueron sucesivamente nombrados tutores de los hijos de don Juan Vicente. Carlos Palacios, hombre apacible y al que asustaban las responsabilidades, creyó cumplir cabalmente con su deber respecto de sus sobrinos dejando a Rodríguez toda latitud para que continuara, según lo entendiera, la educación de ambos jóvenes. Rodríguez daba también algunas lecciones a Juan, el primogénito, que era, como temperamento, todo lo contrario de Simón, pues era sosegado y aplomado; además, resultaba una figura borrosa al lado de su hermano menor; sin embargo, a pesar de una corta y melancólica existencia, prestó, como más tarde veremos, servicios a su patria. Y finalmente, don Miguel Sanz hizo trasmitir a Rodríguez la tutela del mayorazgo de Simón (71).

Investido de la suerte de omnímoda autoridad sobre su discípulo predilecto, pensó entonces Rodríguez en realizar un proyecto particularmente grato a su corazón, el de tratar de poner en práctica el sistema por excelencia de educación preconizado por Rousseau. El niño que le había sido confiado era, como debe ser *Emilio*, "rico", "de gran linaje", "huérfano", "robusto y sano (72)", y, a su vez, ¿no realizaba Rodríguez el ideal del preceptor deseado por Juan Jacobo? "Joven", "prudente", "célibe e independiente", "un alma sublime (73)", cualidades o atributos a que podía pretender Simón Rodríguez, quien, por entonces, tenía veintiún años, gozaba de la reputación de ser el mejor profesor de la ciudad, esposo más que descuidado, y a quien su extremada independencia de aficiones y de carácter permitía trato íntimo con los más amplios pensamientos... Se dedicó, pues, al "difícil estudio de no enseñar nada a su discípulo (74)". A fin de que pudiera éste quedar en el "estado natural" y prepararse

(71) Rojas, *Ley. hist.*, op. cit., t. II, p. 269.
(72) Rousseau, *Emile ou de l'Education,* lib. II.
(73) Id.
(74) Id.

a justificar el axioma según el cual "la razón del sabio suele asociarse al vigor del atleta (75)", Rodríguez prolongó la estancia en el campo, y consiguió al menos desarrollar en Bolívar la maravillosa aptitud a los ejercicios corporales, llegando a ser el andador incansable, el notable jinete, el intrépido nadador con quien, más tarde, no pudo competir ninguno de sus compañeros de armas.

Al cumplir los trece años, Simón había llenado, ateniéndose en un todo a las prescripciones del educador, la primera parte del programa trazado por Rousseau. Las caminatas por la selva, las correrías a caballo en la sabana, los ejercicios de remo en el lago de Valencia le habían dado, cumplidamente, fuerza y destreza.

Aquella educación, tan bien comenzada, iba, no obstante, a ser interrumpida bruscamente. Estaban por entonces a fines de 1796, y graves acontecimientos se preparaban en la capitanía general. Una sedición popular había estallado, el año antes, en Coro. Las autoridades la habían sofocado con bastante facilidad; pero, desde entonces, violenta fermentación parecía haberse apoderado de todas las clases de la sociedad, y, en paticular, de los criollos. Los fulminantes decretos de la Inquisición no habían podido impedir que en todas partes se introdujera y circulara el escrito de Nariño. Por otra parte, la prolongada estancia, en La Guayra, de los deportados políticos franceses, camino de la Guayana, contribuyó a esparcir en el país las doctrinas revolucionarias. En fin, la índole naturalmente belicosa de la población de las costas, y la proximidad de las Antillas inglesas, de donde menudeaban las exhortaciones que ya sabemos, favorecían, más que en los demás sitios de Venezuela, la posibilidad de un levantamiento deseado por toda la juventud criolla, y cuya dirección habría sido asumida con placer por muchos de los miembros de la aristocracia caraqueña. Desde hacía algún tiempo, Rodríguez se ausentaba con frecuencia de la casa de los Bolívar,

(75) Rousseau, *Emile ou de l'Education*, lib. II.

acudiendo, casi a diario, a misteriosas citas. Tramábase una conspiración. Don Manuel Gual, capitán retirado del batallón "Veterano" de las milicias de Caracas, y José María de España (76), justicia mayor del pueblo de Macuto, de acuerdo con tres prisioneros de Estado, confinados en la fortaleza de La Guayra por haber tomado parte, en España, en la conspiración de *San Blas,* en febrero de 1796, la cual tendía a substituir a la monarquía un régimen del todo semejante al gobierno de la república francésa, organizaban un vasto movimiento insurreccional.

El plan de los conjurados había sido elaborado con esmero. Los tres detenidos: Juan Bautista Picornell, Cortés Campomanes y Sebastián Andrés, habían de evadirse y refugiarse en la Trinidad, en donde el gobernador les reservaba buena acogida, y en Curazao, en donde franceses, entre otros el ciudadano Cadet, "agente comercial de la república", estaban dispuestos a darles asilo (77). Desde allí, enviarían armas y socorros. Mientras tanto, todas las medidas habían sido tomadas para favorecer el movimiento. Un franciscano anunciaba, "haber tenido revelación para predicar a aquellos pueblos que recobrasen su antigua libertad, pues tenían a su favor el brazo del Todo-Poderoso (78)". La guarnición de La Guayra, y parte de la de Caracas, estaban ganadas a la conspiración. Picornell había tenido tiempo suficiente para componer las palabras de una *Carmañola americana,* de la que se estaban imprimiendo centenares de ejemplares en la Guadalupe, al mismo tiempo que el texto de los *Derechos del Hombre.* Acechábase la próxima llegada de los folletos. Un reglamento que constaba de 44 artículos, distribuído a los conjurados, precisaba la conducta que habían de seguir y el plan que sus jefes se proponían; a cierta señal convenida, los habitantes de la capitanía general habían de conseguir, por todos los

(76) Informe de la Real Audiencia de Su Majestad. Caracas, 1798. D., I, 230.

(77) Informe de la Real Audiencia de Su Majestad. Caracas, 1798, D., I, 230.

(78) Id., § 67.

medios, la dimisión de las autoridades españolas. En cada ciudad o pueblo, establecerían una junta provisional antes de la elección de los diputados, quienes acudirían cuanto antes a la capital para proclamar la república y votar la constitución definitiva; los impuestos serían luego suprimidos o notablemente reducidos; quedarían abiertos los puertos, y la igualdad reconocida para todos los ciudadanos. El nuevo Estado, compuesto de las provincias de Caracas, Maracaibo, Cumaná, la Guayana, tomaría como emblema de la bandera nacional el blanco, el azul, el amarillo y el encarnado en alusión a las antiguas cuatro castas de blancos, pardos, negros e indios (79).

Este programa, que contenía ya en germen el que iba a realizar la revolución de 1810 (80), fue cogido en casa de uno de los conjurados, don Manuel Montesinos y Rico, en la noche del 13 de julio de 1797. Ya era tiempo. Ya Picornell y Campomanes habían huído de La Guayra. El capitán general Carbonell hizo prender a un centenar de personas, entre ellas a Rodríguez, que fue puesto en libertad por falta de pruebas. Logró Manuel Gual llegar a la Trinidad, en donde falleció algún tiempo después. Sebastián Andrés, y al año siguiente, el 8 de mayo de 1799, José María de España, quien, después de haber huído, había tenido la imprudencia de volver a Caracas, fueron ejecutados. Los restos de España, encerrados en jaulas de hierro, fueron puestos en las encrucijadas de la capital y de La Guayra. Cuarenta y cinco de sus cómplices, la mayor parte de los cuales pertenecía a la aristocracia criolla, perecieron igualmente de mano del verdugo o en las cárceles donde fueron encerrados.

Una vez libre, y atormentado de nuevo por su manía de viajes, juzgó prudente Rodríguez alejarse del país, y, en el transcurso de julio de 1797, se despidió de su discípulo. ¡Adiós hermosos proyectos a lo Juan

(79) Informe de la Real Audiencia de Su Majestad. Caracas 1798. D., I, 230, § 37.

(80) Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, op. cit., t. I, p. 94.

Jacobo! Simón tenía catorce años: la sociedad de algunos jóvenes, de Bello sobre todo, a cuya frecuentación se había él aficionado de nuevo, desde que veía a su maestro embargado por hondas preocupaciones, había despertado en él curiosidad por conocer algunas obras literarias. Habló de esto a Rodríguez, enseñándole al mismo tiempo unos cuantos libros que Bello le había prestado. ¡Libros!... tuvo remordimientos el preceptor. De sobra sabía qué libro había de leer *Emilio* "el primero, el solo que, durante largo tiempo, había de componer toda su biblioteca", el maravilloso *Crusoe* (81), y, seguramente que en loor de Juan Jacobo, y movido por un sentimiento de reparación secreta y de pesar, una vez más cambió de nombre Rodríguez, adoptando, desde aquel día, el de Robinson.

III

El descubrimiento de la conspiración y las terribles medidas de represión decretadas contra sus autores habían emocionado profundamente la capitanía general. Sin embargo, el patriciado criollo contaba aún cierto número de partidarios convencidos, o que, al menos, ostentaban tales opiniones. Y los mismos que, algún tiempo después, habían de mostrarse más dispuestos a sacrificar sus intereses más queridos a la causa republicana, apreciaban demasiado los privilegios de su condición para decidirse a renunciar a ellos gratuitamente. Así pues, la mayor parte de ellos estimó que, dada la situación, la mejor de las políticas sería temporizar y disimular. Al palacio de la capitanía general afluyeron protestas de fidelidad, y los principales de Caracas llegaron hasta proponer al capitán general el reforzar las milicias a expensas de ellos (82). Hasta ocurrió que el comandante del batallón más aristocrático de la provincia: los *Voluntarios*

(81) Rousseau, *Emile*, etc., lib. III.

(82) Exposiciónes de la Nobleza de Caracas a Su Majestad que Dios guarde, 1º y 4 de agosto de 1797. D. I. 214 y 215. En ellas se ven los nombres de la mayor parte de los parientes de Bolívar, en particular el de su tío Don Carlos Palacios.

blancos de los valles de Aragua, arrestó con su propia mano a uno de los conjurados, don Javier Arrambide, y su lealismo, con el de otros miembros de la nobleza caraqueña, fueron elogiosamente señalados, por el capitán general, a la benevolencia del rey (83).

Las milicias de Aragua habían sido organizadas en 1759 por Juan de Bolívar, que fue coronel de ellas, y lo mismo Juan Vicente, su hijo, padre de Simón. Según las tradicioes, no dejó don Carlos Palacios, en enero de 1797, de hacer que admitieran al joven en el cuerpo de cadetes. Cual consta en las notas de sus jefes (84), el joven Bolívar se sometió gustoso a su nuevo estado. En julio del año siguiente recibió el grado de alférez, llevando con agrado aquel uniforme (85). Seguía Bello dándole lecciones; pero, aunque Simón se aplicaba más, sus progresos seguían siendo muy me-

(83) Informe de D. Pedro Carbonell al Excelentísimo Príncipe de la Paz, etc. Caracas, 28 de agosto de 1797, D., I, 221.

(84) Hoja de servicio y notas de D. Simón de Bolívar a fines de diciembre de 1798.

"Batallón de *Voluntarios Blancos* de los valles de Aragua".

El subteniente D. Simón de Bolívar, su edad: 15 años; su país: Caracas; su calidad: ilustre; su salud: buena; sus servicios y circunstancias las que se expresan:

Tiempo en que comenzó a servir los empleos	Empleos.	Tiempo que sirve y cuanto cada empleo Años.	Meses.	Días.
14 Enero 1797......	cadete	1	5	21
4 Julio 1798......	subteniente		5	26
Total hasta fin de diciembre 1798.		1	11	17

Regimiento donde ha servido: En estas milicias.

Campañas y acciones de guerra en que se ha hallado: En ninguna.

Valor: Conocido. — Aplicación: Sobresaliente. — Capacidad: Buena. — Conducta: Idem. — Estado: Soltero.

Como ayudante mayor que ejerce las funciones del sargento mayor que se halla ausente: Francisco Lozano Pompa (firma y rúbrica). Manuel Sanz (firma y rúbrica).

Arch. gen. de Simancas, *Secretaría de Guerra*, 1. 7295, citado por Humbert. *Orig. Venéz.*, op. cit., p. 69.

(85) Nota biográfica referente a Simón de Bolívar, por su tío Esteban Palacios. D. I., 159.

dianos (86). Aconsejado por don Miguel Sanz, don Carlos Palacios se decidió entonces a enviarlo a Europa. Avisó a su hermano don Esteban, que vivía en Madrid; y, habiendo contestado este último que gustoso recibiría en su casa a su sobrino, quedó decidido el viaje. El 19 de enero de 1799, Simón se embarcó en La Guayra en el buque de tres palos *San Ildefonso,* que salía para España.

Algunas semanas después, una carta llegada a Caracas anunció a don Pedro Palacios que su joven pariente había efectuado sin contratiempo la primera parte de su viaje. En un estilo detestable, y adornado además con asombrosas faltas de ortografía (87), Bolívar daba parte de su llegada a México. En efecto, el San *Ildefonso* hacía escala en Veracruz. Estaban en guerra Inglaterra y España, y el bloqueo de Cuba por la flota británica obligó al comandante del navío a prolongar hasta fines de marzo su estancia en las aguas mexicanas. El joven viajero aprovechó aquel tiempo para visitar cumplidamente la capital.

La efervescencia que en aquella época se hacía sentir en todo Sudamérica había ganado Nueva España. Cuando llegó allí Bolívar, estaban todavía instruyendo el proceso del célebre Juan Guerrero, aventurero sin escrúpulos, que, cinco años antes, había estado a punto de apoderarse por sorpresa de la persona del virrey Revillagigedo, proponiéndose, con la complicidad de varios oficiales de la guarnición, derribar el gobierno español y sustituirlo por una república de la que él habría sido el primer presidente. Guerrero había de tener imitadores en la persona de Benítez Gálvez, que se dejó sorprender a fines de 1798, y, sobre todo, de un preceptor de México: Pedro Portilla, que, en aquel momento mismo, preparaba la conspiración llamada de los *Machetes* (88). Fue descubierta ésta en

(86) Id.

(87) Simón de Bolívar a D. Pedro Palacios. México, 20 de marzo de 1799. *Correspondencia del Libertador,* t. I, nº 7.

(88) Del nombre de los machetes, que había hecho fabricar en gran cantidad para armar a sus partidarios. — V. Alamán, *Historia de México,* 5 t. en fº México, 1849, t. I, cap. III.

octubre de 1799, y seguida, en el transcurso de los primeros años del siglo diecinueve, de una serie casi ininterrumpida de conspiraciones, de levantamientos y de sublevaciones parciales, poco temibles sin duda, pero cuya frecuencia presagiaba a las autoridades una próxima explosión.

Durante su estancia en México recibió Bolívar la hospitalidad de un miembro de la audiencia: Aguirre (89), quien lo presentó al virrey, don José de Azanza (90). Se ha dicho que el joven oficial venezolano proclamó ante su augusto interlocutor los derechos de la independencia americana. Es posible, como lo afirma uno de los confidentes del Libertador (91), que tuviera tales sentimientos, aun en su primera juventud. Las últimas desventuras de su preceptor y el estado de ánimo de sus compañeros de Caracas dan ciertamente valor a este aserto. De todos modos, el virrey trató cortésmente a su huésped y le dio cartas de recomendación para el gobernador de La Habana. En abril llegó a este puerto el *San Ildefonso;* quedó poco tiempo, y prosiguió su camino hacia Santoña, desde donde Bolívar se fue a Madrid por Bilbao.

Desde su llegada a la capital se instaló en casa de su tío Esteban, muy bien visto en la corte en aquella época, por su amistad con don Manuel Mallo, caballero de hermosa presencia, originario también de Nueva Granada, y que compartía con Godoy los favores de la reina María Luisa. Con tal motivo pudo Bolívar frecuentar muy de cerca aquella corte de Carlos IV, cuyos escándalos eran motivo de burla en Europa, la cual, además despreciaba su política. Habíase mostrado, sucesivamente, enfeudada a Inglaterra, luego a Francia; había tratado benévolamente a la Revolución, condenándola más tarde con violencia y com-

(89) O quizá el marqués de Ulapa, según pretende Larrazábal. *Vida y Correspondencia* de Simón Bolívar. Nueva York, 2 t. 1883, t. I, p. 6.

(90) Azanza (Miguel José de), virrey de México, 1798-1800.

(91) V. General Tomás C. de Mosquera. *Memorias sobre la Vida del Libertador Simón Bolívar,* 1 t. en 8º. Nueva York, 1853, p. 7.— V. también Larrazábal, op. cit., t. I, p. 7.

batiéndola sin vigor; después de haber tratado de aliarse con el Directorio, se abandonaba poco a poco al Primer Cónsul (92) tan variable en sus intenciones respecto a Europa como desconcertada por los acontecimientos de América e incapaz de dirigirlos. Por ejemplo, después de haber, por real cédula con fecha de 18 de noviembre de 1797, abierto todos los pueblos de ultramar al tráfico de las naciones amigas y aliadas, cuya concurrencia no podía sino serle fatal, retiró bruscamente dicha licencia por otra cédula de 18 de febrero de 1800. En el acto cobró nuevo vigor el contrabando inglés y holandés, hasta que una nueva decisión del 20 de marzo de 1801 devolviera las colonias al comercio de los neutrales: lo cual era poner de manifiesto ante el enemigo la debilidad de los gobernantes, su torpeza, su inconstancia.

Mientras tanto las intrigas más mezquinas ocupaban la mente de Godoy, quien, entre los peligrosos sobresaltos de aquella política, atendía sólo a sostener su amenazada fortuna. En casa de don Manuel Mallo, adonde acudían muchos jóvenes sudamericanos residentes en Madrid, de los cuales algunos, como, por ejemplo, el venezolano Mariano Montilla (93) que cumplían en los guardias de corps su tiempo de servicio como oficiales, oía Bolívar comentar las conspiraciones que a cada momento urdían contra el príncipe de la Paz los cortesanos, el clero, los agentes de los Borbones de Nápoles, el gran inquisidor, el confesor mismo de la reina (94). El ascendiente que el favorito ejercía sobre la mujer de su señor le permitía, no obstante, burlar siempre aquellos complots; pero, nada había tan movedizo como la fidelidad de María Luisa.

(92) Cf. Sorel, *L'Europe et la Révolution*, etc., t. I, cap. III.

(93) Montilla (Mariano), nació y murió en Caracas (1782-1851). Oficial en los guardias de corps del príncipe de la Paz. Hizo la campaña de Portugal en 1801 y recibió una herida en el sitio de Olivença. Volvió a Caracas en 1808, formó parte de las Juntas revolucionarias de 1809 y 1810, y combatió durante toda la guerra de la Independencia en las filas de los republicanos. En 1833, fue enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Venezuela en Londres y en Madrid.

(94) Sorel, *L'Europe et la Révolution*, op. cit., t. V, cap. I, p. 3.

Bolívar había ganado la confianza íntima de Mallo, y le fue fácil convencerse de todo aquello.

A veces era admitido a las cenas íntimas que su feliz compatriota daba en honor de su real querida (95), y las impresiones del joven criollo, recién llegado de un país en donde los soberanos españoles solían ser reverenciados como una emanación de la Divinidad, debieron de ser muy poco edificantes. Mallo le había hecho invitar a la corte, en donde conoció al príncipe de Asturias, su contemporáneo. Hasta fue, su primera entrevista con el futuro Fernando VII, señalada por un incidente que Bolívar solía contar en los últimos años de su vida, y cuyo simbolismo no carecía ciertamente de sabor. Ocurría esto en el palacio de Aranjuez. Los dos jóvenes acababan de terminar en presencia de la reina y de algunos gentileshombres, el primer juego de un partido de pelota, cuando, por descuido, dio Bolívar tan violento golpe de raqueta sobre la cabeza de su contrario, que el príncipe, irritado, se negó a seguir jugando. Intervino la reina y continuó el juego... El Libertador dejaba entender a sus oyentes que, aquel partido, no lo había perdido él, y concluía de este modo la anécdota: "¿Quién le hubiera anunciado a Fernando VII que tal accidente era el presagio de que yo le debía arrancar la más preciosa joya de su corona (96)?..."

Sin embargo, deseaba Bolívar dedicar más tiempo al estudio que al placer, para lo cual buscaba, con preferencia a las demás, la compañía de su pariente, el marqués de Ustáritz, digno y sabio anciano, que recibía en su casa a la más ilustrada sociedad de Madrid. Como don Esteban Palacios, implicado quizás en alguna intriga cortesana, había tenido que salir bruscamente de la capital, Bolívar vino a vivir en el palacio de Ustáritz, y en él siguió hasta que se marchó de Madrid. Desde aquel momento —el de su entrada en el palacio de Ustaritz, sintió profunda adhesión hacia el hombre venerable, decía él (97), "cuyas virtudes com-

(95) Mosquera, *Memorias*, etc., op. cit., p. 8.
(96) Mosquera, *Memorias*, etc., op. cit., p. 8.
(97) Id., p. 8.

peraba a las de los virtuosos griegos que se presentan como modelos". Ustáritz mismo dio a Bolívar las primeras lecciones provechosas que hasta entonces recibiera, y no tardó en declararse casi demasiado satisfecho de su discípulo: con tal entusiasmo se dedicó éste al estudio, que estuvo a punto de caer enfermo. Este ardor que Bolívar iba poniendo, cada vez más, en todas sus empresas, resultaba la característica misma de su alma fogosa. Trabajaba con ahinco, mezclando la lectura de obras literarias con las de obras científicas, sin que su poderoso cerebro dejara de asimilarse nada de su sustancia. Su cultura intelectual, tan descuidada hasta entonces, hizo progresos asombrosos, con lo cual colmó de sorpresa a cuantos le trataban, acostumbrados a no ver en él sino a un adolescente mediano y frívolo.

A comienzos del verano de 1800, y, probablemente, en las cercanías de Bilbao, trabó conocimiento Bolívar con don Bernardo Rodríguez del Toro, y con la familia de éste. Pertenecía don Bernardo a la primera aristocracia de Caracas en donde su hermano mayor don Francisco poseía el título de marqués del Toro. Otro de sus hermanos, don Fernando (98), que por entonces era oficial de la guardia real sirvió de introductor a Bolívar. No tardó éste en enamorarse de la hija mayor de don Bernardo, María Teresa, y pidió su mano. Desde su llegada a Madrid, en septiembre, escribió a su tío Pedro Palacios para ponerle al corriente de sus proyectos (99) y rogarle que le enviara su consentimiento. Bolívar estaba perdidamente enamorado de María Teresa. Desde aquel momento, nada existió ya para él fuera de su amada. El amor se había

(98) Toro (Fernando del). Nació en Caracas, se fue muy joven a España, allí sirvió, y fue nombrado coronel después del combate de Tarancona. De regreso a Caracas en 1809, abrazo la causa de la Independencia y tomó parte en las primeras campañas de la guerra. Gravemente herido, se refugió, en 1812, en Trinidad, regresando a Venezuela en 1821, después de la batalla de Carabobo. Falleció en Caracas el 26 de diciembre de 1823.

(99) Bolívar a D. Pedro Palacios y Sojo. Madrid, 30 de septiembre de 1800. D., II, 277.

apoderado de su alma fogosa y la abrasaba toda entera. Tenía impaciencia por efectuar aquel matrimonio desesperándole los aplazamientos impuestos por la paternal prudencia de don Bernardo. Algunos meses transcurrieron así. Volvió la primavera, los Rodríguez se marcharon a Bilbao. Bolívar quedó en Madrid, esperando de un momento a otro la contestación de su tío.

En el transcurso de un paseo a caballo, en los primeros días de octubre, pasaba el joven cerca del puente de Toledo, cuando fue detenido por unos cuantos agentes de policía, pretextando para ello que los encajes de los puños que llevaba el joven estaban adornados con brillantes, y que un decreto reciente prohibía tal uso. Se desmonta Bolívar del caballo y trata de explicarse; pero, al ser interpelado con cierta brusquedad por uno de los alguaciles, desenvaina y cierra, espada en mano, con la gente policiaca. Transeuntes llegaron a tiempo para impedir que tomara mal giro el asunto. Y en efecto, a punto estuvo éste de tomar mal cariz. Era Godoy quien había imaginado aquella estratagema, por sospechar que pudiera llevar Bolívar algún amoroso mensaje para la reina. Se hizo entender al joven que obraría prudentemente saliendo de Madrid. Insistió Ustáritz, y Bolívar tomó el camino de Bilbao.

Tales eran su despecho y su ira por no haber podido vengar la afrenta que acababan de hacerle que, al verle llegar en aquel estado, creyó don Bernardo que estaba demente. Quería Bolívar casarse en seguida y salir de España para siempre. Sólo a fuerza de razones se calmó. El padre de María Teresa le declaró que no le daría su hija sino más tarde, y le aconsejó que viajara. Obligado se vio, pues, el impaciente Bolívar, a encaminarse hacia Barcelona, desde donde se embarcó para Marsella. Pasó todo el invierno en París, y a principios de abril de 1802, entró de nuevo en Madrid. Don Fernando del Toro había aprovechado la ausencia de su amigo para alcanzarle la merced deseada. Obtuvo pues Bolívar la autorización real indispen-

sable a los oficiales de su rango para contraer matrimonio (100), se casó con María Teresa en el transcurso de mayo, salió para la Coruña el día mismo de su boda, y, desde allí, se embarcó para Caracas.

Parecía sonreírle la felicidad, una felicidad tranquila y deliciosa a la que soñaba él con dar por marco los radiantes valles de Aragua. Allí transcurriría la vida, sosegada y suave, lejos de las detestadas intrigas y del odioso tumulto de las ciudades. Apenas llegados a Caracas, fallece la joven esposa, arrebatada por una fiebre perniciosa, el 22 de enero de 1803. Bolívar queda, a los diecinueve años, viudo y desesperado.

Desesperación sombría, ardiente, trágica, cual era de esperar del alma tempestuosa y dominante que de repente se había creído en posesión de la felicidad, y que, de repente asimismo, se veía vacía, desorientada, palpitante. Dada la poca edad del Libertador, aquella crisis había de decidir de toda su vida. Es indudable que se ilusionaba al imaginar que pudiera haber "muerto, como él mismo lo confesó (101), en el pellejo de un simple alcalde de San Mateo"; tarde o temprano, su genio le habría colocado entre los actores que el gran drama de la Independencia llamaba a escena. Pero, acaso no habría desempeñado el primer papel en dicho drama si tomando de las amargas fuentes del dolor las necesarias energías, no se hubiese preparado a él, desde aquel momento, por el estudio, por el conocimiento de los hombres y de las cosas que habían de darle sus viajes, por las prestigiosas enseñanzas que le reservaban. Su preparación, incompleta y sin método ni ilación, tomaba, en fin, un rumbo más directo y más seguro.

Ante todo, Bolívar resolvió marcharse. Durante su corta estancia en Europa, había él presentido, a través del velo que sus harto acariciados pensamientos interponían entre ellos y la realidad, todo un mundo

(100) Nota del ministro Caballero al capitán general de Venezuela, fechada en Aranjuez el 15 de mayo de 1802, citada por O'Leary, *Memorias*, etc., op. cit., t. I, p. 12.

(101) La Croix, *Diario de Bucaramanga*, París, Walder, en 18 1869, p. 62.

de conocimientos que necesitaba adquirir, y, también, placeres de los cuales sólo el perfume había saboreado. Se enterneció al recordar que, años antes, había prometido a Simón Rodríguez, su confidente y el único que, sin duda alguna sabría consolarle, reunirse con él para que juntos visitaran el Antiguo Mundo.

Era menester asegurar la administración de las fincas, y esto retuvo algunos meses más a Bolívar en Venezuela. Por fin, después de haber escogido por administrador a su hermano Juan, salió de su país.

La travesía fue larga, y Bolívar acudió a la lectura para llenar las horas de ocio (102). Había tomado para el viaje Plutarco, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, sobre todo éste, cuyo sortilegio respiraba nuestro joven. Los infortunios de los amantes de la *Nueva Eloísa* debieron de arrancarle lágrimas de aquellas en que tanto se complacía la "sensibilidad" de la época, extravagancia que padeció Bolívar como sus demás contemporáneos, pero que, siquiera en él, tenía por sincera excusa los ecos despertados en un corazón cuya herida estaba tan reciente. En las obras filosóficas del "ciudadano de Ginebra" vio de nuevo las teorías preferidas de su maestro, y hasta pasajes enteros que Rodríguez le recitaba. Animábase en su espíritu el entusiasmo de las virtudes públicas. Este sentimiento se precisaba a veces hasta dejarle entrever, en repentinos fulgores, visiones de porvenir. ¡La Libertad! esta palabra causaba en él hondísimos estremecimientos. ¿No estaba él destinado a consagrarse a su vez a la religión nueva de la que había hallado más numerosos adeptos en su reciente visita a Caracas? Tal era, sin duda su pensamiento, y, tan pronto como desembarcó en Cádiz, se puso en relaciones con compatriotas desconocidos acudidos a su encuentro, quienes, pocos días después, le admitían a los misterios de la "Gran Logia Americana (103)", en la que le hicieron prestar el solemne juramento: *Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu patria sino a aquel que sea elegido por la libre y*

(102) O'Leary, *Memorias*, etc., op. cit., I, p. 14.
(103) V. infra, lib. II, cap. III, § 1.

espontánea voluntad de los pueblos; y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén a tus alcances, a que los pueblos se decidan por él (104).

No obstante, continuó hacia Madrid, donde vio los rastros de su cortísima felicidad, y lloró copiosamente con el padre de María Teresa. El dolor se apoderaba de nuevo de él. Pero, era demasiado joven Bolívar, y estaba harto penetrado de sus recientes lecturas, para que, insensiblemente, no fuera haciéndose menos punzante aquella pena. El recuerdo de la tierna esposa tan pronto desaparecida se atenuaba, tomaba una forma novelesca, cuyo encanto, expresado más tarde por el Libertador mismo, se halla todo entero en esta confesión: "Jamás he olvidado, decía, mi entrevista con don Bernardo cuando le llevé las reliquias de María Teresa; padre e hijo mezclaban sus lágrimas; escena de delicioso tormento, porque es deliciosa la pena del amor (105) ."

Salió Bolívar de Madrid, con direción a París. En la gran capital francesa no tardó en entregarse a una existencia de lujo y de placeres, por medio de la cual esperaba aturdirse y olvidar. Se mostró altanero, atormentado, desengañado de todo en apariencia, ostentando un mal incurable, ciñéndose lo más posible a *René,* puesto de moda entonces por la novela de Chateaubriand. Deslumbraba con su boato a don Fernando del Toro, con quien de nuevo se había encontrado, al mismo tiempo que con un grupo de jóvenes criollos cuya figura más saliente era Carlos Montúfar (106),

(104) V. Mitre, *Historia de Belgrano,* 3 t., Buenos Aires, 1860, t. II cap. XXIII, p. 272.

(105) Mosquera, *Memorias sobre la vida,* etc., op. cit., p. 10.

(106) Montúfar (Carlos), nació en Quito en 1778. Estudió en España, y fue a Venezuela en 1808, en donde tomó parte activa en los acontecimientos del 19 de abril de 1810. Marchó luego a Quito, y nombrado comandante jefe de las tropas republicanas, fue derrotado varias veces por los generales españoles Tacón Aymerich y Sámano. Montúfar brillaba más por su valor y su patriotismo que por sus conocimientos militares. Prisionero al mismo tiempo que Nariño en 1813, consiguió llegar a Santa Fe; pero de nuevo fue hecho pri-

originario de Quito, hijo del marqués de Selva-Alegre. Por ellos supo que don Samuel Robinson —tales eran los nuevos nombres y apellidos de Rodríguez— se hallaba en Viena, y se fue en busca suya.

"Yo esperaba mucho, escribía Bolívar algún tiempo después, de la sociedad de mi amigo, del compañero de mi infancia, del confidente de todos mis goces y penas, del mentor cuyos consejos y consuelos han tenido siempre para mí tanto imperio. ¡Ay! en esta circustancia fue estéril su amistad. El señor Rodríguez sólo amaba las ciencias... Lo hallé ocupado en un gabinete de física y química que tenía un señor alemán... Apenas le veo yo una hora al día. Cuando me reúno a él me dice de prisa: Mi amigo, diviértete, reúnete con los jóvenes de tu edad, vete al espectáculo, en fin, es preciso distraerse, y éste es el solo medio que hay para que te cures... Comprendo entonces que le falta alguna cosa a este hombre, el más sabio, el más virtuoso, y sin que haya duda, el más extraordinario que se puede encontrar. Caigo muy pronto en un estado de consunción; y los médicos declaran que voy a morir: era lo que yo deseaba. Una noche que estaba muy malo, me despierta Rodríguez con mi médico; los dos hablaban en alemán. Yo no comprendía una palabra de los que ellos decían; pero, en su acento y en su fisonomía conocía que su conversación era muy animada. El médico después de haberme examinado bien, se marchó. Tenía todo mi conocimiento, y aunque muy débil, podía sostener todavía una conversación. Rodríguez vino a sentarse cerca de mí: me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en las circunstancias más graves de mi vida. Me reconviene con dulzura y me hace conocer que es una locura el abandonarme y querer morir en la mitad del camino. Me hizo comprender que existía en la vida de un hombre otra cosa que el amor, y que podía ser

sionero, después del combate de la Cuchilla del Tambo, y fusilado en Popayán el 3 de septiembre de 1816.

Su padre Juan Pío Montúfar, marqués de Selva-Alegre, fue presidente de la primera Junta sudamericana, la de Quito, en 1808 (V. infra).

muy feliz dedicándome a las ciencias o entregándome a la ambición. Sabéis con qué encanto persuasivo habla este hombre; aunque diga los sofismas más absurdos, cree uno que tiene razón. Me persuade como lo hace, siempre que quiere...

"La noche siguiente, exaltándose mi imaginación con todo lo que yo podría hacer, sea por las ciencias, sea por la libertad de los pueblos, le dije: Sí, sin duda, yo siento que podría lanzarme en las brillantes carreras que me presentáis, pero sería preciso que fuese rico.... sin medios de ejecución no se alcanza nada; y lejos de ser rico soy pobre y estoy enfermo y abatido. ¡Ah Rodríguez! ¡prefiero morir!... Le di la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. Se vio en la fisonomía de Rodríguez una revolución súbita: queda un instante incierto, como un hombre que vacila acerca del partido que debe tomar. En este instante levanta los ojos y las manos hacia el cielo exclamando con voz inspirada: ¡Se ha salvado! Se acerca a mí, toma mis manos, las aprieta en las suyas, que tiemblan y están bañadas en sudor; y en seguida me dice con un acento sumamente afectuoso: Mi amigo, ¿si tu fueras rico, consentirías en vivir? Dí... ¡Repóndeme! irresoluto: no sabía lo que esto significaba; respondo: sí. ¡Ah! exclama él, entonces estamos salvados... ¿el oro sirve, pues, para alguna cosa? Pues bien, Simón Bolívar, ¡sois rico! Tenéis actualmente cuatro millones! (107)"

A su prima Fanny de Trobriand, hija de una hermana del señor de Aristiguieta, el mismo de quien Bolívar había heredado su mayorazgo, es a quien dirigía el joven esta curiosa carta. Fanny tenía veintiocho años. En 1796 se había casado con M. Dervieu du Villars, de mucha más edad que ella, y demostraba a su primo un afecto que éste había acogido con agradecimiento. Los du Villars habían conocido a su pariente en Bilbao, antes de su casamiento, y le habían recibi-

(107) Esta carta, con fecha de París 1804, formaba parte del archivo de la familia de Trobriand. Se halla in extenso en Rojas, Ley. *Hist.*, 2ª serie, op. cit., pp. 272-277.

do con mucho cariño a su llegada a París. Fanny se había instituído en consejera, en directora suya: exigía confidencias (108), no tardando en convertirse en aquella "a quien no obstante no podía negar nada (109)". Una correspondencia seguida se estableció entre Bolívar y su prima, a quien llamaba él "Teresa" (110) en aquellas cartas en que tartaba de pintarle las fases por que había pasado "el pobre chico de Bilbao, tan modesto, tan estudioso, tan económico (111)" para llegar a ser lo que era hoy, "el Bolívar de la calle Vivienne, murmurador, perezoso y pródigo (112)".

Su estilo se resiente marcadamente del aire del siglo, de los deliquïos, de los suspiros y de las miradas al cielo de que están cuajados los escritos de Saint-Preux y de Julia. Hacía ya tiempo que conocía Bolívar su situación de fortuna. En la carta enviada por él a Caracas para manifestar a su tío don Pedro su futuro matrimonio (113) alude al "importante mayorazgo" que correría el riesgo de perder, si, "conformemente a a las voluntades del legatario", no fuese a establecerse a Caracas, y las precauciones que había tomado, de acuerdo con su hermano, antes de salir por segunda vez de Venezuela, con objeto de que sus rentas le fuesen servidas con regularidad, no dejan duda alguna acerca de su previsión. Esas cartas a "Teresa" son pues, puro romanticismo; pero por eso mismo resultan más características del estado de alma del discípulo de Rodríguez y del apasionado lector de Juan Jacobo Rouseau: "El presente no existe para mí, es un vacío completo donde no puede nacer un solo deseo que deje alguna huella grabada en mi memoria. ¡Ah, Teresa, esto será el desierto de mi vida!... Apenas tengo un ligero capricho lo satisfago al instante, y lo que yo

(108) Rojas, *Ley. Hist.*, 2ª serie, op. cit., pp. 272-277.
(109) Id.
(110) Una de las hermanas menores de Fanny de Trobriand se llamaba Teresa, pero está fuera de duda que la verdadera destinataria de las cartas en cuestión no era sino Mme. du Villars.
(111) Rojas, *Ley. Hist.*, 2ª serie, op. cit., pp. 272-277.
(112) *Id.*
(113) V. supra.

creo un deseo, cuando lo poseo, sólo es un objeto de disgusto. Los continuos cambios que son el fruto de la casualidad ¿reanimarán acaso mi vida? Lo ignoro; pero, si no sucede esto, volveré a caer en el estado de consunción de que me había sacado Rodríguez al anunciarme mis cuatro millones."

Es posible que después de todo, la escena de Viena haya ocurrido tal como lo refería Bolívar, y que Rodríguez, deseoso de reanudar el interrumpido hilo de la educación de su *Emile,* volviera a su papel de ayo-preceptor, a quien, como es sabido, toca revelar a su discípulo que no se halla "tan cerca" como creía "del estado de los pobres (114)". Pero no le dio tiempo Bolívar para añadir que "la edad de licencia (de vida licenciosa) para los demás debe ser la edad de razón para *Emile* (115)". En Viena, luego en Londres, en Madrid, en Lisboa, sostiene un tren de príncipe, juega, perdiendo en una sola noche cien mil francos, prodiga el oro "a la simple apariencia de los placeres". "No había deseado las riquezas, escribe Bolívar después de una de aquellas costosas diversiones: ellas se me presentan sin buscarlas, no estando preparado para resistir a su seducción. Me abandono enteramente a ellas. Nosotros somos los juguetes de la Fortuna; a esta gran divinidad del universo, la sola que reconozco, es aquien es preciso atribuir nuestros vicios y nuestras virtudes. Si ella no hubiese puesto un inmenso caudal en mi camino, servidor celoso de las ciencias, entusiasta de la libertad, la gloria hubiese sido mi solo culto, el único objeto de mi vida. Los placeres me han cautivado, pero no largo tiempo. La embriaguez ha sido corta, pues se ha hallado muy cerca del fastidio. Pretendéis que yo me inclino menos a los placeres que el fausto, convengo en ello; porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria... Fastidiado de las grandes ciudades que he visitado, vuelvo a París con la esperanza de hallar lo que no he encontrado en ninguna parte, un género de vida que me

(114) *Emile,* lib. III.
(115) *Id.,* lib. IV.

convenga. Pero, Teresa, no soy un hombre como todos los demás, y París no es el lugar que puede poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado. Sólo hace tres semanas que he llegado aquí, y ya estoy aburrido".

IV

Esta vez, carecía Bolívar de galantería, y, sobre todo, de sinceridad, y la literatura le imponía un lenguaje que desmintió él en más de una ocasión. "Conservaba de París, escribe uno de sus familiares (116), el recuerdo que se conserva de una primera pasión. En Medio de las graves preocupaciones del Libertador, era para él como un recreo de colegial el dar mentalmente un paseo por el Palais-Royal. Dotado entonces de extremado ardor para el placer, y, en particular, para los placeres fáciles, era cosa realmente extraordinaria ver al libertador de su patria citar, una por una, a cuantas bellezas femeninas había conocido en Francia, con una exactitud y una precisión que honraban a su memoria: citaba los retruécanos de Brunet, cantaba los "couplets" en boga, y reía de sus calaveradas de joven con una expresión verdaderamente ingenua". Aquellos de sus confidentes más íntimos que le han consagrado biografías (117) abundan en recuerdos en que se ve la constancia de estos sentimientos, resumidos por Bolívar mismo en esta confidencia al general Mosquera: "Si no me acordara que hay un París, y que debo verlo otra vez, sería capaz de no querer vivir (118)."

(116) Serviez (V. infra., lib. II, cap. IV §IV) en *L'Aide de camp ou l'auteur inconnu. Souvenirs des Deux Mondes,* publicados por Maurice de Viarz, 1 t. en 8º, París, 1832, p. 133.

(117) Ver J. M. Restrepo, *Diario,* mss. Arch. Restrepo, Bogotá, *pasimm.*—La Croix, *Diario de Bucaramanga,* etc., op. cit., p. 63. —Mosquera, *Memorias,* etc., op. cit., cap. I.—O'Leary, *Memorias,* op. cit., cap. I.—Ducoudray-Holstein, *Histoire de Simon Bolivar,* París 1831, 2 vol. in-8º, *passim.*— Lemoine: La Nouvelle Grenade.— Paris, 1880, t. I.— Miller, *Biographical Sketch of general Bolivar,* 1828, etc.

(118) Mosquera, *Memorias,* op. cit., p. 14.

El salón de madame du Villars, que en el brillantísimo París del consulado y de los primeros tiempos del Imperio rivalizaba con el de los Suger de madame de Talleyrand, de madame Suard y de madame d'Houdetot, a los que también asistía Bolívar, ofrecía recursos de ingenio y de amable distinción que no podían soñarse más cumplidos. A veces acudían a ellos las "reinas del día": madame Récamier y madame de Staël (119), los hombre políticos más célebres, el vizconde Laîné, los hermanos de Lameth (120), quienes se habían distinguido en los Estados Unidos bajo las órdenes de Rochambeau; generales magníficos entre ellos Oudinot y Eugenio de Beaharnais; sabios como Humboldt; Talma, el famoso actor de la Comédie-Française (el Teatro Francés), agasajadísimo por Bonaparte.

Impulsivo, de palabra fácil y amena, y amigo de discutir, ocupaba Bolívar en aquella sociedad un puesto al que parecía no haber podido pretender, así por su juventud como por su calidad de extranjero. Reñía con el príncipe Eugenio, por haberse éste permitido cortejar a aquella misma Teresa con quien tan elocuentemente correspondía el discípulo de Rodríguez. No temía ostentar sus ideas liberales, en una época en que hasta los más avanzados juzgaban oportuno atenuar el color de sus opiniones. Rebelde por temperamento, gustábale criticar a los comensales de madame du Villars, deseoso más bién de asombrarles que de convencerles, y un chiste oportuno le devolvía, siempre, la indulgencia de aquella amable y culta sociedad. En aquel medio refinado, Bolívar era una nota de exotismo, exotismo algo brusco, pero cuyo ingenioso atrevimiento a todos interesaba, a todos se imponía.

(119) Stenger, *La Société francaise pedant le Cosulat*, t. III.

(120) Alejandro, nació en 1760, falleció en 1829; se hallaba con de Ségur en aquel de los buques de la flota de M. de Vaudreuil que, en 1783, fue a Puerto Cabello. Alejandro de Lameth fue de Puerto Cabello a Caracas por tierra, y pasó algunos días en la capital venezolana.

Bolívar era, en aquella época, un joven de noble y hermosa apostura. Donde quiera que estuviera, difícilmente se habrían dirigido hacia otro las miradas de los circunstantes. Ya desde entonces emanabá de toda su persona aquel irresistible magnetismo que, más tarde, había de obligar, hasta a sus enemigos más decididos, a permanecer sumisos en su presencia. Bajo los párpados algo carnosos, adornados de largas pestañas negras, sus oscuras y ardientes pupilas despedían tantos chispazos como sus sonrisas. Su tez era mate, caldeada por hermoso tono dorado: tenía la nariz larga, recta, correctamente arqueada, de aletas acusadas y finas; la boca era de un dibujo firme, remontando ligera y delicadamente en la comisura de los labios, que eran salientes y no demasiado encarnados; el labio superior sobresalía de notable manera, sombreado por naciente bigote; barbilla saliente, cuadrada, con hoyuelo poco profundo. Patillas de color castaño, formando contraste con una cabellera negra que en rizosos bucles caía hasta en cuello, seguían el muy alargado óvalo de la cara. De mediana estatura, busto estrecho, piernas largas, esbelto, y, no obstante, bien formado y robusto, ostentaba la más refinada elegancia en el atavío de su persona y en sus modales. Pero la viveza de sus ademanes, su andar agitado, su voz aguda y sonora parecían mal adaptadas al estrecho marco de una habitación: nos imaginamos más bien a Bolívar en el vasto teatro de un frondoso y soleado paisaje natural.

Sin idea fija acerca de su destino, seguía, a falta de otras fiebres, buscando en los placeres el indispensable alimento de su alma. El libertinaje, la pasión del juego le absorbieron. Las *galerías de madera* del Palais-Royal eran eco de sus ruidosas locuras. No obstante, las súplicas de Teresa acabaron por impresionar a aquel deplorable primo. Perdió una suma considerable, y Rodríguez, que con tal motivo había acudido de Viena, le riñó seriamente. Ocurría esto a fines de noviembre. Dejó Bolívar su piso de la calle Vivienne y

se fue a la calle de Lancry (121), barrio más tranquilo. Se serenó, volvió a sus libros. Entonces fue cuando se puso a frecuentar a Humboldt, a quien había sido presentado, algún tiempo antes, por madame du Villars.

El barón Alejandro de Humboldt, que fue, en efecto, durante el otoño y el invierno de 1804, el huésped privilegiado de los salones de París, acababa en compañía de un joven alumno de la Escuela de Medicina y del Jardín de Plantas: Aimé Goujaud Bonpland (122), de efectuar, por la América meridional y México, un viaje de 9.000 leguas, la exploración más grandiosa que hasta entonces se había llevado a cabo en regiones mal conocidas y mal visitadas todavía. Merced a las observaciones de Juan de Ulloa, de La Condamine y de Azara, habían sido hechos con más precisión los mapas de América y la determinación de las coordinadas, pero la geografía del Nuevo Mundo meridional había quedado caracterizada muy imperfectamente hasta fines del siglo dieciocho. Sus verdaderos creadores fueron Humboldt y Bonpland. Tan pronto como éstos regresaron a Europa, publicó Delamétherie, en su *Journal de physique,* con fecha de mesidor año XII, una reseña detallada (123) del itinerario seguido por los dos viajeros en el transcurso de su exploración, la cual no duró menos de cinco años.

Provistos de recomendaciones de la corte de España, se embarcaron el 15 de junio de 1799 en la fragata *Pizarro,* y, después de pasar una temporada en las Canarias, tocaron tierra en América en el puerto de Cumaná. Recorrieron sucesivamente las antiguas provincias venezolanas de Nueva Andalucía y de Nueva Barcelona, la Guayana, y residieron algún tiempo en Caracas y en los valles de Aragua. De Puerto Cabello, se dirigieron al sur, penetrando desde la costa del

(121) Pedro María Moore, *Centenario de Bolívar,* París, 1883, p. 12.

(122) Nació en La Rochelle, en 1773; falleció en 1858.

(123) Inserta en la obra de T. E. Hamy, *Lettres américaines d'Alexandre de Humboldt* (1787-1807). París, en 8º, 1909, y redactada según documentos, cartas y notas de ambos viajeros.

mar de las Antillas hasta los límites del Brasil hacia el Ecuador. Después de haber atravesado los llanos de Calabozo y del Apure, emprendieron, a partir de San Fernando, la bajada de este río, y por el Orinoco y el río Guaviare, penetraron hasta el nacimiento del río Negro, el cual los condujo hasta la frontera del Pará. Humboldt y su compañero volvieron luego al Orinoco y lo bajaron hasta las bocas de Angostura. De aquí fueron a Barcelona, de nuevo a Cumaná, después a Cartagena, desde donde "el deseo de ver al célebre Mutis" les llevó a Santa Fe. Dos meses estuvieron en esta capital. En 1802, estaba en Quito y en el Perú; en enero del año siguiente, en Guayaquil, luego en México, recorriéndolo en todos sentidos. En fin, visitaron La Habana, Filadelfia, Washington (124). En los primeros días de agosto de 1804 entraban en Burdeos, trayendo los materiales del célebre: *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent,* cuya clasificación y cuya redacción completa necesitaron cerca de treinta años (1805-1832), y que contiene inmensa cantidad de documentos de suma importancia acerca de la geografía, de la arqueología, de la agricultura y de los distintos ramos de la historia natural.

Humboldt dispensó a Bolívar, quien casi a diario le visitaba, una acogida de lo más afectuosa. El joven sudamericano estaba emparentado con las familias de la sociedad de Caracas que se habían disputado los minutos del "sabio barón", que le habían rodeado de atenciones, y de quienes conservaba Humboldt, un recuerdo realzado por entusiasta ternura que asoma a cada momento en su correspondencia y en sus obras (125). Los Ustáritz, los Toro, Avila, Soublette, Montilla, Sanz, y otros más, habían festejado al viajero en sus casas o en sus haciendas (126), Bello le había acom-

(124) V. Codazzi, *Atlas de la República de Colombia.* París 1889. *Itinerarios de Humboldt y Bonpland,* Mapa nº 10, y *Boletín de Historia y Antigüedades, publ. cit.,* 5º año, p. 65.

(125) V. principalmente Hamy. *Lettres américaines d'Alexandre de Humboldt.* Correspondance avec Montenegro, Tovar Ponte, etc.

(126) V. acerca de la estancia de Humboldt en Venezuela, A. Rojas. *Estudios y Lectura.* Caracas, 1876, pp. 468 y sig.; 500 y sig.

pañado a la Silla del Avila. La familia del futuro general Ibarra (127) le recibió, así como a Bonpland, en aquella finca de *Bello Monte,* en donde, el día de Reyes de 1800, se creyó Humboldt transportado, como él mismo decía "a una mansión de hadas". El parque, inmenso y muy bien cuidado, adornado de surtidores de agua, de cenadores formados por graciosas palmeras, de estatuas y de ruinas pintorescas, había servido de marco a una suntuosa fiesta que reunía una sociedad distinguida, y en la que todos "rivalizaban entre sí para hacernos agradable nuestra permanencia en aquellos lugares; y antes de internarnos en las selvas del Orinoco, gozamos por una vez más, de todas las ventajas de una civilización adelantada (128)".

Cada una de las etapas de Humboldt y de su compañero en las capitales americanas había sido señalada por otros tantos testimonios de solícita estimación. En todas partes hallaron, no sólo hombres que les comprendían, sino también sabios cuya colaboración les fue útil: "sudamericanos o españoles, en su mayoría ingenieros, marinos, cosmógrafos, profesores de ciencias naturales, con instrucción variada, llenos de virtudes y de talento, con quienes se podría —sigue diciendo Humboldt— componer una lista de nombres suficiente por sí sola para la ilustración de todo un siglo (129)". En Santa Fe, Mutis había dado hospitalidad a sus sabios colegas, poniendo a su disposición los tesoros de sus mejores colecciones, y dándoles, para servirles de guía, su discípulo preferido: Caldas (130), "un verdadero prodigio, decía Humboldt, que ha sabido elevarse solo, construir barómetros, sectores, cuartos de círculo, medir latitudes con gnomones de 15 a 20

(127) Ibarra (Diego), nació en Guácara, en 1798; falleció en 1837; fue ayudante de campo general de Bolívar, a quien asistió en sus últimos momentos. Tomó parte en casi todas las campañas de la guerra de Independencia, señalándose por su intrepidez y sus conocimientos militares.

(128) Rojas, *Estudios y Lecturas*, op. cit., p. 476.

(129) V. Hamy, *Lettres américaines*, etc., op. cit. Prefacio. V.— también *Mémoires du Prince de la Paix D. Manuel Godoy, duc d'Alcudia*, etc., 4 t. en 8º, París, 1836, t. III, cap. XVII.

(130) V. supra, cap. II, § 4, etc.

pies. He calculado alturas que diferían apenas de 4 a 5 líneas de las que Caldas había obtenido con sus instrumentos. ¡Adonde no llegaría este joven si la suerte le hubiese hecho nacer en un medio más culto, en donde, siquiera, no hay que esperarlo todo del propio esfuerzo! Sin embargo, el genio no se apaga. Se le ve, aquí, seguir las huellas de la gloriosa carrera abierta por Bouguer y La Condamine. La audiencia de Quito ha podido destruir las *pirámides* (131), mas no será posible ahogar el genio que parece formar parte integrante de la tierra americana (132)". No menos brillantes recuerdos habían dejado en el espíritu de Humboldt Lima y Quito (133). México le había "deslumbrado". Ninguna ciudad del Nuevo Continente poseía siquiera un establecimiento científico comparable a los de esta capital. La escuela de minas, el Jardín botánico, la Academia de pintura y de escultura, las "Nobles Artes de México", como la llamaban, fueron para él motivo "de sorpresa y de admiración (134)".

Tales frases eran para Bolívar otras tantas afirmaciones tan halagüeñas como reconfortantes. Zaherido al principio por sus compañeros madrileños, en quienes su calidad de criollo excitaba burlas que el joven tuvo que sufrir en silencio; admitido luego entre extranjeros que pensaban haber colmado las pretensiones del joven fingiendo olvidar sus orígenes, sentía éste, más que nunca, crecer en él el orgullo de tales orígenes, ahora que el sabio más respetado y más halagado por la sociedad parisiense le hacía tan sobresaliente pintura de su compatriotas.

Sentía también ternura y admiración por aquellos magníficos países cuyos innumerables y siempre grandiosos aspectos describía con frecuencia la complacien-

(131) Levantadas por estos sabios para conmemorar los resultados de sus experimentos.

(132) *Correspondencia de Caldas en Repertorio Colombiano* t. XXII.

(133) V. *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, t. I, lib. II, cap. VII.

(134) V. *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, t. I, lib. II, cap. VII.

te erudición de Humboldt. Los valles de Aragua, en que el lago de Valencia recuerda "invenciblemente el cuadro del de Ginebra, pero embellecido por la majestad de la vegetación tropical (135)"; los ardorosos desiertos de los grandes llanos, "en que la arena es semejante al horizonte del mar (136)": los interminables caminos por entre los prados, que obligan al viajero a dirigir su ruta incierta, pero como ebria de espacio y de libertad, "ateniéndose al curso de los astros o por medio de algunos escasos troncos de *mauritia* y de *embothrium* que se descubren de tres en tres leguas (137)"; las gigantescas navegaciones por aquellos ríos, calificados ya por La Condamine de "mares chicos de agua dulce"; la casi completa ascensión del Chimborazo, cuyos detalles exactos son citados por Humboldt, no sin legítimo orgullo: "a 3.300 pies más altos que La Condamine y Bouguer, a 3.036 toesas sobre el nivel del océano Pacífico, habiendo visto brotar sangre de nuestros ojos, de nuestros labios y de nuestras encías, y helados por un frío que ya no indicaba el termómetro (138)". De esta manera, y por vez primera, se revelaban al arrebatado espíritu de Bolívar la vegetación, la fauna, los recursos minerales del Nuevo Mundo, tan variados, tan ricos como lo es en sus aspectos la tierra inagotablemente pródiga en que se hallan (139).

Tampoco había omitido Humboldt el hablarle de los sentimientos y de las aspiraciones que se manifestaban en los pueblos sudamericanos. Decía haberse

(135) Reseña de Delamétherie, loc. cit.
(136) *Id.*
(137) *Id.*
(138) *Id.*

(139) Antes de la aparición de las obras de Humboldt, los habitantes del Nuevo Mundo, los europeos, y hasta los españoles mismos, no tenían sino una idea confusa del valor de la América del Sur y de los recursos que podía ofrecer. "*L'Essai politique sur la Nouvelle Espagne* (1811), dice Lucas Alamán (Historia de México, op. cit., t. I, cap. III), descubrió México a los mexicanos. Hasta llegaron a pensar éstos que, de tal manera era rico su país, que, cuando lograra ser independiente, ningún otro podría competir con él en cuanto a poderío."

sentido impresionado hondamente por la emoción y la ira que, sobre todo en Venezuela, había causado la ejecución de España y de sus compañeros (140). Esta era la conclusión habitual de aquellas conversaciones, a las que era cada vez más asiduo Bolívar, escuchando con suma atención a su sabio interlocutor. Un día, exclamó el joven: "¡Radiante destino, en verdad, el del Nuevo Mundo, si sus pueblos se vieran libres de su yugo, y qué empresa más sublime!" —"Yo creo que su país ya está maduro, contestó su interlocutor, mas no veo al hombre que pueda realizarla (141)".

Aquel día, salió Bolívar pensativo del cuarto de trabajo de Humboldt. Un resplandor había iluminado su espíritu. Acababa de ver el objetivo hacia el cual habían de tender sus energías, la obra magna a la que, desde aquel momento, ardía en deseos de consagrarse. Resolvió no continuar viviendo tan inútilmente. Desde aquel momento se consagró a la libertad como se había entregado al placer: con todo el arranque de un temperamento formidable que encontraba, por fin, el puro manantial capaz de saciar la ardiente sed que le devoraba. No por eso se mostrará indiferente a las voluptuosidades materiales, pero sus llamaradas pasajeras no se adueñarán de su espíritu. Ya conoce el camino que necesita y quiere seguir.

En aquel momento, prepárase inaudito acontecimiento: la gran figura del Emperador acaba de aparecer en el horizonte de los hombres, y el viento que agita el prodigioso vuelo de su águila arrastra las últimas vacilaciones del futuro libertador. París iba a celebrar la coronación de Napoleón. Dos años antes, Bolívar había asistido a las fiestas motivadas por la firma del tratado de Amiens. Aunque por entonces tenía el joven "la cabeza llena de los ensueños del más violento amor (142)", como decía él mismo al referirse a aquella época de su vida, no fue insensible a las sugestiones de aquel espectáculo. Las magnificencias de

(140) *Voyage aux régions équinoxiales*, etc., t. IV, pp. 166-167.
(141) *Documentos relativos a la Vida del Libertador*. Prólogo de la edición oficial publicada en vida de Bolívar, 1826-1827, t. I, p. 7.
(142) La Croix, *Diario*, etc., op. cit., p. 64.

la coronación le parecieron como una espléndida prolongación de dicho acontecimiento. Al aparato teatral de la ceremonia en la basílica de Nuestra Señora de París y de los regocijos que siguieron mezclábase una incontestable grandeza. "Aquel acto magnífico, dirá más tarde Bolívar (143), me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba por el héroe. Aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular excitado por las glorias, por las heroicas hazañas de Napoleón, victoreado en aquel momento por más de un millón de personas, me pareció ser, para el que recibía aquellas ovaciones, el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre... Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que lo libertase (144)".

Pero, ya desde aquel momento, quedó colmado el vacío que tanto padecimiento causaba al alma magnánima de Bolívar: el amor de la patria impera en él, para siempre.

V

A comienzos de la primavera, salió Bolívar para Italia, en compañía de Rodríguez. Cedía, con toda la juventud de entonces, al atractivo de la tierra de elección, del suelo ilustre, "compuesto del polvo de los muertos y de las ruinas de los imperios", adonde parecen haber ido en busca de inspiración, en aquella época, tantas notables personalidades a quienes tenía reservados días gloriosos el Destino. Ninguna de ellas sentía más avidez que Bolívar por fortalecer sus energías ante aquellos vestigios de la historia magna, a la que tan admirables capítulos habían añadido los jóvenes héroes de los ejércitos republicanos al combatir por la libertad de las naciones.

(143) *Id.* p. 65.
(144) La Croix, *Diario*, etc., p. 64.

Los últimos meses pasados en París habían hecho de él otro hombre: había observado, reflexionado, alimentándose cada vez más de sus filósofos, y, apadrinado por Rodríguez había conseguido su admisión en una logia masónica (145). Allí veía, dirá él más tarde, al lado de "fanáticos" insignificantes, a muchos "hombres de mérito (146)". 1804-1805 fue, en efecto, la época más brillante de la masonería. Los príncipes, los ministros, los mariscales de Francia, los oficiales, los magistrados: todos los hombres, en fin, notables por su gloria o considerables por su situación, ambicionaban el hacerse iniciar (147). La intimidad que con ellos mantuvo Bolívar, al mismo tiempo que era la más a propósito para afirmarle en sus recientes resoluciones, contribuía a madurar su carácter y a desarrollar su espíritu.

Por eso, Italia, "tierra despedazada, sierva de los extranjeros" (148), a la que, no obstante, profetizó un próximo renacimento el poeta Alfieri, y cuya corona levantó tan airosamente Napoleón, Italia había de apoderarse del alma de nuestro joven por cuantos recuerdos y esperanzas vibraban en sus pueblos. Complacíase Bolívar en ver en ella impresionantes semblanzas con el único objeto de sus pensamientos. Los cuadros que podía él evocar, y aquellos que a su vista pase ofrecían, ¿no componían, en sublime síntesis, el pasado mismo y acaso el porvenir de su América? Sentíase penetrado por el gran soplo de epopeya que campeaba entonces por Europa, y podemos imaginarnos con qué bríos acompañó al ejército hasta Milán, aquel ejército a quien ambas primaveras, la de la edad y la del año, hacían invencible y magnífico; con qué emoción asistió a los esplendores de la segunda coronación, con qué patriótico fervor siguió, a pocos pasos del Emperador, perdido en la muchedumbre que le

(145) La Croix, *Diario*, etc., op. cit., p. 71.

(146) Ibid.

(147) V. Rebold, *Histoire générale de la Franc-Maçonnerie*, Paris, 1851. Findel, *Geschichte der Freimaurerei*, 1883, etc.

(148) Alfieri.

aclamaba, el desfile de los 60.000 hombres de la revista de Montechiaro (149).

A pie las más veces, Bolívar y Rodríguez recorrieron las llanuras lombardas, visitaron Venecia, después Boloña y Florencia; a fines de junio llegaron a Roma. En esta ciudad se detuvo algunas semanas Bolívar antes de ir a Nápoles para reunirse con Humboldt (150), cuyo hermano Guillermo, a la sazón representante de Prusia ante la Santa Sede, trató con suma cortesía al joven sudamericano. Una sociedad de las más escogidas, frecuentada por el historiador Sismondi, Rauch, el gran escultor alemán, su colega Thorwaldsen, y, durante algunos días aún, madame de Staël, daba sumo atractivo a la legación prusiana. Bolívar fue uno de sus más seductores y más festejados contertulios. El embajador de España le llevó a una de las audiencias del papa Pío VII, y le escandalizó en sumo grado la conducta de aquel joven que, aunque dependiente de su jurisdicción, no temía, al negarse a arrodillarse pa-

(149) V. La Croix, *Diario*, etc., op. cit., p. 65.

(150) Bolívar hizo entonces, en compañía de este sabio, varias excursiones a las cercanías de Nápoles. Gay-Lussac se unió a ellos para visitar el Vesubio. (V. notes sur Alex. de Humboldt por J. B. Boussingault, dans Hamy, *Lettres américaines*, op. cit., p. 305).

Durante todo el resto de su vida quedó el Libertador en correspondencia con Humboldt, y hasta estuvo éste a punto de ir a verle, en 1822, y de establecerse en Sudamérica (v. ibid. y carta de Humboldt a Boussingault, fecha 22 de agosto de 1822, en *Lett, amer.*, p. 291). En O'Leary, *Documentos*, t. XII, pueden verse algunas de las cartas de Humboldt a Bolívar. Alude a sus comunes recuerdos de Italia y de Francia: "en una época, dice, en que hacíamos votos por la independencia y libertad del Nuevo Continente" (29 de julio de 1822, O'Leary, *Doc.*, t. XII, p. 234). También siguió Bolívar en relaciones amistosas con Bonpland, quien fue nombrado más tarde mayordomo de la Malmaison. Después del fallecimiento de Josefina y de la caída del Imperio, el Libertador le ofreció la dirección de establecimientos científicos que se proponía él fundar en Bogotá. Bonpland se embarcó para Colombia: pero, deseoso de pasar antes una temporada en la Plata, tuvo la mala idea de adelantarse hasta el Paraguay, de donde, por espacio de diez años, se negó el dictador Francia a dejarle salir. Entre las numerosas reclamaciones que de varios Gobiernos motivó la detención de Bonpland, es preciso mencionar la que firmó Bolívar (v. O'Leary, *Memorias*, t. II, p. 231).

ra besar la sandalia del papa (151) romper con los usos más respetables. Esta salida divirtió mucho a sus nuevos amigos, y acabó sin duda de ganar por completo sus voluntades al proclamar en uno de aquellos arranques de oportunismo solapado que tuvo en algunas ocasiones de su vida— que "Bonaparte había perdido mucho al convertirse en César (152)".

Para decir verdad, las veladas de la legación prusiana sólo una distracción pasajera eran para Bolívar: su ser íntimo estaba fuera de allí, abandonado al encanto de Roma. Las imágenes que de todas partes surgen, en el recinto de las antiguas murallas, en las cumbres y en los flancos de las colinas famosas, invadidas a un tiempo por los palacios, las basílicas y la desolada majestad de la campiña cuyas ondulaciones cubren a lo lejos la borrada estela de tantos pueblos, despertaban en Bolívar los sentimientos que palpitaban en toda su generación, despertados, excitados por la magia del verbo de Chateaubriand.

Todavía conservaban las gradas del Coliseo las huellas de las pisadas de *René* cuando a su vez las hollaron las plantas de Bolívar. Con una *Eneida* y con un *Tácito* en el bolsillo, visitó las ruinas gloriosas, elocuentes, inspiradoras. Allí soñó sin duda ante la "palmera solitaria que parece haber sido colocada adrede sobre aquellos restos para los pintores y para los poetas (153)" y que le hacía pensar en la patria lejana. El "Genio del Recuerdo", que dirigía las atormentadas meditaciones de *René* (154) no era el único en "sentarse al lado" de aquel otro adolescente. Sin embargo, su alma, no menos grande, sólo bajo su convencional apariencia conocía aún la tristeza. No quería verse limitada por ningún obstáculo, y el Genio del Porvenir, aquel "Dios de Colombia" que había de promover los

(151) O'Leary, *Memorias*, cap. I, p. 23.
(152) *Id.*
(153) Chateaubriand, *Voyage en Italie*, carta a de Fontanes. Roma, 10 de enero de 1804.
(154) V. Chataubriand, *René*, Obras completas. París, Garnier, t. III, p. 77.

románticos "Delirios" del Libertador (155), anima ya las primeras inspiraciones de su genio.

Una tarde de mediados de agosto, en momentos en que iba ya apagándose el ardor del sol, el azar de un paseo por la campiña condujo a Bolívar y a Rodríguez a orillas del Anio, al pie del Monte Sagrado. Subieron el cerro al iniciarse el crepúsculo y se sentaron sobre un cuerpo de columna que yacía entre zarzas. No tardó en salir la luna, dejando adivinar en cercana lontananza la inmensa presencia de Roma. Rodríguez recordaba a su compañero los episodios de la retirada al Monte Aventino, ingeniándose en establecer un parangón entre los plebeyos de Menenio, sublevados contra la tiranía de los patricios y del Senado y la impaciencia desesperada de los pueblos de América, sin tribunos autorizados para defenderlos contra los opresores.

De repente, Bolívar se pone en pie. Una emoción sobrehumana le anima; sus cabellos, levantados por el viento, le hacen una aureola. Sus mejillas palidecen y se animan, una llama arde en su mirada. De su boca brotan frases entrecortadas, sonoras: "¿Conque este es, dijo, el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bru-

(155) Probablemente en 1824 fue cuando Bolívar escribió, después de su ascención al Chimborazo, el célebre *Delirio*, obra de verdadera inspiración romántica. A esta asombrosa página cuadraría el final del relato de Chateaubriand: "Echo du rivage américain, répétez les accents de René..."

"Yo venía envuelto con el manto de iris *(a)* desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir a la Atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt: seguílas audaz: nada me detuvo: llegué a la región glacial; el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso las manos de la eternidad en las sienes excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de iris que me ha servido de estandarte ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales: ha surcado los mares dulces: ha subido sobre los hombros gigantescos de los Andes: la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad: Belona ha sido humillada por los rastros del iris: ¿y yo no podré trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? Sí podré; y arrebatado por la violencia de un espíritu des-

to, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector, para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de un meretriz; sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano cien Calígulas y por un Vespasiano cien Claudios... Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas, desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero para la emancipación del es-

---

conocido para mí, que me parecía divino, pasé sobre los pies de Humboldt, empañando aún los cristales eternos que circuyen al Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento y con mis pies los umbrales del abismo.

"Un delirio febril embarga toda mi mente: me siento como encendido de un fuego extraño y superior: —*Era el Dios de Colombia que me poseía.*

"De repente se me presenta el tiempo bajo el semblante venerable de un viejo cargado de los despojos de las edades, ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano.

"Yo soy el Padre de los siglos: soy el arcano de la fama y del secreto: mi madre fue la eternidad: los límites de mi imperio los señala el infinito: no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte: miro lo pasado, miro lo futuro, y por mi mano pasa lo presente. ¿Porqué te envaneces, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees acaso que el Universo es algo? ¿Que montar sobre la cabeza de un alfiler es subir? ¿Pensáis que habéis visto la santa verdad? ¿Imagináis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del infinito que es mi hermano. Sobrecogido de un sagrado terror, ¿cómo ¡oh Tiempo! respondí, no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino el Universo con mis plantas: toco al Eterno con mis manos: siento las prisiones in-

píritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada". Y luego, volviéndose hacia Rodríguez: "Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por mi honor, juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español (156)."

El Libertador iba a cumplir tan ambiciosa promesa. Los sacrificios que habían de confirmarla y que Bolívar presentía con certeza le dan conmovedora amplitud. La empresa escogida por el futuro libertador para entregarse a ella por completo, aceptando de antemano todas las peripecias posibles inherentes a una empresa magna era digna de la grandeza de su alma. Y, descartando de él la ampulosidad romántica, el juramento del Monte Sacro lleva el sello de una indiscutible sublimidad.

Romántico, Bolívar lo era por esencia, y nunca dejó de serlo, pues estaba impregnado de aquella "superabundancia de vida" que sólo un instante pidió Chateaubriand a las libres y fértiles soledades del Nuevo mundo (157). Los orígenes españoles, exaltados por

---

fernales bullir bajo mis pasos: estoy mirando de una guiñada los rutilantes astros: los soles infinitos: he visto sin asombro el espacio que encierra la materia; y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los libros del destino. Observa, me dijo, aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado; dí la verdad a los hombres... el fantasma desapareció.

"Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita: resucito: me incorporo: abro con mis propias manos mis pesados párpados: vuelvo a ser hombre, y *escribo mi delirio*". D. XIV, 4550.

(a). Los colores fundamentales del arco-iris, el azul, el amarillo y el rojo, habían sido escogidos por los colombianos para su bandera. V. infra, lib. II, c. III.

(156) Recuerdos recogidos de boca de don Simón Rodríguez y publicados en *El libro del Centenario*. Bogotá, 1883, por Manuel Uribe, t., p. 74.

(157) V. Chateaubriand, *René*.

el sol tropical, predisponían sin duda a Bolívar a ser, en este sentido, el más genuino representante de su época. Había cumplida asimilación, entre ésta y él, en cuanto a sentimientos y en cuanto a lenguaje. Nadie sintió en más alto grado las tormentas, el orgullo, la vanagloria y las quimeras del romanticismo, y ninguno hizo mayor abuso de las prosopopeyas y de las grandilocuencias. Pero hay siempre belleza, fuerza y grandeza en su estilo, como las había en su conducta, y sus insaciadas ambiciones llevan todas el sello de la generosidad. Rousseau, que no en vano ha sido calificado de "padre del romanticismo (158)", ejercía de este modo una acción indirecta y lógica sobre el espíritu de Bolívar.

Cierto que la poderosa personalidad del Libertador no es de aquellas en que es fácil descubrir influencia extraña. Pero, no le fue posible sustraerse al ascendiente de los dos hombres cuyo pensamiento y cuya acción dominan el siglo, y a Juan Jacobo y a Napoleón es a quienes pedirá Bolívar lecciones y ejemplos.

En efecto, el conquistador legislador y el escritor filósofo son los padrinos del genio de Bolívar. Les debe, si así podemos expresarnos, sus cumplidas glorias y sus cumplidos errores. Verdad que se ha guardado de invocar el nombre de Rousseau; si por casualidad habla de él, es para decir que "su estilo es quizás admirable pero que sus libros le molestan (159)"; sin embargo, constituyen éstos, en toda ocasión, su lectura favorita (160). Toma de los *Discursos* el fondo de su vocabulario, hasta tal punto que, al leer a Bolívar, cree uno veces leer una traducción de Rousseau. Cuando se trata de celebrar con fiestas los primeros éxitos de los ejércitos libertadores, consulta la *Lettre sur les spectacles*. El *Contrat Social* "faro de los legisladores (161)", es su código en política, y la *Profession de foi du vicaire savoyard* le sirve de religión (162).

(158) V. Pierre Lasserre, *Le Romantisme français*, París, 1907.
(159) La Croix, *Diario*, etc., op. cit., p. 43.
(160) V. Ducoudray-Holstein, *Mémoires*, etc.
(161) Joseph de Chénier.
(162) V. La Croix, *Diario*, etc., passim y p. 97.

Más severo aún se mostró Bolívar respecto de Napoleón. En varias ocasiones lo colma de invectivas: "Se hizo emperador, decía él cierta vez a su ayudante de campo O'Leary (163), y desde aquel día le miré como un tirano hipócrita, oprobio de la libertad y obstáculo al progreso de la civilización." Y al general Mosquera (164) le dice: "Desde que Napoleón fue rey, su gloria misma me parece el resplandor del infierno, las llamas del volcán que cubría la prisión del mundo." Pero la violencia misma de estos ataques bastaría para hacer dudar de su sinceridad, de no estar averiguado que le fueron dictados al Libertador por las circunstacias, y de no aparecer en cada uno de los períodos de su vida la preocupación, la obsesión misma de ajustarse en todo al Emperador y de igualarse en gloria con él.

Hemos oído a Bolívar, delante del único de sus confidentes a quien manifestó el fondo de su pensamiento: el general de La Croix (165), a quien ambicionaba también "convertirlo en su Las Cases (166)", manifestar la profunda emoción que le invadió cuando la coronación de Napoleón. Pues bien, una emoción del

(163) V. O'Leary, *Memorias*, etc., op. cit., cap. I, p. 15.

(164) Mosquera, *Memorias sobre la vida*, etc., op. cit., p. 11.

(165) La Croix (Louis, Perú de), nacido en Montelimar, antiguo oficial de la guardia imperial, pasó a América en 1818 y sirvió fielmente a Bolívar hasta 1830. Desterrado, cuando la muerte del Libertador, La Croix volvió a Venezuela en 1836, tomó parte en la revolución llamada de las *Reformas*, en *Caracas* el 8 de julio de ese mismo año, fue desterrado de nuevo, volvió a Francia y murió suicidado en París en 1837.

Durante el tiempo que estuvo con Bolívar en Bucaramanga, en 1828, fue cuando La Croix escribió el diario llamado *Diario de Bucaramanga* y del cual sólo una parte fue publicada en París en 1869 por mediación de Fernando Bolívar, sobrino del Libertador.

En él se hallan anécdotas y sobre todo juicios valiosos recogidos de la misma boca de Bolívar acerca de los hombres y los acontecimientos de su época.

Don Ismael López, diplomático y literato colombiano, ha descubierto muy recientemente en Caracas el manuscrito original de La Croix y se propone hacer publicar una edición completa de ese manuscrito, del cual ha tenido a bien comunicarnos, muy amablemente, el texto inédito.

(166) V. *Diario, passim*, y, principalmente, pp. 12 y 14.

todo semejante se apoderó de él cuando, conducido por Rodríguez, efectuó la peregrinación a las Charmettes (167), residencia inmortalizada por Rousseau. Y, en fin, ¿no es ternísimo testimonio de íntima y suprema predilección el haber legado por testamento a su ciudad natal, aquel ejemplar del *Contrat social* que había pertenecido al desterrado de la isla de Santa Elena, y que con tan constante cariño había hojeado el Libertador (168)?

Como contraposición a la influencia ejercida por Rousseau sobre Bolívar, no carece de cierto interés el notar la que el filósofo de Ginebra acabó por tomar sobre Rodríguez. Después del viaje a Italia, maestro y discípulo se perdieron de vista durante unos veinte años. Mientras subía su *Emilio* los escalones de una sublime carrera, don Samuel Robinsón seguía recorriendo Alemania, Turquía, Rusia, en donde Pestalozzi desdeñado, proseguía, no sin heroísmo, un oscuro apostolado pedagógico. La fortuna de Bolívar le llevó de nuevo a América en 1824. Llegó allí con proyectos considerables, no siendo el menor de ellos la constitución de las nacionalidades del Nuevo Mundo en un vasto Estado comunista en donde reinaran únicamente la igualdad y la dicha.

Indulgentísimo para los atrevimientos de su antiguo maestro, le dio carta blanca el Libertador: salió Rodríguez para el Alto Perú, provisto de recomendaciones para el presidente Sucre. Pero ya había gastado más de doce mil pesos antes de la inauguración de la primera de las escuelas modelos en las que pretendía formar jóvenes ciudadanos dignos de su república. Pronto tuvo Sucre que mandar cerrar aquel extraño y costoso establecimiento. No mejor suerte tuvo un nuevo ensayo en Colombia. Prorrumpió en amargas quejas Rodríguez. Mas, ya era demasiado tarde. Bolívar, en el ocaso de su carrera no pudo ya prestar oídos complacientes a las empresas del infortunado don Simón. Las angustiosas cartas que dirigía al Libertador quedaron

(167) O'Leary, *Memorias*, etc., p. 25.
(168) Testamento de Bolívar, D., XIV, 4556.

sin contestación. "...Al lado de usted haría una función importante... Mientras usted conserve algún poder tendrá muchos amigos, y a centenares quien lo sirva por servirse a sí mismos; no sé si usted cayese en desgracia, quien sería su Bertrand... Si usted continúa influyendo en los negocios públicos, soy capaz de hacer, y deseo hacer lo que ninguno (sea quien fuere) por el bien de la causa y por honor de usted... y si por desgracia de la América tuviese usted que retirarse a alguna Santa Elena, lo seguiría gustosísimo (169)". Con la muerte de Bolívar se fueron las últimas esperanzas de don Simón, quien se retiró a Huaymas, en el Perú, en donde acabó tristemente sus días (1854).

Y, no obstante, en la misma fuente habían bebido maestro y discípulo, en la peligrosa fuente de Juan Jacobo, fortaleza de las almas vigorosas, filtro fatal para los espíritus desfallecientes.

Nunca olvidó Bolívar que Rousseau le había sido revelado por Rodríguez. Escuchemos con qué ardientes palabras le acoge a su regreso a América; con qué entusiasmo le incitaba, medio convencido él mismo, a intentar, en la espaciosa libertad de una tierra nueva, el experimento primitivista: "¡Oh, mi maestro! ¡Oh, mi amigo! ¡Oh, mi Robinson! Usted en Colombia, usted en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito! Sin duda es usted el hombre más... extraordinario del mundo. Podría usted merecer otros epítetos; pero no quiero dárselos, por no ser descortés al saludar a un huésped que viene del Viejo Mundo a visitar el Nuevo. Sí, a visitar su patria que ya no conoce... que tenía olvidada; no en su corazón sino en su memoria. Nadie más que yo sabe lo que usted quiere a nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda usted cuando fuimos al Monte Sacro en Roma, a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, mi juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener.

(169) Carta de Oruro, 30 de septiembre de 1827. O'Leary, *Documentos*, t. IX, p. 514.

"Usted maestro mío ¡cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! con qué avidez habrá usted seguido mis pasos, dirigidos muy anticipadamente por usted mismo... No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted, me ha dado: no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado: siempre presentes a mis ojos las he seguido como guías infalibles... Mil veces dichoso el día en que usted pisó las playas de Colombia. Un sabio, un justo más, corona la frente de la erguida cabeza de Colombia. Yo desespero por saber qué designios tiene usted sobre todo: mi impaciencia es mortal... Ya que no puedo volar hacia usted, hágalo usted hacia mí; no perderá usted nada. Contemplará usted con encanto la inmensa patria que tiene labrada en la roca del despotismo por el buril victorioso de los libertadores, de sus hermanos de usted. No, no se saciaría la vista de usted delante de los cuadros, de los colosos, de los tesoros, de los secretos, de los prodigios que encierra y abarca esta soberbia Colombia. Venga usted al Chimborazo. Profane usted con su planta atrevida la escala de los Titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del Universo Nuevo. Desde tan alto tenderá usted la vista, y al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena, podrá decir: "Dos eternidades me contemplan, la pasada y la que viene..." Amigo de la naturaleza, venga usted a preguntarle su edad, su vida y su esencia primitiva... Allá está encorvada bajo el peso de los años, de las enfermedades y del hálito pestífero de los hombres: aquí está doncella, inmaculada, hermosa, adornada por la mano misma del Creador (170)..."

(170) Carta de Pativilca, 17 de enero de 1824. *Correspondencia del Libertador*, t. I, p. 392.

LIBRO II

EL PRECURSOR

———

CAPITULO PRIMERO

MIRANDA

I

Salió Bolívar de Roma en septiembre de 1805 y fue a Nápoles, en donde pasó varios meses. Se resentía del excesivo cansancio del año anterior, y, a pesar de su impaciencia por volver a Venezuela, sólo a fines de mayo de 1806 le fue posible pensar en el regreso.

Se fue entonces a París, con Rodríguez, sin hacer escala alguna en el camino. Fanny, sabedora de las resoluciones de su primo, a quien tanto había ella exhortado antes a que acometiera una empresa gloriosa que había de iniciarse con aquel viaje, se desesperaba ahora, al considerar lo inminente de la separación. Suplicó a Bolívar que aplazara su salida. Pero fueron vanos sus ruegos. Según había ella de decirle más tarde: "Ya el amor a la gloria se había apoderado de todo su ser, y sólo pertenecía usted a sus semejantes por el prestigio que les ocultaba el genio que las circunstancias han aumentado (1)."

(1) Carta de Mme. du Villars al Libertador. París, 6 de abril de 1826. O'Leary, *Doc.*, t. XII, p. 293.

Por los Países Bajos y Alemania, en donde pasó otras cuantas semanas, llegó Bolívar a Hamburgo, en donde se embarcó, en septiembre, para América.

Poco después legaba a Boston, saludaba con entusiasmo los campos de Lexington, y visitaba las principales ciudades de la joven república. El *stage coach* le condujo a Nueva York, tan poblada ya, llena de movimiento, alegre, en donde ya se anunciaba la prosperidad. Fue a Filadelfia, pasó algunos días en Washington, después en Charleston, en donde, por fin, se embarcó en un navío de comercio que salía para las costas de Venezuela, y que llegó a La Guayra hacia mediados de febrero de 1807 (2).

Los acontecimientos que se habían efectuado en la colonia durante la ausencia de Bolívar le interesaron mucho esta vez, y oyó con gran emoción su detalle. En el momento mismo en que la cabeza ensangrentada de España era izada a una horca, a la entrada del puerto de La Guayra, el 19 de mayo de 1799, las autoridades de la capitanía general acababan de descubrir otra conspiración. Su instigador, Francisco Javier Pirela, oficial de las milicias de los mulatos de Maracaibo, fue arrestado y condenado, en 30 de julio de 1800, a prisión perpetua, con diez de sus cómplices. La severidad empleada para con aquellos conspiradores sobre quienes no pesaban, preciso es reconocerlo, sino presunciones bastante vagas, parecía haber asegurado por largo tiempo la paz en Venezuela, cuando de nuevo se vio amenazada por la expedición del general Miranda, en 1806.

Aunque no pareció que esta tentativa había de producir más resultados que las demás, las circunstancias que habían acompañado su preparación, el atrevimiento de su promotor, los apoyos con que se sabía que contaba en los Estados Unidos, y sobre todo en Inglaterra, la posibilidad de verle aparecer de nuevo cuando menos se le esperara, habían provocado particular emoción en los círculos políticos de Caracas.

(2) Correspondencia de A. Dehollain-Arnoux con Bolívar. O'Leary, *Doc.*, t. XII, pp. 289-292.

El nombre de Miranda, célebre entonces en toda Europa, era pronunciado con fervor en las colonias españolas por todos aquellos que, desde México a la Plata, soñaban con independencia, y la causa a la que había consagrado ya treinta años de la existencia más agitada que pueda concebirse, parecía haber de tener en él el más calificado campeón.

La duquesa de Abrantès refiere en sus *Memorias* que el general Bonaparte, en una visita que hizo a su madre, madame de Permon, después de las jornadas de "prairial", dijo que había comido hacía poco "con personas muy notables. Hay entre ellas una con quien desearía volverme a encontrar, añadió Bonaparte: es otro don Quijote salvo la locura". —¿Cómo se llama? le preguntó mi madre. —El general Miranda. Este hombre tiene en su alma el fuego sagrado" (3).

La vida toda de Miranda fue la paráfrasis de este juicio. Nacido el 14 de junio de 1756, en Caracas, de padres españoles —de origen vasco por su familia paterna— Francisco de Miranda tenía diecisiete años cuando su padre asignó ante la Audiencia a ciertos representantes de la aristocracia que le negaban derecho nobiliario para el mando de una de las milicias criollas. Una real orden de 12 de septiembre de 1770, al fallar a favor de don Sebastián de Miranda, mandaba a las autoridades y a los miembros de la nobleza colonial "que le reconocieran, so pena de graves sanciones, los orígenes y las cualidades reivindicadas". Francisco, cuyo carácter altivo se había sentido ajado con aquel proceso, salió casi en seguida de su ciudad natal y se fue a España, deseoso de hacerse allí un porvenir en la carrera de las armas.

Tuvo pronto ocasión de distinguirse bajo las órdenes del conde de O'Reilly (4), que mandaba la expedición enviada contra Argel por el ministro Grimaldi, en 1774. Cinco años después, en 1779, salió para Amé-

(3) Duquesa de Abrantès, *Mémoires*. París, 1831, t. I, cap. XVIII, p. 329.

(4) O'Reilly (Alejandro, conde de), general español, nacido hacia 1722, muerto en 1794. Nombrado gobernador de la Luisiana en 1768, se hizo odioso por sus ferocidades contra los colonos franceses.

rica del Norte, en donde contribuyó al éxito de la campaña del Misisipí. Formaba entonces parte del estado mayor del general Gálvez (5), con grado de capitán. Terminada la guerra, Miranda fue enviado de guarnición a La Habana, pero quedó allí poco tiempo: su rápido ascenso, la estima y la amistad que le demostraba el capitán general de Cuba, don Juan Manuel de Cajigal, habían excitado celos. Encargado por su jefe de la misión secreta de informarse acerca de la organización de la defensa de las Antillas inglesas, se vio, a su regreso, acusado por sus enemigos de malversaciones y de contrabando. Implicado él mismo en aquella acusación, el capitán general tuvo que intentar un proceso que fue arrastrándose y cuyo fallo, por cierto favorable a Cajigal y a Miranda, sólo en 1800 fue pronunciado. Hizo dimisión Miranda y se marchó a los Estados Unidos.

Allí residió por espacio de algunos meses, y aquella estancia le descubrió su vocación. "Mi primer pensamiento, decía él recordando aquella época de su vida, fue un sentimiento de celos, de celos patrióticos, al pensar en la emancipación de los Estados Unidos, y lo primero que brotó de mi alma fue un ferviente voto por la libertad de la tierra que me había visto nacer, pues no me atrevía, por entonces, a llamar patria a la América del Sur (6)."

Desde aquel momento encarnábase en Miranda el espíritu enciclopedista que puso en movimiento la Revolución Francesa y que había de inspirar la emancipación de la América latina. No obstante, la iniciación de este verdadero precursor a tales doctrinas databa de su primera llegada al Viejo Mundo, cuando, apenas terminados sus estudios en España, se había ido a París, en 1772, deseoso de adquirir mayor instrucción. "Era aquella la época en que florecía la gloria del célebre abate Berthélemy, quien a más del

(5) Gálvez (Bernardo Madrid Cabrera Ramírez y Márquez, conde de), general español; nació en 1756, falleció en 1794. Gobernador de la Luisiana, conquistó la Florida en 1781, y fue virrey de México (1785-1786).

(6) Serviez, *L'Aide de Camp ou l'Auteur inconnu*, op. cit., cap. X.

latín y del griego, sabía hebreo, caldeo, árabe, matemáticas; había seguido a Choiseul cuando fue de embajador a Roma, y acababa de publicar su libro *Les Antiquités d'Herculanum*... El espíritu latino de Bruto resucitaba triunfante contra la autocracia franca de los Capetos (7)." Penetrado de aquel espíritu, y apasionadamente seducido por la nueva moral que de él resultaba, Miranda hizo en Francia considerable acopio de obras filosóficas, y, de regreso a Madrid, no tardó en reunirse con el reducido grupo de pensadores independientes cuyo entusiasmo no se acobardaba ante los amenazadores rigores de la Inquisición. Se afilió a la masonería, y cuando, a solicitud de Franklin, "las logias francesas enviaron tropas a los *filadelfos* de la América del Norte con objeto de ayudarles a arrojar la aristocracia inglesa de sus ciudades liberales (8)", Miranda se alistó en el cuerpo expedicionario español que, con el de Rochambeau, contribuyó a la emancipación de los Estados Unidos.

Este precedente, y las hazañas que motivó, habían de merecer notable prestigio a Miranda entre los principales personajes militares y políticos de la república federal. El joven teniente coronel, que, desde su llegada a la América del Norte, había sido presentado al general Washington por el ministro de España en Filadelfia, halló de nuevo fraternal acogida en aquel medio. Miranda se dedicó a ganar sus simpatías en favor de la causa de la que se constituía el apóstol. Esta es, en efecto, la sola palabra que puede definir cabalmente la infatigable y múltiple actividad con que Miranda, sacrificando desde aquel momento su reposo y su vida al triunfo de su ideal, iba a recorrer tres continentes en busca de los medios que le permitieran realizarlo.

Verdad que estaba dotado superiormente para llegar adonde deseaba. De gran estatura, "de apostura y de rostro nada comunes, más por su originalidad que por su belleza, tenía la mirada fogosa de los españoles,

(7) Paul Adam, *L'esprit de Miranda*, 1902.
(8) Paul Adam, *L'esprit de Miranda*, 1902.

tez morena, labios delgados de los cuales brotaba ingenio, aun en su silencio mismo (9)"; nariz bastante corta, recta y afilada en su extremidad; barbilla ancha, cuello bien afirmado sobre anchos hombros, andar firme y altanero; de modales algo bruscos, siempre sencillo y limpio en el vestir; voz baja, vibrante y ruda; todo en él indicaba el hombre de acción, el militar, el jefe. No obstante, era cultísimo, discreto, sagaz, ingenioso, de conversación brillante y amena, aunque a veces también, sombrío, silencioso y concentrado, lo cual desconcertaba a sus interlocutores. Dotado de poderosa voluntad, "lo que quería, queríalo con una especie de encarnizamiento (10)". La libertad de su patria fue su única pasión y el móvil de cada uno de sus actos. Para conseguirla, puso todos los recursos de su espíritu al servicio de la intriga, y no vaciló en acudir a todos los medios. Contaba menos con los acontecimientos que con los hombres, los cuales casi siempre le traicionaron. Se dejaba sorprender y desconcertar por la fortuna, sin desviarse nunca de la abnegación de sí mismo, que parece haber sido su virtud dominante, y de la "frialdad heroica (11)" que nunca le abandonó.

II

Al marcharse de los Estados Unidos, hacia fines de 1784, Miranda ambicionaba obtener para la América del Sur lo que Franklin había obtenido para la América del Norte: socorros políticos, financieros y militares, la valiosa y generosa ayuda de otro La Fayette, y la amistad de un soberano poderoso (12).

La emperatriz Catalina de Rusia se ofreció a desempeñar este último papel, aunque no del mismo modo que lo entendía Miranda. Seducida por la apostura y la elocuencia del *conde* de Miranda —título con el

(9) *Mémoires de la duchesse d'Abrantès,* op. cit., p. 331.
(10) Serviez, *L'Aide de Camp,* etc., op. cit., cap. X.
(11) Michelet, Juicio sobre Miranda, *Histoire de la Révolution française,* 1879, t. VI, p. 341.
(12) Cf. Paul Adam, op. cit.

cual había sido presentado por Potemkine en 1787— la zarina le recibió en Kieff, en donde se hallaba ella entonces. Le escuchó con interés, le ofreció, desde la primera entrevista, un nombramiento de coronel, y pareció conquistada a sus proyectos, prometiendo su ayuda. Admitido a la intimidad de la emperatriz, Miranda la siguió a Petersburgo, soñando de continuo con libertad en medio de las fiestas y de las delicias del Ermitage. Mas, no tardó en convencerse de que "la indulgencia de Catalina para las ideas nuevas procedía menos de la superioridad de su espíritu, de su correspondencia y de sus relaciones con algunos filósofos, que de la seguridad en que se hallaba respecto de su poder absoluto (13)". Renunció pues a obtener de su poderosa amiga algo más precioso para él que halagos, favores y promesas vagas, y de nuevo se puso en camino.

Ya en 1785, en Potsdam, había tenido que resignarse a una decepción, aunque menos imprevista. Federico el Grande le colmó de atenciones y consejos, y le invitó, al tiempo que a La Fayette, a ver maniobrar sus granaderos. Al año siguiente, no menos estima le demostró José II; pero como los demás, se limitó a vagas promesas de apoyo.

En los intervalos de estas visitas, Miranda viajaba. Recorrió Holanda, Dinamarca, Suecia, Polonia, Italia, Grecia, Turquía, la Crimea, el Asia Menor, y por fin Egipto (14), de donde pasó nuevamente a Inglaterra a principios de 1790, diríase que más aguerrido, y más consciente de su misión, después de aquel largo aprendizaje de migraciones y de aventuras. Habríase dicho que traía alguna revelación profunda, algún desconocido prestigio. Su riqueza y su austeridad, las relaciones que se le veía sostener familiarmente con los hom-

(13) Conversación de Miranda con Serviez, *L'Aide de Camp*, etc., op. cit., cap. IX.

(14) V. Becerra, *Vida de Miranda*, t. II, cap. XXVI, y James Biggs, *The history of D. Francisco Miranda's attempt to effect a Revolution in South America in a series of letters by a gentleman who was an officer under that General, to his friends in the United States. Boston, 1810*, Letter XXVII.

bres más considerables, su memoria "inconcebible", dice un contemporáneo (15), su polimatía, la gravedad de su conducta, el velo con que la encubría, hacen de él un personaje que sorprende tanto por su amplitud como por su misterio.

En esto, acababa de estallar en Francia la tormenta revolucionaria, y se apercibía el nuevo gobierno a luchar contra la Coalición. Miranda se debía a sí mismo el desempeñar un papel en "aquel campo de batalla de sus ideas (16)". Llega a París el 25 de agosto de 1792. El 1º de septiembre, se une a Dumouriez, en Sedan, con el grado de mariscal de campo de los ejércitos de la República.

Desde las primeras operaciones dio Miranda la medida de sus capacidades. Merced a su admirable sangre fría pudo efectuarse, después de la sorpresa de los desfiladeros de la Argonne, la famosa retirada de Islettes a Sainte-Menehould, que salvó del desastre el ejército. El 29 de octubre, la ciudadela de Amberes se entrega al primer lugarteniente de Dumouriez. Algunas semanas después, la popularidad del capitán general descontenta a los Jacobinos, despierta desconfianza en Brissot, y está a punto de valerle a Miranda, ahora teniente general, el mando supremo que ejercía él durante la ausencia de Dumouriez.

La ejecución de Luis XVI, subleva a toda Europa contra Francia. Reanúdase la campaña en Bélgica, y Dumouriez se deja arrastrar cada vez más a la terrible aventura que ha de cubrir de eterno oprobio su memoria. La primera operación del plan premeditado por él es la toma de Maëstricht. El 18 de febrero, Miranda, encargado de aquel ataque cuyos peligros ha previsto, se ve obligado a obedecer. La plaza resiste, llegan los austriacos, y, el 3 de marzo, el ejército se repliega sobre Lieja. El pueblo se subleva en Flandes. Dumouriez, que desde aquel momento está resuelto a romper con la República, escribe al presidente de la

(15) Barras, *Mémoires*, publicadas por Georges Duruy, París, 1895, t. II, cap. III, p. 36.
(16) Lamartine, *Histoire des Girondins*, lib. XXVII, cap. II.

Convención su famosa carta del 12 de marzo. La enseña a Miranda, cuya fe revolucionaria se rebela: "¿Volver a París, exclama, y, con qué objeto?" —"A la cabeza del ejército, contesta Dumouriez, para restablecer la libertad". —"Este remedio, ciudadano general, es peor que el mal, y a ello me opondré con todas mis fuerzas." —"¿Qué, se batiría usted contra mí?" —"Desde luego, si usted se bate contra la República." —"¿De modo que será usted Labieno?" —"Labieno o Catón, siempre me verá usted del lado de la República (17)."

Desde aquel momento, Dumouriez descartó a Miranda de sus consejos. La batalla de Nerwinden, en la que, como ha dicho Michelet, el general en jefe reservaba a su acusador posible "el papel de ser derrotado (18)", se efectuó algunos días después. El ala izquierda, mandada por Miranda, se componía principalmente det voluntarios inexpertos y de los batallones menos seguros. Sufrió un furioso ataque. Hizo Miranda cuanto pudo para reunir las tropas dispersas y resistir el empuje de los soldados de Benjowski, a las repetidas cargas de los escuadrones del archiduque Carlos. Pero tuvo que ceder ante el número, la audacia y el valor del enemigo. Dumouriez había publicado su carta a la Convención y se sentía comprometido sin remedio. Intentó hacer desviar sobre su lugarteniente las presunciones que sentía él pesar sobre su propia cabeza. Mientras acudía Miranda a París para justificarse de las calumniosas acusaciones de aquel jefe que no temía, después de haberle sacrificado, imputarle el desastre de Nerwinden, Dumouriez, rodeado de jinetes austriacos, atravesaba la frontera y se pasaba al enemigo.

Acusado ante el comité de la guerra, no le costó trabajo a Miranda convencer a sus jueces. Demostró que Dumouriez se había negado a escucharle y que había despreciado sus avisos, limitándose a enviarle

(17) Marqués de Rojas, *El general Miranda*, París, 1884, p. 271. —Becerra, *Ensayo histórico*, etc., op. cit., t. II, cap. XXVI.— Chuquet, *La Trahison de Dumouriez*, Paris, 1891, p. 138.

(18) Michelet, *Histoire de la Révolution*, op. cit., t. VI, p. 423.

por correo órdenes que él había ejecutado lo mejor posible. "Fracasó la acusación, dice un contemporáneo (19), tanto por el talento de Miranda como por la bondad de su causa". La firme seguridad de sus contestaciones, la noble altivez de su actitud hicieron superflua la elocuente defensa de Chauveau-Lagarde. Y, aunque los Girondinos, a cuya influencia debía Miranda el haber sido enviado al ejército, en la actualidad perdidos en la opinión pública, no podían alzar la voz a favor de su antiguo protegido, y a pesar de que este mismo recuerdo constituía un terrible motivo de cargo contra el acusado, el tribunal revolucionario, por unanimidad de votos, le declaró exento de toda culpabilidad. Cada jurado, cada juez, al emitir su opinión, añadió un elogio para Miranda, y éste, cuya cabeza era pedida días antes, fue llevado en triunfo hasta su casa (20).

La fatalidad, que persiguió siempre a Miranda, se mofó de él cruelmente. De nada le servían las cualidades y el talento desplegados durante aquella campaña. Desde luego, su profundo cariño a la Revolución Francesa le movió a combatir entre sus defensores: pero le impulsaba sobre todo la esperanza de conquistar una gloria con cuya recompensa contaba él para servir los intereses de su patria. Quedaba íntima y fielmente adicto al proyecto de emancipación de América, para el cual había contado con el apoyo de la Francia de la Libertad; pues pensaba él que no había de negar tal apoyo a uno de sus salvadores.

Además, este proyecto secreto no era ignorado del consejo ejecutivo, y varias veces, en el transcurso del año 1792, se había tratado de la independencia de la América española. Miranda había tomado parte en las combinaciones que Dumouriez, ministro de relaciones exteriores, preconizó en marzo, pretendiendo asociar a

(19) Champagneux, *Supplément aux notices historiques de la Révolution pour faire suite aux Mémoires particuliers de Mme Roland.* Collection Barsière, Paris, 1847, t. VIII, p. 483.

(20) Champagneux, op. cit., y Archives Nationales. W. I *bis. Tribunaux révolutionnaires, Affaire Miranda. Jugement du 16 mai 1793.*

ellas a Inglaterra, con lo cual se obtenía su neutralidad. Después del 10 de agosto, el agente Noël había recibido encargo de insinuar en Londres "la idea de una acción común destinada a asegurar al comercio de los dos países las colonias españolas de la América del Sur", y las instrucciones que llevaba Talleyrand, cuando a su vez salió para Inglaterra, el 8 de septiembre, le prescribían también que tratara de hacer que el gobierno del rey Jorge adoptara aquel mismo proyecto (21).

La llegada de Miranda a París y las precisiones que suministró al consejo ejecutivo acerca de la situación de América determinaron al ministro Lebrun a insistir con los agentes franceses en Londres para que decidieran a los ingleses a aceptar el proyecto: "Sabemos, escribía Lebrun a Chauvelin, el 14 de septiembre, que los habitantes de la Luisiana desean sacudir el yugo. Tanto más favorable es el momento para Inglaterra, respecto de esa conquista, cuanto que España está entregada a sus propias fuerzas y sin esperanza de socorro por parte nuestra". Noël tenía encargo de propagar esta idea entre el público (22).

La guerra había, por entonces, modificado los planes del consejo ejecutivo; pero, desde fines de 1792, Brissot y los amigos de Miranda se pusieron en campaña para que se realizara el proyecto. La desconfianza con que la Convención miraba a sus generales, sospechados por ella, en principio, de estorbar los progresos de la República, no se extendía hasta el "peruano" Miranda; sin duda que era él solo contra quien no pareciera aplicable "la ingratitud, virtud necesaria a los republicanos". Los ejércitos franceses ocupaban Bélgica, varias ciudades del Rhin, Niza y Saboya. Tomaba incremento la idea de una propaganda para la libertad universal de los pueblos. Los ministros concibieron el proyecto "de incendiar las cuatro puntas de Europa", y formaron planes de guerra contra Italia, Suiza, Alemania, Nápoles y España; sobre todo

(21) V. Sorel, *L'Europe et la Révolution*, t. II, pp. 420-422.
(22) V. Sorel, *L'Europe et la Révolution*, t. III, pp. 20-21.

contra estas dos, por ser las dos monarquías borbónicas (23).

Sabedor del peligro a que una revolución de las colonias españolas expondría a su soberano, pensó de nuevo Lebrun en sublevar la Costa Firme. Decidió enviar a los Estados Unidos el embajador Genet, con misión secreta de fomentar dicha revolución (24). Los establecimientos franceses de Santo Domingo, en donde se reunirían tropas, habían de formar una base que parecía excelente. "La suerte de la empresa, escribía Brissot a Dumouriez, depende de un hombre. El está a vuestro lado; le conocéis y le estimáis; es Miranda. Nuestros ministros buscan un hombre con quien reemplazar a d'Esparbès en Santo Domingo. Un rayo de luz me ha venido y les he dicho: Nombrad a Miranda. Este hombre apaciguará en breve las miserables querellas de los colonos, dominará la turbulencia de los blancos, se hará amar de las gentes de color, y en seguida con cuánta facilidad podremos insurreccionar las islas vecinas, y aún el continente entero que domina el gobierno español (25)".

Harto bien informado de los escasos recursos que para tal operación ofrecía Santo Domingo, se negó Miranda a secundar este proyecto. Además, tenía miras más altas respecto de los socorros que pudiera obtener de la Convención. Mientras tanto, sometió a Pétion y a Brissot un plan de ataque y de organización de las colonias españolas (26) cuyo éxito le parecía más seguro... Las circunstancias que tan rudo golpe acababan de asestar a las esperanzas de Miranda, iban por cierto a agravarse aún, reduciendo, esta vez, a nada sus proyectos.

Instaurábase el Terror. Halló a Miranda instalado en una casa de campo comprada por él en las puertas

(23) V. Dareste, *Histoire de France,* 1885, t. VII, lib. XLVIII, § 7.

(24) V. Sorel, *L'Europe et la Révolution,* t. III, p. 157.

(25) Becerra, *Vida de Miranda,* op. cit., t. II, p. 358.—V. también Arístides Rojas, *Miranda en la Revolución Francesa.* Caracas, 1889. —Mallet du Pan, *Considérations sur la nature de la Révolution de France,* p. 37, y Arch. Nat. F7, 6318 b.

(26) El mismo que propuso a Pitt en 1794. V. § siguiente.

de París, en Menilmontant. Allí estaba, rodeado de libros, de cuadros, de objetos de arte, gozando de amplio bienestar y tratando espléndidamente a sus amigos (27). Semejante lujo no constituía seguramente un "certificado de civismo", y el comité de salud pública no estaba dispuesto a la indulgencia respecto a Miranda. Los Girondinos, en quienes había buscado apoyo, caían unos tras otros en manos de sus enemigos, y la denuncia de un criado, el ciudadano Malissart, vino a punto para legalizar la acusación de "sospechas" que pesaba sobre la cabeza del amigo de la facción vencida. Miranda fue arrestado el 9 de julio de 1793 (28). Conducido a la prisión de la Force, pasó en ella más de dieciocho meses, sobrellevando con un estoicismo que admiró a sus compañeros de infortunio las angustias y las alarmas de aquel temible cautiverio (29). A pesar de la caída de Robespierre y de haber finalizado el régimen terrorista, sólo en diciembre de 1794 recobró Miranda su libertad.

Después de aquel largo y dramático entreacto, le vemos volver con más ardor que nunca a su apostolado. La casa de Ménilmontant es el centro de reunión de todos los emisarios de los liberales sudamericanos. Ningún hombre de cuantos han desempeñado algún papel en el período preliminar de la emancipación de las colonias españolas, ha dejado de estar, desde aquel momento, en relaciones seguidas con Miranda, ya personalmente, ya por correspondencia. Estaba encarcelado cuando pasó por París Nariño; así, pues, no pudo éste verle; pero logró Miranda hacer llegar hasta Nariño instrucciones precisas para la misión que llevó a cabo en Londres (30), y su compañero Zea (31), que

(27) V. Champagneux, op. cit., p. 493.
(28) Arch. Nat. F7 4774.
(29) V. Champagneux, ibid.
(30) Copy of a paper delivered to lord Melville. October 14 th. 1804. Record Office. *War Office,* I, nº 161.
(31) Zea (Francisco Antonio), nació en Medellín, provincia granadina de Antioquia en 1770. Hizo buenos estudios en los colegios de Popayán y de San Bartolomé en Santa Fe. Implicado en 1794 en el proceso de Nariño, fue enviado a Madrid. Fue indultado, pero

representaba las aspiraciones de Nueva Granada, fue, algún tiempo después, uno de los familiares de las reuniones de Ménilmontant.

Además, Miranda tenía varios domicilios en París: en la calle Saint-Florentin, en la calle del Mont-Blanc, en la calle de Saint-Honoré (32), y, sucesivamente, el venezolano Iznardi, el habanero José Caro, Baquijano (33), mandatarios de los patriotas del Perú; el chileno Cortés Madariaga (34), y otros más, fueron sus comensales en dichas moradas. Periódicamente, aquellos delegados recibían la convocatoria siguiente: "Mañana, a la hora de siempre, y en el sitio acostumbrado, le espera a usted un grupo de filósofos amigos... (35)." Entonces se reunían y concertaban con ardor las medidas que convenía tomar. La conspiración de Gual y España, cuyas peripecias eran seguidas con ansiedad por "el grupo" a fines de 1797, sin duda que había tenido su punto de partida en aquellas reuniones.

---

no se le permitió volver a su patria. Entonces publicó hermosos artículos científicos y literarios en el *Mercurio Español*. En 1804, fue nombrado director del Jardín Botánico de Madrid. Fue uno de los diputados de la Junta de Bayona, en julio de 1808, y, luego, director general del ministerio de Gobernación hasta fines de la ocupación francesa. De regreso a América en 1815, le veremos presidente del Congreso de Angostura en 1819, vicepresidente y primer ministro plenipotenciario de Colombia en Europa, en 1821. Falleció en Bath (Inglaterra) el 28 de noviembre de 1822.

(32) Arch. Nat., F7 3688.

(33) Baquijano Carrillo (José), jurisconsulto peruano, miembro de la Audiencia de Lima, director de Estudios en la universidad de dicha ciudad. Más tarde, consejero de Estado en España, y conde de Villa Florida.

(34) Madariaga (José Cortés), nació hacia 1770 en Santiago de Chile. Después de varios años pasados en España, adonde fue a terminar sus estudios teológicos, regresó a América en 1806, fijándose en Caracas. Enviado como plenipotenciario de Venezuela a Nueva Granada, firmó allí el primer tratado de alianza entre ambos países, el 28 de junio de 1811. Arrestado, y luego enviado a España después de la caída de Miranda, fue encerrado en la fortaleza de Gibraltar, de donde consiguió escaparse en febrero de 1814. En 1816, vemos a Madariaga en Jamaica. El 8 de mayo de 1817, forma parte del Congreso llamado de *Cariaco;* vuelve a Jamaica el año siguiente, y, de allí, va a Cartagena. Falleció, olvidado, en Ríohacha (Nueva Granada) en 1826.

(35) Arch. Nat. F7 6285.

Con Francia es con quien más contaban entonces los sudamericanos. Su tradicional generosidad seguía siendo para ellos inderrocable dogma. Aquellos amantes de la Libertad esperaban con confianza el resultado de los destinos que se elaboraban en el formidable crisol de la revolución. Miranda seguía de cerca los acontecimientos y no renunciaba a la esperanza de tomar parte en ellos algún día; también él publicó, a ejemplo de los hombres de fama por entonces, sus *Reflexiones sobre el estado de Francia, y medios más adecuados para remediar sus desgracias* (36), y se esforzaba sobre todo por entablar amistad con todos aquellos que le parecían sucesivamente capaces de desempeñar un papel sobresaliente.

A la elección de aquellas relaciones procedía con un eclecticismo que con justo motivo había de sorprender a aquellos de sus contemporáneos que desconocían el secreto pensamiento del precursor. No tardó en tener fama de ser "el hombre más intrigante de Europa (37)". En efecto, desde fines del año III, se le veía de continuo convidado a comer por el embajador Barthélemy (38), que fue, en aquella época, el verdadero ministro de relaciones exteriores del Comité de salud pública (39). Nadie, y esto se concibe fácilmente, tomaba más interés que Miranda en las largas negociaciones para la paz con España, cuyos hilos estaban en manos de Barthélemy. Algunas semanas antes de los motines de "prairial", el general Menou, que gozaba de gran favor entre los hombres de la Convención, se hizo íntimo de Miranda. Algo más tarde, trató éste de entablar relaciones con Bonaparte, a quien había

(36) Véase un largo extracto de ese escrito, casi imposible de encontrar hoy día, en la obra de Becerra, t. II, cap. XXVIII. Es un elocuente llamamiento a la moderación y a la concordia, al que sirve de epígrafe la sentencia:

Tu, Galle, exemplo populus moderare memento.

(37) V. principalmente el juicio de Barras sobre Miranda, en *Mémoires*, op. cit., t. II, cap. III.

(38) Arch. Nat. F7 6283.

(39) V. Sorel, *L'Europe et la Révolution*, op. cit., t. IV, lib. II, cap. II, § 2.

visto por primera vez, el año antes, "en una comida en casa de una cortesana célebre, Jule Ségur, favorita de Talma, la cual vivía en la Chaussée d'Antin".

"Como Bonaparte era entonces desconocido, refiere Miranda (40), apenas hice caso de él; pero supo que era yo sudamericano, lo cual le incitó a conversar conmigo, y me dirigió un diluvio de preguntas a las que no contesté sino aquello que exigía la cortesía... Otro día que me encontré con él en casa de madame de Permon... le convidé a comer en mi casa de la calle del Mont-Blanc, en el hotel Mirabeau, donde residía yo entonces. Como mi fortuna me permitía asegurarme, en todos los sitios en donde me pluguiera establecerme, fondos bastante considerables, tenía yo a mi disposición costeados por mí, a unos cuantos de esos agentes que sirven bien a quienes los pagan, y vivía con gran holgura. Pero me veía obligado a ocultarla exteriormente. El día en que vino a comer a mi casa Bonaparte, noté su aire de asombro al aspecto del lujo de mi casa. Mis convidados eran algunos de los más enérgicos restos de la Montaña. En medio de ellos, Bonaparte, preocupado, soñador, manifestaba, con movimientos de cabeza, su asombro ante la violencia de nuestras expresiones. Desde entonces, ha dicho de mí: "Miranda es un demagogo; no un republicano".

Miranda era sobre todo un oportunista, y no desdeñaba la alianza de ninguno de los partidos que la incertidumbre de los tiempos podía conducir al poder. Con lo cual tuvo un pie en todos los complots. El 13 "vendémiaire" estaba con Marchena, Lafond, Vaublanc, Delalot y Richard Sérisy, entre los agitadores. Fue arrestado; pero, al cabo de un mes de detención en Plessis, hubo que soltarlo, por falta de pruebas (41). El 18 "fructidor", Miranda, comprometido de nuevo, es aprehendido y comprendido en la lista de los deportados a Cayena (42). Esta vez, ya no le era posible se-

(40) Serviez, *L'Aide de Camp*, op. cit. Confidencias de Miranda, cap. X.

(41) Arch. Nat. F7 3688.

(42) Decreto del 18 de Fructidor, año V. *Bulletin des Lois*, año V, 2ª serie, t. X. Bulletin, nº 142.

guir residiendo en Francia. Obtuvo, sin embargo, no se sabe por qué medio, el poder pasar cuatro meses más en París, y, sin ser en modo alguno molestado, salió para Inglaterra a fines de diciembre de 1797.

III

Las tradiciones de la política sudamericana de la Gran Bretaña habían, infaliblemente, de conducir al más informado de los obreros de la Independencia a solicitar de Londres aquel apoyo del que tanto esperaban los precursores para la realización de su proyecto. Así es que, no era ésta la primera vez que iba Miranda a Inglaterra.

Su carrera de agitador había comenzado, precisamente, por una visita de solicitud al Foreing Office. En aquel tiempo se presentó en éste lleno de ilusiones y de deferencia para con el solo país en que le parecía posible encontrar fácilmente, las simpatías y los socorros necesarios. Sin embargo, ningún éxito obtuvo aquella tentativa. Profunda impresión causó en Miranda tal desengaño; y, cuando, rechazado por otra parte, acudió de nuevo a los ministros británicos, no sin repugnancia se decidió a ello: esperábale otro fracaso. Ahora, por tercera vez le llevaban a Londres las circunstancias, sin haber abdicado nada, sin duda, de su esperanza, pero ulcerado, sintiendo pesar sobre él la violencia de una atracción que se hacía más penosa desde que la juzgaba, por decirlo así, fatal, y, también, comprometedora.

Las vicisitudes de las relaciones de Miranda con el gobierno inglés, de 1785 a 1810, resumen esencialmente las relaciones de las colonias españolas y de Inglaterra durante aquel período, y los sentimientos del representante de los liberales sudamericanos son también el reflejo mismo de los que se impusieron a sus compatriotas.

Desde el día en que los criollos, entusiastas y confiados, al entregar los destinos de su independencia en manos de la Gran Bretaña, se enfeudaron a su políti-

ca, no tardaron en convertirse en esclavos de ella. Y, si al pronto la consideraron como la protectora evidente hacia quien había de ser legítimo y ligero su agradecimiento, la detestaron luego como a una proveedora ineludible con la que no hay más lazos posibles que los del interés. La aversión al extranjero, dogma instintivo y fundamental de las nacionalidades jóvenes, penetraba también la conciencia de los sudamericanos a medida que los socorros exteriores les aparecían, como más necesarios, y a medida que progresaba su civismo. La frágil barquilla de la naciente patria sudamericana había ambicionado figurar en la histórica estela del buque de Albión. No tardo éste en arrastrala hacia la marejada y las tormentas. La barquilla se sentía expuesta a romperse contra los escollos, y al mismo tiempo sentía apretarse más a ella el cable de remolque: hastiada de tal sujeción, la tripulación de la barca pretendió un día desatar el cable; pero comprendió, iracunda y desesperada, que no estaba ya en su poder el bogar independiente.

Reducidos a no ser más que una puesta en el juego de la política inglesa, o convertidos en objeto de su codicia, se dieron cuenta los criollos de que se hallaban ya a merced de esta potencia. Entonces se dedicaron a suplir su debilidad por la habilidad y la astucia. Fue aquél un duelo silencioso, solapado, trágico, en el que, bajo las apariencias de concesiones y de halagos, los sudamericanos disimulaban su rencor alarmado contra un adversario insensible, conocedor admirable de sus propios intereses, atento únicamente a subordinar a ellos las contingencias, y, al mismo tiempo, impecable en la exteriorización de sus relaciones y en la obstinación de su conducta.

Esta evolución sentimental ha influenciado muy directamente la revolución sudamericana: a ninguna otra causa más cierta obedecen el aparente ilogismo de sus comienzos, los contradictorios altibajos de su desarrollo.

Desde su primera llegada a Inglaterra a fines de la primavera de 1785, requirió Miranda las amistades

que en los círculos políticos de la capital se había granjeado, para hacerse anunciar como meritísimo negociador: "Ha llegado a nosotros la noticia, decía el *Political Herald*, que hay en Londres, en este momento, un americano español de gran importancia, que posee la confianza de sus conciudadanos y aspira a la gloria de ser el libertador de su país. Como amigos de la libertad que somos, nos abstenemos de entrar en más detalles respecto de ese interesante personaje. Admiramos su talento, estimamos sus virtudes, y cordialmente deseamos prosperidad al proyecto más noble que pueda ocupar el espíritu de un mortal, quienquiera que sea: el de esparcir sobre millares de sus semejantes los beneficios de la libertad (43)."

No valió a Miranda, tan halagüeña presentación, las ventajas que esperaba. Por influecia que tuviesen en el consejo, los "amigos de la libertad" no podían pensar en exponer a Inglaterra, muy debilitada por la guerra de América, al peligro de inmediatas peleas con España y Francia. Los agentes de los Comuneros, con quienes no dejó de reunirse Miranda (44), acababan de recibir un desengaño por parte de los ministros de la corona, y las tentativas aisladas del joven agitador para obtener una audiencia oficial estaban condenadas a no tener mejor resultado. Lo único que había conseguido con el paso que acababa de dar había sido avivar la vigilancia de los espías del gobierno español (45).

Sólo unos cinco años después, a su regreso de Egipto, logró Miranda hacerse escuchar en Londres. Esta vez, el momento era más favorable para sus pretensiones. Habíase efectuado un cambio de notas agridulces entre el representante del rey Jorge en Madrid y el

(43) Extractado de *The Political Herald*, mayo de 1875. Expediente del Asunto Miranda. Tribunales Revolucionarios, 1793. Arch. Nat. W I *bis*, doss. 271, pièce 49.

(44) Informe del conde de Aranda al conde de Florida Blanca. París 22 de julio de 1786, en Briceño, *Los Comuneros*, op. cit., Doc. 37, p. 238.

(45) V. Lobo, *Historia de las Antiguas colonias*, etc., op. cit., t. I, p. 341, nota (a).

conde de Florida Blanca (46), con motivo de la posesión de la bahía de Nootka, en la costa noroeste del continente septentrional de América. Avivábase el antiguo antagonismo de España y de Inglaterra. William Pitt estaba en el poder; anunciábase una era de poderosa prosperidad para la Gran Bretaña, y el hijo segundo de lord Chatham acariciaba el proyecto de vengar la patriótica muerte de su padre, tomando sobre la rival tradicional y caída un desquite de las recientes humillaciones. Pitt concedió, en los primeros días de enero de 1790, la audiencia que Miranda le pedía.

Este último se creyó entonces muy cerca del fin que perseguía. La libertad de acción que la explosión de la Revolución Francesa dejaba a Inglaterra era de naturaleza a favorecer aún más las esperanzas de los sudamericanos. Pensaban éstos que el comercio británico no dejaría escapar una ocasión tan propicia de asegurarse preciosas ventajas, y, en el transcurso de las entrevistas casi diarias que tenía Miranda en Whitehall con el representante del ministerio inglés, no dejó de hacer valer a sus ojos los "incomparables beneficios" que obtendría Inglaterra de sus compatriotas a cambio del apoyo que solicitaban. No obstante, Pitt exigió indicaciones precisas y proposiciones detalladas, y el 6 de mayo, Miranda le entregó un voluminoso legajo que "encerró cuidadosamente el ministro en una cartera de tafilete verde, prometiendo someterlo a la deliberación del consejo".

El legajo de Miranda comprendía, en primer lugar, un "Proyecto de constitución para las colonias hispanoamericanas". Tratábase de hacer de la América española un vasto imperio, limitado: al norte, por una línea que pasara por medio del río Misisipí, desde su embocadura hasta su nacimiento, y, desde éste, continuando la misma línea, en derechura hasta el oeste por el 45° de latitud septentrional, hasta su punto de reunión con el mar Pacífico. Al oeste, el océano Pací-

(46) Florida Blanca (José Monino, conde de), hombre de Estado español, nació en 1728, falleció en 1809. Ministro de Estado desde 1777 hasta 1792.

fico, desde el punto arriba indicado hasta el cabo de Hornos, incluso las islas distantes de diez grados de esta costa. Al este, el océano Atlántico, desde el cabo de Hornos hasta el golfo de México, y, desde aquí, hasta la embocadura del río Misisipí. "No están comprendidos en este confín el Brasil y la Guayana. Las islas situadas a lo largo de la costa no formarán parte de este Estado, dado que el continente, ya lo bastante vasto, debe ser suficiente para una potencia puramente terrestre y agrícola. Se conservará únicamente y como excepción, la isla de Cuba, en atención al puerto de La Habana, que es la llave del golfo de México."

Como se ve, era bastante seductora la parte reservada a la potencia marítima e industrial cuya intervención había de favorecer el nacimiento del nuevo imperio; a más de esto, Miranda tomaba la constitución inglesa como modelo para el gobierno que había de ser instituído en Sudamérica. El poder ejecutivo sería delegado a un *Inca* hereditario "con el título de emperador." La "alta cámara", compuesta de senadores o caciques vitalicios ,nombrados por el *Inca,* y, la "cámara de los comunes", escogida por todos los ciudadanos del imperio, habían de tener atribuciones casi semejantes a las del parlamento inglés. El *Inca* nombra "los miembros del poder judicial", cuyos cargos son vitalicios. Dos "censores", elegidos por el pueblo, confirmados por el emperador, y encargados "de velar por las costumbres de los senadores y las de la juventud", "ediles". "Cuestores", nombrados por la cámara de los comunes, completan el sistema.

Al proyecto iban unidas una memoria referente a las dos últimas insurrecciones de Lima y de Santa Fe en 1781, y una "lista de los nombres y residencias de 300 padres jesuítas, naturales de Sudamérica, desterrados por el rey, y que por entonces residían en los dominios del papa". "Dichos jesuítas —afirmaba Miranda— se comprometerían a secundar la noble empresa. Podrán ser de gran utilidad para dirigir nuestros establecimientos y vigilar las relaciones que no dejarán de establecerse entre los naturales de las costas de la América del Sur y los comerciantes ingleses, relaciones que

pronto se extenderán a las grandes ciudades del continente por medio de las influencias y de las amistades con que cuentan los padres (47)."

Las instantes solicitudes de Miranda, el lujo de documentación con que las apoyaba, traicionaron no obstante sus esperanzas. Las dificultades pendientes entre la corte de Londres y la de Madrid no habían tardado en resolverse amistosamente, y los primeros acontecimientos de la Revolución Francesa absorbían demasiado la atención del ministerio británico para permitirle ocuparse de la realización de tan vastas y tan lejanas empresas.

Además, desde hacía algunos meses, Miranda asistía a la violenta reacción que la opinión manifestaba en Inglaterra contra la propaganda de las ideas francesas. Burke (48), en sus famosas *Reflexiones sobre la Revolución de Francia,* se había convertido en intérprete de tal reacción desde fines de 1790, lanzando furiosos anatemas contra la soberanía del pueblo y contra los principales directores de la Revolución. Nada podía herir más hondamente que aquellos ataques las más caras convicciones del precursor, nada, salvo la popularidad que veía que iban tomando. Esto le impulsó tanto más a probar fortuna en Francia, en donde meditaba por entonces realizar por fin, y de manera brillante, sus proyectos.

Sin embargo, negociador previsor y deseoso de dejar una puerta abierta para el porvenir, no salió Miranda de Inglaterra sin llevarse la "promesa formal, por parte del gabinete inglés, de cooperar a la independencia de la América meridional, en caso de guerra entre España e Inglaterra, en el mismo sentido en que Francia la había garantizado a las colonias inglesas que forman hoy día los Estados Unidos de América (49)".

(47) Estos detalles y citas relativos a las negociaciones de Londres en 1790 y 1791 están extraídos de un "Memorándum recapitulativo" dirigido por Miranda a Pitt, el 8 de septiembre de 1791. R. O. *Chatham Mss,* v. 345.

(48) Burke (Edmundo), publicista y hombre político inglés, nació en Dublin en 1730, falleció en 1797.

(49) Arch. Nat. F6 6318 b.

Mientras Miranda, después de haberse ilustrado en los campos de batalla de la República, aunque con menos brillo y suerte de lo que él soñara, se obstinaba en buscar en Francia las simpatías desinteresadas, eficaces, que estimaba él no poder encontrar en ningún sitio tan decisivas como en este país (50), las miras de Inglaterra respecto de las colonias españolas acababan de orientarse en la vía nueva cuyos primeros resultados han sido ya indicados (51).

El temor de ver a España enfeudarse exclusivamente a la política francesa fue el origen de esos planes de dominación territorial absoluta que habrán de caracterizar en lo sucesivo la política sudamericana de la Gran Bretaña. Burke, que en poco tiempo había llegado a ser el táctico político más escuchado de su país, se preocupaba ya en 1792 por los peligros que acarrearía para Inglaterra la preponderancia francesa allende los Pirineos. "En el actual estado de cosas, proclamaba él en sus *Memorias sobre los Asuntos de Francia* (52), nada hemos de temer de España, ni como potencia continental, ni como potencia marítima, ni como rival de comercio. Tenemos mucho que temer de las alianzas que España puede verse obligada a contraer: el examen de sus posesiones territoriales, de sus recursos y de su estado civil y político nos autoriza a adelantar con la mayor confianza que España no es una potencia que pueda sostenerse por sí misma: necesita apoyarse en Francia o en Inglaterra. Tanto importa a la Gran Bretaña impedir la preponderancia de los franceses en España, como si este reino fuera una provincia de Inglaterra o un Estado que en efecto depen-

(50) "Según el estudio seguido que he hecho del carácter y de los principios de Miranda durante nuestro cautiverio, dice Champagneux, puedo asegurar que, a pesar de sus elogios a los gobiernos inglés y norteamericano, prefería el suelo de Francia; y que, aunque celebrando la vida de Londres y de Filadelfia, no habría cesado de habitar entre nosotros si no se hubiese opuesto a ello el gobierno". *Suplément aux Notices historiques*, etc., op. cit., p. 499.

(51) V. Supra, lib. I, cap. II, § 5.

(52) Burke, *Memorias sobre los Asuntos de Francia*, 1792, Mém., III. p. 12.

diera de ella tanto como, al parecer, Portugal. Esta dependencia de España es de mucha mayor importancia que si estuviera: o destruída, o sometida a otro poder cualquiera; mucho más funestas serían las consecuencias. Si España, por la fuerza o por el terror, se ve obligada a firmar un tratado con Francia, tendrá que abrirle sus puertos, admitir su comercio, mantener comunicaciones por tierra con los campesinos franceses.

"Puede Inglaterra, si le parece bien, consentir en ello, y Francia firmará una paz triunfante y tendrá a España bajo su dominación y abrirá para sí todas sus puertas... *con lo cual invita a la Gran Bretaña a que por su lado se reparta los despojos del Nuevo Mundo y a desmembrar la monarquía española.* Preferible, sin duda alguna, sería hacer esto a permitir que Francia poseyera sola esos despojos y ese territorio: puede hacerlo y querrá hacerlo, si no nos oponemos a tales proyectos."

Estas sugestiones se imponían con fuerza al gobierno de la Gran Bretaña: emanaban del publicista que tenía fama de ser el que reflejaba más atinadamente los sentimientos de lo opinión pública. Justificaban también las resoluciones que un conjunto de indicaciones y de experiencias dictaba ahora al gabinete de Saint-James: las súplicas que en el transcurso de los años precedentes le habían dirigido los liberales de todas las colonias españolas; las proposiciones que a Sidney, a Liverpool y a Pitt les habían hecho, sucesivamente, los Comuneros, Nariño y Miranda; la probada impotencia de España para mantener su dominio; en fin, la indiferencia de los pueblos sudamericanos respecto de su porvenir, y la incompetencia de sus jefes, consideradas una y otra por ciertas por la política inglesa, le representaban como empresa eminentemente realizable la pura y simple toma de posesión de la casi totalidad de las provincias del Nuevo Mundo, por poco que a ello se prestara el estado de los asuntos europeos.

Pero la lucha contra la Revolución Francesa, enta-

blada por Pitt, desconcertaba de continuo su política. Las furiosas acometidas que sufría Inglaterra, la derrota de los aliados, no le dejaban descanso. A pesar de todo, y en el momento en que más amenazada parecía su existencia, consiguió apoderarse de la isla de Trinidad, en el mar de las Antillas; más aún: logró conservarla definitivamente.

La importancia de este acontecimiento en cuanto a los destinos de Sudamérica era considerable. El comodoro Harvey (53), no sólo había humillado la fama de la marina española al obligar a uno de sus más famosos almirantes, don Sebastián de Apodaca, a destruir él mismo su escuadra al verla a punto de caer en manos del enemigo, sino que, además y de rechazo, al establecer una colonia inglesa a las puertas de Venezuela, y por las consecuencias económicas y políticas que habían de resultar, menguó la dominación española en la Costa Firme.

Algunas semanas más tarde, Harvey pretendió apoderarse también de Puerto Rico. Esta vez, tropezó con una resistencia heroica de la guarnición, mandada por don Ramón de Castro, y de un corto destacamento de tropas francesas, enviado de la Guadalupe por Victor Hugues (54), que se cubrió de gloria en la playa de Cangrejos el 17 de abril de 1797. Allí dejaron los ingleses dos mil hombres de los diez mil que Harvey había desembarcado. Este desquite de la toma de Trinidad, no compensó sus funestos efectos, como tampoco pudo impedir que las Antillas y las costas de Venezuela quedaran a merced de nuevos ataques cuyo resultado podía ser fatal. La escuadra de La Habana, que

(53) Harvey (Sir Henry), almirante inglés, nacido en 1737, fallecido en 1810.

(54) Nació en Marsella en 1770, falleció en 1826. Fue enviado a las Antillas en 1794, con Le Bas, comisario de la Convención en las islas del Viento. Tomó a los ingleses la Guadalupe, la Deseada, las Santas, María Galante y Santa Lucía. Volvió a Francia en 1799, y fue nombrado entonces gobernador de la Guayana; puesto que ocupó hasta 1808, en que se vio obligado a devolver Cayena a los anglo-portugueses. Inocentado por el consejo de Guerra, regresó a la Guayana, para vivir allí como simple particular. Perdió la vista, y entonces volvió a Francia, en 1822.

quedaba como única fuerza con la cual podía contar España en aquellos parajes, y que desde hacía cuatro años era dejada sin socorros, quedaba reducida a la inacción y a la impotencia (55).

IV

En momento en que veía Miranda desaparecer toda esperanza de obtener algún éxito en Francia, fue cuando llegaron a sus oídos estas noticias. Sin duda que le habrían determinado a salir de París, en donde, además, no se hallaba ya en seguridad, y a volver a Inglaterra, de no haber deseado llevar antes a cabo, una negociación de la que auguraba grandes ventajas. Esta vez conspiraba con los jesuítas. Concíbese, desde luego, que nada ignoraba Miranda de las intrigas fomentadas, casi en todas partes, por aquellos apóstoles de la Emancipación. Mantenía con ellos relaciones constantes, y uno de sus primeros cuidados fue el avivar sus rencores y el sacar partido de ellos. En este sentido, los esfuerzos del precursor fueron coronados de cumplido éxito. Desde 1791, los jesuítas estaban en completo acuerdo con Miranda, quien, entre otras cosas, les inspiró la famosa *Carta a los Españoles Americanos* (56), y la casa de Ménilmontant se había vuelto el cuartel general en que centralizaban su propaganda los padres refugiados.

Hizo más todavía Miranda. A instigación suya, los exjesuítas Manuel Salas (57), natural de Chile, y José del Pozo y Sucre, natural del Perú (Trujillo), habían fundado en 1795, en Madrid, de acuerdo con el peruano Pablo de Olavide (58) una especie de asociación

(55) V. Lobo, *Historia de las Antiguas Colonias*, op. cit., tc., lib. II, cap. IV.

(56) V. Supra, .ib. I, cap. II, § II.

(57) *Id.*

(58) Olavide (Pablo Antonio José de), hombre de Estado español, nacido en Lima en 1725, muerto en 1803. Había sido, en París, secretario de embajada del conde de Aranda. Asociado a las empresas de su jefe contra los Jesuítas, Olavide sufrió las consecuencias de la caída de aquel ministro. Fue encarcelado en los calabozos de la

secreta: la "Junta de las ciudades y provincias de la América meridional". Aunque sólo vagos indicios se poseen acerca de esa asociación, y a pesar de que han quedado en la oscuridad la mayor parte de sus miembros, es no obstante cierto, como lo declaró Miranda ulteriormente, que se hallaba en relaciones con los liberales de ultramar, y reunía en la capital española "representantes de cada una de las comarcas americanas que trabajaban con ardor en preparar, por medio de las medidas más eficaces, la independencia del Nuevo Mundo (59)". Así, hacia fines de 1797, Salas y Pozo se hicieron delegar por sus compatriotas para ir a pedirle a Miranda que elaborase un plan de acción definitivo.

Tratábase de determinar con precisión aquellas potencias cuyo apoyo parecía más probable; de estipular las condiciones que les serían ofrecidas a cambio de su intervención, y de confiar a los miembros de la junta más caracterizados para tan delicado ministerio la misión de hacerlas aceptar. Miranda, Pozo y Salas se pusieron rápidamente de acuerdo sobre cada uno de estos puntos.

Por el tratado firmado en 19 de agosto de 1796 en San Ildefonso, el Directorio se había comprometido a perpetua alianza con España. Así pues, ya no había que contar con el gobierno francés; en cambio, los testimonios oficiales de animación que por medio de las autoridades de sus colonias de las Antillas acababa Inglaterra de enviar a los liberales venezolanos, parecían no dejar duda alguna acerca de sus disposiciones. Quedó pues convenido que se dirigirían a ella al mismo tiempo que a los Estados Unidos.

La política extranjera de la república federal, que se orientaba hacia Francia o hacia Inglaterra según que las alternativas de su política interior llevaban al

Inquisición, en Sevilla, en 1776; y, en 1778, condenado a reclusión perpetua. Consiguió evadirse, y se fue a París, donde vivió en la sociedad de los librepensadores más notorios. En 1798, el conde de Lorenzana le hizo conceder la autorización de volver a España.

(59) R. O. *Chatham Mss.* vol. 345, documento anejo a una carta de Pitt. Londres, 16 de enero de 1798.

poder uno de los dos grandes partidos: republicano o federalista, inclinaba en aquel momento a los americanos del Norte a una aproximación hacia la Gran Bretaña. El descontento causado en Francia por la conclusión del tratado Jay (60), que concedía ventajas importantes al comercio inglés; los ataques publicados con este motivo contra los Estados Unidos en la prensa parisiense; el celo descortés de Adet, representante de la República en Filadelfia, suministraban a los partidarios de una inteligencia con Inglaterra otros tantos motivos para conciliarse fácilmente los sufragios de la opinión pública. Se llegó a pensar seriamente en una alianza ofensiva contra el Directorio. Si los Estados Unidos se mostraban de la suerte animados de hostilidad para con Francia, de quien habían de temer además las ambiciones respecto de la Luisiana y de la Florida, no podían ser distintos sus sentimientos para con el gobierno español, aliado del Directorio y dueño de aquellas regiones, y los liberales sudamericanos demostraban clarividente habilidad al tratar de que la alianza de los anglosajones de los dos mundos se efectuara, en definitiva, a expensas de la monarquía española.

Sin embargo, los americanos del norte, y, sobre todo, los federalistas, en ningún modo tendían a ensanchar el horizonte de sus miras exteriores hasta pactizar con las pretensiones de sus vecinos del sur; pero éstos consideraban el apoyo de los Estados Unidos como un elemento harto decisivo, para no estimar indispensable el acudir a todos los medios para provocarlo. Opinaban que nunca se habían mostrado más propicias las circunstancias para permitirles obtenerlo.

Los "comisionados enviados a Francia cerca de don Francisco de Miranda, principal agente de la junta, después de solicitar la asistencia del señor Dupeyron, secretario", firmaron pues, el 2 de diciembre de 1797,

(60) 19 de noviembre de 1794. Este tratado aseguraba la evacuación de las tropas inglesas de los puestos que ocupaban aún al norte de los Estados Unidos, diez años después del tratado de Versalles.

un "convenio solemne y definitivo" en 18 artículos en que se hallaban cuidadosamente determinadas las ventajas que los habitantes de las colonias españolas se proponían reconocer a los gobiernos de Inglaterra y de los Estados Unidos "como premio de su alianza y de su cooperación efectiva en hombres y en numerario", para el establecimiento de la libertad en la América meridional (61).

"Las colonias hispanoamericanas, habiendo unánimemente resuelto —comenzaban por declarar los firmantes— proclamar su independencia y sentar su libertad sobre bases inquebrantables, se dirigirán con confianza a la Gran Bretaña, invitándola a sostenerlas en una empresa tan justa como honrosa. En efecto, si, en plena paz y sin previa provocación, Francia y España han favorecido y proclamado la independencia de los angloamericanos, cuya opresión no era, seguramente, tan vergonzosa como lo es la de las colonias españolas, no vacilará Inglaterra en concurrir a la independencia de las colonias de la América meridional, hoy que está comprometida en una guerra de las más violentas por parte de España y de Francia, quien, al mismo tiempo que preconiza la libertad y la soberanía de los pueblos, no se avergüenza de consagrar, por uno de los artículos del tratado de alianza ofensiva y defensiva con España, la esclavitud más absoluta de cerca de catorce millones de habitantes y de su posteridad."

Inglaterra había de suministrar a Sudamérica veinte buques de guerra, un cuerpo expedicionario de 8.000 hombres de infantería y 5.000 de caballería "con objeto de favorecer el establecimiento de su independencia, sin exponerla a funestas convulsiones políticas". A cambio de esto se ofrecería a la Gran Bretaña, a más de un tratado de comercio que le garantizara "naturalmente y de manera segura, el consumo de la mayor parte de sus manufacturas, la posesión de varias

(61) R. O. *Chatham papers*. T. 345, 12 pp. en fº, en francés. Año de 1798.

Antillas y el pago de una suma considerable en dinero, cuyo importe quedaba por determinar". En fin, por ser de sumo interés para Inglaterra "la navegación por el istmo de Panamá, el cual ha de ser transitable dentro de poco, así como la pronta y fácil comunicación del mar del sur con el océano Atlántico, la América meridional le garantiría, por cierto número de años, la navegación de uno y otro pasaje en condiciones que, aunque más favorables para ella, no habrían, sin embargo, de ser exclusivas".

No menos interesante era el conjunto de las concesiones reservadas a los Estados Unidos, quienes habían de suministrar 5.000 hombres de infantería y 2.000 de caballería. Los sudamericanos les garantizaban: en primer lugar, la posesión de la Luisiana, de la Florida y de las Antillas que no hubiesen de ser inglesas, salvo, no obstante, Cuba. Los Estados Unidos "obtendrían igualmente el paso del istmo de Panamá, así como el del lago de Nicaragua, para todas sus mercancías. Asimismo sería fomentada la exportación, en buques norteamericanos, de todos los productos de la América meridional".

Por otra parte, estipulaba el convenio la formación de una alianza defensiva entre Inglaterra, los Estados Unidos y la América meridional. "Está de tal modo mandada —dice el texto— por la naturaleza de las cosas, la situación geográfica de cada uno de los tres países, los productos de su industria, sus necesidades, sus costumbres y su carácter, que es imposible que no sea de larga duración, sobre todo si se tiene cuidado con consolidarla por la analogía en la forma política de los tres gobiernos, es decir por el disfrute de una libertad civil sabiamente entendida, sabiamente organizada. Hasta podría decirse que es ésta la sola esperanza que queda a la libertad, audazmente ultrajada por las detestables máximas propaladas por la República francesa: es, también, el solo medio de formar un equilibrio de poderes capaz de refrenar la ambición destructora y devastadora del sistema francés".

Las operaciones militares, cuya dirección suprema

sería confiada a Miranda, habían de comenzar "por el istmo de Panamá y hacia Santa Fe, tanto por la importancia del puesto como por el estado de ánimo de los pueblos, dispuestos a armarse en favor de la independencia, tan pronto como recibieran el primer aviso".

En fin, según lo determinaba su acuerdo, Pozo y Sucre y Manuel Salas habían de salir para Madrid con objeto de dar cuenta de su misión a la junta, "no esperando ésta más que el regreso de aquellos dos comisionados para disolverse en seguida y marcharse a los diferentes puntos del continente americano, en donde la presencia de los miembros que la componen es indispensable para provocar, a la llegada de los socorros de los aliados, una explosión general y combinada por parte de los pueblos de la América meridional".

Miranda, y a falta de él don Pablo de Olavide, o don Pedro Caro "actualmente empleado en Londres en una misión de confianza", tenían plenos poderes para tratar, tanto con Inglaterra como con los Estados Unidos, sobre las bases así concertadas.

Provisto de este nuevo sistema de diplomacia y de alianzas que no desesperaba él de hacer adoptar por el gabinete de Saint-James, Miranda contaba, además, con ser bien acogido personalmente a su llegada a Inglaterra. Cierto que a instigación suya el consejo ejecutivo había publicado hacía poco el famoso decreto de 16 de noviembre de 1792 acerca de la libre navegación del Escalda, que tantas y tan justas alarmas había motivado en los ingleses. Pero el antiguo general de los ejércitos republicanos había padecido, desde entonces, suficientes persecuciones de los gobiernos de Francia, para que toda prevención contra él hubiese desaparecido del otro lado del estrecho. Al contrario, el hecho de haber sido algún día motivo de preocupación para la Gran Bretaña había de valerle, por parte de ésta, un título precioso de estima y consideración.

Así al menos lo entendía Miranda cuando, el 16 de enero de 1798, manifestaba en estos términos a William Pitt las intenciones que de nuevo le llevaban a

Londres: "El infrascrito, agente principal de las colonias sudamericanas, ha sido designado por la junta de los diputados de México, Lima, Chile, Buenos Aires, Caracas, Santa Fe, etc., para presentarse a los ministros de Su Majestad Británica con objeto de reanudar, a favor de la independencia absoluta de dichas colonias, las negociaciones comenzadas en 1790, y conducirlas, con la mayor brevedad posible, al punto de madurez que el momento actual parece ofrecer, terminándolas en fin por un tratado de alianza semejante —en cuanto pueda permitirlo la distinta situación de las cosas— al ofrecido por Francia, y concluído por ella, en 1778, con las colonias inglesas de la América del Norte.

"Además, el infrascrito se declara gozoso de que una feliz casualidad le haya escogido para recabar, bajo los auspicios del muy honorable William Pitt, ante Su Majestad Británica, la protección de la nación inglesa en favor de la independencia de su país, y de establecer un tratado de amistad y de alianza mutuamente útil y ventajoso para ambas partes... Muy esperanza-
misión, convencido además de que el momento es de
do por la importancia y la utilidad recíproca de su
los más favorables, puesto que por parte de España existe una guerra violenta contra Inglaterra, época que siempre fijó el muy honorable William Pitt para comienzos de esta empresa, este último se complace en creer que sus compatriotas no habrán de languidecer mucho tiempo en la incertidumbre (62)."

Corta había de ser la ilusión. En aquel momento pesaba sobre Inglaterra la doble amenaza de una invasión francesa y de un levantamiento en Irlanda, lo cual la obligaba a tratar con miramientos a la corte de Madrid, no desesperando de obtener que rompiera su alianza con el Directorio. La legación de España había visto con malos ojos la presencia de Miranda. La señaló al gobierno británico, pidiendo el arresto del agitador (63); y, para acreditar la política de absten-

(62) R. O. *Chatham papers.* Nº 345. Miranda to the Honorable William Pitt., 16 de enero de 1798.

(63) V. Lobo, op. cit., t. I, p. 340.

ción cuyas apariencias ostentaba el ministerio frente a un aliado posible, Miranda se vio condenado a un tristísimo incógnito. Oculto en un piso de Broad Street bajo el nombre de Martin Esquire, tuvo que esperar ocasiones más favorables cuyo próximo advenimiento le era prometido, en secreto, por Pitt (64).

La noticia de la victoria de Nelson ante Abukir y la destrucción de la flota de Irlanda reavivaron las esperanzas de Miranda, quien creyó llegado el momento de probar de nuevo fortuna (65). No se equivocaba al conjeturar que la renaciente seguridad movería al gabinete de Londres a dirigir de nuevo sus miradas hacia la América del Sur. Pero Pitt, preocupado únicamente por reanudar una coalición contra las ambiciones francesas, no veía, en la proyectada expedición, más que una operación de comercio y de dinero, un medio de apoderarse de los "metales preciosos acumulados en el Nuevo Mundo, y con los cuales se acuñaría moneda para la buena causa (66)".

Buen cuidado tuvo Pitt de descartar a Miranda de este proyecto que tal desprecio hacía de las aspiraciones y del interés de los criollos. El piloto consumado que de nuevo acababa de tomar la dirección suprema de los destinos de Inglaterra pretendía asignar a Miranda un papel más importante. Al mismo tiempo que fomentaba las esperanzas del mandatario de los sudamericanos, reservándose el satisfacer sus deseos en la medida que conviniera a la Gran Bretaña, engañaba a España acerca del alcance de los compromisos que con ella tenía. Los representantes ingleses en Madrid no desperdiciaban ocasión de insinuar que los liberales de Sudamérica entrarían en campaña al primer aviso que les llegara de Londres, y que de la actitud de España dependía que dicho aviso fuera dado, o no. Comunicaban el plan de Miranda, asegurando que su gobierno sabría estorbarlo, por poco que España manifestara serios deseos de adhesión a Inglaterra.

(64) Arch. Nat. F7 6285.
(65) R. O. *Chatham Correspondence.* V. 345.
(66) Sorel, *L'Europe et la Révolution,* t. V, p. 350.

Mientras tanto, Pitt concedía audiencias a Miranda. A fines de 1798 (67) le aconsejaba que negociara con los Estados Unidos. De esta suerte, concentraba en su mano los hilos de las intrigas que con gran trabajo se esforzaba Miranda en anudar. Acerca de esto, la correspondencia del ministro de los Estados Unidos en Londres, Rufus King, es instructiva. Escribe a su gobierno: "Al mismo tiempo que se trasmiten a España tales informes, el gobierno ordena a las autoridades de Trinidad fomentar la revolución en Sud América y prepara una expedición en su apoyo... Miranda, impaciente con las dilaciones de este ministerio, e ignorando sus pasos en la corte de Madrid, ha decidido enviar a Filadelfia a su amigo y colaborador el señor Caro... (68)."

Como se ve, Miranda no había esperado las direcciones de Pitt. Hacía tiempo que había informado directamente al presidente Adams de sus proyectos y solicitado la intervención del jefe de los federalistas, Hamilton; del general Knox, de Jay, y de todos aquellos con cuya amistad contaba en los Estados Unidos (69). Un impedimento sobrevenido a última hora hizo que no pudiera Caro ponerse en camino, pero había dirigido copia del 2 de diciembre al secretario de Estado Pickering, conocido suyo. Estaba persuadido de tener en él al más solícito de los abogados. Circunvenido por Miranda, King insistía cada vez más para que el proyecto fuese tomado en consideración; hasta habló de él con lord Grenville; y, "a pesar de que este ministro le había manifestado que sólo a título privado le escuchaba", tan segura le parecía la cooperación de Inglaterra, ya en julio de 1798, que no vacilaba en preconizar una acción inmediata (70). Escribía a Hamilton: "El destino del Nuevo Mundo, que creo firmemente ha de ser feliz y glorioso, está hoy en nuestras

(67) Arch. Nat. F7 6318 b.
(68) Despacho del 6 de abril de 1798, en Becerra, op. cit., t. I, p. 15.
(69) V. Randall, *Life of Jefferson*.
(70) Despacho de 17 de agosto de 1798. Becerra, op. cit., t. I, p. 16.

manos. Tenemos no sólo el derecho sino el deber de deliberar y proceder en el asunto, no como accesorios, sino como principales. El objeto y la ocasión son tales, que por respeto a nosotros mismos y a los demás no debemos desperdiciar la oportunidad (71)." Hamilton, que con justo motivo tenía fama de ser uno de los hombres más influyentes de Norteamérica, parecía interesarse mucho por la cuestión de las colonias españolas. Consideraba su emancipación como un acontecimiento de importantísimo interés para los Estados Unidos, esperaba decidir a ella al gobierno, y hasta se ofrecía a tomar el mando de la expedición que pudiera ayudarla (72).

Avisado por King y por Hamilton mismo de tan benévolas intenciones, y no dudando tampoco del apoyo de Inglaterra si obtenía el de los Estados Unidos, Miranda, por su parte, insistía cerca del antiguo ayudante de Washington para que influyera en este sentido con el presidente Adams. En 19 de octubre le escribe: "Todo está arreglado y lo único que falta es el *fiat* de su ilustre presidente para partir como el rayo (73)."

Por desgracia para Miranda, una vez más tomaron las circunstancias un giro contrario a sus proyectos. John Adams, cuyos sentimientos íntimos eran opuestos a la alianza inglesa, se inclinaba hacia las medidas pacíficas y acechaba una ocasión que permitiera acercarse a Francia. El ministro de los Estados Unidos en La Haya negociaba para reanudar relaciones con el Directorio. Además, se acentuaba la decadencia del partido federalista, y Hamilton luchaba únicamente para retardarla. Pocos meses después, volvieron al poder los republicanos con Jefferson, y las ilusiones de Miranda no sobrevivieron a este acontecimiento.

Mas, no quebranta esto en nada la increíble tenacidad del precursor. Abandonado por los ministros, acude a la opinión pública. Sabe qué peso tiene ésta en

(71) Carta del 31 de julio de 1798. Ibid.
(72) V. Randall, op. cit.
(73) Citado por Becerra, op. cit., t. I, p. 20.

las decisiones oficiales. La ilustrará más, pondrá su empeño en popularizar la causa sudamericana para el porvenir. Durante todo aquel período, los diarios, las revistas más importantes de los tres reinos publicaron innumerables artículos en que la importancia y la variedad de recursos que al comercio de Inglaterra ofrecería la libre América estaban infatigable y sabiamente expuestos por Miranda (74).

No sin amargura, sin embargo, se resignaba a aquel papel harto evasivo de publicista; los llamamientos cada vez más apremiantes de sus compatriotas contribuyeron a que se le hiciera intolerable. En las colonias acentuábase la fermentación. Era preciso obrar. "¡Miranda, le escribía Manuel Gual, refugiado en Trinidad después del descubrimiento del complot de España, si por lo mal que le han pagado a usted los hombres: si por amor a la lectura y a una vida privada, como enunciaba de usted un diario, no ha renunciado usted estos hermosos climas, y la gloria pura de ser el salvador de su patria; el pueblo americano no desea sino UNO: venga usted a serlo... Miranda! yo no tengo otra pasión que de ver realizada esta hermosa obra,

(74) En particular, *La Revista de Edimburgo* publicó por entonces un notable estudio económico en el que se ven curiosas precisiones acerca de la posibilidad de abrir un canal por el istmo de Panamá. "Trátase, decía Miranda, de la empresa sin duda más extraordinaria que los aspectos físicos de nuestro globo puedan ofrecer a la imaginación. Poco conocida en este país, no pertenece, cual podría suponerse, al dominio de la aventura o de la novela. Es, al contrario, de una realización fácil. El río Chagres, que desemboca en el Atlántico, es navegable hasta la villa de Las Cruces, distante de 15 millas de la ciudad de Panamá, situada en la costa del Pacífico; y, aunque el valle facilita la construcción del canal, las dificultades podrían ser reducidas aún por la utilización del Trinidad, afluente del Chagres y navegable durante la casi totalidad de su curso. La naturaleza ha dotado los dos extremos de esta vía interoceánica de dos bahías cabalmente apropiadas a las necesidades del tráfico más considerable: la de Porto Belo, en el Chagres, en donde fondearon los 74 buques de guerra ingleses que en 1740, bajo el mando del capitán Knowley bombardearon la fortaleza de San Lorenzo, y la de Panamá, en el Pacífico, que es igualmente amplia y segura."

ni tendré otro honor que de ser un subalterno de usted (75)."

Además, Miranda se sentía acosado por la policía de la legación de España; los ministros se negaban a recibirle. La estancia en Londres le resultaba penosa, y, además, peligrosa. Pensó en probar de nuevo fortuna en Francia.

V

La caída del Directorio y el advenimiento de Bonaparte parecían, por cierto, ser el preludio de una era nueva solemnemente proclamada por el manifiesto del 24 de "frimaire" del año VIII. Había, entre los franceses, más deseo de paz; pero la paz, tal como la entendían por entonces, no era incompatible con el cumplimiento de los planes más grandiosos. Se contaba, para realizarlos, con el joven cónsul, radiante de inteligencia, coronado por la victoria, y que había ganado todos los corazones. "La guerra con el Antiguo Mundo, la paz con el Nuevo, el amor a la libertad americana y el odio a Inglaterra" eran, según dice un contemporáneo (76), los "oráculos mismos" que brotaban de las apoteosis que París consagraba al vencedor de Marengo.

El regreso de los proscritos de *fructidor,* las brillantes reparaciones de que, en su mayoría, eran objeto, aquella atmósfera de seguridad y de quietud que resplandecía en Francia, animaban a Miranda a tratar de contarse entre los favorecidos. Sus íntimas predilecciones se reanimaban ante la esperanza de ganar el ánimo de Bonaparte, y la orden del día que el primer cónsul acababa de dirigir al ejército con motivo del fallecimiento de Washington, parecíale de feliz agüero al campeón de la independencia sudamericana: "Ha fallecido Washington. Aquel grande hombre luchó contra la tiranía, consolidó la libertad. Su memoria

(75) A. Miranda. Puerto de España, 12 de julio de 1799. Becerra, op. cit., t. II, p. 481.

(76) *Memorial* de J. de Norvins. París, 1896, t. II, p. 235.

será siempre grata al pueblo francés, como a todos los hombres libres de ambos mundos, y especialmente a los soldados franceses, quienes, como él y los soldados americanos, combaten por la igualdad y la libertad."

Estas palabras, y la ceremonia que algunos días más tarde (el 18 de febrero de 1800) les sirvió de comentario en la iglesia de los Inválidos transformada en *Templo de Marte* para armonizarse con las circunstancias, no eran pura hipocresía. "Cierto que la había, pero también había en ellas las ilusiones de aquel tiempo y de todos los tiempos (77)". La seducción sobre Miranda fue decisiva: se decidió a salir de Londres.

Mas no sin dificultades se efectuó esta salida. Tuvo que intervenir Rufus King, insistir ante el Foreing Office; en fin, como último recurso, dio a su administrado ocasional un pasaporte que el gobierno francés no se apresuró a sancionar. Tuvo que esperar varios meses en Holanda los resultados de las instancias que los senadores Barthélemy y Lanjuinais, el consejero de Estado Portalis, el general Victor habían presentado en favor suyo, a Fouché y al primer cónsul.

Bonaparte acabó por dejarse convencer. Pero la realización de los nuevos proyectos del precursor seguía siendo muy improbable. Habría podido persuadirse de ello en el momento mismo en que a fines de octubre salía de Amberes para ir a París. En efecto, un corresponsal anónimo, pero probablemente español o sudamericano, a juzgar por las groseras faltas de ortografía y de estilo de su carta, le escribía: "En fin querido Miranda, me pongo a escribirle a usted. Sus amigos se han ocupado mucho de usted. A todos he consultado, y envío a usted el parecer de ellos. Comienzo por felicitar a usted de que haya podido salir de Inglaterra... Era ésta, para usted, una cárcel, y supongo que, ya al final, debía usted de tener la persuasión de que, allí, nunca se realizarían sus deseos. ¿Será usted más feliz aquí? Confieso a usted que *no lo creo*. Al observar esto atentamente, veo mil obstáculos

(77) Thiers, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, 1845, t. I, li

y hasta temo por ciertas relaciones con un *país vecino,* que esté usted aquí menos en libertad que en Inglaterra. Aquí no se ocupan de Sudamérica, ni se ocuparán de ella, y, lo que hasta ahora ha considerado usted como una desgracia, acaso sea su mayor suerte. Temeré la intervención de cualquier potencia europea. *Debe usted bastarse a sí mismo, a no ser que no haya llegado el momento.* Y cuestión tan importante no puede tratarse a mil leguas de distancia: acercándose al teatro en que se han de desarrollar los sucesos es como podrá usted juzgar sanamente de las cosas. Todos aquellos que se consagran a la causa que usted persigue deben estar en el Nuevo Mundo. No se gana la voluntad de una mujer viviendo lejos de ella.

"Tales son mis ideas, amigo mío. Pero, si desea usted volver a estos lugares, que por tantos motivos deben de interesarle a usted; si cree usted poder abandonarlos cuando guste; si nó cree usted que al venir aquí no haga sino cambiar de cárcel, y si estima que su estancia en Francia no ha de perjudicar a lo que, hasta ahora, ha sido objeto de todos sus pensamientos, creo poderle asegurar a usted que el empeño con que sus amigos solicitan su regreso acabará por obtener satisfacción. Madame P. (78) desea saber en qué estado se hallan sus asuntos de usted. Juntos hemos visto a Ljs. (79): se interesa mucho por usted y cree en el éxito. Aun cuando afirmo que es verdad cuanto le digo a usted, deseo no obstante verle, y su talento puede vencer dificultades que serían insuperables para otro cualquiera. La amistad que le profeso me obliga a hablarle a usted con sinceridad. A *juicio mío,* tiempo es ya de acabar el *tomo de Europa,* y de comenzar el *tomo de América.* Pero, si desea usted añadir al primero, al que tanto interés ha sabido usted dar, un capítulo más, nadie lo leerá con tanto placer como yo, nadie tendrá tanto gusto en verle a usted de nuevo. Adiós, mi querido Miranda. Su sincero amigo (80)."

(78) Pétion.

(79) Lanjuinais.

(80) Carta del 16 de octubre de 1800, dirigida al general Miranda, al hotel del Oso, a Amberes. Arch. Nat. F7 6318 b.

Las previsiones de aquel misterioso consejero se realizaron a la letra. Traicionado por su antiguo secretario Dupeyron, quien vendió sus secretos al ministro de España en Londres (81), Miranda fue, desde su llegada a París, el 9 de "frimaire" del año IX, puesto bajo la vigilancia de la policía. La legación de Su Majestad Católica, invocando las relaciones del "incorregible perturbador" con el gobierno inglés, pedía encarecidamente su arresto, y las persecuciones que el atentado de la calle Saint-Nicaise motivó, días después, contra todo aquello que podía pasar por revolucionario, fueron un pretexto acogido con tanta más facilidad cuanto que no se quería entonces en Francia, contrariar por tan poco los deseos del *país vecino* y aliado.

Acusado "de espionaje y correspondecia con los enemigos del Estado (82)", Miranda fue arrestado en su casa de la calle de Saint-Honoré y encarcelado en el Temple, el 14 de "ventôse". No sin trabajo consiguieron sus amigos, ocho días después, que fuera puesto en libertad; pero tuvo que comprometerse a salir para siempre del territorio de la república.

Una vez más, volvió a Londres, adonde, después de cada una de sus tentativas en otros países, lo traía su destino.

Pitt había salido del ministerio; pero el gabinete formado por Addington parecía, por el momento, perseverar en la política del que le había precedido. Inglaterra tendía con todas sus fuerzas a desbaratar la *Liga de los Neutros,* que podía ser para ella la señal de la ruina. A pesar del decaimiento del espíritu público, pensábase en nuevos sacrificios y en nuevas luchas. Volvieron a flote los proyectos de ataque contra las colonias españolas, pero no tardó en desvanecerse la esperanza que acerca de esto pudo haber concebido Miranda. El nuevo gabinete inglés, llamado sobre todo al poder para facilitar un armisticio cuya necesidad se hacía universalmente sentir, no tardó en abrir nego-

(81) Arch. Nat. F7 6246.
(82) Arch. Nat. F7 6318.

ciaciones. Importantes acontecimientos sobrevinieron aún, los cuales, al mejorar la situación exterior de la Gran Bretaña, la encaminaban hacia la paz. El asesinato de Pablo I rompió los lazos de la coalición marítima del norte, muy quebrantada ya por Nelson con la victoria de Copenhague. El principio de la visita de los barcos neutros fue reconocido por Rusia y sus aliados, los franceses evacuaron a Egipto: éxitos todos para la política inglesa. El tratado de Amiens fue firmado en 25 de marzo de 1802.

Aunque veía Miranda alejarse la realización de sus esperanzas, no por eso las abandonaba en modo alguno. El matrimonio de inclinación que por entonces contrajo con la señorita Andrews, no fue, en su terrible existencia, sino el indispensable oasis, después de tantos azares y de tantos reveses, para recobrar fuerzas y volver a la lucha.

No había Pitt renunciado por mucho tiempo a la dirección oficial del poder. Había asistido con dolor a los continuos engrandecimientos de Francia durante aquellos últimos años, y ni Inglaterra ni él se resignaban a los compromisos que habían firmado. La devolución a Francia y a sus aliados de las numerosas colonias de que en ambos mundos se habían apoderado los marinos ingleses en el transcurso de las últimas guerras; el abandono del Cabo a Holanda, y de Malta, llave del Mediterráneo, eran denunciados como una traición. Por otra parte, las injurias y las violencias de la prensa inglesa exasperaban al primer cónsul; las disensiones se envenenaban, y la guerra parecía probable. La reaparición de Pitt en los Comunes en la célebre sesión del 24 de mayo de 1803 fue la señal de nuevas hostilidades.

En seguida vuelve a escena Miranda, y una vez más hace ofrecimientos de servicio al ministerio británico. Reanudaba Pitt una coalición contra Francia, y Bonaparte contestaba a ella con la más terrible de las amenazas. En el campamento de Boulogne activábanse los preparativos para invadir a Inglaterra: fue aquel el momento en que en las cancillerías europeas se pensó

en la eventualidad de una oportuna desaparición del Primer Cónsul. Tuvo entonces Miranda que medir los peligros de la sujeción demasiado absoluta que le habían impuesto las circunstancias. Desde hacía algunos años, recibía con regularidad subsidios del Foreign Office, y, a veces, de la embajada de Rusia en Londres. Sin duda que los consideraba como simples adelantos reembolsables tan pronto como mejorara su situación (83). Pero, la confiscación sucesiva de sus posesiones de Venezuela y de los bienes que tenía en Francia le había reducido, con el tiempo, a la situación equívoca de un agente pagado cuyas obligaciones crecían con la patente imposibilidad de cumplir con sus compromisos. Había de esperarse el ser solicitado para las más tenebrosas empresas. En efecto trataron de iniciarle en el complot de Pichegru. Sólo a fuerza de prudencia, de presencia de ánimo y de sutileza logró Miranda no empañar su gloria en semejante manejo (84).

Apartados estos peligros, iba a persuadirse, no obstante, de que el régimen de las concesiones por el cual había creído hasta entonces ganar a Inglaterra no satisfacía ya la codicia de esta potencia.

(83) En efecto, en uno de sus informes a Pitt, Miranda declara en propios términos: I explicitely desire that a sufficient annual support would be granted to me as a loan only till I could come to the possession of my property, when I mean to repay every thing advanced to me... (To the honorable W. Pitt, 2 de enero de 1791. R. O. *Chatham mss.* vol. 345).

(84) Se ha conservado la contestación, tan ingeniosa como categórica hecha entonces por Miranda a cierto billete del conde Woronzoff, en el que, sin duda, un exceso de prudencia, le hacía sospechar alguna asechanza:

"El genera Miranda agradece sinceramente al señor conde todas sus bondades, pero cree no deber aprovechar su generosa oferta en los momentos actuales, porque el general Miranda no ha tenido nunca ningún género de relaciones con el general Pichegru, sin embargo de que juntos iban a ser proscriptos por los mismos motivos, y no quiere mezclarse directa ni indirectamente en los negocios de Francia, puesto que desde su arribo a Londres ha tenido conocimiento de las intrigas encaminadas a perpetuar los disturbios de aquel país, y con ellos las desgracias de las potencias vecinas. El general Miranda reitera el testimonio de su respeto al señor conde de Woronzoff, cuya felicidad le interesará siempre. El reconocimiento del general Miranda hacia la Rusia y sus votos más sinceros

Apenas habían transcurrido algunos meses desde la vuelta de Pitt al poder, y ya todo había cambiado de aspecto. Inglaterra se sentía temible. Su flota igualaba casi a todas las demás de Europa. Sus marinos eran los mejores del mundo. El genio de Pitt no se arredraba ante las ambiciones de Bonaparte, que acababa de tomar el título de Emperador. Las contestaciones evasivas de la corte de Madrid a las continuas amenazas del gabinete de Londres, deseoso de que se declarara aquélla a favor de Francia o contra ésta, determinaron el inopinado ataque de los últimos galeones frente al cabo de Santa María. A esta agresión contestó España con una declaración de guerra (12 de diciembre de 1804).

En seguida afluyeron al War Office y al Almirantazgo proyectos de expedición contra las colonias. Los comerciantes, marinos, soldados o viajeros británicos que, por un motivo cualquiera, se hallaban en relaciones con la América del Sur o que la habían visitado, preconizaban la toma de posesión, por Inglaterra, de aquellos territorios, siendo unánimes en proclamar "su riqueza y la debilidad de sus habitantes (85)".

---

por la prosperidad del imperio y la dicha de los augustos descendientes de Catalina II durarán lo que su vida." (Becerra, op. cit., t. II, p. 480).

Del mismo modo había esquivado, años antes, los ofrecimientos del gobierno inglés con motivo de un desembarque en España, cuyo mando le habría sido confiado: "Entiendo, había contestado Miranda, que no se exigirá de mí tal género de servicios. Trátase aquí de un escrúpulo que sabréis apreciar, aunque el derecho de gentes y el ejemplo de muchos hombres grandes y virtuosos de los tiempos antiguos y modernos me autorizarían a aceptarlos." "That services to be requested from me against Spain, with any other motive being a point of delicacy with me tho, autorised by the rights of nations and the exemple of many great and virtuous men in modern and ancient times." (Miranda a Pitt, enero de 1791). R. O. *Chatham papers.* V. 345.

(85) Los más serios parecen haber sido:

El proyecto del coronel inglés al servicio de os Estados Unidos, Williamson, enviado desde Nueva York el 5 de diciembre de 1803. Inglaterra y los Estados Unidos obrarán de concierto para apoderarse de Cuba y de parte de México. R. O. *War Office,* 1. 1109.

El de William Jacob Esqre, director de una de las más importantes casas de la City, que hacían comercio con Sudamérica; más tar-

Los Estados Unidos habían adquirido el inestimable territorio de la Luisiana, y este acontecimiento incitaba a todos los ingleses a apropiarse el resto, o, cuando menos, parte de los despojos de España en las Indias occidentales.

No desesperaba todavía Miranda. Cambió de táctica, sujetándose a estar al tanto de lo que decidiera el gobierno respecto de Sudamérica. Escribió a los ministros (86), tuvo numerosas conferencias con Pitt, se dio a conocer a la mayor parte de aquellos a quienes interesaban los asuntos del Nuevo Mundo, les sirvió de informador benévolo, consiguiendo circunvenirles y persuadir a los más calificados que era para ellos el indispensable auxiliar. Sin embargo, nada conseguía tan hábil conducta: Inglaterra se encaminaba visiblemente hacia una política egoísta a la que sólo la experiencia habría de determinarla a renunciar.

A pesar de las preocupaciones que le embargaban, el gabinete de Londres examinaba atentamente los proyectos de anexiones sudamericanas. Uno de ellos pareció ser de su agrado, y de tal manera fue bien acogido que incitó a su instigador, el capitán Popham, a ponerlo en ejecución.

Sir Home Riggs Popham era uno de los mejores oficiales de la marina británica. Había conducido varias expediciones importantes, y, enviado en 1800 al mar

---

de, representante, en los Comunes, de los conservadores de Rye (Sussex). Tres expediciones saliendo de Inglaterra, de Irlanda y de Madras, atacarán al mismo tiempo las colonias de Panamá, de la Plata y de Chile, las cuales serán en seguida "ocupadas e incorporadas por la potencia británica", 6 de octubre de 1804. *Chatham Correspondence*, 345.—La correspondencia de W. Jacob con los ministros ingleses menciona varias veces al general Miranda como siendo "el personaje cuyo concurso es más útil al proyecto".—Carta a Pitt, 26 de nov. de 1804. *Chatham Correspondence*, 148, y *War Office*, t. 1113.

En fin, el "Plan de ocupación de las Comarcas de la América Meridional" por el teniente coronel Jackson, quien en 1796 visitó las costas de México, etc., marzo de 1805. Cartas a Pitt. *Chatham Correspondence*, 148.

(86) 15 de mayo de 1804 a lord Melville, primer lord del Almirantazgo; 29 de septiembre de 1804, a Pitt, *Chatham Correspondence* 160.

Rojo para apoyar las operaciones de Abercomby, acababa de obtener del nuevo virrey de Egipto varias concesiones en favor de la Compañía de las Indias, las cuales, entre otras ventajas, valían a Inglaterra el monopolio de los cafés árabes. Acusado, —falsamente, por cierto— de concusión, Popham esperaba en Londres, desde hacía algunos meses, que la Cámara de los Comunes declarara su inocencia en aquel asunto, y, bajo la dirección de Melville, primer lord del Almirantazgo, y que, de todos los ministros, era el que más enterado estaba de los asuntos sudamericanos (87), se dedicaba a buscar por qué medios se podría realizar una empresa eficaz contra las colonias españolas. El secretario suplente de la tesorería, Nicolás Vansittart, no tardó en poner a Popham en relaciones con Miranda. Por su parte, Vansittart se había ocupado mucho de la América del Sur (88); a Miranda, a quien conocía él desde hacía tres o cuatro años, profesábale gran estima y una amistad que nunca se desmintió. Estuvo a medias con él en la redacción del proyecto que, el 10 de octubre de 1804, Popham y Miranda presentaron a lord Melville.

Comenzaba el proyecto por la declaración siguiente: "En ningún modo entrevemos una conquista propiamente dicha de la América del Sur. Es ésta una idea irrealizable; pero, lo que sí es posible, es ocupar en aquel continente ciertos puntos importantes, instalar en ellos guarniciones fijas, y privar así a Europa de los beneficios que saca de aquellas regiones. Incalculables son las ventajas comerciales que nos reservarían aquellas comarcas, incalculables la vitalidad y el desarrollo que nuestra presencia determinaría, y este

(87) En el Archivo inglés hay, de él, muchos informes muy detallados referentes a la América del Sur. *Chatham Correspondence*, 243.

(88) British Museum. *Windham papers add. mss.* 21237. Consérvase, entre otras cosas, un *Plan de expedición a las Colonias españolas*, de agosto de 1796, en cuya redacción manifiesta Vansittart un profundo conocimiento de la situación política y comercial de las comarcas sudamericanas.

magnífico resultado depende de una operación cuyo éxito está asegurado..."

Las localidades que habría que ocupar han sido fijadas "según las indicaciones del general Miranda, cuya competencia es notoria", y que podría asumir "la dirección suprema de las operaciones": Miranda se embarcará secretamente en Lymington e irá a la Trinidad, en donde se concentrarán, con la mayor rapidez posible, las fuerzas de tierra y de mar que habrán de tomar parte en la expedición (2.000 hombres de infantería, dos regimientos de caballería, dos compañías de artillería, independientemente de los reclutas que se llevaran en la isla; tres fragatas, una corbeta, dos cañoneras, tres bergantines, dos balandras y cinco transportes armados). La expedición desembarcará en la costa de Venezuela, desde donde la Gran Bretaña sabrá fácilmente asegurarse luego una especie de protectorado sobre toda la Nueva Granada. El segundo punto fijado para un desembarque en Buenos Aires. "La toma de este puerto y la ocupación de las ricas provincias del interior constituyen una verdadera operación militar que necesitará lo menos 3.000 hombres." "En fin, una tercera expedición que se formaría en las Indias tendría como objetivo Valparaíso, en el Pacífico: en ella tomarían parte 4.000 cipayos e igual número de tropas europeas (89)."

Al someter él mismo este proyecto al agrado de Pitt, el 22 de octubre de 1804, Miranda le suplicaba "que contestara a él con urgencia. Deseo, añadía, que tenga usted a bien excusar mi ansiedad; se trata aqui de un asunto cuyo éxito no puede entreverse sino a condición de no perder un día. De todos modos, querría yo no ser retenido más tiempo en Londres, pues tengo prisa por ir a llevarle a mi desgraciada patria la asistencia que, cuando menos, tiene derecho a esperar de mi persona (90)".

(89) Copy of a paper delivered to lord Melville, 10 de oct. de 1804. *War Office*, nº 161.

(90) A. Pitt, 22 de octubre de 1804. R. O. *Chatham, Correspondence*, nº 160.

El plan de Popham, que la diplomacia de Miranda no había conseguido atenuar en lo que de harto atrevido tenía, perjudicaba, en efecto, demasiado las verdaderas intenciones de los criollos para que juzgara oportuno comprometerse el representante de éstos. Aceptarlo era, al mismo tiempo que entregar a sus compatriotas, manchar su vida toda, mentir a su pasado, o exponerse a traicionar la confianza que pretendían infligirle sus protectores; pues, una vez efectuada la primera parte del proyecto, no habría dejado Miranda de acudir a todos los medios para desviarlo del fin que se proponían los ingleses. El precursor entendía no exponerse a tales sospechas ni al riesgo de tal alternativa. Y, por otra parte, ¿podría romper abiertamente, y, aunque lo pudiera, tenía derecho a romper con una potencia de quien, después de todo, era el obligado, y cuya cooperación, o cuando menos cuya complicidad, quedaba, en definitiva, como única probabilidad de que disponían los sudamericanos para el cumplimiento de sus deseos? En la actualidad, Inglaterra se mostraba irreductible; pero, acaso la obligara el porvenir a modificar su conducta, a recurrir a las transacciones. Habría sido gran torpeza el no reservarse tal eventualidad. Quedábale pues un partido a Miranda: el recobrar cuanto antes su libertad. A esto limitaba ya su esperanza. Ya no solicitaba sino por escrúpulo de conciencia y para ganar tiempo. Si pedía al ministro que se apresurara a tomar una decisión inmediata respecto de las proposiciones de Popham, era para determinarlo a abandonarlas cuanto antes.

Sin embargo, sólo a fines de febrero de 1805 se decidió a esto Pitt. Cierto que desde los primeros momentos había mandado armar una fragata de 64, la *Diadem,* con objeto de que sirviera en una de las expediciones. Pero el interés que de esta manera demostraba el gabinete británico por los proyectos sudamericanos tuvo que quedar pospuesto casi en seguida a las inquietudes que inspiraban los peligros, muy temibles esta vez, de una invasión francesa. El secreto del *inmenso proyecto* de Napoleón acababa de ser descu-

bierto y trasmitido a Londres; Pitt no pensaba ya más que en salvar a Inglaterra. El emperador de Rusia, cuya alianza era capital, quería que se tuviesen miramientos para con España; pues, en sus planes de supremacía europea, esperaba alejarla de Francia. En el transcurso de las negociaciones entabladas en Londres por el embajador Novosiltoff para la conclusión del tratado anglo-ruso de 11 de abril, quedó convenido que Inglaterra renunciaría a toda tentativa contra las Indias Occidentales.

Las guerras que se preparaban y que habían de retener para tiempo, en los mares de Europa, así las flotas inglesas como las españolas, pareciéronle a Miranda deber favorecer, en cierta medida, las esperanzas sudamericanas. Había llegado pues el momento de dar un prólogo a aquel *tomo de América,* del que sus corresponsales le aconsejaban, y cada día más, se encargara él por cuenta propia. Pero seguía creyendo Miranda que necesitaría algún colaborador, y una vez más, puso sus esperanzas en los Estados Unidos.

La cuestión de los límites de la Luisiana había suscitado disensiones entre España y la república norteamericana. Las cartas que Miranda recibía de Nueva York y de Filadelfia, las confidencias del plenipotenciaro norteamericano Monroe (91) dejaban entrever un próximo rompimiento, quizás una guerra. En este caso, sería fácil decidir al gobierno federal a que ayudara a la emancipación de las colonias españolas. Resolvió Miranda intentar esta nueva aventura, y pidió pasaportes para los Estados Unidos (92). No tardó, sin embargo, en comprender que los americanos del norte no poseían una organización militar suficiente para que se pudiera pensar seriamente en una guerra. El ejército, puede decirse que no existía; y la armada se reducía a algunos buques; las milicias carecían de educación militar; la defensa de las costas era ilusoria.

(91) Monroe (James), 1758-1831, presidente de los Estados Unidos de 1817 a 1825.

(92) A. Pitt, 13 de junio de 1805. *Chatham Correspondence,* 160.

Quedaba no obstante una esperanza: la de preparar en los puertos de la Unión, merced al rompimiento de relaciones con España, una expedición que bastaría sin duda para provocar la explosión decisiva. Pero era menester encontrar subsidios. Miranda, cuya suprema habilidad consistió en evitar todo compromiso formal, obtuvo que el gobierno inglés tomara a su cargo los gastos de la expedición. Vansittart le entregó 6.000 libras esterlinas al salir de Londres, en los primeros días de octubre de 1805, autorizándole a que girara sobre el tesoro por valor de una suma equivalente.

Hasta se llevó Miranda la seguridad oficiosa de que sus planes serían eventualmente secundados en la medida de lo posible y según las circunstancias (93).

(93) R. O. *Admiralty Admiral's Despatches*, North America, vol. 17 y Gil Fortoul, op. cit., p. 100.

CAPITULO II

LEALISMO COLONIAL

I

Al desembarcar en Nueva York, el 4 de noviembre de 1805, tuvo Miranda que persuadirse de que la política de los Estados Unidos se prestaba a sus proyectos mucho menos aún de lo que él había esperado. La podía preverse que, en la próxima apertura del conprensa seguía publicando artículos contra España, y greso, el mensaje del presidente contendría pasajes belicosos, aunque no habían de ser, en cierto modo, más que una especie de concesión a la opinión pública, pues, en realidad, el gobierno federal y la corte de Madrid se disponían a hacer las paces. Sabedor de esta situación, no le quedaba a Miranda tiempo que perder.

Uno de sus antiguos amigos, el coronel William Smith, yerno del presidente Adams, a quien había conocido Miranda en Londres, en 1785, en la legación de los Estados Unidos, y que era ahora inspector general de las aduanas de Nueva York, se ofreció a secundarle. Le puso en relaciones con un rico armador, Samuel Ogden, quien prometió proporcionar buques. Dio encargo Miranda a su secretario Mollini, y a un emigrado francés que le había acompañado, M. de Rouvray, de entenderse con Ogden para los primeros preparativos de la expedición proyectada, y salió para Washington.

Contaba, sin embargo, con encontrar allí buena acogida por parte de Jefferson y de su secretario de Estado, Madison, a quien conocía y cuyo patrocinio aún oficioso, seguía siendo indispensable. Les confió sus

proyectos, sin ocultarles los medios que le permitirían realizarlos siempre que contase seguramente con la aprobación tácita del gobierno federal (1); como de costumbre, estuvo apremiante, elocuente, persuasivo; y Jefferson, aunque recomendándole que fuera prudente, le concedió el asentimiento solicitado (2).

Así, desde fines de enero de 1806 la corbetilla de 200 toneladas, el *Leander,* armada en el puerto de New York, teniendo a bordo un capitán nortemericano Lewis, y un segundo, el inglés Armstrong, 200 hombres de tripulación, 18 cañones montados, 40 piezas de campaña, 1.500 fusiles, otras tantas lanzas, municiones abundantes y una imprenta, estaba lista para defender las pretensiones de Miranda. A ella había de unirse, en Puerto Príncipe, una fragata, el *Emperor,* que sería armada en las Antillas y que completaría la expedición.

Tal era, en definitiva, el modesto paradero de las esperanzas tan largo tiempo acariciadas por el precursor. Preciso era estar bien decidido para tener confianza en tan pobres medios y mucho más optimismo se necesitaba para no desesperar de su éxito. Pero la firmeza era natural en Miranda, y, en todo caso, la certeza que tenía de hallar a sus compatriotas preparados para la independencia, le habría reconfortado. "Pensaba Miranda, escribe uno de los oficiales de la expedición, que bastaría que apareciera él para que

(1) Carta de Miranda a William Smith, Washington, 14 de diciembre de 1805. ds. Becerra, op. cit., p. 75.

(2) Desde la salida de la expedición de Miranda, el marqués de Casa Irujo, ministro de España en los Estados Unidos, protestó violentamente contra la benevolencia de que había sido objeto aquel "revolucionario" por parte del gobierno. Por otro lado, como la prensa federalista sacó partido del incidente para atacar a Jefferson, y como interviniera a su vez Tureau, ministro de Francia, el gobierno se vio obligado a dar satisfacción a las reclamaciones españolas. Destituído Smith, fue, como Odgen, declarado en estado de acusación. Pero la campaña que se sostenía en la prensa pesó sobre el gran tribunal del distrito de New-York que les absolvió. El ministro de España volvió a la carga y no desistió hasta que supo la caída de Miranda.—V. Henry Adams, *History of the U. S. of America during the second administration of Thomas Jefferson,* t. 1º, y Becerra, op. cit., t. 1º, cap. XIII.

desde aquel instante dejara de pertenecer al rey de España la América meridional (3)."

El *Leander* se hizo a la vela el 3 de febrero, y desde entonces empezaron las desilusiones de Miranda. Desde la llegada a Puerto Príncipe, el capitán Lewis tuvo una disputa con su hermano, que había de mandar el *Emperor*, y el cual se negó a salir, y, con él, toda su tripulación. No sin trabajo se procuró Miranda dos goletas: la *Bacchus* y la *Bee*, con las que tuvo que contentarse. Discusiones a bordo; encuentros con corsarios a cuyas garras se substraían por milagro; con cruceros ingleses que, afortunadamente, no se opusieron a que la flotilla siguiera su camino, tempestades, enfermedades: tales fueron los incidentes de la travesía. Los víveres se agotaron. Tuvo Miranda que hacer escala en Jacmel, y, luego, en la isla de Oruba.

Ninguno de estos contratiempos le había abatido. A fuerza de energía, de audacia, llegó a disciplinar, a alentar a su turbulenta tripulación, y todo el mundo estaba dispuesto a cumplir con su deber, cuando, el 12 de mayo por la mañana, los vigías señalaron por fin las costas venezolanas. Se hallaban a algunas millas al este de Puerto Cabello. Miranda dirigió la proa hacia el puertecito vecino de Ocumare, con objeto de efectuar su desembarco con más seguridad.

No era inútil esta medida, pues el capitán general don Manuel de Guevara y Vasconcellos, avisado desde hacía un mes por el ministro de España en Washington, había tenido tiempo para prepararse: 150 bocas de fuego guarnecían los altos de La Guayra, y los fuertes de San Francisco y Padrastro en Guayana, de San Antonio en Cumaná, San Felipe el Real en Puerto Cabello; los de Zapará y San Carlos en Maracaibo habían sido provistos tan completamente como lo permitía la escasez de recursos militares de que disponían las autoridades. Los navíos más resistentes vigilaban la costa.

No eran numerosos, pero es de creer que cumplían bien con su obligación o que una feliz casualidad les

(3) *The history of D. Francisco Miranda*, etc., op. cit. Carta XXV.

favoreció, pues apenas echaba el ancla ante Ocumare, el 15 de marzo, la pequeña división de Miranda, cuando se vio atacada por dos poderosos buques de la marina real: el *Argos* y el *Zeloso*. La lucha era demasiado desigual para que pudiera ofrecer alguna probabilidad de salvación; la escuadrilla, que había intentado ganar la alta mar, fue alcanzada en seguida; el enemigo se apoderó de las dos goletas e hizo prisioneros a sus tripulaciones. No consiguió salvarse en *Leander* sino tirando al mar su artillería y sus municiones (4).

Mientras Venezuela se veía, a costa de tan ligero esfuerzo, libre de Miranda, un peligro mucho más grave amenazaba, al sur, los dominios coloniales del rey de España. Las consecuencias económicas de la guerra que Inglaterra sostenía desde hacía tres años se habían hecho sentir duramente. Era necesario, por todos los medios, encontrar salidas para las mercancías. No obstante, victoriosos en Trafalgar, los ingleses recuperaban la soberanía marítima y podían pensar, sin riesgos esta vez, en la posibilidad de grandes empresas. De nuevo se impuso al gabinete de Londres el proyecto, tantas veces meditado, de incorporar al imperio británico alguna de las colonias españolas del Nuevo Mundo, y todo induce a creer que habrían dado órdenes para su ejecución, si, en aquel momento mismo, no se hubiese adelantado a sus intenciones sir Home Popham.

Después del fracaso de las negociaciones del año anterior, Popham había salido para una nueva expedición, y acababa de ganar el grado de comodoro al apoderarse de la colonia holandesa del cabo de Buena Esperanza. No había dejado de pensar en su gran proyecto sudamericano, meditando de continuo en los medios para realizarlo. Ignoraba las aventuras de Miranda, no dudaba de que sus planes siguieran siendo los mismos, y como a él habían llegado informes muy

(4) Según el relato de Francisco I. Yanes, contemporáneo de estos sucesos, en *Compendio de la Historia de Venezuela*, 1ª parte, cap. VII.

favorables acerca de los débiles medios de defensa con que contaban Montevideo y Buenos Aires, y acerca de las disposiciones de los habitantes de esta colonia, asumió la responsabilidad de emprender su conquista.

Quiso, sin embargo, justificar ante el Almirantazgo que, en este caso no había obedecido ni "a irreflexivo impulso ni al deseo de satisfacer vanos caprichos de aventura (5)". En el extenso informe que dirigió a Londres desde su primera escala en Santa Elena, el 30 de abril de 1806, tuvo buen cuidado de señalar que "la expedición de Buenos Aires, cuya oportunidad ha sido minuciosa y detenidamente examinada por los distintos gabinetes y cuyo principio no ha provocado nunca objeciones por parte de ellos... es la realización parcial del plan concerniente a la América española, cuya dirección suprema debe quedar en manos del general Miranda, actualmente en Londres (6)". Añadía que "la toma del Río de la Plata no podrá dejar de tener considerables consecuencias para el feliz resultado de los intentos que había que efectuar en los demás puntos del continente (7)". En efecto, Buenos Aires era el principal almacén de depósito del comercio de las provincias del centro y del sur de la América meridional. A más de esto ofrecía tales perspectivas de ventajas para la importación de las manufacturas británicas, que "sólo esta consideración, decía atinadamente Popham, bastaría para legitimar mi tentativa... para compensar sus riesgos y sus gastos (8)".

El gobierno británico pareció adoptar esta manera de pensar y se apresuró a tomar medidas para reforzar la escuadra de sir Home Popham (9), la cual se componía ya de 6 fragatas, 3 corbetas y 5 navíos que llevaban un cuerpo expedicionario de 300 highlanders del 71º

(5) Popham al primer lord del Almirantazgo. Santa Elena, 30 de abril de 1806. R. O. *Admiralty Secretary in letters*, nº 58.

(6) Popham al primer lord del Almirantazgo. Santa Elena, 30 de abril de 1806. R. O. *Admiratly Secretary in letters*, Nº 58.

(7) *Id.*

(8) *Id.*

(9) El secretario de Estado de las Colonias a los lores comisionados del Almirantazgo. Dowing Street. 24 de julio de 1806. R. O. *War Office*, 6/3 South America, 1806.

y 600 soldados de marina bajo las órdenes del valiente general Beresford (10).

Grande fue el asombro de don Rafael de Sobremonte (11), por entonces virrey de Buenos Aires, al saber el 10 de junio, que una escuadra, enarbolando pabellón británico, entraba en las aguas del Plata. Sin embargo, era imperdonable por haberse dejado sorprender, pues, desde la salida de Popham para los mares del sur en 1805, el ministro de España en Londres había dado la alarma a su gobierno, quien se apresuró a avisar a Sobremonte para que tomase las debidas precauciones. Pero, como pasaron semanas, meses, el virrey se creyó a salvo de todo ataque. La repentina llegada de los ingleses le causó tremenda angustia. Comenzó por concentrar en Montevideo toda la guarnición disponible, creyendo que esta plaza sería la primera sitiada. Pero siguió Popham su camino hacia Buenos Aires, y Sobremonte se consideró perdido. Sin esperar a que se efectuara la completa movilización de las milicias, encargó al comandante de la plaza que obtuviera una capitulación, cualesquiera que fueran las condiciones impuestas por el enemigo, y huyó a Córdoba.

El 25 de junio, las tropas inglesas efectuaban su desembarco en la pequeña playa de Quilmes, a unas diez millas al sur de Buenos Aires. El 27, Beresford, que sin gran esfuerzo había desbaratado un destacamento de tres o cuatro mil hombres, entró en la capital, declarando "tomar posesión de ella en nombre de Jorge III". La proclama que hizo fijar en los muros de la ciudadela hizo saber a los habitantes que, "en lo sucesivo, el rey de la Gran Bretaña velaría por ellos y por su descendencia". "Es la más graciable intención

(10) Beresford (William Carr, visconde), general inglés, nacido en 1768, muerto en 1854, tomó brillantemente parte en todas las guerras de la Revolución y se distinguió especialmente durante la campaña de Egipto. Después sirvió en las guerras de España. V. para la expedición de Buenos Aires: Sassenay, *Napoléon 1º et la fondation de la République Argentine,* Paris, 1892. Lobo, op. cit., t. I, pp. 385 y sigs. y Documentos del t. III, pp. 224 a 460. *Historia de Belgrano,* Buenos-Aires, 1887, t. I, etc.

(11) Virrey de la Plata de 1804 a 1807.

de S. M. decía, que la gente de Buenos Aires y cualesquiera otras provincias en el Río de la Plata, que pueden eventualmente caer bajo su protección, gocen del entero y libre ejercicio de la religión católica. . . Con la promesa de tan rígida protección a la religión dominante del país y el ejercicio de sus leyes civiles, confía el mayor general, que todo buen ciudadano se reunirá con él en sus esfuerzos para mantener la ciudad quieta y pacífica, pues pueden ahora gozar un comercio libre, y todas las ventajas de las relaciones comerciales con la Gran Bretaña, en donde no hay opresión, que, como entiende, ha sido lo único que han deseado las ricas provincias del Río de la Plata y los habitantes de la América del Sur en general para hacerlas el país más próspero del mundo (12)."

Mas no fue así, y no tardó en convencerse de ello Beresford. Los habitantes de Buenos Aires manifestaban sentimientos muy distintos de los que esperaba el general inglés; en la ciudad reinaba visible agitación. Patrullas recorrían las calles y amotinaban a la población, que, después de los primeros momentos de sorpresa, amenazaba ahora a los ingleses encerrados en la ciudadela, maldecía al virrey y pedía un jefe. En aquel momento llegaba a Buenos Aires un gentilhombre francés al servicio de España: el caballero Jacques de Liniers (13), cuya brillante figura se destaca airosa, elegante, con singular bravura, sobre esta página de la historia sudamericana. Venía de Barragán, puertecito de las orillas del Plata, cuya defensa le había sido confiada en época anterior.

Liniers pertenecía a la marina española desde 1774, época en que dejó el regimiento de Piémont Royal-Cavalerie en donde servía con el grado de alférez, para sentar plaza como simple voluntario en la flota de don Pedro Castejón. Había tomado parte, al lado de Miranda, en la expedición de Argelia, y luego en la del

(12) Declaraciones del general en jefe al mando de las tropas de S. M. B. Buenos Aires, 28 de junio de 1806, loc. cit. por Lobo, t. III, p. 267.

(13) Nacido en Niort el 25 de julio de 1753. V. su *Biografía* por Jules Richard, 1 vol. en 8º, Niort, s. d.

Brasil en 1776. Las guerras que de 1780 a 1790 mediaron entre España e Inglaterra suministraron a Liniers, enemigo irreconciliable de los ingleses y temido de éstos, ocasión para señalarse en todos los mares. Fue nombrado capitán de navío en 1792 y quedó encargado de organizar una flotilla de lanchas cañoneras con las cuales protegió las costas de la Plata contra los incesantes ataques de los cruceros y corsarios británicos. Después de 1803, pasó tres años en el Paraguay gobernando interinamente las antiguas misiones de los jesuítas, al cabo de cuyo tiempo se encargó de nuevo del mando de la flotilla.

¡Los ingleses en Buenos Aires! Liniers se juró a sí mismo vengar semejante injuria. Al cabo de un mes, había hecho milagros. Se hizo dar 600 hombres por el gobierno de Montevideo, y reforzó este pequeño ejército con los 300 marinos de su flotilla, con unos sesenta milicianos y con sesenta y tres corsarios franceses al mando del capitán Mordeille. El 10 de agosto pasó revista a sus tropas en un barrio al oeste de Buenos Aires e intimó a Beresford en estos atrevidos y perentorios términos: "General, os doy quince minutos para que optéis por una de las dos decisiones siguientes: o exponer vuestra guarnición a una destrucción total, o entregaros a la discreción de un enemigo generoso." Beresford contestó sencillamente "que se defendería tanto tiempo como lo exigiera su honor". Al cabo de un combate que, durante tres días, ensangrentó las calles de Buenos Aires y durante el cual los dos partidos rivalizaron en heroísmo, los ingleses se vieron obligados a aceptar las condiciones del caballero de Liniers.

Los 1.200 supervivientes de la fortaleza, a quienes había concedido éste los honores de la guerra, desfilaron, por delante de la tropa de Liniers. "Era objeto verdaderamente raro y singular, dice un testigo (14), ver pasar la tropa inglesa, compuesta de soldados y oficiales muy aseados, por entre filas de los nuestros,

(14) Pantaleón Rivarola, *Romance histórico*, citado por Lobo, t. I, p. 431.

negros, sucios, descalzos y emponchados". Los ingleses habían perdido cerca de 500 hombres, y dejaban en poder del vencedor "las banderas del 71º regimiento, 35 piezas de sitio, 29 piezas de campaña y 1.600 fusiles.

Si bien los Whigs demócratas que a raíz de la muerte de Pitt (23 de enero de 1806), se habían agrupado en torno de lord Grenville, parecían menos inclinados que sus predecesores a la guerra sin descanso contra Napoleón, su política seguía netamente ofensiva hacia España, y nunca había sido más firme el proyecto de apropiarse las colonias. Ya hemos visto cómo, al tener noticia de la salida de Popham para el Río de la Plata, el gabinete de Londres se disponía a tomar medidas con objeto de asegurar el éxito de aquella tentativa. Tampoco le dejaba indiferente la emprendida por él al mismo tiempo en Costa Firme. Y, aunque esperaba a conocer los primeros resultados del ataque de Buenos Aires para decidir qué conducta habría de observar con Venezuela, cumplíase la promesa dada a Miranda, y las autoridades de las Antillas recibían orden, si no expresa, cuando menos muy comprensible, de prestarle ayuda.

Ateniéndose a estas instrucciones, el almirante Cochrane (15), que mandaba la división naval inglesa en las Antillas, al tener noticia del fracaso de Miranda, envió en seguida barcos en busca suya. Por cierto que fue bastante inesperado el encuentro de éstos con el *Leander*. La corbeta, casi desmantelada, que, desde Ocumare, seguía luchando contra el temporal, sin víveres, y con una tripulación reducida a sus dos terceras partes, llegó, al cabo de nueve semanas de navegación (el 24 de mayo de 1806) a los parajes de la Granada, cuando vio llegarse a ella dos buques encontrados tres días antes y a los que con gran trabajo se había substraído. Juzgando que, esta vez, no era posible la huída, tomó el *Leander* disposiciones de comba-

(15) Cochrane (Sir Alexander Forrester), almirante inglés. Nació en 1758, falleció en 1832. Comandante en jefe de las Islas de Sotavento en 1805, se apoderó de la Guadalupe en 1810, y gobernó esta isla hasta en 1814.

te. Los buques se acercaron. Por fortuna, eran barcos ingleses. Pudo Miranda atracar, reparar sus averías, hacer acopio de víveres, y, por fin, al cabo de algunos días, ponerse de nuevo en camino hacia la Barbada, en donde le esperaba el almirante Cochrane. Los bergantines de S. M. B. *Lily* y *Express* remolcaron el *Leander* hasta Bridgetown.

Durante su estancia en la Granada, Miranda fue objeto de tan corteses atenciones, halló tal afectuosa solicitud en lord Seaxhort, gobernador de la Barbada, y en el almirante Cochrane, que creyó deber obrar con la más estricta prudencia. El *Timeo Danaos* le obsesionaba. Cierto que no había dejado de declarar, desde los comienzos de la expedición, "que estaba en un todo de acuerdo con el gobierno de Inglaterra y que tenía la esperanza de haber interpretado sus intenciones con tanta discreción como fidelidad (16)". El comandante de la fragata inglesa *Cleopatra* encontró al *Leander* frente a las Bermudas, el 12 de febrero de 1806; y al dar aviso de esto al Almirantazgo hacía observar "que de su conversación privada con Miranda resulta que este general posee la absoluta confianza del ministerio (17)". Pero estos testimonios de adhesión al gobierno cuyos socorros seguía solicitando Miranda no implicaban en modo alguno que el protagonista de la independencia sudamericana entendiera secundar las miras inglesas en un sentido opuesto a los intereses de sus compatriotas.

Tanto es así que Cochrane, de quien, poco después, consiguió el precursor otros barcos para una nueva expedición, al mismo tiempo que la autorización de alistar voluntarios en la Barbada misma y en la isla de la Trinidad, no obtuvo, a cambio de tales concesiones, más que "el privilegio, para el comercio británico con Nueva Granada, de un trato semejante a aquel de que habrían de gozar los naturales de aquella comarca.

(16) Carta a Madison. New York, 26 de enero de 1806. Becerra, op. cit., t. I, p. 207.

(17) Informe al comandante John Wigth, febrero de 1806. R. O. *Admiralty Admiral's Despatches. North America.* V. 17, V. también Gil Fortoul, op. cit., p. 100.

Este privilegio podrá extenderse a los Estados Unidos de la América del Norte, quedando convenido desde ahora que, tan pronto como sea proclamada la independencia de Venezuela, el general Miranda pondrá todo su empeño en conseguir que este tratamiento de favor sea sancionado por el nuevo gobierno. Inglaterra tendrá derecho a instalar cónsules y vicecónsules donde juzgue oportuno. Beneficiarán éstos de las prerrogativas de la nación más favorecida, y los productos de todos los países, salvo la Gran Bretaña y los Estados Unidos, satisfarán, a su entrada en el territorio, un derecho adicional de 10 por 100 sobre el que adeuden los artículos ya importados por los barcos y comerciantes británicos (18)".

No era casi posible aventurar más vagas promesas y negociar a menos costo. Tal fue el parecer de lord Seaxhort y del general Bowfer, comandante de las tropas de tierra de la Barbada, quienes, aunque sin atreverse a desaprobar los compromisos firmados por el almirante Cochrane, intentaron cuando menos reducir su importancia y ganar tiempo. De donde resultó que Miranda tropezó con grandes dificultades en los reclutamientos que trató de efectuar en la Barbada y en Trinidad. Los gobernadores invocaron la necesidad de no herir en sus justas pretensiones a los numerosos comerciantes españoles y franceses de Bridgetown, y, sobre todo de Port-of Spain: el llamamiento a las armas no había de llevar firma alguna. Por otra parte, el armamento de los buques prometidos se efectuaba con desesperante lentitud. Sólo a fines de julio quedaron terminados los preparativos.

Aunque esta nueva expedición distaba mucho de responder a la importancia deseada por Miranda, estaba sin embargo mejor organizada, y, sobre todo, mejor compuesta que la primera. Los alistamientos habían dado, como efectivo de tropas de desembarque, algo más de 600 hombres; incluso los oficiales, entre

(18) Acuerdo firmado el 2 de junio de 1806 a bordo del *Northumberland* por Miranda y Cochrane. R. O. *Admiralty Secretary. In letters*, nº 256.

quienes había "unos treinta personajes respetables y valerosos (19)". Se ven nombres de antiguos emigrados franceses, tales como el coronel conde de Rouvray, los capitanes de Loppenot, de Belhay y de Frécier; la escuadra comprendía el *Leander* con 16 cañones; la *Lily*, el *Express*, el *Attentive* y el *Prévost*, con 12; 4 transportes y un bergantín cargado de víveres. Estos buques llevaban además considerable cantidad de armas de todo género destinadas a los voluntarios venezolanos, con cuya cooperación contaba más que nunca Miranda.

La expedición salió de Port-of Spain el 27 de julio. Seis días antes, los 57 oficiales y marineros que componían la tripulación de los barcos capturados delante de Ocumare, comparecían, en Puerto Cabello, ante la comisión militar encargada, por el capitán general, de determinar acerca de su suerte. Diez de ellos (20) fueron condenados a la horca, sentencia que fue ejecuta-Felipe, en presencia de las tropas y de los habitantes de la ciudad; los demás desfilaron en silencio ante los cadáveres de los supliciados, y, cuando, días después, salieron para Cartagena, en donde la mayoría de ellos iban a purgar, en las siniestras *bóvedas*, su condena de diez años de presidio, pudieron ver, frente al mar y plantadas sobre estacas, las jaulas de hierro en que, según costumbre, habían sido expuestas las cabezas cortadas de sus desgraciados compañeros.

II

La indiferencia con que los habitantes de Venezuela acogían la ejecución de los prisioneros de Ocumare aparecía con justo motivo al capitán general Guevara y Vasconcellos (21) como precioso indicio de los sen-

(19) *The history of D. F. Miranda*, etc., op. cit., Carta XVI.

(20) 5 americanos del Norte: Farghnarson, Ch. Johnson, Thomas Bilops, Powell, Hall; 3 ingleses: O'Danoluce, John Ferris, James Gardner; 1 polaco: Argudd, y 1 portugués: Paul George.

(21) Guevara y Vasconcellos (Manuel de), gobernador y capitán general de Venezuela, de 1799 a 1807.

timientos del espíritu público y como un perentorio testimonio de éxito para la línea de conducta que seguía obstinadamente desde su instalación en Caracas.

Había comprendido este gobernador que la adhesión de la masa popular sudamericana, demasiado atrasada aún para dejarse ganar a las nuevas doctrinas, era de capital importancia para la seguridad de la dominación española. Por consiguiente, había puesto especial empeño en consolidar o en sostener en las clases inferiores las muestras de sumisión a la metrópoli que todavía subsistían en ellas. Guevara no se negaba a recibir a los humildes, solícito ante sus necesidades, benévolo para sus flaquezas. La popularidad que le valía esta tan laudable cuan hábil táctica le permitía oponer a la propaganda de los criollos imbuídos de liberalismo, la más eficaz de las resistencias. Las esperanzas que el precursor fundaba precisamente en la acogida de sus compatriotas impulsaron al capitán general a redoblar de celo, y, tan pronto como tuvo noticia de los nuevos preparativos de Miranda, puso especial empeño en arruinarlo en la opinión.

Las circunstacias le facilitaron notablemente esta tarea. Herida por el despreciativo trato que la aristocracia criolla no sabía moderar, la importante población mestiza de Caracas y de las grandes ciudades de Venezuela, tendía, en efecto, desde hacía algún tiempo, a amistarse con las autoridades, por verlas tan dispuestas a pactar con ella: los campeones revolucionarios veían, en este estado de ánimo, una disminución de su prestigio para con aquel elemento, que, por ser menos ignorante, prestaba más fácilmente oídos a las nuevas ideas. Por otra parte, los liberales, por su irreductible odio a España y por sus aspiraciones de independencia, eran resueltamente hostiles a Miranda: también acerca de esto beneficiaba el capitán general de su propósito bien decidido de quedar, por entonces, extraño a toda iniciativa.

Por paradójica que pareciera esta actitud, justificábanla motivos valederos. Por de pronto, los criollos no conseguían entenderse acerca de la naturaleza de

los compromisos contraídos por Miranda con Inglaterra. Sabían que costeaba los gastos de la expedición, lo cual despertaba desconfianza en todos. Algunos llegaban hasta pretender que su compatriota obraba por cuenta única de los ingleses, a quienes se había vendido. Los mejor informados no querían dudar de la lealtad de Miranda, pero le creían engañado por los ministros británicos, y les asustaban las compensaciones, sin duda exageradas, cuya promesa habían sabido arrancarle. Privados también de dirección, intimidados por los tristes resultados de las recientes tentativas y por el poco espanto que provocaban, los liberales estimaban pues prematuro el aventurar un movimiento condenado, de todos modos, a pronta y brusca parada, sin resultado alguno para su causa.

Sabedor de tan felices disposiciones, el capitán general las había alentado con habilidad, haciendo esparcir solapadamente las más pérfidas alegaciones respecto del desinterés de Miranda. La Inquisición de Cartagena había proclamado a este último "enemigo de Dios y del Rey (22)" y el silencio de los criollos hacía más decisivo aún este fallo a los ojos del fanatismo popular.

Así se había ido formando en la colonia una atmósfera del todo desfavorable para el precursor, y era una suerte para las autoridades españolas tal estado de los ánimos, pues no disponían de serios medios de defensa. No descuidó Guevara el mejorarlos en la medida de lo posible. Solicitó el concurso del general Ernouf (23), gobernador de la colonia francesa de Guadalupe, y utilizó la prolongada estancia de Miranda en las Antillas inglesas para efectuar levas de tropas y organizar las milicias de Caracas y de las ciudades de provincias.

(22) Francisco González Guinán, *Historia Contemporánea de Venezuela*, Caracas, 1909, 5 vol en 8º, t. I, cap. I, p. 15.

(23) Ernouf (Jean-Augustín, barón), general francés; nació en 1753, falleció en 1827. Enviado como capitán general a Guadalupe, en 1803, supo conservar esta colonia hasta 1810, época en que tuvo que capitular. Conducido a Inglaterra y canjeado en 1811, fue desterrado a 5 leguas de París. La Restauración anuló el proceso comenzado contra él y le devolvió su grado.

Los socorros, poco considerables por cierto, que el general Ernouf envió a Guevara contribuyeron a asestar, desde los comienzos, sensible golpe a la nueva empresa del precursor. A ruegos del embajador de España en París, el ministro de la marina había autorizado al gobernador de Guadalupe a prestar ayuda a los establecimientos de Costa Firme; y, a pesar de que los ingléses tenían entonces casi en estado de bloqueo (24) a las colonias francesas de las Antillas, no creyó el general Ernouf deber negarse a las instancias del capitán general de Venezuela. "A raíz de la primera tentativa de Miranda en la costa de Caracas, escribía Ernouf al ministro de la marina (25), el señor de Guevara, gobernador de este país, solicitó mi ayuda para vigilar los manejos de ese rebelde. Deseoso de cumplir las órdenes de su Majestad Imperial y Real, y las de Vuestra Excelencia, consignadas en vuestras cartas del 13 de "nivôse" y 22 de mesidor del año XIII, y queriendo probar mi agradecimiento al señor de Guevara, el único de los gobernadores españoles que ha dispensado buena acogida a los franceses, mandé en seguida a M. d'Allègre que tomara el mando del corsario *Austerlitz*, buen velero listo para hacerse a la mar, y que fuera a Saintes, en donde embarcaría un destacamento de 150 hombres y 6 oficiales, mandados por el jefe de batallón Madier, para dirigirse luego a las costas de Cumaná y de Caracas, seguir, tanto como fuera posible la expedición de Miranda, y desembarcar el destacamento ya en Cumaná, ya en La Guayra, o, en fin, en el sitio en que pareciera necesario."

Estas órdenes fueron ejecutadas punto por punto, y el 30 de julio, el *Austerlitz*, al acercarse a la costa de Cumaná, se halló en presencia del *Prévost*, que navegaba separado de los demás barcos de la escuadra de Miranda. Al cabo de un combate que duró una hora, el corsario francés fue al abordaje y venció al *Prévost*,

(24) Cf. Poyen, *Les Guerres des Antilles de 1793 à 1815*. Paris, en 8º, 1896, cap. XXI.

(25) *Archives des Colonies*, Guadaloupe. *Correspondance générale*, 1896, registro nº 65. Citado por Poyen, op. cit., p. 293.

pudiendo luego efectuar su desembarque en la costa de Caracas (26).

Este incidente disuadió a Miranda de tomar tierra, como era sin duda su intención, en la isla de la Margarita, convirtiéndola desde entonces en la base de operaciones por excelencia que llegó a ser unos años más tarde. El valeroso ataque del *Austerlitz* le hizo creer que este barco formaba parte de una escuadra quizás importante, y, por otra parte, los informes que recogió en Trinidad le hacían creer que la región de Coro, al oeste de Caracas, ofrecía probabilidades favorables a su desembarque; por lo cual decidió ir a dicho sitio. Obedecía también secretamente al pensamiento de dar como punto de partida a la revolución aquella ciudad de Coro, la más antigua de Venezuela, y la primera, como fecha, entre las capitales coloniales. Pero, la mala suerte perseguía a Miranda. En efecto, los 8 a 10.000 habitantes que, aunque caída de su antigua prosperidad, contaba todavía Coro, hostiles a la aristocracia criolla que por tan largo tiempo y tan duramente los había explotado, eran, y habían de seguir siéndolo durante todo el período de las guerras de la independencia, los más lealmente adictos a las instituciones españolas. Miranda, ausente de su patria desde hacía tanto tiempo, había sido engañado por los informadores que pérfidamente le suscitaban sus enemigos (27).

Empujada por viento favorable, la escuadra prosiguió pues su ruta, y el 2 de agosto, al despuntar el día,

(26) Carta de D. Juan de Casas a S. A. el Príncipe Gran Almirante de España. Caracas, 30 de enero de 1808. *Arch. des Aff. Etr.*, Etats-Unis, 61, fº 254.

El destacamento francés pasó 16 meses en Caracas. El capitán general anunció su salida en estos términos al general Ernouf, en un despacho del 28 de marzo de 1808: "¡Ojalá el mar y la fortuna favorezcan a los bravos oficiales y soldados que, para obedecer a las órdenes de V. E., van a Guadalupe, afrontando tan grandes peligros sobre el elemento tiranizado por nuestros enemigos! Espero que V. E. tendrá la bondad de darme parte de la feliz llegada de estos valientes, a fin de disipar las inquietudes en que nos dejan." *Arch. des Aff. Etr.*, Etats-Unis, nº 61.

(27) Yanes, op. loc. cit., menciona a un tal Cobachiche.

ancló ante la Vela de Coro, a 12 millas de la antigua capital. En seguida tomó Miranda minuciosas disposiciones para el desembarque. Pero fue menester aplazarlo hasta el día siguiente, por el mal Estado del mar, y esta tregua permitió al jefe del distrito don José de Salas, hacer que los habitantes de Coro se marcharan a los pueblos del interior. Cuando, en fin, el coronel de Rouvray, que mandaba un primer destacamento de 250 hombres, se hubo apoderado, casi sin combate, del puertecito de San Pedro, y que, el 4 de agosto por la mañana, Miranda, a la cabeza del resto de sus voluntarios, se presentó ante Coro, no encontró, por decirlo así, a nadie (28), y comprendió que el resultado de su expedición era un lamentable desastre.

Se hallaba a 80 leguas de Caracas, lejos de todo recurso, en un punto árido y miserable de las costas venezolanas, y los oficiales enviados por él a las cercanías para publicar la llegada de los libertadores volvían, unos después de otros, anunciando la hostilidad de los habitantes, el éxito de las autoridades reales, que procedían a considerables alistamientos de fuerzas. Quedaba sólo el confesar la inutilidad de todo esfuerzo y resolverse al abandono de la empresa. Miranda hizo poner en varios sitios de la ciudad una proclama que explicaba su conducta, recordando a los sudamericanos los motivos que "debían moverles a apartarse de España y a seguir el ejemplo de los Estados Unidos, cuyos 300.000 habitantes han conseguido sacudir el yugo de la poderosa Inglaterra (29)", después de lo cual dio la orden de embarque (30) (13 de agosto de 1806).

(28) Despachos de Miranda al almirante Cochrane y al almirante Dacres, comandante jefe en Jamaica. Cuartel general de Coro, 6 y 8 de agosto de 1806. R. O. *Admiralty Secretary. In letters*, nº 256.

(29) Proclama de Miranda a los habitantes de Sudamérica. Cuartel general de Coro, 7 de agosto de 1806, en Becerra, op. cit., t. I, pp. 161. 169.

(30) Miranda abandonó en la playa de Coro el material de imprenta que había llevado. La colonia de Venezuela no tenía ninguno todavía. El de Miranda fue utilizado durante varios años por las autoridades reales, *Histoire de l'imprimerie au Vénézuela*, D., II, 343.

Blanco de las invectivas de compañeros despechados, a merced de un ataque de las flotas enemigas, casi deseado, tales eran su descorazonamiento y su amargura, Miranda se alejaba de nuevo de aquellos ribazos, más crueles con él esta vez, puesto que de ellos le despedían sus propios compatriotas.

Lo que más entristecía sin duda al precursor era el haber sido falsamente informado acerca del estado de ánimo de los pueblos de la provincia de Coro, y pensaba que otra hubiera sido su suerte, de haber establecido en otro punto la base de sus operaciones (31). No iba a tardar en perder esta suprema ilusión. La toma de Buenos Aires, cuya noticia acababa de llegar a Venezuela, provocó una emoción que las autoridades mismas no hubieran esperado de sus administrados, emoción que iban a acentuar aún las noticias sucesivas de las hazañas de Liniers y de la derrota de los ingleses. La instintiva nobleza del sentimiento público se despertaba en presencia de aquel ataque brutal que sufría España. Amenazada por un invasor extranpero y enemigo de la fe, convertíase para el pueblo en una *madre patria* verdadera, y muchos, entre los criollos enamorados de independencia, sintieron quebrantadas sus convicciones y tendieron a pactar con la metrópoli. En fin, los liberales, a pesar de lo resueltos que estaban, decidieron aplazar la manifestación de sus reivindicaciones e hicieron causa común con los españoles, movidos por un pensamiento que meses después expresaba con altivez el patriota argentino Belgrano (32): "*Queremos al amo viejo o a ninguno* (33)."

Impacientes por vengar la afrenta infligida a sus armas, habían, desde que Liniers les tomó a Buenos Aires, organizado a toda prisa una nueva expedición. Esta vez, parecía ésta prometer segura victoria. Cerca de 6.000 hombres de refuerzo habían llegado del Cabo

(32) Belgrano (Manuel) nació en Buenos Aires en 1770, y allí falleció en 1820.

(33) Mitre, *Historia de Belgrano*, op. cit., t. I, p. 154.

(31) *The history of D. F. Miranda*, etc., op. cit., Carta XXV.

con el general sir Samuel Auchmuty (34), al que no tardó en unirse el brigadier Robert Craufurd (35), con otro cuerpo de 4.400 hombres. 1.630 soldados escogidos, enviados en mayo de 1807, completaron la expedición cuyo mando supremo fue confiado al teniente general John Whitelocke (36). Sus instrucciones le prescribían que, a toda costa, se apoderara de la Plata (37).

No obstante, el caballero de Liniers había provisto admirablemente a la defensa de Buenos Aires y suscitado entre su apacible población de obreros, de comerciantes y de agricultores, un notable espíritu militar. Creó un cumplido ejército al que instruyó con tanta paciencia como suerte; hizo construir fuertes, poniendo en ellos baterías, aprovisionar la ciudad, y, tal ardor patriótico supo inspirar a los habitantes, que dieron éstos, para hacer balas de todo género, cuanto plomo, cuanto estaño y cuanta plata poseían (38).

Apenas estaban terminados los preparativos, cuando los ingleses, después de haberse apoderado de Montevideo, y dueños del Río de la Plata, se presentaron, el 28 de junio de 1807, con una flota de 20 buques y 90 transportes, dispuesta a desembarcar 12.000 hombres de tropa ante Buenos Aires, que no tenía, para su defensa, sino un poco más de 8.000 combatientes. A pesar de esta desigualdad de fuerzas, el general Whitelocke se veía obligado, el 7 de julio, a firmar una capitulación que estipulaba, para los ingleses, "la obligación de reembarcarse en el plazo de diez días y de devolver, en el término de dos meses, la fortaleza de Montevideo con toda su artillería y en el estado en que se hallaba en el momento de la rendición (39)".

(34) 1756-1822. *Había tomado parte en la guerra de América y en la de la India, y, después, en la campaña de Egipto con Beresford. Sirvió luego en las Indias y en Java.*

(35) 1764-1812. Sirvió luego en España y fue muerto en el sitio de Ciudad Rodrigo.

(36) 1757-1833.

(37) R. O. *War Office*, 6/a, South America, fº 96.

(38) Sassenay, op. cit., pp. 50-53.

(39) Tratado firmado el 7 de julio de 1807 por el general Whitelocke y el contralmirante John Murray, por Inglaterra, y por Liniers, Balbiani y Velasco, por España. V. Sassenay, op. cit., p. 73.

La segunda liberación de Buenos Aires arrastraba consigo la de toda la colonia. A ella habían concurrido con ardor el cabildo y la población; pero, lo mismo que el año precedente, a Liniers correspondía el mérito de tan hermoso resultado. El gobierno español le nombró jefe de escuadra y virrey de la Plata, en substitución del incapaz Sobremonte, ratificando así el sufragio de los habitantes, cuyo entusiasmo por su defensor rayaba en adoración. Saludaron a Liniers con el nombre de *Reconquistador,* y su gloria se esparció por todo el continente.

La tendencia innata de las razas latinas, más particularmente acentuada en los sudamericanos, a cristalizar, si así puede decirse, en un hombre sus pasiones, sus intereses, sus ambiciones o sus victorias, y a no adherirse a él sino bajo esta condición especial, se concretaba por primera vez en la persona de Liniers. El relato de sus hazañas, embellecido, magnificado por la imaginación tropical, exaltó los corazones. Las clases populares, agitadas desde hacía tanto tiempo por la propaganda liberal, que se esforzaba por arrastrarlas en pos de un ideal demasiado abstracto para ser comprendido con facilidad por todos, se inflamaron espontáneamente, y, desde las fronteras de México a las de Chile, el caballeresco aventurero benefició de una popularidad cuyo recuerdo se había perdido desde la época de la Conquista (40).

En todas partes se cantó el *Te Deum;* hubo regocijos públicos, fiestas, bailes para conmemorar la victoria alcanzada sobre los invasores. En cada una de las capitales coloniales levantáronse arcos de triunfo al nuevo virrey de la Plata. Los cabildos colocaron su retrato en sus salas de sesiones. El orgullo de haber vencido a la temible Inglaterra corrió un velo sobre todos los rencores. Los americanos se abandonaron a la ilusión de poseer ya aquella *patria* que los más ilustrados de entre ellos prometían como la recompensa suprema de largos y penosos sacrificios. Se reprocharon el haber desconocido a España, se pusieron a

(40) Cf. Sassenay, op. cit., cap. III.

amarla, a querer al rey lejano que sabía inspirar tan hermoso heroísmo al defensor de Buenos Aires.

Este lealismo, del que pronto iban a poder dar brillantes testimonios los americanos, si bien tenía por origen la popularidad de Liniers, no por esto era menos evidente. Pudo haber sido singularmente eficaz si la metrópoli, en aquel momento decisivo, hubiese consentido en mostrarse más atenta y mejor intencionada para con sus súbditos de ultramar.

Pero la corte de Madrid, que durante aquellas trágicas aventuras no había enviado socorros de ningún género a su amenazada colonia, seguía demostrando la más ciega indiferencia por cuanto ocurría en América. La alarma dada desde Londres o desde Filadelfia por los representantes de España provocaba a lo sumo alguna vaga instancia cerca del gobierno francés, cuya ayuda en tal circunstancia se limitaba, ya lo hemos visto, al envío de algún corsario. El único ministro que pareció no haber olvidado del todo a las colonias era Godoy; pero, según escribía por entonces el embajador de Francia en Madrid, la existencia del príncipe de la Paz dependía ya sólo "de un soplo del Emperador (41)" y sus proyectos pertenecían mucho más a lo que con cierto desenfado llamaba él "la gran política", la "que permite la vaguedad del pensamiento y dispensa del trabajo", que a un conocimiento profundo de las situaciones y a un firme deseo de resolverlas.

Examinándolo con atención, el "Plan sobre las Américas", imaginado por el príncipe de la Paz en 1803, no era, sin embargo, tan despreciable. Consistía en substituir a los virreyes temporales por infantes de España con el título de príncipes regentes. Al lado de cada uno de ellos habría habido un consejo de Estado compuesto: mitad de americanos y mitad de españoles, formando un senado cuyo primer cuidado sería el modificar la legislación colonial en favor de los habitantes del país. Estos no habían de ser sometidos ya más que a sus propios tribunales, salvo caso de interés general y común entre las colonias y la metrópoli (42).

(41) Beurnonville a Talleyrand, 5 de agosto de 1805.

(42) Cf. Grandmaison, *L'Espagne et Napoléon*, Paris, 1908, p. 48.

Tal proyecto era, con algunas modificaciones, el proyecto que, veinte años antes, proponía el conde de Aranda. Sin embargo, niega Godoy en sus *Memorias* el haber querido, "como pretendía imprudentemente su predecesor, fraccionar la América española y separarla de la madre patria (43)"; deseaba, ante todo, conservar sus dominios a la corona, aunque otorgando a las colonias las justas concesiones que pedían. De inspiración menos liberal que el proyecto de Aranda, el del príncipe de la Paz era, no obstante, de más práctica realización. Implicaba, en efecto, el advenimiento, más o menos lejano, de los pueblos del Nuevo Mundo a la vida nacional. A esto, después de todo, es a lo que aspiraba su instinto; y "su lealtad, tan pronunciada en aquel tiempo", según atinada observación del mismo Godoy, acaso se contentara con un régimen cuyas halagüeñas transiciones prometían a España un largo patronato que, aunque menos exclusivo, habría resultado ventajoso.

Al pronto, le sedujo esta idea a Carlos IV; consultó al ministro Caballero, y después, a un consejo de los obispos del reino, que, por unanimidad, se pronunció en favor del proyecto. Sin embargo, vacilaba el rey; pasó tiempo. "Todo va despacio en España", añade Godoy, quien, por su parte, sin duda que sostuvo flojamente su proyecto. Y fue éste abandonado.

La mayoría de los liberales sudamericanos lamentaron este fracaso. A pesar de la entereza de sus convicciones, se sentían, en aquel momento, desconcertados por los crecientes progresos del lealismo; a más de esto, nutridos de teorías humanitarias, se habrían resignado de mejor gana a las promesas lejanas pero pacíficas del proyecto de Godoy, que a las perspectivas de violencias que todos presumían inevitables y que muchos temían. Produjéronse algunas defecciones. No obstante, cuando resultó bien cierto que España no intentaría ya nada para mejorar la suerte de Sudamérica, los campeones de la independencia re-

(43) *Memorias del Príncipe de la Paz*, París, 1836, t. III, cap. XVII.

anudaron sus tareas con tanto más empeño cuanto que, al mismo tiempo que resultaban ellos disminuídos, se habían acumulado los obstáculos.

Miranda les dará ejemplo. No había de renunciar a sus proyectos de expedición sino después de haber agotado todas las probabilidades de éxito; y, no bien de regreso a Londres, deseoso únicamente de seguir tomando parte en la propaganda revolucionaria, se abrirá camino disipando las prevenciones posibles por medio de una carta al cabildo de Buenos Aires, de la que enviará copias a todos los centros liberales del Nuevo Mundo: "He tenido la doble satisfacción de ver que mis amonestaciones al gobierno inglés, en cuanto a la imposibilidad de conquistar o subyugar a nuestra América, fueron bien fundadas, al ver repelida con heroico esfuerzo tan odiosa tentativa (44)."

III

Desde fines de 1807, en Caracas fue donde con más ardor se encendió de nuevo el foco revolucionario. Las declaraciones de Miranda, en sus proclamas de Coro, tranquilizaron a los liberales de la capital venezolana, y el regreso de Bolívar hizo más firme su valor. En la plaza mayor de Caracas, mezclados a la multitud indiferente, habían asistido a la ejecución en efigie de Miranda, cuyas proclamas fueron quemadas también por mano del verdugo y puesta a precio su cabeza. Para los criollos que permanecían fieles a la causa independiente, hubiera sido desastroso y estéril demostrar francamente la indignación que sentían ante aquellas medidas de rigor. En previsión de un regreso ofensivo de Miranda, el capitán general había llegado a movilizar cerca de 800 hombres de tropa, al mismo tiempo que recibía también de Guadalupe importantes refuerzos de armas y municiones de guerra,

(44) 20 de julio de 1808, *Archivo de lia Audiencia de Buenos Aires*.—Mitre, *Historia de San Martín*, op. cit., t. I, p. 50.—Las copias de esta carta fueron enviadas, el 24 de julio de 1808, a México, y el 1º de septiembre a Caracas. Las minutas se hallan en el R. O., *Foreing Office*, Spain, vol. 89.

y la más ligera manifestación habría valido, a los imprudentes que la hubiesen provocado, un castigo terrible y sin gloria.

Así pues, los liberales se hallaban reducidos a concertarse en secreto acerca de los medios que les permitieran recobrar algún prestigio entre los habitantes, quienes, por desgracia, eran, de día en día, más adictos a España. Se reunían, tanto como lo permitía la vigilancia del gobernador, y seguían pidiendo a la lectura de los filósofos y de los clásicos el alimento de aquella paciencia que tan necesaria les era, y del fuego sagrado que les animaba.

En general los conciliábulos se efectuaban en casa de Bolívar. Su hermano Juan Vicente, los Toro, don José y don Martín Tovar (45), José Félix Rivas (46) y Luis Rivas Dávila (47), Salias (48), Guillermo Pelgrón (49), Germán Roscio (50), Vicente Tejera, Nicolás An-

(45) Tovar Ponte (Martín), nacido en Caracas el 17 de septiembre de 1772, de una familia ilustre y rica, tomó parte en las campañas de 1812 a 1814. Miembro de los congresos de Angostura en 1819, de Cúcuta en 1821, de Valencia en 1830. Muerto en Caracas en 1843, el 26 de noviembre.

(46) Rivas (José Félix), nacido en Caracas el 19 de septiembre de 1775, siguió a Bolívar a Curazao y a Cartagena en 1812, hizo con él la campaña de Nueva Granada y las de Venezuela, se cubrió de gloria en cien combates, y hecho prisionero después de la toma de Maturín, fue ejecutado por los españoles el 15 de diciembre de 1814.

(47) Rivas Dávila (Luis), nació en Caracas hacia 1780; muerto en el combate de la Victoria, el 13 de febrero de 1814.

(48) Salias (Pedro), nació en Caracas en 1784, murió en la batalla de Aragua, el 18 de agosto de 1814.

(49) Pelgrón (Guillermo), era padre: 1º de Félix Pelgrón, que hizo con Bolívar la campaña de Nueva Granada en 1815, tomó parte en los combates del Palo y de la Cuchilla del Tambo, y fue ejecutado en Santa Fe, el 3 de septiembre de 1816, con los patriotas detenidos entonces en las prisiones de la capital granadina; 2º de Guillermo Pelgrón, muerto en el combate de San Sebastián de los Morros, en 1812; 3º de Ramón, José María y Agustín, oficiales distinguidos en los ejércitos republicanos.—Guillermo Pelgrón había sido uno de los profesores de Bolívar. V. lib. I, cap. III, § 2.

(50) Roscio (Juan Germán), nació en Caracas en 1782. Miembro del Congreso de 1811. Enviado a España y preso, desde 1812 hasta 1814, en las cárceles de Gibraltar y los presidios de Africa al mismo tiempo que Madariaga, Mires, Iznardi, etc... Vicepresidente del Congreso de Angostura en 1819. Muerto en Cúcuta, el 8 de marzo de 1821.

zola, Lino de Clemente (51), los hermanos Ayala (52) y Ustáritz, herederos de las familias más ricas y más consideradas de la colonia, casi siempre estaban allí (53), Andrés Bello que era secretario segundo de la capitanía general; Tomás (54) y Mariano Montilla, y otros más.

Bolívar trataba con magnificencia a sus amigos (55). Les daba suntuosos banquetes, había elegantes reuniones a las que la gravedad de aquellos convidados, dispuestos a sacrificar su juventud y su fortuna al más noble ideal, daba, no obstante, la fisonomía de una radiosa academia de patriotismo. Bello había traducido algunas de las tragedias de Corneille y de Voltaire, pasajes de Tácito y de Virgilio, y a veces declamaba trozos, con gran satisfacción y aplauso de sus compañeros (56). Bolívar, Montilla contaban sus recuerdos de viaje, hablaban de Roma y de París. Las alusiones patéticas hallaban eco en todos los corazones. Corríales siempre prisa el hallarse en compañía íntima, y, tan pronto como terminaba la comida, despedían a los esclavos, cerraban las puertas y volvían al asunto predilecto, al que embargaba el pensameinto de todos: la libertad, la independencia.

(51) Clemente (Lino de), miembro del Congreso de 1811, tomó parte en todas las campañas, desde 1812 hasta 1829. Miembro del Congreso de Angostura en 1819, volvió casi en seguida a su puesto en el estado mayor del ejército republicano, peleando contra los españoles hasta que terminó la Guerra de la Independencia. Secretario de Estado de Venezuela en 1826, fue uno de los promotores de la separación de Venezuela y de Colombia, en 1829. Falleció hacia 1835.

(52) Ayala (Ramón), nació en Venezuela en 1780, tomó parte en todas las campañas de la Independencia hasta 1826. Miembro del Congreso de Venezuela, del 6 de mayo de 1830; falleció hacia 1840. Sus hermanos Juan Pablo y Mauricio combatieron igualmente al lado de Bolívar: 1813 a 1825.

(53) V. Díaz, *Recuerdos de la Rebelión de Caracas,* Madrid, 1829, p. 9.

(54) Montilla (Tomás), hermano de Mariano; tomó parte en las campañas de 1813 a 1815. Gobernador de la Guayana en 1818. Miembro del Congreso de Angostura en 1819. Falleció en Caracas el 25 de junio de 1822.

(55) Amunátegui, *Vida de D. Andrés Bello,* op. cit., p. 61.

(56) Ibid.

La expedición de Miranda no eran tan vana en resultados como lo imaginaban las autoridades coloniales, y, entre aquellos jóvenes, atormentados de ambiciones generosas, la iniciativa del precursor provocaba fecunda emulación. Casi todos, en busca del héroe que realizara sus ensueños, designaban ahora a Miranda como siendo éste el salvador esperado. Acababan de tener noticia de la campaña del *Leander*, y evocaban con fervor sus detalles. Una escena entre otras exaltaba a los futuros libertadores. El 12 de marzo de 1806, al salir el sol (57), que precisaba en el horizonte el paisaje de la tierra americana, Miranda había izado sobre el *Leander* el pabellón azul, amarillo y rojo (58) de la patria futura: la *Colombia* (59), y todos los oficiales y soldados de la expedición habían saludado con entusiastas vivas aquel ondeante arco iris que por primera vez se alzaba frente a los Andes, en la majestad del azul tropical...

Cierto que la mayor parte de los testigos de aquella escena habían sucumbido. Los demás, bajo la conducta de Miranda, andaban errantes, quizás abandonados, dispersos, miserables, mas no descorazonados mientras les quedara un soplo de vida. Los patriotas de Caracas juraron continuar a todo trance la obra del precursor.

El fallecimiento del capitán general Guevara, sobrevenido poco después (7 de octubre de 1807), fue aco-

(57) *The History of D. Francisco Miranda,* etc., Lett. XX.

(58) Al rojo y al amarillo españoles añadían una faja del azul con que Washington dotó la "Orden de Cincinato". Según ciertos autores venezolanos, la intención de Miranda al escoger aquellos tres colores fue la de simbolizar por ellos "los campos de *oro* de América, que el *azul* del Océano separó de la *sangrienta* España". V. Azpurua, *El pabellón tricolor de Miranda en Biografías de Hombres notables de América,* Caracas, 1877, t. IV, Apéndice, p. 7. La bandera colombiana ondeó por vez primera sobre el continente americano desde el 3 al 13 de agosto de 1806 en la fortaleza de San Pablo, en la Vela de Coro. Fue adoptada como emblema nacional por el Congreso de Venezuela el 14 de julio de 1811, y ha sido conservado por las repúblicas actuales de Colombia, de Venezuela y del Ecuador.

(59) Es, en efecto, Miranda quien le puso este nombre, como homenaje al descubridor de América.

gido por aquellos jóvenes con tal satisfacción, que algunos llegaron hasta manifestarla en público (60). Era, en efecto, gran desgracia para España, la desaparición de aquel gobernador tan popular, y una pérdida difícilmente reparable para la causa que él representaba. El coronel don Juan de Casas (61), su sucesor interino hasta la llegada de un nuevo capitán general, no poseía ninguna de las cualidades de su predecesor. Era inexperto, pusilánime, apático, y los manejos revolucionarios iban a poder darse libre curso bajo su administración. Siquiera por este lado, los patriotas, sin disimularse las arduas dificultades de su empresa, entreveían más risueñas esperanzas. Inglaterra, cuya conducta en Buenos Aires les había inspirado tanta inquietud, iba a adoptar una política más tranquilizadora.

No le había costado trabajo a Liniers hacer que los oficiales criollos y los miembros del cabildo de Buenos Aires compartieran los sentimientos que caracterizaban su naturaleza caballeresca. Los ingleses habían sido tratados por sus vencedores con benevolencia y cordialidad (62). La guarnición tuvo a honra el asistir a las exequias de los oficiales y de los soldados enemigos. Los prisioneros fueron tratados con toda clase de miramientos. A los heridos, recogidos en las iglesias transformadas en hospitales militares, se les permitió recibir la visita de sus propios cirujanos mientras los religiosos españoles los cuidaban con cariñosa solicitud. "Prueba bien noble, decía un periódico de Buenos Aires, de que la verdadera virtud castellana aún se encuentra en una remota colonia de España casi independiente de su metrópoli (63)."

Tanto mejor impresión hicieron en Inglaterra tales procederes, cuanto que por uno de los artículos de la capitulación, había hecho Liniers una notable concección a los negociantes británicos: la de permitirles des-

(60) V. Díaz, *Recuerdos*, etc., p. 8.
(61) Gobernador y capitán general de Venezuela, por interím, de 1807 a 1809.
(62) Cf. Sassenay, op. cit., cap. III.
(63) Lobo, op. cit., t. III, Apéndice, p. 363.

embarcar la considerable cantidad de mercancías que, en su certidumbre por el éxito de la operación, se habían apresurado a dirigir al Río de la Plata (64). Por otra parte, la experiencia de las dificultades casi insuperables que se oponían a la conquista de las colonias españolas inclinaba a los miembros más sesudos del gobierno británico a renunciar a una política estéril y costosa. Un partido considerable se formaba para combatirla. En la época misma en que nadie dudaba del éxito de la segunda expedición de Buenos Aires, lord Castlereagh (65) publicó una memoria (1º de mayo de 1807) para poner al gabinete en guardia contra "la intención, desprovista de toda esperanza de éxito, de conquistar territorios tan extensos, sin contar con el apoyo de sus habitantes". Ponía también en guardia a los ministros contra "el inconveniente que habría en disolver los gobiernos establecidos en las colonias, porque era de temer que, en sustitución de éstos, se desarrollaran sistemas jacobinos y democráticos".

Esta eventualidad, a la que podían dar especial gravedad los últimos éxitos de Napoleón en Europa, pues se atribuía al Emperador la intención de enviar "a América a algunos de sus atrevidos corsarios, de organizar allí una clientela y de hacer entrar en Francia la cosecha que ofrecían aquellas tierras (66)", incitó al gobierno británico a examinar un sistema medio que garantizaba la separación de las colonias españolas de la metrópoli "sin efectuar conquista alguna y sin establecer nuevas democracias (67)".

El duque de Orleans, que desde hacía algunos años residía en Inglaterra, se declaró dispuesto a tomar parte en el proyecto. En relaciones amistosas con el príncipe de Gales, profundamente hostil al emperador de los franceses, comprendiendo también la necesidad de

(64) Archives Nationales. *Archives de la Marine,* BB4 409. Misión del capitán Drouault, comandante de la fragata, *La Duchesse de Berry,* nov. de 1819.

(65) Cf. *Correspondence,* t. VII, p. 314, y Gervinus, op. cit., t. VI, p. 78.

(66) Cf. *Correspondence,* t. VII.

(67) *Id.*

"realzar el ilustre apellido que su padre había empañado", gustoso habría aceptado el gobernar un "reino" de México o de la Plata. Luis Felipe acababa de pasar una larga temporada en Cuba y en los Estados Unidos. Pasaba por conocer bien los asuntos de América, y creía él contar allí con partidarios. Colocándolo, al mismo tiempo que sus hermanos, en los tronos de aquellas colonias, una vez independientes, Inglaterra tendría en el Nuevo Mundo otros tantos amigos seguros contra el usurpador francés. Esto es, al menos, lo que Doumouriez, Bertrand de Molleville, antiguo ministro de Luis XVI, el conde de Montferrand y otros emigrados que frecuentaban al príncipe, hicieron valer ante el gabinete de Londres. Hasta apoyó Luis Felipe con su firma una "Memoria acerca de este proyecto y de las ventajas que de él habían de resultar para Inglaterra (68)".

Mas no se apresuró el gobierno británico a examinar el proyecto, y lo abandonó por completo cuando los acontecimientos que se efectuaban en la Península movieron a la Gran Bretaña a modificar radicalmente su política respecto de su antigua rival sublevada contra Napoleón.

Mientras no les dictaran otra regla de conducta las circunstancias, los ingleses renunciaban a toda veleidad de conquista en la América del Sur. La reciente adquisición de las islas Malvinas, los establecimentos que se habían asegurado en Trinidad y los que habían conservado en la costa de Mosquitos les permitían ser dueños de la embocadura de cada uno de los tres grandes ríos sudamericanos, y esperar con paciencia las ventajas que tal situación pudiera procurarles. Impor-

(68) R. O., *War Office*, nº I, 1111. "Acerca de un proyecto para separar de la Monarquía Española el Continente de América y formar en éste Estados Independientes; ventajas que de ello resultarían para Inglaterra, y medios de ejecución de tal empresa." Correspondencia del conde de Montferrand, diciembre de 1806. Indicaciones también en *Foreign Office*, France, nº 78. Papers concerning Duke of Orléans, 1808-1809, y en Gervinus, p. 79, Guillermy, *papiers d'un Emigré*, p. 196. Crétineau-Joly, *Louis-Philippe et l'Orléanisme*, t. I, p. 260. Grandmaison, *L'Europe et Napoléon*, p. 343.

taba, mientras tanto, que, así los criollos como España, estuviesen persuadidos de la lealtad británica; por eso Popham, de regreso a Inglaterra, se vio desaprobado oficialmente; un consejo de guerra le demostró que había obrado sin autorización, y le infligió una censura (69). Whitelocke, a quien incumbía la responsabilidad del mando supremo de la expedición de Buenos Aires fue llevado a su vez ante el tribunal marcial y declarado, al cabo de un ruidoso proceso que ocupó treinta y una sesiones, "incapaz (*unfit*) e indigno (*unworthy*) de desempeñar en lo sucesivo empleo alguno en el servicio de Su Majestad."

No podía sustraerse Miranda a las consecuencias de aquel cambio en la política inglesa; y en efecto, apenas iniciados los preludios de dicho cambio, sufrieron rudo golpe, de rechazo, los proyectos del precursor.

Desde las primeras noticias de la derrota de las tropas de Beresford en Buenos Aires, el gabinete de Londres se apresuró a prescribir a los gobernadores de las Antillas que observasen con Miranda una conducta tan reservada como prudente. Por otra parte, el fracaso de Coro lastimaba demasiado el prestigio del representante de los liberales sudamericanos para que no se impusiera a las autoridades británicas una rigurosa interpretación de las instrucciones oficiales.

Por estos motivos, no había de encontrar Miranda cerca de ellas los socorros y el estímulo de que hasta entonces había beneficiado, y que su inquebrantable esperanza le movía a solicitar una vez más. En efecto, no había tardado en sobreponerse a su descalabro, y refugiado en la isleta de Oruba, envió, el 15 de agosto de 1806, es decir, dos días después de abandonar las costas de Venezuela, al conde de Rouvray con misión de pedir al gobernador de la Jamaica los subsidios necesarios para una tercera expedición. Al mismo tiempo, otro de sus oficiales salía para Trinidad con idéntico encargo.

Transcurrió más de un mes sin que recibiera noti-

(69) Popham recibió después el mando de la estación de Jamaica, en 1817, y allí falleció en 1820.

cias Miranda. Hasta estuvo a punto de caer en manos del comandante del *Austerlitz,* que se había propuesto ir a arrancarle de su isla. La presencia de tres considerables buques de guerra ingleses impidió que el corsario llevara a cabo su proyecto (70): el *Seine* el *Granada* y el *Melville,* procedentes de Port of Spain, llegaron a Oruba a fines de septiembre, pero sin más instrucción que la de llevar a Miranda hasta la Barbada, adonde no llegó sino el 2 de noviembre, después de una detestable travesía.

El gobernador se negó casi a recibirle y le declaró netamente que no podía prestarle asistencia alguna. No mejor suerte había tenido en Kingston el conde de Rouvray; pero, según indicaciones de Miranda, se había entonces marchado a Londres, y el precursor seguía abrigando la esperanza de que no serían desatendidas sus encarecidas súplicas a los ministros (71). Sin embargo, no recibió contestación de dichos ministros. "Cerca de tres semanas hace que estamos aquí, escribe uno de los oficiales de la expedición (72) con fecha 26 de noviembre... Ya no hacen caso de nosotros. Con mil trabajos hemos podido enterrar a dos de los nuestros: nos faltaba dinero para comprar las cajas... ¡De qué distinta manera nos trataban, hace sólo unos meses!... Entonces, vivía Miranda en casa del gobernador, quien le prodigaba mil atenciones. La muchedumbre nos vitoreaba al pie de nuestra morada... Hoy día, todo ha cambiado. Nos tratan con el mayor desprecio. Ya no podemos ir a tierra para alojarnos. Nos toman por ladrones, a pesar del hambre que denotan nuestros semblantes, y a pesar de nuestro mísero ropaje. Hace poco, éramos los *colombianos,* los *mirandistas.* Hoy día, hemos descendido a la categoría de *aventureros* y de *pillos*... El populacho nos insulta..."

En abril de 1807, salió Miranda para Trinidad, en

(70) Cf. Poyen, *Les Guerres des Antilles,* op. cit., cap. XXI.

(71) Miranda a Melville. Oruba, 19 de sept. de 1806, y Carlisle Bay, Barbada, 3 de nov. de 1806.—R. O., *War Office,* I. 1113.

(72) James Biggs, *The history of D. Francisco Miranda,* etc., op. cit., Carta XXIV.

donde el *Leander* fue vendido en pública subasta; el escaso producto de la venta fue repartido entre los supervivientes de la expedición. Entonces, pidio Miranda volver a Londres. Escribe a lord Castlereagh: "El continente sudamericano se halla en un estado de confusión y de anarquía que hacen que, por el momento, resulte inútil mi presencia en aquellos si tios... Los acontecimientos de Buenos Aires han desencadenado entre aquellos pueblos violenta animosidad contra la Gran Bretaña... ¿No he opinado siempre que semejante tentativa sería tan impopular como de difícil, si no imposible, ejecución (73)?..." Sin embargo, transcurrió todo el año sin que se le concediera a Miranda permiso para volver a Inglaterra. El gobernador de Trinidad, J. Hislop, de quien Miranda había conseguido que se interesara por su suerte, unió sus instancias oficiales a las del "infortunado general cuya sociedad privada me ha sido tan grata —aseguraba Hislop— y cuya situación, tan triste como injusta, merece una compensación (74)". Por fin, el 31 de diciembre, Miranda se embarcaba en el *Alexandria* con destino a Liverpool.

A pesar de que las circunstancias parecían prestarse entonces menos que nunca a nuevas empresas sobre el Nuevo Mundo, un rayo de esperanza iba a lucir aún para Miranda. Las consecuencias del decreto de Berlín y los gastos enormes ocasionados por las últimas guerras habían gravado tan considerablemente el tesoro inglés, que, una vez más, se dirigieron las miradas hacia aquella siempre maravillosa América. Las minas de Nueva España eran lo bastante ricas para salvar a Inglaterra de la ruina. Pareció inspiración providencial la idea de arrancar a México a su metrópoli. Resolvió Grenville reunir diez mil hombres en Jamaica y enviarlos a la conquista del virreino bajo las órdenes de Arthur Wellesley (75). En la primavera de 1808,

(73) Miranda a lord Castlereagh. Trinidad, 10 de junio de 1807. R. O., *Colonial Office*, 295, nº 17.

(74) El gobernador de la Trinidad al Secretario de las Colonias. Trinidad, 21 de octubre de 1807. R. O., *Colonial Office*, 295, nº 16.

(75) Duque de Wellington, 1769-1852.

hubo conferencias entre el duque de Portland, Canning, secretario de la guerra, y Miranda, conferencias acerca de la proyectada expedición, que seguía organizándose en Corck. Hubo un momento en que se trató de dirigirla a las costas de Caracas (76).

Pero, de repente, recibió otra destinación, y sir Arthur Wellesley, en vez de hacer vela hacia América, salió, el 12 de julio, para España, en donde acababa de estallar la guerra famosa que iba a señalar, para el Nuevo Mundo, el comienzo de una crisis decisiva.

IV

Napoleón parecía haber llegado, en Tilsit, a la cumbre del poderío y de la gloria. No obstante, su ambición exigía más amplias y señaladas victorias. El ineluctable encadenamiento de las medidas a que de continuo tenía que recurrir el Emperador con objeto de subyugar "al más poderoso, más tenaz", ya que no "al más generoso de sus enemigos", le arrastró, a comienzos de 1808, a la desastrosa expedición de España, donde había de iniciarse el ocaso de su estrella.

El bloqueo de Inglaterra, "combinación colosal" que en el espíritu de Napoleón había sustituído al proyecto marítimo de 1804 y de 1805 (77), implicaba la sujeción de Europa. En seguida acometió esta empresa el Emperador: la declaración de destronamiento de los Borbones de Nápoles, la expropiación del Papa, la invasión de Portugal, fueron golpes de fuerza ejecutados con tanta rapidez como suerte, pero cuyo complemento indispensable era la conquista de España.

Creyó fácil Napoleón esta conquista. Los españoles se habían comprometido por el tratado firmado en Fontainebleau el 27 de octubre de 1807. Los Braganzas huían hacia el Brasil; el ejército francés ocupaba Lisboa: todo parecía presentarse a medida del deseo del Emperador. El pretexto para intervenir en España se ofreció poco después por sí mismo.

(76) Record Office, *Foreign Office,* Spain, V. 105.
(77) V. Sorel, *L'Europe et la Révolution,* t. VII, cap. II.

Escandalosas discordias habían estallado entre el príncipe de Asturias, impaciente por subir al trono, y que, para lograr cuanto antes sus deseos, puso empeño en desacreditar al príncipe de la Paz, y los reyes, más adictos que nunca a su indispensable *Manuel*. Apoyado en numeroso partido, Fernando se declara en fin abiertamente en rebeldía: la reina y Godoy se ven perdidos. Este último propone aún, y esta vez para salvar la dinastía, que vayan a América los infantes (78); pero el motín de Aranjuez desbarató este proyecto. Godoy se salvó por milagro de la muerte, y Carlos IV tuvo que abdicar en favor de su hijo. Cuatro días después, el 23 de marzo, so pretexto de mantener el orden, Murat, a la cabeza de las tropas francesas, toma posesión de Madrid. Un mes más tarde, el Emperador, a quien padre e hijo habían tomado como árbitro de sus disensiones, hizo que fueran a Bayona, les arrancó su abdicación, los hizo prisioneros al mismo tiempo que a Godoy y a la reina, y José Bonaparte fue nombrado rey de España y de las Indias.

Si bien las endebles esperanzas de los liberales sudamericanos podían creerse sostenidas por Inglaterra, iban a tener que contar ahora con otras amenazas. Todavía no se había puesto en camino hacia su capital el nuevo soberano, y ya Napoleón se empleaba en asegurarle la posesión de las provincias de ultramar, que formaban ciertamente la parte más hermosa y más envidiable de la herencia de Carlos Quinto (79).

No era aquélla la primera vez que Napoleón volvía sus miradas hacia la América española. Hacía ya tiempo que su absorbente genio se había propuesto, si no añadir el Nuevo Mundo a sus conquistas, cuando menos desviar hacia él la atención de sus enemigos, o convertir alguno de sus territorios en elemento de alguna combinación política. Además, la seducción que ejercieron siempre en el espíritu del Emperador las

(78) "Esto ofrecía entonces poquísimas dificultades, dice el príncipe de la Paz, y la diseminación de los Borbones habría atajado la inquina de que eran objeto." *Memorias*, op. cit., t. III, cap. XVII.
(79) Cf. Sassenay, op. cit., cap. I, p. 2.

expediciones marítimas le habría animado más de una vez a intentar aquella aventura, de haber dispuesto de tiempo suficiente, y, sobre todo de medios. ¿No envió, apenas terminados los preliminares de la paz de Amiens, a uno de sus generales más estimados, a su propio cuñado, el general Leclerc (80), a Santo Domingo con cerca de 20.000 hombres de excelentes tropas, compuestas, en su mayoría, de veteranos de los ejércitos de Italia y de Egipto? Tal ostentación de fuerzas ocultaba sin duda extensos proyectos que, por cierto, no tardaron en desentrañar los ingleses, y que no dejaron de denunciar. Conocida es la suerte funesta de aquella expedición: diezmada por la fiebre amarilla, la muerte prematura de su jefe, la inesperada e indomable bravura de las tropas de Christophe (81), Taussaint-Louverture (82) y Dessalines (83), y que terminó, a fines de 1803, por la capitulación del Cabo y la proclamación de la independencia de Haití.

Aunque los comienzos de la expedición no anunciaban tan deplorables resultados, después de la toma del Cabo Francés y la rendición de Toussaint, vemos una indicación de los pensamientos secretos del primer cónsul en la misión confiada por el general Leclerc

(81) Christophe (Henry), nació en la isla de la Granada en 1767. Nombrado presidente vitalicio de la República de Haití en 1807, se hizo proclamar, en 1811, emperador de Haití con el nombre de Enrique 1º. Vencidas sus tropas en 1820 por el general Boyer, se mató en su castillo de Sans-Souci.

(80) Leclerc (Charles-Victor-Emmanuel), nació en Pontoise (Sena) en 1772, falleció en Santo Domingo en 1802.

(82) Nació en 1743. Toussaint, apodado Louverture, tomó parte, desde 1791, en la insurrección haitiana contra los franceses. Se reconcilió con ellos en 1795, y, nombrado por el Directorio, en 1796 generalísimo de los ejércitos de Santo Domingo, hizo embarcar para Francia al comisario francés Santhonax, y, desde entonces, fue de hecho soberano independiente de Haití. Después de la capitulación del Cabo, Toussaint-Louverture fue arrestado y trasladado al Fuerte de Joux, en donde murió en 1803.

(83) Dessalines (Jean-Jacques), nació en Haití en 1758. Contribuyó, de concierto con los ingleses, a que Francia evacuara Haití en 1803, y al año siguiente se hizo proclamar gobernador general, y luego emperador de Haití con el nombre de Santiago I. Fue muerto en 1806, durante una revista, a instigación de Pétion.

a su amigo Norvins (84), a quien "la afición al cambio, el donquijotismo de la curiosidad y del peligro" habían, según pintoresca confesión suya (85), atraído hacia el Nuevo Mundo. Tratábase de llevar a cabo en Nueva Granada, en el Perú, y aun en México, "una misión que, probablemente, había de durar unos dos años, y cuyo objeto sería explorar, en interés político y comercial de Francia, las vastas comarcas que la celosa España se había impuesto conservar constante y rigurosamente cerradas a todo extranjero..." A más de esto, había para Norvins una instrucción secreta en la que "hallaría el verdadero pensamiento de Bonaparte acerca de aquel viaje (86)". La repentina y general insurrección de los negros, sobrevenida pocos días después, hizo aplazar el proyecto, que nunca fue realizado.

No obstante, tanto menos se apartaba de las Indias Occidentales la atención del Emperador cuanto que seguía los constantes progresos de Inglaterra en aquellas regiones. Estaba muy al corriente de las importantes compensaciones que, sin ruido y sin riesgos, hallaba ella, contra las molestias del bloqueo, en aquella parte del mundo. La expedición de Miranda recrudeció las alarmas del Emperador, pues no se dudaba en París de que el antiguo general de la República fuese agente de los ingleses. Joseph de Pons (87), a quien la reciente publicación de un *Viaje a la parte oriental de*

(84) Norvins (Jacques Marquet, barón de Montbreton de), nació en París en 1769, falleció en 1854. Arrestado como antiguo emigrado y puesto en libertad después del 18 de brumario, dedicó agradecimiento decidido a Napoleón. Siguió en 1801-1802 a Santo Domingo al general Leclerc, como secretario. Desempeñó después varios cargos al servicio de Jerónimo rey de Westfalia, siendo luego nombrado, en 1810, director general de la policía de los Estados Romanos, y en Roma quedó hasta 1814. De 1830 a 1832, fue sucesivamente prefecto de la Dordogne y de la Loire. Es conocido sobre todo por su *Histoire de Napoléon*, cuya primera edición es de 1827.

(85) *Mémorial de J. de Norvins*, op. cit., t. II, p. 308.

(86) *Id.*, t. III, pp. 32-33.

(87) Pons (François-Raymond-Joseph de), viajero francés, nació en 1751 en Souston (isla de Santo Domingo), falleció en París hacia 1812. Agente de Francia en Caracas, resignó sus funciones hacia 1792, se retiró a Inglaterra, yendo luego a París en 1804.

la Tierra Firme (88) daba por entonces cierta notoriedad, recibió encargo de redactar una memoria confidencial (89) en la que habían de ser examinados los medios más propicios para contrarrestar los planes de la Gran Bretaña. "Si obtiene éxito Miranda, observaba el autor de la memoria, las colonias españolas se separarán sucesivamente de su metrópoli, e Inglaterra fundará en ellas una potencia igualmente funesta a Francia, a España y al comercio del mundo entero. Y, aunque fracasara, lo cual no es probable, sus reveses no modificarían en nada los proyectos de los ingleses. Sólo un medio hay para combatir esos proyectos: que España, a quien es imposible velar por sus colonias, las ceda a Francia... Unicamente poniendo a su poderosa aliada a la cabeza de sus amenazados dominios podrá esperar desafiar los esfuerzos que hacen y que puedan hacer para quitárselos. Y, para tan importante empresa, ningún país tan adecuado como la capitanía general de Caracas, que cubre igualmente cuanto España posee en la América meridional, salvo el virreinato de Buenos Aires (90)."

Por desgracia, las guerras de Europa y la inferioridad numérica de la marina francesa dejaban a las colonias americanas fuera del alcance del Emperador y lo condenaban a la inacción.

La abdicación de los soberanos españoles pareció proporcionar, en fin, la ocasión tan largo tiempo deseada. Tan desconocedor de la verdadera mentalidad de los criollos como del carácter íntimo de los futuros súbditos de su hermano, acerca de quienes se hacía tantas ilusiones Napoleón, pensó éste que la conquista del Nuevo Mundo se agregaría por sí sola a la de España, y que un entusiasmo sincero movería las colonias a hacer causa común con la metrópoli "regenerada (91)".

(88) Op. cit., París, 1806.

(89) Memorias acerca de la cesión de la Capitanía general de Caracas a Francia, 1806. *Arch. des Aff. Etr.*, Colombia, I (1801-1825).

(90) *Id.*

(91) "Vuestra nación perecía: he visto vuestros males y voy a remediarlos; quiero que mi recuerdo quede en la memoria de vues-

En realidad, los gobernadores de las Antillas francesas habían atribuído el fracaso de Miranda a la sola presencia en la capitanía general, del corto efectivo de la Guadalupe (92); y, si algunos centenares de combatientes habían bastado para proteger a Buenos Aires, era, según Liniers mismo (93), porque "los sucesos constantes y siempre prósperos de las armas del Emperador habían electrizado un pueblo hasta entonces tan pacífico". Los informadores del gabinete imperial eran unánimes en declarar que mil doscientos a mil quinientos soldados franceses serían apenas necesarios para asegurar "la fácil conquista de la isla Trinidad y de la capitanía de Caracas (94)". De Pons había ido más lejos aún; escribía: "Para los españoles de América, el solo nombre de Napoleón significa valor, heroísmo, beneficencia, genio, poderío y lealtad. El gozo y la obediencina serán universales. Los hombres de bien cobrarán nuevas energías; los espíritus inquietos y turbulentos, que verán que ya no tienen frente a ellos una metrópoli cuya debilidad conocen, sino al primero y más poderoso de los monarcas, se volverán los más ardientes partidarios de la cesión. La acogerán como una victoria ganada sobre España. En una palabra, a la voz del emperador de los franceses y rey de Italia, el orden reinará de nuevo en aquellas regiones (95)."

Pero, la impresión producida en Madrid por los

---

tros nietos, y que puedan decir: *Fue el regenerador de nuestra Patria.*" (Proclama de Napoleón a los españoles, el 24 de mayo de 1808.)

(92) Cf. Poyen, op. cit., cap. XXI, p. 294.

(93) Carta de Liniers a Napoleón, 20 de julio de 1807, citada por Mitre, *Historia de Belgrano*, 5ª ed., 1902, t. I, p. 163.

(94) Informe acerca de la isla de la Trinidad considerada como Almacén de Depósito del Comercio de los europeos con el Alto Perú, Tierra Firme, la provincia de Caracas, y como principal punto militar de las islas de Barlovento de América, por S. Dauxion-Lavaysse, 27 de enero de 1808. *Arch. des Aff. Etr.* Estados Unidos, Reg 61.

(95) Memoria citada.—Era éste el lenguaje mismo que iba a tener Napoleóon hablando de España, cuando escribía a Talleyrand, el 8 de junio de 1808: "La llegada del rey acabará de disipar los disturbios, iluminará los espíritus, restablecerá la tranquilidad." Citado por Sorel, *L'Europe et la Révolution*, t. VII, p. 271.

acontecimientos de Bayona, la repentina y furiosa resistencia del pueblo de España, y, sobre todo, la entrada en escena de los ingleses, cambiaron las disposiciones de Napoleón. Los esfuerzos que multiplicaba Inglaterra para avivar la insurreción en la Península no dejaban duda acerca de su acción en América. Importaba impedirla y concertar sin retraso una línea de conducta que desbaratara las intrigas que iba ella a fomentar en aquellos países. Desde el 13 de abril, de Pons, consultado, preconizó "el envío al Nuevo Mundo de comisionados franceses destinados a poner en guardia a las autoridades y a los habitantes... La edad, las sanas costumbres y los principios de dichos comisionados habrán de inspirar confianza... Convendrá que prometan a los criollos la conservación de sus empleos... que declaren que el Emperador está resuelto a mantener la religión católica, la jerarquía eclesiástica, los derechos y privilegios de las iglesias, la continuación del pago de las pensiones, y a fomentar, sobre nuevas bases, la agricultura y el comercio... Los comisionados harán comprender a los pueblos aquéllos, qué desgracias les acarrearía una resistencia inútil o una conducta desleal (96)".

La repercusión que habían tenido las expediciones inglesas al Río de la Plata hacía que la atención del Emperador se fijara más bien en esta colonia. "Deslumbrado por la gloria de Napoleón", Liniers le escribía cartas vibrantes para darle cuenta de sus éxitos. Se podía, pues, esperar encontrar en aquel virrey tan popular en las Indias Occidentales un partidario ganado de antemano, y que gustoso aceptaría el convencer a los habitantes de Chile y del Perú. En seguida se puso Napoleón en busca de un negociador a quien daría encargo de entenderse con Liniers. Mientras tanto, hizo armar en el Ferrol, en Cádiz y en Cartagena buques en los cuales contaba embarcar un cuerpo de tres o cuatro mil hombres que habían de seguir al embajador con algunos días de intervalo, y cuya presencia en las costas de la Plata facilitaría su misión.

(96) *Arch. Nat.* A. F. IV, 1610.

Decrés y Maret, encargados de descubrir el negociador, comenzaron sus tareas. Decrés propuso al capitán de navío Jurien de la Gravière (97), amigo de Liniers. Maret designó al marqués de Sassenay, antiguo diputado de la bailía de Châlons-sur-Saône en los Estados Generales, antiguo oficial del ejército de Condé, que había residido largo tiempo en las Antillas y que también conocía al virrey de Buenos Aires. En aquella época, el marqués se había retirado a una finca que poseían en Borgoña y de la que llevaba el nombre.

"Verdadero asombro fue el de M. de Sassenay, refiere su biógrafo (98) cuando, en un hermoso día de mayo de 1808, vio bajar de un coche de posta, que se había detenido a la puerta de su castillo, a un correo de gabinete portador de una orden del Emperador, en la que le decía éste que acudiese ante su persona. Muy perplejo, trató el marqués, aunque en vano, de obtener algunos informes del correo de gabinete. Este, nada sabía, y sus instrucciones se limitaban a conducir a Bayona al marqués. Hizo Sassenay a toda prisa algunos preparativos, y, después de angustiosa despedida a su mujer y a sus dos hijos, subió al coche que le estaba esperando. El viaje se hizo con la rapidez posible en aquella época... Sassenay llegó a Bayona el 29 de mayo. Se apresuró a mudarse de ropa y se presentó en el castillo de Marrac, en donde residía el Emperador, quien le admitió inmediatamente ante su presencia.

"La audiencia fue corta y característica. Napoleón se paseaba con cierta agitación en su cuarto de trabajo. Apenas introducido Sassenay, le interpeló con su habitual brusquedad. "Usted se halla en relaciones de amistad con M. de Liniers, le preguntó". —"Si señor", contestó el marqués.— Está bien, es lo que me ha dicho Maret, "repuso el Emperador". Pues, siendo así, voy a encargarle a usted de una misión cerca del

(97) Jurien de la Gravière (Pierre-Roch), nacido en 1772, muerto en 1849. Capitán de navío en 1803. En febrero de 1805, a la cabeza de tres fragatas, venció frente a Sables d'Olonne, a una escuadra inglesa compuesta de 6 buques de guerra. Contralmirante en 1817, vicealmirante en 1831, fue par de Francia desde 1830 hasta 1848.

(98) Sassenay, op. cit., cap. I, pp. 9-11.

virrey de la Plata. —"Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad; pero Vuestra Majestad tendrá por conveniente permitirme que vaya a poner en orden mis asuntos particulares antes de emprender un viaje tan largo y tan peligroso".

—"Imposible". Tal fue la contestación del Emperador. Dispone usted de sólo veinticuatro horas para preparase. Haga usted su testamento: Maret se encargará de enviarlo a su familia de usted. Por el momento, vaya usted a ver a Champagny, quien le notificará mis instrucciones". Y con un simple ademán de mano, Napoleón despidió a su interlocutor absolutamente aterrado.

El marqués de Sassenay se embarcó, en efecto, al día siguiente, en un bergantín pequeño: *Le Consolateur*, destacado de una flotilla destinada por el Emperador a las comunicaciones que había que establecer entre las colonias españolas y francesas, y que no pudo ser armado sino someramente, dada la penuria del arsenal de Bayona. El ministro de relaciones exteriores hizo entregar a Sassenay, a bordo del navío, un saco de despachos destinados a las autoridades coloniales, al mismo tiempo que un pliego que contenía instrucciones secretas, de las que no había de enterarse Sassenay sino cuando llegase a alta mar.

Napoleón hubiera podido encontrar aún comisarios para Costa Firme y México. De Pons se ofreció a llevar a Caracas la nueva del advenimiento del rey José. Escribía al Emperador: "Tengo la sensación íntima de que si Vuestra Majestad se dignara concederme esa honrosa misión... obtendría yo, así de las autoridades locales como de los habitantes, los testimonios de la más cumplida sumisión y de una fidelidad inalterable, y el ejemplo de Caracas sería seguramente imitado por el virreino de Santa Fe, limítrofe de éste... (99)" El teniente Galabert, del estado mayor del ejército de Dalmacia, propuso sus servicios para México, haciendo valer que lo había "atravesado de uno a otro mar. La provincia de Puebla es el punto de defensa

(99) 22 de junio de 1808. Arch. Nat. A. F. IV, 1610.

de aquel país. M. Flon está allí de gobernador. Está adherido por completo al Emperador y a los franceses... Creo a M. Flon incorruptible. Su posición, su conducta en este momento puede influir mucho en la suerte de México. Lo que mi amigo M. de Liniers ha hecho en Buenos Aires, M. Flon puede hacerlo en el país sometido a su mando (100)".

Mas no juzgó indispensable el Emperador hacer tan grandes gastos para aquellos colonias cuyo estado de ánimo no parecía amenazar, según los informes que le habían dado, con ninguna oposición seria a sus miras. Se había limitado a dar órdenes para que el capitán general de Guadalupe y el comandante de la Guayana francesa hiciesen salir, con la mayor rapidez posible, "hacia los establecimientos de Costa Firme, de Puerto Rico, La Habana, México y la Florida, hombres seguros e inteligentes que dieran la mayor publicidad posible a los últimos acontecimientos". Los ministros de la marina y de relaciones exteriores reproducían, con algunas ligeras variantes, en las instrucciones del Emperador, las observaciones sugeridas por de Pons (101).

Los despachos del gabinete imperial llegaron primero, el 3 de julio, a Cayena, en donde, desde hacía unos diez años, era gobernador el fogoso Victor Hugues (102). Ya en su juventud, Hugues había vivido largo tiempo en las Antillas y en la América del Sur, y hasta había asistido en Santa Fe, en 1780, a la insurrección de los Comuneros (103). Poseía de tal suerte una noción bastante profundizada de los hombres y de las cosas del Nuevo Mundo, conocía la influencia ejercida por los funcionarios coloniales o la aristocracia criolla sobre aquellas gentes impresionables y sediciosas por instinto, y no ignoraba tampoco los medios de que disponían los ingleses en aquellas regiones y la

(100) 28 de junio de 1808. Arch. Nat. A. F. IV, 1610.

(101) 11, 16 y 20 de mayo de 1808. *Arch. de la Marine*. BB4 274, fº 237 y *Arch. des Aff. Etr.* 61, fos. 250 y 277, Etats-Unis.

(102) V. Supra, lib. II, cap. I, § III.

(103) Mémoire sur la Côte Ferme et le Mexique, par Victor Hugues. Julio de 1808. *Arch. des Aff. Etr.*, Etats-Unis, 61, fº 286 y sig.

vehemencia con que tratarían de desbaratar los proyectos del Emperador.

Así es que, si bien se apresuró a ejecutar las instrucciones de sus jefes, no lo hizo, según todas apariencias, sino contra su voluntad y sin gran esperanza de éxito. Y, aunque en el año de gracia de 1808 y 4º del reinado de Napoleón, no solían discutirse —bien lo había visto Sassenay (104)— las órdenes del Emperador, el comandante de la Guayana francesa creyó deber señalar al ministro de relaciones exteriores (105) los temores que le inspiraba la situación: "¿No había agitación en aquellas inmensas posesiones?... Sería menester adueñarse de Puerto Cabello, de Cartagena, de Porto Belo, Panamá, San Juan de Ulloa, Veracruz,... estableciendo en ellos numerosa guarnicion... y entonces se podría, sin consecuencias graves, dejar que se agite interiormente el país... a menos que algún oficial entregue a los rebeldes las plazas fuertes que acabo de nombrar."

Al mismo tiempo que tranquilizaba así su conciencia, no perdía Hugues un minuto. "El bergantín *Serpent,* el aviso *Rapide* y el *Phénix* están ya en mar para cumplir las diferentes misiones,... noche y día se ha trabajado en armarlos y avituallarlos." El *Rapide* iba hacia Veracruz "como un simple importador de despachos" y el *Phénix* hacia Guadalupe, desde donde el general Ernouf, "por estar más al alcance y por disponer de más medios", podría enviar los comisarios destinados a México, a la Florida, a Puerto Rico y a La Habana. El *Serpent,* cuyo mando fue confiado al teniente de Lamanon, "hombre de buen sentido y de reconocida prudencia", debía hacer escala sucesivamente en La Guayra, Puerto Cabello, Santa Marta y Cartagena de Indias.

Lamanon salió de Cayena el 5 de julio, "bien penetrado, afirma Victor Hugues, de la importancia de su misión". Era ésta, en realidad, tan delicada como pe-

(104) Sassenay, op. loc. cit.
(105) Cayena, 24 de julio de 1808. *Arch. des Aff. Etr.,* Etats-Unis, 61, fº 277.

ligrosa, según pudo verlo el joven oficial al tomar conocimiento de la instrucción que le fue entregada en el momento de embarcarse.

Decía ésta:

"El objeto de la misión de M. Paul de Lamanon, teniente de navío, bajo cuyo mando se halla la corbeta de Su Majestad: *le Serpent,* se halla todo entero en las instrucciones de S. E. el ministro de la marina y de las colonias, fechadas en París el 16 de mayo de 1808, que le entrego (Nº 1), y en los despachos con fecha 11 del mismo mes, de SS. EE. el ministro secretario de Estado y el ministro de relaciones exteriores, fechados en Bayona por orden de Su Majestad, cuyo contenido voy a darle a conocer.

"Estos despachos me invitan a poner en conocimiento, por distintas vías y por todos los medios posibles, de las posesiones españolas de América, las actas oficiales adjuntas que entrego a M. de Lamanon, tanto en español como en francés, rubricadas por S. E. el secretario de Estado, así como varias cartas dirigidas a los diferentes virreyes, capitanes generales, obispos, etc., de las provincias que M. de Lamanon debe recorrer.

"Las piezas oficiales consisten en las actas siguientes:

"1º La carta del rey Carlos al príncipe de Asturias.

"2º La carta del príncipe de Asturias al infante don Antonio como presidente de la junta, con la que va incluída una carta del príncipe de Asturias a su padre.

"3º El decreto del rey Carlos declarando teniente general del reino al gran duque de Berg.

"4º El acta del rey Carlos por la cual cede sus derechos al Emperador Napoleón.

"5º La carta del príncipe de Asturias, con idéntico objeto.

"6º Varios periódicos, tanto en francés como en español, a los cuales habrá que dar la mayor publicidad.

"M. de Lamanon anunciará también el advenimiento de un príncipe de la casa imperial a la corona de

España, el rey de Nápoles, José Napoleón, a quien sus principios religiosos, sus reales virtudes, su talento y su valor han merecido el cariño de cuantos han tenido la dicha de conocerle.

"Al encargar a M. de Lamanon de esta importante misión, cumplo los deseos de Su Majestad, nuestro augusto señor, quien me manda no confiarla sino a hombres de juicio sano y recto, y prudentes.

"Por tanto, en los distintos sitios designados en las instrucciones Nº 1, M. de Lamanon, seguido de uno o varios oficiales, con uniforme de gala, se presentará ante los obispos y demás personas para quienes tiene despachos, con gravedad, decencia, y con esa amenidad francesa que tantas voluntades nos ha granjeado en aquellas regiones; les comunicará las piezas oficiales de que es portador, les animará a que mantengan a los pueblos en la obediencia y el respeto, asegurándoles de que los sentimientos del Emperador respecto a España no dan lugar a duda alguna; dichos sentimientos son: interés, benevolencia y constante solicitud por su gloria y su prosperidad; les dirá que a oficiales y a obispos se les presenta una buena ocasión de probar su afecto a su nuevo soberano, a su metrópoli y a sus hermanos de España mostrándose inasequibles a las sugestiones de los ingleses, de sus partidarios y de gente malévola que querría establecer su dominación de un instante sobre montones de cadáveres de buenos y valientes españoles.

"El Emperador, nuestro augusto señor, al elevar a su amado hermano el rey de Nápoles al trono de España, ha consagrado los bienes, las leyes, las iglesias y la religión católica, su independencia absoluta y la integridad de la monarquía española y de todos los países de ultramar.

"M. de Lamanon pintará con los más vivos colores el desorden que en el Río de la Plata ha causado la presencia de los ingleses, las matanzas, las profanaciones de los templos, de los conventos, el horror que a los ingleses inspira la religión católica.

"Asimismo pintará la dicha de ser gobernado por

príncipes de sentimientos elevados, justos y piadosos, asequibles a sus súbditos, que quieren la prosperidad, la gloria de su país, felicidad de que gozan ya los españoles de España.

"M. de Lamanon quedará sólo tres o cuatro días en cada uno de los sitios designados en las instrucciones Nº 1, salvo en Cartagena, en donde podrá permanecer algunos días más, con objeto de proveerse de lo necesario para efectuar su regreso a Europa con la mayor prudencia posible...

"Comprenderá la necesidad de preceder a los ingleses en los relatos que pudieran haber hecho ellos acerca de estos grandes acontecimientos, y cumplirá su misión con la mayor celeridad...

"La confianza que tengo en M. Paul de Lamanon me ha determinado a confiarle esta importante misión. Sin colaborador, sentirá la necesidad de llevarla a cabo con exactitud, sensatez y prudencia, sobre todo con celeridad. Me será muy grato tener noticia de su regreso a Europa, de que su viaje haya cumplido los deseos de nuestro augusto Emperador, y de que le haya manifestado éste su alta satisfacción (106)."

V

Mientras los buques a cuyo bordo iban los emisarios del Emperador se dirigían a toda vela hacia el continente americano, se ignoraban en éste los recientes acontecimientos de Europa. El motín de Aranjuez y el advenimiento de Fernando VII, acerca del cual no se conocían, después de todo, más que vagos detalles, eran las últimas noticias conocidas en las colonias.

Entre tanto, a Caracas había llegado, a principios de julio, un ayudante de campo de don Juan Manuel de Cajigal (107), jefe de Cumaná, portador de un vo-

(106) Instrucciones de M. Victor Hugues, oficial de la Legión de Honor, Comisionado de Su Majestad Imperial y Real. Comandante supremo de la Guayana Francesa. Cayena, 5 de julio de 1808.—*Arch. de la Marine,* BB4 274.

(107) Antes gobernador de Cuba, en donde, según hemos visto ya, fue protector y amigo de Miranda.

luminoso paquete de periódicos ingleses que Cajigal había recibido del gobernador de Trinidad, y que él a su vez dirigía a don Juan de Casas, con una simple carta de trasmisión. Este lacónico despacho no impresionó al capitán general: dejó, dos o tres días, los periódicos sobre su mesa, sin desdoblarlos, y luego los entregó a su secretario Andrés Bello para que éste tradujera, si menester era, los artículos que pudieran ofrecer algún interés. Bello se llevó el paquete, sólo dos días después se enteró de su contenido.

Apenas hubo leído los primeros renglones, quedó, dice él (108), como petrificado. Aquellos periódicos contenían el relato de la abdicación de los soberanos en manos de Napoleón; referían, con todos sus detalles, las escenas de Bayona, el advenimiento al trono de España del hermano del emperador de los franceses, el destierro de la familia real, y en apoyo de tan increíbles informaciones, citaban los documentos oficiales...

Don Juan de Casas, a quien Bello se apresuró a poner al corriente, se negó primero a dar crédito a noticias "tan desatinadas", declaró él, y que sólo "la notoria perfidia de los gacetilleros ingleses había podido imaginar". Sin embargo, convocó al presidente de la Audiencia, Mosquera, al tesorero Ignacio Canivell y a otros altos funcionarios, les manifestó lo que había y les pidió consejo. A pesar de Canivell, que había residido largo tiempo en Londres y que hizo observar que el *Times* era un periódico demasiado serio para lanzar sin fundamento tales noticias, los consejeros del capitán general declararon que eran del mismo parecer de su jefe. Transcurrió cerca de una semana: nada vino a confirmar aquellas noticias, y, cada vez más, creyó Casas en una mistificación.

(108) Amunátegui, *Vida de D. Andrés Bello*, op. cit., cap. VI, p. 38. Son éstos los recuerdos que hemos mencionado completándolos con los informes relativos a la misión del comandante de Lamanon (*Arch. de la Marine*, BB4 274), los despachos del comandante Beaver, que mandaba la fragata inglesa *Acasta* (R. O. *Admiralty Leewards Islands*, 1808, nº 321), y con los de las autoridades españolas de Caracas. D. II, 348.

No iba a tardar en ver que no había tal. En la mañana del 15 de julio se esparció en la ciudad el rumor de que un bergantín con pabellón francés había fondeado delante de La Guayra a las dos o las tres de la madrugada. En seguida, una embarcación había llevado a tierra a dos oficiales con uniforme de gala, quienes habían alquilado caballos y estaban a punto de llegar a Caracas. Daba la una cuando, en efecto, el comandante de Lamanon y el teniente de navío de Courtay desembocaron por el último recodo del camino, a la entrada del vecino arrabal del Calvario. La gente que había ido a su encuentro les escoltó hasta el palacio del gobernador, ante el cual no tardaron en llegar.

El capitán general les recibió en seguida; pero, como ninguno de los dos oficiales hablaba español, y como tampoco Casas hablaba francés, se recurrió a Bello. Tan pronto como el joven secretario, llamado con urgencia, entró en el despacho del gobernador, se entabló la conversación: "Os traigo excelencia, mis felicitaciones, dijo el comandante, y vengo a recibir las vuestras con motivo del advenimiento al trono de España y de las Indias, de su majestad el rey José Napoleón, hermano de mi augusto señor, el emperador de los franceses. He aquí las cartas que harán conocer a vuestra excelencia las circunstancias en que se ha efectuado este feliz acontecimiento." Casas, según Bello que nos ha dejado el relato de la entrevista, "Casas creyó, al oír aquellas palabras, que el rayo había caído a sus pies. Tomó el pliego que sonriente le tendía el oficial, y, volviéndose hacia el intérperte: "Contéstele usted, dijo, que voy a enterarme de estos despachos y que le haré saber las decisiones que me hayan inspirado." El francés se despidió, saludó, salió. Apenas se había cerrado la puerta detrás de él, cuando Casas, como derribado en su sillón, se puso a sollozar. Acudieron su mujer y sus hijos, y les costó mucho trabajo calmarle.

Mientras los magistrados y los principales funcionarios de Caracas, convocados con toda urgencia a pala-

cio, decidían, de acuerdo con el capitán general, aplazar toda medida hasta saber por cuál de los dos soberanos convenía pronunciarse, el pueblo, avisado de la llegada de los comisionados y de las nuevas que traían, se reunía en tumulto bajo las ventanas del gobernador. Había allí cerca de 10.000 manifestantes que gritaban frenéticos: "¡Viva nuestro rey!" "¡Muera el usurpador!" El cabildo se había reunido. Envió una tras otra tres delegaciones al capitán general para pedirle que proclamara a Fernando VII. Aumentaba el gentío. Jamás se había sentido agitado por semejante efervescencia. Casas tuvo que someterse.

A las 4 salió de palacio, en compañía del obispo, de los miembros de la Audiencia y de los altos funcionarios del gobierno y declaró solemnemente reconocer los derechos de Fernando VII. Algunos instantes después, formábase ante palacio, en la plaza, el cortejo de ritual: los portaestandartes, con banderas desplegadas, los heraldos, las trompetas, el municipio con trajes de ceremonia, los oficiales de las milicias, con uniforme de gala, tomaban el camino de la catedral y del cabildo, saludados por los entusiastas vivas de la muchedumbre...

Tan pronto como terminó su audiencia, los dos oficiales franceses se habían dirigido hacia la posada *del Angel*. Distribuyeron en el camino las gacetas españolas que llevaban consigo, y observaron, no sin sorpresa, que la gente acogía muy mal aquellas noticias, y mucho peor a los embajadores. A su paso prorrumpía en gritos hostiles la muchedumbre, y ésta se agolpaba delante de la posada a que a tiempo llegaban Lamanon y Courtay para sustraerse a alguna agresión. Los manifestantes amenazaron entonces con derribar las puertas, y el posadero, aterrado, suplicaba a sus huéspedes que se quitaran el uniforme y que se evadieran por una puerta trasera; la situación resultaba crítica.

Los oficiales del Emperador no eran gente que se alarmara por tan poco. Se pusieron tranquilamente a la ventana, y es de creer que su gallarda apostura y su

serenidad impusieron cierto respeto al populacho, pues cesaron los gritos... Algunos jóvenes, cuya llegada fue oportunísima, arengaron a la muchedumbre y se la llevaron hacia la plaza del palacio del gobernador. Lamanon y su teniente salieron entonces sin ser molestados, y llegándose a casa de un comerciante llamado Jouve que vivía en un barrio lejano, esperaron los acontecimientos.

Eran las 5 cuando Bello, por orden de don Juan de Casas, fue a visitarles. Les puso al corriente de la decisión que había tenido que tomar el capitán general y les suplicó que se marchasen: "Vuestra vida, señores, corre graves peligros; sólo por milagro os habéis sustraído al furor de la muchedumbre. En este momento mismo es proclamado el rey Fernando, y el estado de ánimo de la población es tal, que su excelencia no podría ya responder de vuestra seguridad: estáis perdidos si la gente llega a descubrir vuestro retiro." — "Os ruego pidáis a vuestro capitán general, contestó Lamanon sin inmutarse, que me dé media docena de soldados y que no se inquiete por lo demás: me encargo de hacer que callen todos estos vocingleros..."

Se marchó Bello. Uno de los marineros del *Serpent* se presentó entonces a Lamanon anunciándole que, horas después de su desembarque, una fragata inglesa, con pabellón español en el trinquete, se había presentado ante La Guayra. A todo esto, grupos armados recorrían las calles gritando: "¡Viva nuestro rey Fernando! ¡Mueran los franceses!" Holgaban las baladronadas. Llegó la escolta de Casas, mandada por su propio hijo. Los comisionados de Napoleón tuvieron que rendirse a la evidencia. Los ingleses estaban en La Guayra. Era menester marcharse, intentar sustraerse a ellos a favor de la oscuridad de la noche, so pena de perecer miserablemente sin haber terminado la misión apenas comenzada, pues Caracas no constituía sino el primer paso de la empresa.

Lamanon redactó en seguida un despacho para el gobernador: "Acabo de saber, le decía, que una fragata inglesa se propone venir a La Guayra bajo pabellón

parlamentario, sin más objeto que el de infectar la provincia de Caracas de noticias falsas acerca de los asuntos políticos de nuestras metrópolis. Ruego a vuestra excelencia tenga a bien dar orden al señor comandante de La Guayra de que no permita que el pabellón inglés tremole sobre la costa, aunque se presente bajo los auspicios del de su majestad católica José Napoleón (109)." Y se dirigió hacia su barco. Hacia las 2 de la madrugada, se cruzó con el capitán de la fragata inglesa *Acasta,* quien, acompañado de varios oficiales se encaminaba hacia Caracas. No medió saludo alguno entre ambos grupos.

El primer pensamiento de Lamanon al regresar a bordo fue de hacerse en seguida a la vela; pero no había viento. Pidió entonces al comandante de La Guayra que diera al *Acasta* orden de alejarse, mas no logró convencerle. Vio volver a los oficiales enemigos, intentó de nuevo, después de la puesta del sol, hacerse a la vela arriando el cabo; pero, al notar que el inglés efectuaba el mismo movimiento, aplazó toda tentativa. Al día siguiente por la mañana, se levantó brisa, y el *Serpent* salió, largando todas sus velas, con dirección al noroeste. El *Acasta* cortó su cable y salió, persiguiendo al *Serpent.*

El bergantín era buen velero, pero la brisa cayó casi por completo, y la fragata le ganó en velocidad. "A las 10 de la mañana, dice el diario de a bordo, se hallaba al alcance de la voz. Torció a babor y nos descargó varias andanadas; arriamos todas nuestras alas rastreras y pusimos las amuras a babor; en aquel momento fue cortada la driza del pabellón. En el acto, M. Lamenon mandó izar de nuevo al grito de "¡Viva el Emperador!" El enemigo seguía tirando sobre nosotros, y tuvimos varios bajos obenques cortados, así como los estayes del palo mayor y del artimón. También fue cortado el palo mayor por de bajo de las barras de gavias. Entonces mandó M. Lamanon echar

(109) Lamanon, cap. de fragata, a S. E. D. Juan de Casas, cap. general de la provincia de Caracas, 15 de julio de 1808. *Arch. de la Marine,* BB4 274, fº 243.

el áncora de babor, orden que fue ejecutada inmediatamente, y fue arriada la bandera (110)."

Las aventuras de M. de Sassenay, quien, días después de estos acontecimientos (el 9 de agosto), desembarcaba a la entrada del Río de la Plata, presentan notable parecido con las de Lamanon. Hasta habían de terminarse de una manera más triste para el amigo de Liniers. Sassenay, a quien sus instrucciones prescribían también "que diese a conocer a América qué gloria rodea a Francia y qué influencia ejerce sobre Europa el poderoso genio que la gobierna... que observara con especial atención el efecto producido... por la noticia del feliz cambio efectuado en España... y que apresurara su regreso a Europa para traer noticias (111)", apenas había salido del *Consolateur*, puesto al pairo ante el puerto de Maldonado, cuando dos poderosos buques ingleses salieron contra el bergantín. La ausencia de viento impidió al teniente Dauriac escapar. Hizo varar el barco y ganó a nado la tierra, con la tripulación. Los ingleses se apoderaron del *Consolateur*, lo saquearon, y Sassenay, que, mientras tanto, había podido llegar a Montevideo, y luego a Buenos Aires, en donde se presentó el 12 de agosto por la noche, recibió una acogida bastante fría por parte de Liniers.

Cualesquiera que fueran sus sinceras preferencias por José Napoleón, cuyo advenimiento, al reunir su patria de adopción a su patria de nacimiento, le dejaba entrever los más brillantes destinos (112), el virrey de la Plata no sentía menos inquietudes que su colega de la capitanía de Caracas. Temiendo comprometerse, reunió también a sus consejeros. Se interpuso el cabildo, y, al día siguiente, Sassenay fue embarcado para Montevideo, acompañado por una escolta mandada por don Luis, hijo primogénito de Liniers. El gober-

(110) Informe acerca de la captura del bergantín *Le Serpent*. *Arch. de la Marine*, BB4 274, fº 248.

(111) Sassenay, op. cit., pp. 132-133.

(112) Cf. Sassenay, cap. V.

nador de Montevideo, don Javier Elío (113), mandó encarcelar al embajador, a pesar de las órdenes del virrey. Aquel mismo día estalló un motín en la ciudad: el populacho invadió el patio de la fortaleza a los gritos de "¡Viva el rey!", "¡Mueran los traidores!", pues Elío, enemigo encarnizado de Liniers, cuya gloria envidiaba, había, además, excitado el furor de la turba declarando que el virrey pactaba con el emperador de los franceses.

Liniers vio derrumbarse su popularidad, a pesar de la proclamación oficial de Fernando VII, a la que procedió bajo el peso del entusiasmo general. Algunos meses después, el gobierno de Sevilla le envió un sucesor, don Baltasar de Cisneros. Liniers tuvo que retirarse a Córdoba. Al año siguiente, habiendo querido levantar la causa ya perdida del realismo, que cual buen y leal caballero se había creído obligado a servir hasta el fin, traicionado por sus amigos, abandonado por sus tropas, el antiguo defensor de Buenos Aires cayó en manos de los jefes del partido patriota, quienes le hicieron despiadadamente ejecutar (26 de agosto de 1810).

Adicto de corazón a España, prefirió, según atinada observación de su historiador (114), el ingrato papel de víctima desconocida al de brillante fundador de una república. Sólo de él dependió el ponerse a la cabeza del movimiento patriótico cuyas tendencias certeras y cuya consecuencia inevitable había discernido él aun antes de que se presentara en la Plata el comisionado imperial. Sassenay quedó más de diez meses prisionero en la ciudadela de Montevideo. A principios de 1810 fue traladado a Cádiz, sitiada entonces por el general Victor, y consiguió evadirse con los 1.500 prisioneros del pontón *Castilla la Vieja,* y ganar, bajo el terrible fuego de las baterías españolas, la orilla ocupada por el ejército francés (115).

El lealismo, al que Liniers se había sacrificado he-

(113) Elío (Francisco Javier), virrey de Buenos Aires en 1811.

(114) Sassenay, op. cit., p. 180.

(115) Sassenay regresó a Francia, fue olvidado por el gobierno imperial, y falleció el 8 de noviembre de 1840.

roicamente, había tomado considerable amplitud. La exaltación manifestada en Caracas, en Montevideo y en Buenos Aires ganaba todo el continente. Los gobernadores de las Antillas francesas se abstuvieron, en lo sucesivo, de enviar otros emisarios. Parece ser que un agente del rey José en Baltimore envió secretamente algunos (116) pero aquellos negociadores ocasionales debieron de renunciar por sí mismos a una misión que resultaba peligrosa y que habría sido necesario sostener, sin gran esperanza de éxito, por expediciones importantes.

Al delirante entusiasmo de los pueblos de la Península por su soberano *el Deseado*, los habitantes de las colonias respondían con igual frenesí. La junta de Sevilla había delegado comisionados a la América del Norte y a la del Sur con objeto de anunciar la declaración de guerra a Francia, la derrota y matanza de los franceses en España (117). Don Manuel de Goyeneche (118), don José San Llorente, designados por la Plata y Nueva Granada, salieron en los barcos mismos que Napoleón había hecho armar en Cádiz, en el Ferrol y en Cartagena y que habían de seguir a Sassenay. En México, en Nueva Granada, en el Perú, en la Plata, dichos comisionados fueron acogidos con transportes de alegría. En todas partes fue proclamado Fernando VII. Hubo fiestas, celebraron misas. Las ciudades iluminaron. Estuvo de moda el que los hombres adornaran su sombrero con una escarapela en la que se lucían los colores españoles, o con una cinta carmesí en la que ostentaban, en letras de oro, la inscripción: *Vencer o morir por mi rey Fernando Séptimo* (119).

(116) Según Carlos Calvo *Anales históricos de la Revolución de la América latina*. París, 1864, t. I, p. 47. Se dice que uno de aquellos enviados fue arrestado y fusilado en La Habana (?).

(117) Cf. Grandmaison *L'Espagne et Napoléon*, segunda parte, cap. IV.

(118) Goyeneche (José Manuel de), teniente general español; nació en el Perú en 1773; falleció en Madrid en 1846. Fue capitán general y presidente de la Audiencia de Cuzco de 1809 a 1813, época en que salió definitivamente de América.

(119) *Vida de D. Ignacio Gutiérrez Vergara*. Londres, 1900, t. I, p. 44.

Y no se limitaron a platónicos testimonios las protestas de lealismo. Afluyeron los donativos: 70 millones fueron enviados a Sevilla (120). Sólo en Nueva España recogieron, en menos de diez días, "2.955.435 pesos, dados por 116 suscriptores, sin que ninguno de ellos figurara por menos de 1.000 pesos; varios de ellos habían dado 50.000, algunos 100.000, y hasta 400.000 (121)". En Santa Fe, las señoras se despojaron de sus joyas y las ofrecieron a la junta (122).

La noticia de la victoria de Bailén acreció aún el entusiasmo, y las autoridades coloniales, que hasta entonces parecían reservar su actitud, hicieron causa común con el sentimiento popular.

Salvo el sensato y firme marqués de la Concordia (123), virrey del Perú, los gobernantes españoles habían mostrado poco apresuramiento en reconocer abiertamente a Fernando VII. Iturrigaray (124) en México, Amar y Borbón en Santa Fe, Ruiz de Castilla en Quito (125), Carrasco (126) en Chile, habían tergiversado por espacio de bastante tiempo, y hasta habían combatido cuanto les fue posible el arrebato lealista de los pueblos. El incontestable prestigio con que aparecía el conquistador sin igual a quien cada batalla valía una victoria y cada victoria un reino, ante quien hasta el Sumo Pontífice mismo se había inclinado, no permitía casi ilusiones en el espíritu de los gobernadores de la América española acerca de la eficacia de la resistencia que pudiera oponer la metrópoli a las voluntades del omnipotente Emperador.

Y así es que, desde los primeros momentos, la mayoría de ellos fue secretamente adicta a la dinastía napoleónica. Fue éste, como ya hemos visto, el primer im-

(120) Toreno, *Historia del Levantamiento y de la Revolución de España*. Madrid, 1848, t. II, lib. VIII, p. 298.

(121) *Gaceta de México*, Nº del 11 de agosto de 1809.

(122) Toreno, op. cit., t. II, p. 165.

(123) Abascal (José de), marqués de la Concordia, virrey del Perú de 1806 a 1816.

(124) Iturrigaray (José de), virrey de México, de 1803 a 1808.

(125) Gobernador de Quito de 1808 a 1812.

(126) Carrasco (Francisco Antonio García), gobernador y capitán general de Chile, de 1812 a 1816.

pulso de Liniers; y no de otra manera opinaba, aunque movido por sentimientos menos elevados, el capitán general de Venezuela, cuya "proclamación" en favor de Fernando era más bien una exposición de los motivos que le obligaban a reconocer al hijo de Carlos IV: no había omitido Casas de mencionar, en aquel documento, ni la insurrección de los habitantes de su capital, ni las repetidas y conminatorias solicitaciones del cabildo (127). El capitán Beaver, que mandaba el *Acasta,* fue "tan fríamente recibido por el gobernador como bien acogido por la población (128)". Se negó Casas a prestarse a la presa de la corbeta francesa anclada en aguas de La Guayra. Hasta declaró al oficial inglés que el comandante de la fortaleza recibiría orden de hacer fuego sobre su navío si intentaba éste apoderarse del *Serpent* (129).

Fue menester el fracaso de las armas francesas en España para modificar estas disposiciones. Y, aun así, las autoridades coloniales renunciaron a ellas, movidas sobre todo por el temor que les inspiraban los progresos de la propaganda liberal. El movimiento lealista se orientaba en una vía cada vez más peligrosa para el mantenimiento de la dominación española; y la tenacidad con que los cabildos reclamaban la constitución de juntas municipales inspiraba legítimas alarmas a la clarividencia de los virreyes. Sabido es que esta forma de gobierno, que les despojaba de su autoridad, no era nueva. Esta vez, parecía sin duda inspirada por un exceso de adhesión a la madre patria, y el establecimiento de las juntas provinciales en España legitimaba la conducta de los sudamericanos en este sentido; pero el papel tradicional de los cabildos en las tentativas de sublevaciones coloniales era un precedente que los gobernantes de ultramar temían, con justo motivo, ver reaparecer en las circunstancias críticas que arreciaban en aquel momento. Tampoco podían olvidar la altanera independencia con que la

(127) Amunátegui, *Vida de D. Andrés Bello,* op. cit., p. 46.
(128) Informe del comandante Beaver, 18 de julio de 1808. R. O. *Admiralty Leewards Islands,* 321.
(129) *Id.*

junta de notables de Buenos Aires, constituída a raíz de la liberación de la ciudad, había entregado el poder a Liniers y destituído a Sobremonte.

Además, los liberales contaban con poderosas influencias en los cabildos y las utilizaban con habilidad. Partidarios convencidos, al parecer, de Fernando el Deseado, estaban tan resueltos como nunca a no guardarle fidelidad, y acechaban en secreto el momento favorable en que, desposeído éste, pudieran ellos realizar sus planes. Con incansable vigilancia seguía Miranda dirigiendo la acción de los criollos en todas las provincias de América, y les enviaba con regularidad instrucciones categóricas. Les escribía: "La España ahora sin soberano, y en manos de diversas parcialidades, que reunidas unas a los franceses y otras a la Inglaterra, procuran por medio de una guerra civil sacar el partido que más convenga a sus vistas particulares, es natural procure atraernos cada cual a su partido... Suplico a ustedes muy de veras, que reuniéndose en un cuerpo municipal representativo tomen a su cargo el gobierno de esa provincia: y que enviando sin dilación a esta capital personas autorizadas y capaces de manejar asuntos de tanta entidad, veamos con este gobierno lo que convenga hacerse para la seguridad y suerte futura del Nuevo Mundo... De ningún modo conviene se precipiten ustedes... Sírvanse igualmente... enviar copia de este aviso a las demás provincias limítrofes... a fin que haciendo el debido uso, marchemos *unánimes* al mismo punto; pues con la *desunión* solamente correrá riesgo, a mi parecer, nuestra salvación e intereses (130)."

Sin embargo, la comunidad de acción preconizada por Miranda distaba mucho de ser rigurosamente observada. Los campeones de la independencia se habían dividido en dos partidos cuya opinión difería acerca de los medios de realizar el proyecto que, no obstante, todos deseaban.

(130) Londres, 24 de julio de 1808. Carta a los cabildos de Caracas, Buenos Aires, México, Santa Fe, La Habana, etc. F. O. *Foreign Office*, Spain, 89.—Becerra, op. cit., t. II, p. 504, y Mitre, *Historia de San Martín*, t. I, p. 50.

El "poder supremo de España y de las Indias" había sido transferido, el 25 de septiembre de 1808, a la junta central de Aranjuez, de origen más popular que la que le había precedido. Uno de los primeros actos de la nueva asamblea había sido el proclamar que "los vastos y preciosos dominios que la España posee en las Indias no son propiamente colonias, o factorías, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española". Erales concedida, para lo sucesivo, "una representación nacional e inmediata (131)". Pero, al dar a las colonias este testimonio de su agradecimiento por los socorros que acababan de enviar a la metrópoli, la junta central se mostraba parsimoniosa: en tanto que los 10 ó 12 millones de españoles de la Península habían de ser representados por 36 diputados, toda Sudamérica, con sus 15 millones de habitantes, sólo 12 diputados obtenía. Debían éstos ser escogidos y designados por las autoridades coloniales.

Aun así, la medida pareció suficiente a muchos criollos que veían, en el acceso a estas inesperadas prerrogativas, un primer paso hacia la autonomía definitiva. Comprendían que la renuncia de la dinastía borbónica había roto todo lazo entre España y América, y se sabían a salvo de las acometidas de Napoleón. Así pues, la independencia se preparaba por sí misma, y se realizaría tan sencillamente como se había efectuado la del Brasil desde que sus antiguos monarcas se habían establecido en él (132). Hasta movió este ejemplo a ciertos miembros de la oligarquía criolla en Nueva Granada, en Chile, en el Perú, y sobre todo en la Plata, a entrever la posibilidad de establecer monarquías independientes, de forma constitucional, a cuya cabeza serían llamados los soberanos de la familia desposeída por Napoleón. Los jóvenes liberales de Buenos Aires, que reconocían por jefe a Belgrano, aceptaron presurosos este proyecto que estuvo a punto de realizarse a favor de la infanta Carlota, hermana de Fer-

(131) Decreto de 22 de enero de 1809. D. II, 368.
(132) Cf. Gervinus, *Histoire du XIXe siècle*, op. cit., t. VI, p. 83.

nando VII, esposa del príncipe regente de Portugal y del Brasil, conocido más tarde con el nombre de Juan IV (133). Pero las pretensiones de la princesa, las intrigas del ministro de Inglaterra en Río de Janeiro, lord Strangford, y el giro tomado por los acontecimientos de la Península determinaron a los patriotas a abandonar la empresa.

En oposición a este partido moderado cuyas versatilidades y cuya incertidumbre no habían dado aún con su verdadero camino, el comité, menos numeroso pero resuelto, de los liberales "irreductibles" proseguía con firmeza su propaganda. Tenía su equivalente en España en aquel "reducido grupo de preclaros espíritus" cuyos hábiles manejos eran señalados a Champagny por el agente imperial La Forest (134), quien sabía muy bien, según la expresión de un historiador, que "las cintas y las escarapelas no constituyen un resistente bozal para el monstruo democrático desencadenado. Aquellos ambiciosos, que se creían llamados a desempeñar los principales papeles en el teatro político cuyo escenario y cuyo decorado hubiesen recordado al Versalles de 1789, excitaban que se formase una junta suprema en Madrid, con la secreta idea de reunir los elementos de una constituyente, quizá de una convención, para luego encaminarla hacia sus miras, con ayuda de clubs cuyo núcleo existía ya (135)". Tal era precisamente la táctica de los "espí-

(133) V. Mitre, *Historia de Belgrano,* op. cit., t. I, cap. VI.

(134) La Forest a Champagny, 25 de agosto de 1808. *Arch. des Aff. Etr.*, V, 676.

Granmaison, *L'Espagne et Napoléon,* op. cit., p. 323.

(135) Confesión que se le escapó al mismo José Domingo Díaz, consejero de la Audiencia y uno de los adversarios más violentos y más encarnizados de los "patriotas" de Caracas. Allí por la primera vez, dijo, se vio una revolución tramada y ejecutada por las personas que más tenían que perder: por el Marqués del Toro, y sus hermanos Don Fernando y Don José Ignacio, familia de las principales, de grandes riquezas, que merecía la primera estimación de todos los mandatarios, y que llena de un orgullo insoportable se creía, y se tenía por superior a los demás: por Don Martín y Don José Tovar, jóvenes hijos del conde del mismo nombre e individuos de la casa más opulenta de Venezuela: por Don Juan Vicente y Don Simón de Bolívar, jóvenes de la nobleza de Caracas,

ritus preclaros" sudamericanos en casi todas las capitales coloniales, de los liberales venezolanos sobre todo, imbuídos más que los demás de las tradiciones de la Revolución Francesa, y que hacían pedir con ruda instancia, por el cabildo, el establecimiento de una "junta gubernativa de Caracas". Mientras que los liberales de Madrid obraban con un fin egoísta y personal, los de Caracas obedecían a sentimientos elevados y generosos.

A comienzos de 1808 se habían organizado en una sociedad secreta que desde aquel momento tuvo vara alta sobre el movimiento revolucionario. Una de las estancias de Bolívar, en las inmediaciones de Caracas, servía de sitio de reunión (136), y allí fue donde, semanas antes de la llegada de los emisarios del gobierno imperial, Salias, Pelgrón, Montilla, Rivas, y algunos otros, se dieron cita para designar un jefe. La candidatura de Simón Bolívar, presentada por su hermano Juan Vicente, estuvo a punto de triunfar, pero sobrevino desacuerdo entre los votantes (137). Sin embargo, la influencia de Bolívar parece haber sido preponderante sobre las iniciativas hábiles, firmes y decisivas de aquel grupo que, cada vez más, daba muestras de

---

el primero con 25.000 pesos de renta anual, y el segundo con 20.000: por Don Juan José y Don Luis de Rivas, jóvenes parientes de los condes de Tovar y de riquezas muy considerables; por Don Juan Germán Roscio, Don Vicente Tejera y Don Nicolás Anzola, abogados que gozaban la estimación de todos sus conciudadanos: por Don Lino de Clemente, oficial retirado de la marina española, y altamente considerado de todos: por Don Mariano Montilla, antiguo guardia de corps de S. M., y su hermano Don Tomás, los jóvenes de la moda, y los individuos de una casa, la primera en el lujo y esplendor: por Don Juan Pablo, Don Mauricio y Don Ramón Ayala, oficiales del batallón veterano, estimados universalmente por la honradez de su casa y por el lustre de sus mayores, y por otros pocos de las mismas o casi iguales circunstancias. Allí no tuvieron la principal parte ni representaron el principal papel los hombres de las revoluciones, los que nada tienen que perder, los que deben buscar su fortuna en el desorden, y los que nada esperan del imperio de las leyes, de la religión y de las costumbres..." *Recuerdos* etc., p. 21.

(136) Larrazabal *Vida de Bolívar*, op. cit., p. 41.

(137) Cf. Mosquera, *Memorias*, op. cit., p. 15.

su aptitud en sacar partido de los acontecimientos y de la psicología de las masas populares.

Todavía estaban los oficiales del *Serpent* en el camino de La Guayra a Caracas, cuando acude Bolívar a la ciudad y reúne a sus amigos en casa de Rivas, situada a dos pasos del palacio del gobernador; les entera Bello de lo que acaba de ocurrir, y, "aquella juventud sediciosa que ignoraba aún el arte de rebelarse y quiso prácticamente aprenderlo (138)", se esparce en seguida por las calles, avisa a los afiliados al cabildo, y se sujeta "a representar un papel diametralmente opuesto a sus proyectos y aspiraciones (139)". Se le ve arengar a la muchedumbre, convencerla, desencadenarla, dictarle sus movimientos, apartarla del barrio en que se han refugiado los franceses, arrastrarla hacia palacio, apuntarle sus vivas y sus aclamaciones.

Dos días después, siempre por Bello, a quien, por desconfianza, hacen quitar su puesto de secretario los consejeros del capitán general, saben los jóvenes liberales las palabras que mediaron entre Casas y el capitán inglés Beaver, y las vacilaciones y angustiosas dudas del gobernador... Pide entonces el cabildo la formación de una "junta gubernativa para la provincia de Caracas a imitación de la de Sevilla", y Casas, el 18 de julio, se deja arrancar su consentimiento.

En esto, llega a La Guayra (5 de agosto) el delegado de la junta suprema don José Meléndez Bruna, y el gobernador cambia de parecer. Pero los patriotas, que, merced a Dionisio Sojo, Nicolás Anzola, Silvestre Tovar, José María Blanco e Isidoro López Méndez (140) disponen de la mayoría en el cabildo, incitan a la asamblea a que renueve sus instancias. Uno de los conjurados denuncia sus maniobras, y algunos son arres-

(138) "Sucesos cuya gravedad oscurecida por el interés de muchos, me fue descubierta cuando vuelto a mi patria me lo refirieron los principales sediciosos comprendidos en ellos", añade Díaz. *Recuerdos*, etc., p. 9.

(139) *Id.*

(140) Méndez formó parte de la embajada venezolana que, al año siguiente, fue enviada a Londres (v. capítulo siguiente).

tados. La casa de recreo de Bolívar está vigilada por la policía, y las reuniones se efectúan en la de Rivas. El cabildo multiplica las "representaciones al capitán general". Los patriotas son traicionados una vez más. Cediendo a escrúpulos que su conciencia habrá de reprocharle más tarde, el marqués del Toro entrega al gobernador las instrucciones secretas de Miranda (141). Bolívar y sus amigos no parecen por ningún sitio, pero siguen más acérrimos que nunca. Ahora, las "primeras notabilidades" unen sus solicitudes a las del cabildo (142). La efervescencia gana al pueblo. Desconcertado, el gobernador ve flaquear el lealismo del sentimiento general. Las vehementes predicaciones del clero, la propaganda de los miembros de la Audiencia parecen no hallar ya eco en la habitual sumisión del pueblo.

A pesar de las órdenes de la junta suprema, estrictamente observadas por las autoridades coloniales, "que mantuviesen a los pueblos en una perfecta ilusión, ocultándoles todas las noticias que pudieran descubrir el verdadero estado de la Península (143), emisarios que burlan la vigilancia de las autoridades esparcen las noticias de España. Ahora se sabe que a los primeros reveses suceden las victorias, que Napoleón ha entrado en Madrid, que en todas partes reinan la desorganización y la discordia, y que las juntas sucesivas, cuyos delegados van llegando unos tras otros, no logran hacerse respetar. Cada uno de aquellos delegados "acudía a solicitar la sumisión y los socorros de los fieles súbditos de América". Pero hacía demasiado tiempo que aquellos pueblos estaban abrumados de impuestos, y, además, hondamente removidos por los partidos sucesivos, por todo lo cual eran una presa fácil para quien supiera, llegado el momento, dar pruebas de energía y decisión.

(141) Carta de la Junta Suprema acusando al capitán general de Caracas recibo de dichos documentos. Sevilla, 22 de marzo de 1809. D. II, 371.

(142) Representación de las primeras notabilidades de Caracas a S. E. el capitán general, 22 de nov. de 1808. D. II, 360.

(143) Oficio de la Junta Suprema a los virreyes, capitanes generales, 1º de nov. de 1808, citado por Larrazabal, op. cit., p. 43.

"Si el establecimiento de los Borbones tardara demasiado en efectuarse, creo poder afirmar, escribe el capitán Beaver a su salida de Caracas, que los habitantes de este país se darán a sí mismos la independencia (144)." Esto es igualmente cierto respecto del resto de América. La revolución es un hecho en todas las conciencias, y aquellos que se han asignado por misión el proclamar su advenimiento y asegurar su triunfo se hallan, en todas partes, en su puesto de combate.

FIN DEL TOMO I

(144) Julio de 1808. R. O. *Admiralty Leewards Islands*, Nº 329.

INDICE DEL TOMO I

LIBRO PRIMERO

ORIGENES DE LA REVOLUCION SUDAMERICANA

CAPITULO PRIMERO

LAS INDIAS OCCIDENTALES

CAPITULO II

LA AURORA DE LA LIBERTAD

CAPITULO III

EL JURAMENTO DEL MONTE SACRO

LIBRO II

EL PRECURSOR

CAPITULO PRIMERO

MIRANDA

Págs.

CAPITULO II

LEALISMO COLONIAL